

IGNITING IVY

The
MEN ON FIRE
Series

s a m a n t h a c h r i s t y

Men on Fire #1

Igniting Ivy

Samantha Christy



Diagramado por Desiree

Índice

Sinopsis

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[Epílogo](#)

[Sparking Sara](#)

[Sobre la autora](#)

Sinopsis

Me llaman héroe.

Salvo a gente. Es lo que hago.

Es la única cosa que alguna vez he querido hacer.

Entonces la conozco... la chica con los ojos tristes.

Ha perdido todo. Dos veces.

Y sé que está usándome para olvidar su pasado.

Justo cuando las cosas parecen perfectas, el pasado amenaza con lo inimaginable.

Puede que me llamen héroe.

Pero ella es la persona a la que no puedo salvar.

Igniting Ivy puede ser leído como romance independiente. Es el libro uno de una serie que sigue a un grupo de bomberos.

Para los primeros en acudir.

1

Sebastian

—¿Y su esposa? —cuestiona el chico al otro lado del mostrador. Estira la cabeza hacia un lado y mira detrás de mí, luego revisa su ordenador—. Aquí dice que la reserva es para el señor y la señora Briggs.

Niego.

—No. Solo soy yo. Eso no es un problema, ¿verdad?

—No —contesta—, tenemos varios tours a la vez. Simplemente agregaremos otro solo en este.

No es la primera vez que alguien ha preguntado por Brooke. Pasó en el hotel cuando me registré anoche. Supongo que debería haber cambiado los nombres en todo, pero no pensé que fuera para tanto.

—Súbase a la báscula, señor —dice el chico—. Le asignarán asiento de acuerdo al peso. Luego puede ir detrás de esa pared para ver el video de seguridad.

Me río al pensar que casi todas las mujeres que conozco tendrían un problema con esta regla del peso. Pero luego veo que pesan a la señora ante el mostrador junto a mí y me doy cuenta de que las únicas personas que ven el peso son las de detrás del mostrador.

Voy a buscar un asiento en uno de los bancos detrás de la pared. Mientras vemos el video y nos entregan chalecos salvavidas que nos abrochamos en la cintura, echo un vistazo a las parejas y familias que están muy entusiasmadas por estar aquí.

Algunas personas parecen asustadas. Tal vez tienen miedo a las alturas.

Una mujer parece triste, lo que me parece extraño teniendo en cuenta que estamos a punto de hacer la excursión de nuestra vida. Se dice que es la mejor de la isla. Miro a mi alrededor, esperando que su compañero se una a ella, pero nadie lo hace. Quizás por eso está triste.

—Por favor, síganme. —Una mujer nos acompaña afuera y luego nos indica a cada uno nos quedemos en un número pintado en el pavimento donde tenemos que esperar a que nos llamen uno por uno.

Miro el gran helicóptero azul con asombro. Es fantástico. No podemos ver muchos helicópteros en la ciudad.

Me encuentro junto a la mujer triste. Su cabello se agita con el viento producido por las aspas del helicóptero. Un mechón queda atrapado en su boca y la veo retirarlo con el dedo curvado. Es hermosa. Más o menos de mi edad. Pequeña. Me atrapa mirando y me da una sonrisa débil. Una sonrisa forzada. Y es entonces cuando noto un pequeño toque de pecas en su nariz.

—¡Número dos! —grita la persona junto a la puerta frontal del helicóptero la segunda vez.

Toco su hombro. Su hombro suave, bronceado y tonificado.

—Esa eres tú —digo, asintiendo hacia el número en el que está parada.

Se acerca y la ayudan a subir al helicóptero. Luego me llaman.

Estoy sentado al frente, al lado de la chica triste. Estamos en los dos asientos a la derecha del piloto y hay cuatro personas más sentadas detrás.

—¡Disfruten del viaje! —exclama el ayudante sobre el ruidoso zumbido del motor—. Aloha.

El piloto levanta un auricular, indicando que nos pongamos el nuestro. Luego nos da algunas instrucciones sobre hablar. Cada dos personas tienen un pequeño micrófono para compartir, y si quieres hablar, debes presionar un botón y

mantenerlo cerca de tu boca. Todos a bordo pueden oír lo que todos digan.

—Mientras esperamos nuestro turno para irnos, probemos los micrófonos —sugiere el piloto—. Soy Dustin Holloway. Soy originario de Seattle, Washington, donde fui piloto en los guardacostas durante veinte años. Esto es un poco menos estresante.

Todos nos reímos, pero nadie puede oír ninguna risa por el fuerte sonido de la hélice.

—Preséntense todos y cuéntenos que les trae a la hermosa isla de Kauai. —Me mira—. Puedes empezar, número uno.

Levanto el micrófono hacia mi boca y presiono el botón.

—Hola, soy Sebastian Briggs, pero todos me llaman Bass. Soy de la ciudad de Nueva York y estoy —pongo los ojos en blanco—, técnicamente estoy en mi luna de miel.

La mujer a mi lado entrecierra los ojos sobre mí y mira hacia atrás, donde hay otras dos parejas. Me mira de nuevo, cuestionándome con ojos confusos

Niego.

—Larga historia —digo a todos los que están escuchando.

Le entrego el micrófono y sus pequeños y suaves dedos tocan momentáneamente los míos, más largos y ásperos, al tomarlo.

—Soy Ivy Greene. También soy de la ciudad de Nueva York. Pero, uh, no viajamos juntos —dice, asintiendo hacia mí.

—¿También estás sola? —inquire el piloto—. ¿Qué te trae al gran estado de Hawái?

Ella mira sus manos y sus ojos se cierran por un breve segundo antes de volver a levantar el micrófono a su boca.

—Sí. Estoy sola Yo... siempre quise conocer Hawái, supongo.

Rápidamente me devuelve el micrófono como si ya no quisiera usarlo.

—Mundo pequeño —comenta el piloto—. ¿Y los cuatro en la parte de atrás? No son de la ciudad de Nueva York, ¿verdad?

Los cuatro se presentan y luego el piloto anuncia que estamos listos para despegar.

Nunca he estado en un helicóptero antes y desde el asiento en el que estoy, imagino que tendré la mejor vista de todos los pasajeros. Puedo ver todo en este lado del helicóptero, incluso lo que está debajo de mis pies ya que el suelo está hecho de cristal. Me siento mal por las personas atascadas en el medio. Supongo que pagaron tanto por sus tickets como el resto de nosotros, pero seguramente su experiencia no será tan espectacular.

Casi desearía poder darle mi asiento a la chica triste a mi lado. Ivy. Qué nombre tan inusual. Pero es bonito. Y le queda bien. Su cabello es largo y castaño y partes de él están en capas, y los extremos de esas capas se rizan casi como enredaderas de una planta subiendo por su cabello.

Cuando el helicóptero despega, Ivy me agarra la rodilla y aprieta. Cuando se da cuenta de lo que ha hecho, retira rápidamente la mano, su rostro poniéndose tres tonos de rojo.

—Lo siento. —Creo que dice. Pero todo lo que puedo ver son sus labios moviéndose porque todavía estoy sosteniendo el micrófono. Y todo en lo que puedo pensar es que la mano de una extraña en mi rodilla me ha hecho sentir como si un rayo acabara de atravesar mi cuerpo.

Se aferra a los lados de su asiento en lugar de a mi pierna. Quiero decirle que está bien, que puede agarrarme la pierna si quiere. Pero probablemente la avergonzaría, ya que todos a bordo me oirían.

El piloto nos cuenta una historia de Kauai, diciéndonos que es la isla hawaiana más antigua. Explica que cientos de películas han sido filmadas aquí. Nos cuenta todo, desde la

historia de las plantaciones de caña de azúcar hasta los mejores lugares para comer.

Noto que solo escucho aproximadamente la mitad de lo que nos dice el hombre porque, por alguna razón, mi mente todavía se encuentra en la mano que estuvo momentáneamente en mi pierna. Estoy siendo ridículo. No es como si fuera un adolescente de quince años experimentando su primer toque de una chica.

Intento recuperar mi concentración y me obligo a escuchar a Dustin.

Mientras nos alejamos del litoral, nos presenta la costa de Na Pali. Es impresionante, con agua azul cristalina encontrándose con finas líneas de playas de arena marrón frente a un telón de fondo de las montañas más verdes que jamás he visto.

Dustin explica que la mayoría de estas playas solo son accesibles en barco, y me pregunto cuánto costaría alquilar uno. Sé que no podría permitírmelo y sería un desperdicio ir solo, pero, maldición, las fotos que he visto de esta isla no le hacen justicia. De verdad es el paraíso.

Miro a todos los demás para ver si están tan impresionados como yo. Cuando mis ojos se clavan en Ivy, veo que es la más afectada por la belleza de nuestros alrededores. Sigo una sola lágrima mientras desciende por el lado derecho de su rostro.

Después de que el piloto dé la vuelta para permitir que aquellos en el lado izquierdo del helicóptero tengan una vista de cerca de la costa, nos dirigimos tierra adentro, volando sobre el paisaje más pintoresco en el que jamás he puesto los ojos. Hay muchas cascadas que parecen cabellos blancos sobre un fondo verde. Hay cientos de ellas.

Cuando llegamos a la cascada más impresionante, Dustin sobrevuela a una distancia segura.

—Esto es Manawaiopuna Falls, pero todos lo conocen mejor como “Jurassic Park Falls” por la película.

Durante diez minutos, volamos sobre los valles, admirando cascada tras cascada.

Cuando le echo un vistazo a Ivy —*¿por qué sigo mirándola?*—, veo que tiene su propia cascada. Cayendo sobre su rostro. No estoy hablando de *una* sola lágrima. Está completamente llorando. Mucho. Su cuerpo tiembla como si no pudiera respirar. Y honestamente, su reacción *me* roba la respiración.

—¿Estás bien, Ivy? —inquire el piloto—. ¿Tenemos que regresar?

Le doy el micrófono por si quiere responder. Su mano temblorosa lo toma.

—Estoy b-bien —tartamudea.

—Es bastante impresionante, ¿no? —comenta él—. A veces lo olvido porque lo veo cuatro o cinco veces al día.

Todo lo que Ivy puede hacer es asentir, más lágrimas fluyendo de ella como si no pudiera controlarlas.

Me siento obligado a extender mi mano y tomar la suya. Porque puedo ver claramente que sus lágrimas no son de alegría o asombro. Son lágrimas de dolor. Parece estar en una agonía insostenible. Es difícil para mí sentarme aquí y verlo. Ayudo a la gente. Es lo que hago. Es mi trabajo. Al menos eso es lo que sigo diciéndome mientras resisto el impulso de consolarla.

Si hablo con Ivy, todo el grupo me oirá. Eso no sería justo para ella. Así que hago lo único que puedo. Me recuesto y miro por la ventana, contemplándolo todo, sabiendo que esta puede ser la única vez que venga a Hawái. Porque los tipos como yo —la gente de mi profesión— normalmente no podemos hacer viajes como este.

Dustin vuela sobre Waimea Canyon. Y luego nos lleva volando hasta allí. Señala algunos miradores populares y rutas de senderismo. Vemos gente parada al borde de los acantilados, saludándonos mientras pasamos volando. Sonrío, sabiendo que seré una de esas personas en solo unos días.

Caminar por el cañón no estaba en mi itinerario oficial, pero es algo que quiero hacer. Y es gratis.

Treinta minutos después, tras volar sobre una mejor parte de la isla, el piloto comienza a hablar de flores. El hibisco amarillo es la flor del estado. Todo su parloteo sobre las flores es la parte más aburrida del viaje. Al parecer, Ivy también lo cree. Porque se quita los auriculares, los pone en su regazo y cierra los ojos hasta que aterrizamos.

Uno por uno, se nos pide que salgamos del helicóptero y luego nos llevan a una tienda de regalos donde podemos comprar camisetas, recuerdos e incluso un video de todo nuestro vuelo.

Mientras las otras dos parejas se quedan y echan un vistazo, Ivy y yo nos dirigimos a la salida.

—¡Mahalo! —exclama un trabajador, abriendo la puerta para que podamos irnos.

—Gracias —decimos Ivy y yo al unísono.

En silencio, nos dirigimos al estacionamiento para encontrar nuestros autos. El lugar está lleno de jeeps, el auto de alquiler preferido en esta isla. Me río cuando Ivy intenta abrir la puerta de mi auto de alquiler por error y se frustra cuando su llave no funciona.

Me acerco detrás de ella.

—Tal vez deberías probar esta —digo, poniendo mis llaves delante de ella.

Mira sus llaves y luego a los otros jeeps similares.

—Lo siento —dice, avergonzada—. Todos se parecen.

—¿Ivy? —llamo mientras se aleja.

Ni siquiera estoy seguro de qué le voy a decir. Solo sé que quiero impedir que se vaya.

Se da vuelta y levanta una ceja.

—Como los dos estamos solos aquí, tal vez podríamos hacer otras cosas juntos.

—Uh, ¿no estás en tu luna de miel?

Me rio.

—Técnicamente.

—Entonces, ¿dónde está tu esposa? ¿Se acobardó?

—Sí, se acobardó bastante. Se acobardó hace unos nueve meses justo antes de que tuviera que caminar por el pasillo.

La mano de Ivy cubre su boca con sorpresa.

—Oh, lo siento mucho, Sebastian.

—Bass —corrijo—, o Briggs. Nadie me llama Sebastian.

—De acuerdo. Bueno, lo siento, Bass. Y soy Ivy.

—Lo recuerdo —replico, acercándome unos pasos—. ¿Hay un *señor* Greene?

—No. Solo soy yo.

—Bueno, obviamente tenemos los mismos gustos —digo, señalando el helicóptero y luego nuestros jeeps idénticos—. ¿Qué dices a tener algunas aventuras más juntos? Tengo dos tickets para casi todas las excursiones en esta isla.

Reflexiona sobre mi pregunta por un breve momento y luego niega.

—No lo creo. Pero gracias.

—¿Te vas de Hawái pronto? —suelto torpemente.

Niega otra vez.

—No. Fue un placer conocerte, Bass.

—Igualmente, Ivy. Espero que disfrutes tu estancia en Kauai.

¿Espero que disfrutes tu estancia en Kauai? Jesús, sueno como un anuncio de viajes. ¿Es eso lo mejor que se me ocurre?

Se ríe tristemente antes de despedirse con un gesto y alejarse.

Mientras la veo entrar en su jeep blanco de cuatro puertas y alejarse, me pregunto qué podría hacer que una mujer hermosa en una isla hermosa esté tan malditamente triste. Y me encuentro deseando tener la oportunidad de averiguarlo.

2

Ivy

Me encanta pasear por la playa. Especialmente al atardecer. La playa aquí en Poipu no es particularmente larga. Con el tiempo, te encuentras con roca de lava negra que es infranqueable. Pero es lo suficientemente larga para perderte en tus pensamientos. Y a veces es lo bastante larga para olvidar.

Paso un punto en la playa que sobresale en el agua y veo unas pocas focas tomando los rayos finales del ardiente sol. Hay una mujer, una voluntaria llamada Erma, a quien he llegado a conocer bastante bien durante la última semana. Erma es llamada cada vez que las focas son vistas tomando el sol. Ella viene a la playa y acordona la zona para que los espectadores no molesten a las focas en peligro de extinción.

Erma me cuenta que estas dos focas en particular han estado viniendo durante meses. Incluso les han puesto nombre. Flip y Flop.

Me detengo unos minutos para hablar con ella, dejándola impartirme más conocimientos sobre las focas monje que son tan importantes para ella y el estado de Hawái. Creo que Erma debe tener cien años. Su piel está bronceada y aventajada y tiene tantas arrugas que es casi difícil ver a la mujer en el interior. Pero está feliz de venir aquí para proteger a sus “bebés”. Está contenta con su vida.

La envidia.

Una familia se acerca para admirar a Flip y Flop, y Erma se excusa para poder educarlos. Es obvio que ama su trabajo.

Continúo por la playa, observando a dos pequeños grupos de surfistas que están intentando desesperadamente atrapar la mayor cantidad de olas posible antes de que el sol se ponga.

Hay un hombre que trabaja en el puesto de tablas de surf en mi resort. Cada día cuando paso, se ofrece a enseñarme a surfear. Y cada día respondo “quizás mañana”. No es que no quiera aprender. Creo que podría ser divertido. Simplemente no quiero aprender de *él*. Me asusta un poco en un tipo de manera acosadora.

He pensado en intentar encontrar a otro que me enseñe. Pero como la mayoría de mis otras buenas intenciones, normalmente termino sin hacer nada. Me cuesta superar cada día, y la idea de divertirme de hecho me hace sentir peor... culpable incluso.

Ya fue bastante difícil tener el valor de subir al helicóptero hoy. Me tomó una semana reunir el coraje para hacerlo. Y fue tan maravilloso como devastador. Justo como sabía que sería.

Y tan difícil como fue, resultó un cambio bienvenido de mi rutina diaria normal, que consiste en caminar por la playa, comer, llorar, tomar una siesta y luego caminar de nuevo por la playa.

Solo quedan unas pocas personas en la arena a esta hora. Las familias han empacado y regresado a sus habitaciones para lavarse para la cena. La mayoría de los que quedan son parejas caminando de la mano, disfrutando los magníficos colores del atardecer como yo. Hay una mujer paseando a su perro. Hay una niña vendiendo flores. Hay un hombre a lo lejos sentado en una roca de lava, tocando la guitarra.

Cuando me acerco lo suficiente para escuchar al chico tocar, me doy cuenta de lo bueno que es. Este hombre no está solo rasgueando las cuerdas... puede *tocar*. Estoy asombrada de los sonidos que provienen de su guitarra acústica y me encuentro sentándome en la arena a unos seis metros detrás de él solo para perderme en su música.

Varias personas se detienen y escuchan. Una pareja baila y luego el hombre intenta darle algo de dinero al guitarrista, que él rechaza. Pero deja de tocar para tener una conversación con la pareja. Cuando se levanta y se da la vuelta, me doy

cuenta de que es el chico del helicóptero de esta mañana. Sebastian O Bass, como prefiere ser llamado.

Mira hacia mí y es obvio que está sorprendido de verme. Me dirige una sonrisa brillante y levanta la barbilla.

Me pongo de pie y le hago un pequeño gesto con la mano antes de girar para alejarme. Entonces se me ocurre... ¿por qué estaría feliz de *verme*? Estoy avergonzada mientras miro alrededor, segura de que estaba sonriendo a otra persona. Pero luego corre a mi lado, guitarra en mano.

—Ivy —dice. Señala el resort frente al que estamos parados—. ¿Te quedas aquí?

Dejo de caminar y curvo los dedos de los pies en la arena mientras hablo con él.

—No. Me quedo lejos de aquí.

—Vaya. Mundo pequeño.

Asiento hacia su guitarra.

—Te escuché tocar. Eres muy bueno. ¿Tocas profesionalmente?

—Casi lo hice —responde—, incluso asistí a una escuela de música durante unos años antes de perseguir mi verdadero sueño.

—Pero tocas muy bien. Es difícil creer que no quisieras dedicarte a ello.

—Me encanta tocar, pero no tanto como me encanta ser bombero.

Ladeo la cabeza.

—¿Un bombero en Nueva York? ¿Trabajas para el FDNY¹?

Asiente.

—Sí. Lo dices como si conocieras a alguien más que lo hace.

—Mi primo lo hizo, pero eso fue hace mucho tiempo. Renunció para vender autos. Dijo que era demasiado

estresante.

—A veces puede ser bastante intenso, pero también es muy gratificante —comenta—, entonces, ahora que sabes a qué me dedico, ¿cuál es tu profesión, señorita Greene?

—Trabajo para mis padres. Poseen una cadena de floristerías en la ciudad.

—Eso suena bien —dice, justo cuando la chica que vende flores se acerca a nosotros—. Y qué oportuna.

—¿Una flor para la dama? —pregunta la niña.

—Por supuesto —responde Bass, sacando su billetera y entregándole a la niña unos pocos dólares.

—Bass. —Toco su mano—. Gracias, pero eso no es necesario.

—Insisto —dice con una cálida sonrisa.

—Es hermosa —indico, llevándome la flor a la nariz.

—Ponla en tu cabello. Justo encima de tu oreja —sugiere la niña. Mira entre Bass y yo—. Una flor a la derecha significa que eres soltera. Una a la izquierda significa que estás tomada.

Por supuesto que sé esto, soy florista, pero dejo que me lo explique de todos modos.

—Gracias —digo, poniendo la flor sobre mi oreja derecha.

Puedo ver por el rabillo del ojo que Bass está feliz de que la ponga detrás de mí oreja derecha. Y aunque todavía no estoy segura de sus intenciones, me doy cuenta de que es una distracción bienvenida.

La niña se va justo cuando el sol comienza a ser tragado por el mar. Estoy hipnotizada por la vista. Me paro y observo la increíble belleza, feliz y triste al mismo tiempo. Feliz porque estoy cumpliendo un promesa de hacer exactamente esto. Triste porque la persona a la que se lo prometí no está aquí para presenciarlo conmigo.

Escucho la guitarra otra vez. Es suave y relajante y brillante. Casi como si hubiera escrito una canción para

acompañar la puesta de sol.

—¿Qué canción era esa? —pregunto cuando termina, mientras el sol cae por el horizonte.

Se encoge de hombros.

—Algo que acabo de inventar mientras te observaba mirar la puesta de sol.

Siento que me sonrojo al saber que fui la inspiración.

—Eres muy bueno.

—Gracias.

—Bueno, será mejor que regrese. —Miro mis pies descalzos—. Se hace difícil caminar por la playa después del anochecer con todas las rocas de lava. Fue agradable verte de nuevo, Bass.

—Igualmente —dice. Luego me estudia—. Ivy, hablaba en serio antes. Tengo dos tickets para muchas cosas. Voy a estar aquí dos semanas y no tengo a nadie con quien pasar el rato. Todos los demás aquí son parte de una familia o una pareja. Creo que posiblemente seamos las únicas dos personas solteras en Kauai. Y tenemos aproximadamente la misma edad. Al menos eso creo. Tengo veinticuatro años.

—También tengo veinticuatro —replico.

—¿Ves? Ahí lo tienes. Y tú caminando por mi playa es como el universo diciéndonos que deberíamos pasar el rato.

—¿*Tu* playa? —Levanto una ceja.

—Está bien, *nuestra* playa —dice.

—No estoy segura de que sea una buena idea —digo.

—¿Por qué? ¿Estás aquí con alguien? Dijiste que no hay un señor Greene. ¿Hay un novio? ¿Un prometido?

—No.

—¿Novia? —cuestiona con una sonrisa juguetona.

Me río.

—No. Ni novia *ni* novio.

—¿Cuánto tiempo has estado en la isla? —pregunta.

—Una semana.

—¿Y cuándo te vas?

—El veintinueve.

Se ve sorprendido.

—Eso es en cuatro semanas, Ivy. ¿Viniste aquí por más de un *mes*? ¿Sola? Maldición.

—Necesitaba un poco de tiempo lejos.

Asiente.

—¿Una mala ruptura? ¿Un divorcio, tal vez?

Niego, desviando la mirada.

—Bueno, sea lo que sea, creo que nos encontramos por una razón. Voy a hacer tubing² mañana. ¿Recuerdas el piloto que nos contó hoy sobre las viejas plantaciones de caña de azúcar que solía haber aquí? Bueno, puedes hacer tubing por las viejas zanjas de riego. Cruzas por cuevas y otras cosas. En realidad suena bastante divertido.

—Sí, sé todo eso —comento, recordando el año pasado cuando aprendí todo lo necesario sobre esta isla.

—¿Pero no quieres hacerlo? —inquire.

Me encojo de hombros. No le digo que es una de las cosas que se supone que haga. Al igual que el tour en helicóptero.

—Vamos. Será divertido —insiste—. Y educativo.

—Lo siento. Simplemente no puedo —digo—. Debería irme.

Empiezo a alejarme, pero me agarra del codo y me atrae suavemente hacia él. Me acerca tanto que nuestros pechos casi se tocan. Pone su otra mano sobre mi hombro. Cierro los ojos brevemente en un intento de cerrarme. De recordarme por qué estoy aquí. Pero no puedo ignorar la sensación de sus manos sobre mí. Es agradable. Es exigente sin hacerme sentir controlada. Es confiado sin parecer arrogante. Pero lo más importante, comprendo que, por un segundo, podría olvidar.

No me suelta mientras me mira a los ojos. No estoy segura de lo que está pensando, pero sé lo que está pasando por *mi* cabeza. Que es el primer hombre que me toca así, que me *mira* así, desde Eli. Han pasado qué, ¿nueve años desde que un hombre que no fuera Eli me tocó? No es que no lo haya querido. Es que era demasiado complicado intentar estar con alguien. Y luego, bueno, estaba demasiado... entumecida.

De repente, una ola de dolor me abrumba y me aparto.

Parece triste. Se da la vuelta y recoge su guitarra.

—Te diré qué, Ivy Greene. Voy a venir aquí a las diez de la mañana. Esperaré junto a esta roca hasta las diez y media. Si no estás aquí para entonces, iré a hacer tubing sin ti. Pero de verdad espero que aparezcas, porque tengo la sensación de que detrás de esos ojos tristes y misteriosos, hay una mujer que necesita tener una aventura. —Extiende su mano y la estrecho —. Tal vez es incluso una mujer sobre la que escribiré otra canción. De cualquier manera, ha sido un placer conocerte.

—Igualmente, Sebastian Briggs —digo, soltándolo de mala gana.

Se ríe de mí por usar su nombre completo. Me sonrío por recordarlo.

Mientras me alejo, puedo sentir su mirada. Quiero desesperadamente darme la vuelta y mirar. Pero no lo hago. Sin embargo, siento que una sonrisa aparece en mi rostro. Y me doy cuenta de que ni siquiera es una sonrisa triste. Es una sonrisa que no he sentido en al menos un año. Y es malditamente bienvenida.

Cuando llego al punto y veo a Erma empacando su cuerda, las focas habiéndose ido ya, finalmente me doy la vuelta y miro hacia atrás. Bass está sentado en su roca, tocando su guitarra. Y una parte de mí se pregunta si está escribiendo una canción sobre la chica que conoció hoy. La chica de ojos tristes.

Y pienso, por un segundo, ¿cuál sería el daño en perderse en una fantasía por un tiempo? Después de todo, tal vez una

fantasía es exactamente lo que necesito... una que pueda traerme momentos de paz.

3

Sebastian

Me siento en la enorme roca, sintiéndome un poco maltratado y amaratado después de mi segunda mañana de hacer surf. No es que no haya surfeado antes, pero las olas de Hawái son muy diferentes a las de Jacksonville, Florida, donde crecí. Pero estoy empezando a llegar a dominarlo otra vez. El surf es como montar en bicicleta. Hay mucha memoria muscular involucrada, y una vez tu cuerpo descubre cómo mantener el equilibrio, se vuelve mucho más fácil. La parte más difícil la mayoría de las veces es remar hasta el punto de ruptura.

Miro mi reloj y luego hacia la playa. Son casi las diez y media. Decido darle cinco minutos más en caso de que sea una de esas personas que siempre llega tarde.

Froto mi frente. *¿Por qué me estoy obsesionando sobre esto?* No necesito una relación en este momento. Especialmente con alguien que parece tan, no sé, confundida. Pero algo sobre ella es diferente. Y no puedo negar la conexión instantánea que sentí con ella.

—Aloha, señor Briggs —saluda un trabajador del resort—. ¿Sin guitarra hoy?

Me río y niego. Anoche me quedé aquí durante horas, tocando la guitarra. Algunos de los trabajadores me oyeron y vinieron a la playa después de sus turnos para escuchar.

—Tal vez más tarde, señor...

—Tua —dice—. Llámame Tua. Tocas muy bien.

—Gracias. ¿Tocas? —cuestiono.

—Toco el ukelele.

—Tal vez podríamos hacer un dúo alguna noche —digo.

Sonríe.

—Eso me gustaría,

—Podrías enseñarme algunas canciones tradicionales hawaianas.

—Podría hacerlo. Pero ahora debo volver al trabajo. Y tres son multitud —comenta, haciendo un gesto con la cabeza sobre mi hombro.

Me doy la vuelta y veo a Ivy detrás de mí con una toalla de playa y una bolsa de malla. Alza la bolsa.

—No sabía qué ponerme, así que traje un cambio de ropa.

Sonríe ampliamente. Luego me doy cuenta de lo que lleva puesto e intento no comérmela con los ojos descaradamente. Se ha puesto una túnica transparente que apenas esconde el bikini azul brillante que lleva debajo. Y, Dios mío, sé que tendrá que quitársela para nuestra aventura de tubing y me pregunto si incluso notaré algo más en el tour.

Trago saliva e intento conjurar algunas palabras.

—Hiciste bien en ponerte un traje de baño. Seguro que te mojarás. Eh, quiero decir, yo también me mojaré. Todos en el tour se mojarán. —*Jesucristo, ¿por qué se me traba malditamente tanto la lengua?*—. Creo que también necesitamos calzado para el agua, pero ellos nos los proporcionarán. —Me levanto y tomo su bolsa, poniéndola sobre mi hombro—. Me alegra que hayas venido.

—Casi no lo hago —admite.

—¿Por qué no?

Se encoge de hombros y puedo ver en sus ojos que no quiere que la presione, así que no lo hago. Obviamente está aquí sola, en uno de los lugares más hermosos de la tierra, por una razón. Una razón que no quiere compartir conmigo.

—Venga —digo—. Vamos a hacer tubing.

Nos dirigimos al garaje bajo el resort en el que me estoy quedando. Ivy se ríe cuando lo cruzamos.

—¿Cómo puede alguien encontrar su auto?

Los lugares están llenos de docenas de jeeps. Cuando encuentro el correcto, señalo la pegatina amarilla brillante de una bailarina de hula en la ventana trasera.

—Podría haber intentado subirme al equivocado ayer, así que lo compré en una tienda de recuerdos.

Suelta una risita, estudiando la tonta pegatina.

—Buena idea. Ojalá se me hubiera ocurrido. Siempre estoy perdiendo mi auto.

Le abro la puerta antes de entrar.

—¿Sales mucho? ¿A explorar la isla o a restaurantes? Me vendrían bien unas buenas recomendaciones de lugares para comer.

—No he salido mucho —responde, pareciendo avergonzada—. He ido al mercado local unas cuantas veces. Tengo una cocina completa en mi sitio de alquiler, así que he estado cocinando allí.

—¿Y la exploración? —pregunto, poniéndome las gafas de sol mientras salgo del estacionamiento.

Niega.

—Lo del helicóptero fue la primera vez que hice algo así. Aunque camino mucho por la playa.

—¿Llevas una semana aquí y es la primera vez que has visto algo de la isla fuera de nuestra pequeña franja de Poipu Beach?

Asiente, pero de nuevo no ofrece ninguna explicación.

Me pregunto qué la mantendría encerrada en su habitación durante una semana en un lugar como este. Debe estar lidiando con alguna mierda profunda. Resulta que tengo algunos amigos que pasaron por cosas bastante horribles. Cosas que les impidieron vivir plenamente sus vidas durante muchos años. Creo que tal vez Ivy es una de esas personas. Atrapada en una rutina de la que no puede salir. Tal vez todo lo que necesita es un empujón. Y no sé por qué, pero me siento obligado a ser ese empujón. Más y más, siento que conocer a Ivy viene con un propósito mayor.

Mi teléfono suena, echo un vistazo y sonrío cuando veo quién es.

—Espero que no te importe que conteste esta llamada —digo—. Es mi mejor amiga.

—Adelante —replica Ivy.

Pongo la llamada en altavoz.

—Hola, Penny. ¿Cómo va todo?

—Es genial oír tu voz, Bass. ¿Has encontrado ya alguien sexy con quien surfear?

Ivy se ríe y se cubre la boca.

—Aspen, estoy en mi auto y te tengo en altavoz. Y, por favor, no me hagas sonar como un mujeriego cuando tengo una mujer sentada a mi lado.

Su risa se oye a través del teléfono.

—Bueno, entonces quizás quieras advertirme que estoy en altavoz la próxima vez. Hola, mujer sentada al lado de Bass, soy Aspen Andrews.

—Uh, hola —dice Ivy torpemente—. Soy Ivy Greene.

—Ivy y yo nos conocimos ayer en un helicóptero. Es de Nueva York.

—¡Eso es fantástico! —exclama Aspen.

Ya puedo oír en su voz que está pensando que será la indicada.

Aspen ha estado intentando emparejarme durante meses. Aunque ahora vive en Kansas City con su prometido que juega al béisbol profesional, sigue eligiendo mujeres para mí a través de sus amigos en Nueva York.

—No te retendré entonces —dice—. Solo quería darte la buena noticia.

—¿Buena noticia?

—Sawyer y yo escogimos una fecha.

—Eso es genial, Penny. ¿Cuándo es?

—El dos de enero. Queríamos poder ir de luna de miel antes de que tuviera que regresar para el semestre de primavera. Y decidimos casarnos en Nueva York. Tiene sentido. Es donde están la mayoría de nuestros amigos. Excepto Denver, y espera conseguir una excepción para irse de Missouri. No hay forma de que me case sin él, así que estoy totalmente preparada para cancelar si no puede asistir.

—Lo marcaré en mi calendario para asegurarme de no estar de turno.

—Será mejor que no estés de turno —dice—. Eres mi padrino.

Echo un vistazo a Ivy, que no tiene más remedio que escuchar nuestra conversación, pero intenta no ser obvia.

—Tienes que traer un acompañante, ya sabes. Me pregunto quién será.

Pongo los ojos en blanco ante su tenacidad.

—Adiós, Penny. Hablaré contigo pronto.

—Adiós, Bass. Adiós, Ivy.

La llamada termina.

—Parece agradable —comenta Ivy—. Y muy directa.

—Tienes razón en ambos casos. Es la razón por la que estoy en Hawái solo.

Le echo un vistazo para ver la mirada de sorpresa en su rostro.

—¿Es la que te plantó en el altar? ¿Cómo es tu mejor amiga entonces?

Mi GPS anuncia que estamos en nuestro destino y giro hacia el estacionamiento.

—No es la que me plantó en el altar. Pero es la razón por la que me plantaron. —Niego—. Es una larga historia, pero ahora mismo vamos a hacer tubing.

Nos registramos en la cabina del almacén. Firmamos una exención y nos dan calzado acuático, guantes y cascos con una

luz encima.

Ivy se ve adorable con su casco con su cabello largo cayendo en cascada por sus hombros hasta justo debajo de sus pechos. Y esos pechos, mierda, ahora que se ha quitado la túnica, puedo ver que su piel bronceada es un contraste con las zonas de carne blanca y cremosa en los bordes de su bikini. Debe caminar mucho por la playa en ese bikini.

Tengo que calmarme antes de que una erección me avergüence delante de todo el grupo.

Nos subimos en una gran furgoneta y procedemos a seguir a otros dos vehículos por carreteras secundarias hasta nuestro punto de partida donde nos dan instrucciones los guías que nos acompañarán.

Cuando nos dirigimos al agua, Ivy me empuja delante de ella.

—Tú primero —indica—. Dicen que el agua está fría.

Me siento en mi tubo, sintiendo el choque del agua fría, y luego veo a Ivy hacer lo mismo. Tan pronto como su culo toca el agua, la piel de sus brazos se eriza y sus pezones se endurecen. Es difícil lograr alejar la mirada. Y ella no falla en notar mi mirada embobada. De hecho, el indicio de una sonrisa cruza su rostro.

Acabo de convertir en mi misión hacer sonreír a esta mujer. Porque por muy hermosa que sea sin una, apuesto a que podría poner a un hombre de rodillas si le sonrío.

Apuesto a que podría ponerme de rodillas. Y es refrescante pensar eso. Porque aunque he tratado de tener citas en los últimos nueve meses, no me he sentido así con nadie. Ninguna chica ha hecho que se me acelere el corazón y mi calzoncillo me apriete. No desde Aspen. Y tardé mucho en aceptar que nunca estaríamos juntos. Solo me alegra que no permitiéramos que eso arruinara nuestra amistad.

Con Ivy, todo es diferente. No puedo comprenderlo, pero cuando la miro a los ojos, sé que estábamos destinados a conocernos.

Empiezo a alejarme de Ivy y extiende la mano para agarrar la mía. Se acerca a mí, pero no la suelta. Me doy cuenta de que nos estamos tomando de la mano a través de los guantes, los gruesos que aseguran que no nos cortemos con las afiladas paredes de las cuevas por las que vamos a pasar, pero por alguna extraña razón, eso no hace que se sienta menos íntimo. Y por la forma en que me está mirando, sé que está pensando lo mismo.

El guía suelta la cuerda que nos impedía avanzar y empezamos a bajar por el estrecho canal que está lleno de todo tipo de follaje, ramas y árboles. Llegamos a la primera cueva y se nos indica que encendamos las linternas de la cabeza. La fuerza del agua detrás de nosotros nos impulsa a través de la cueva, haciendo rebotar nuestros tubos en las paredes de la cueva como bolas en una máquina de pinball.

Está oscuro, pero puedo oír la risa detrás de mí. Espero que sea Ivy. Suena como Ivy. Pero no parece ser del tipo risueño. Espero cambiar eso.

Cuando salimos de la cueva, está lloviendo y hemos reducido la velocidad. Algunas de las personas del tour se quejan de la lluvia, pero no Ivy. Deja caer su cabeza hacia atrás contra su tubo y luego abre la boca y parece una niña que quiere atrapar las gotas de lluvia en su lengua.

Estoy hipnotizado con solo mirarla.

Alguien choca con ella por detrás y sus ojos se abren de golpe mientras se endereza. Podría jurar que veo lágrimas cayendo de sus ojos. Por otro lado, podría ser solo la lluvia.

Nos separamos en el siguiente túnel y, de alguna manera, termino en la parte delantera del grupo con Ivy en la parte trasera. Es difícil controlar el tubo, pero hago todo lo posible por dejar pasar a la gente para poder ir a su lado. Para cuando llegamos a la cuarta cueva, ella me ha alcanzado. Y me alegro, porque en medio de esta cueva, nos detienen y nos dicen que apaguemos las linternas. Está muy oscuro mientras nuestro guía nos cuenta una historia de fantasmas, una que hace que Ivy me tome de la mano una vez más.

Retiro mi mano y me quito el guante, poniendo mi mano desnuda en su brazo. Se aleja brevemente de mí y luego coloca su mano desnuda en la mía. Y en la oscuridad, nos tomamos de la mano. Desearía poder ver su rostro ahora mismo, pero estamos envueltos por oscuridad total. Sin embargo, no estoy seguro de que necesite ver su rostro para saber lo que siente. El agarre que tiene en mi mano me dice todo lo que necesito saber. Y cuando acaricio sus nudillos con mi pulgar y me da un apretón, sonrío. Sonrío en la oscuridad porque sé que ese pequeño apretón es la señal que esperaba.

Y me pregunto si todo este tiempo, en medio de todo mi dolor, Ivy Greene no es la mujer que he estado esperando.

4

Ivy

Cuando nos detenemos en el garaje en el jeep de Bass, pienso en nuestra experiencia. Fue todo lo que pensé que sería y más. Las miradas. Los codos chocando. Las manos sostenidas. El contacto persistente. Esas fueron todas las cosas que no anticipé. Al igual que el helicóptero, la excursión de tubing fue otra píldora difícil de tragar, sabiendo por qué estaba allí. Pero con Bass a mi lado, no fue tan doloroso. Y me doy cuenta de que tal vez esto fue más que solo usarlo para olvidar.

—¿Te gustaría unirme a mí para el almuerzo? —pregunta Bass mientras salimos de su auto.

—No lo creo. Pero muchas gracias por llevarme a hacer tubing. Fue muy divertido.

Ladea la cabeza y me estudia.

—¿Lo fue? Algunas veces parecías triste y me pregunté si incluso querías estar allí.

—Podría no haber querido estar allí, pero lo necesitaba. Y lo hiciste divertido. Así que gracias.

Creo que cualquier otro hombre me pediría una explicación. Pero no lo hace. Parece entender que hay algo de lo que no quiero hablar. Parece *entenderme*. Lo veo cada vez que permite que sus ojos se claven en los míos.

Abre la puerta del auto otra vez.

—Al menos déjame llevarte a casa.

Tomo mi bolso del asiento trasero.

—No hace falta. Me gusta caminar por la playa. No está lejos.

Me acompaña fuera del garaje y por los jardines que bordean el interior de su resort mientras seguimos el camino hacia la playa.

—¿Cuál es el tuyo? —cuestiono, mirando a todos los edificios.

Me da la vuelta y señala el cuarto piso a un balcón con vista a los jardines y la piscina.

—Ese.

Miro hacia el océano y trato de determinar si tiene una vista de él.

—Desde mi balcón puedes ver una franja de océano a través de esos árboles de allí. Estoy seguro de que los padres de mi ex pagaron mucho por la *vista del océano*. —Hace comillas en el aire.

—¿Los padres de tu ex pagaron por este viaje? —inquiero sorprendida.

—Sí. Y también por todos los viajes adicionales. Diablos, no podría permitirme todo esto con el sueldo de un bombero.

Me hace gracia.

—Parece que hay una historia allí.

Se ríe.

—La hay. ¿Qué tal si te la cuento durante la cena? Uno de los trabajadores dijo que necesito comer en un lugar llamado Kalapaki Joe's cerca de aquí. Es un bar con comida a la parrilla que parece de mi gusto.

Lo pienso por un segundo, mordiéndome el labio mientras miro al agua. Ha sido un buen cambio de ritmo pasar tiempo con alguien. Evita que profundice demasiado en mi cabeza y me pierda. Por eso mis padres me enviaron aquí después de todo, para encontrarme o algo.

—Oí a algunas personas hablar sobre ese restaurante cuando estaba en la playa ayer —comento.

—¿Qué tal? Está cerca. Podría caminar hasta tu lugar y luego podríamos ir hasta el restaurante desde allí.

—Creo que podría hacer eso.

—¿Seis en punto?

Asiento.

—Te veré en la playa. Mi resort es el que tiene los tejados rojos.

—Creo que sé dónde está. Pasé por allí esta mañana.

—¿Te gusta pasear por la playa?

—Sí —dice con una sonrisa pícara.

Tal vez tenemos más en común de lo que pensaba.

—¿Te gustan las flores? —pregunto.

—Ahora sí, Ivy Greene.

No puedo evitar sonreír. Me pongo la bolsa al hombro y me alejo.

—Te veo a las seis, Sebastian Briggs.

Su risa se oye detrás de mí.

Trato de tomar una siesta, pero todo en lo que puedo pensar es en esos intensos ojos azules suyos. Y sus manos. Son tan grandes que las mías prácticamente se perdieron entre ellas. Apuesto a que es un buen bombero. Es alto. Y musculoso. Y protector.

Pienso en el único hombre con el que he estado y los comparo. Las manos de Eli son suaves, como las mías. Probablemente porque es profesor y no necesita usarlas para combatir incendios y salvar vidas. Y su altura es casi la media. Guapo, sí, pero no es hermoso como Bass. Bass es uno de esos hombres que ponen en un calendario de bomberos. Probablemente sea mister Enero, o lo que sea.

Me encuentro excitada solo con pensar en él, y antes de darme cuenta, mi mano está debajo de mis bragas y me estoy tocando. Pienso en sus ojos. Sus manos. Su cabello corto y sexy. Es fuerte, eso es seguro. Es el tipo de hombre que puede cargarte y llevarte a la cama. Es el tipo de hombre que hace

realidad las fantasías. Y se encuentra a solo un paseo por la playa. Solo. *Invitándome* a cenar.

Ha pasado tanto tiempo desde que tuve la energía para pensar siquiera en un hombre, y mucho menos llegar al orgasmo por uno. Sin embargo, aquí yazco, frotándome más fuerte y más rápido hasta que vuelvo a poner la cabeza sobre la almohada y grito su nombre.

Luego, mientras me tumbo en silencio, me invade una enorme tristeza. *¿Cómo puedo permitirme estos momentos?*

Inmediatamente me siento culpable. Culpable por sentir. Culpable por desear. Culpable por vivir.

Cierro los ojos e intento dormir. Pero sé que me estoy engañando. Solo hay un rostro que veo cuando sueño.

Sus ojos me contemplan mientras camina hacia mí. Comienzan en la parte superior de mi cabeza, deteniéndose para apreciar el maquillaje que apliqué cuidadosamente, descendiendo al escote de mi vestido veraniego y continuando hacia mis piernas bronceadas, solo para terminar en mis pies descalzos antes de que vuelva a mirarme al rostro...

—Vaya —dice—. Te ves fantástica.

No puedo evitar sonreír. Me siento mucho más satisfecha después de su escrutinio que hace horas cuando me llevé al orgasmo.

—Gracias.

Me devuelve la sonrisa.

—Sabía que tendrías una gran sonrisa.

Me siento sonrojar.

Había querido cancelar y solo esconderme esta noche. Pero su reacción me da la confianza de que tomé la decisión correcta.

Asiente hacia mis zapatos en el suelo a mi lado.

—¿Quieres que los lleve?

—No hace falta, ya llevas los tuyos. Pero gracias por preguntar.

Si he aprendido algo sobre Sebastian Briggs en las últimas veinticuatro horas, es que es caballeroso. Abre la puerta para todo el mundo. Siempre se preocupa por los demás. Es muy extrovertido. Puede mantener una conversación con cualquiera. Y no acepta un no por respuesta.

De acuerdo, así que tal vez sé más sobre él de lo que pensé. Y estoy a punto de descubrir mucho más. ¿Lo plantaron en el altar? Eso tuvo que doler. No me lo puedo imaginar. Pero dijo que fue hace nueve meses. Me pregunto por qué tardó tanto en venir de supuesta luna de miel.

Me pregunto si espera que le cuente *mi* historia. De ninguna manera va a suceder eso. Las únicas personas que conocen mi historia son las que la vivieron conmigo. Todavía es muy difícil para mí siquiera *pensar* en mi historia, y mucho menos decirla en voz alta.

Porque lo hago. Pensarlo. Cada maldito segundo de cada maldito día.

Pero luego me giro y miro a Bass y me doy cuenta de que por un momento hoy, cuando estábamos en los flotadores en el oscuro túnel, no estaba pensando en mi historia. Y en la playa anoche cuando lo vi tocar la guitarra tampoco estaba pensando en eso.

Así que no, no le contaré mi historia. Sino que lo usaré para intentar olvidarla. No toda, por supuesto, porque hay muchas partes hermosas. Solo las partes malas. Las partes que me arrancan el corazón y lo machacan.

—Bonito día —comenta, mientras caminamos despacio hacia el restaurante.

—Siempre es agradable en Kauai. No ha habido un mal día desde que llegué.

—Pensé que Dustin, el piloto, dijo que llueve más en esta isla que en cualquier parte de Estados Unidos.

—Lo hace. Pero no siempre en la costa. Y a veces solo llueve durante diez o quince minutos y luego vuelve a estar

perfectamente soleado. La mayor parte de la lluvia ocurre en las montañas. De hecho, llovió tanto la primavera pasada que tuvieron que cerrar parte de la isla al tráfico, lo que fue difícil ya que prácticamente solo hay una carretera principal que rodea las tres cuartas partes de Kauai. Me alegro de que el camino esté abierto otra vez. Podría querer hacer un viaje al norte.

—Parece que sabes mucho sobre la isla —dice.

—Lo sé.

—¿La investigaste antes de venir?

—Podrías decir eso.

Siento que me mira mientras caminamos.

—No revelas mucho, ¿verdad, Ivy Greene?

Tengo el impulso de sonreír cuando usa mi nombre completo. Pero puedo sentirme luchando contra ello.

—Oh, mira —comento, viendo un rostro familiar—. Hay alguien que quiero que conozcas.

Le presento a Bass a Erma y le pido que le cuente todo sobre las focas monje a las que les gusta tomar el sol en la playa.

—Lamento que te las hayas perdido —digo mientras nos despedimos de Erma y seguimos nuestro camino.

—Tal vez deberíamos salir temprano mañana e intentar verlas.

Mi estómago se voltea al pensar en pasar más tiempo con él.

—Sí, tal vez deberíamos.

—Mira las olas rompiendo sobre esas rocas —señala Bass. Se mete la mano en el bolsillo y saca su teléfono. Luego me detiene junto a él, dándole la espalda a las rocas.

Sostiene su teléfono con el brazo extendido y toma un par de fotos. Las mira, al parecer insatisfecho con la forma en que resultaron.

—Espera —dice, preparando su teléfono para tomar una foto mientras observa el siguiente grupo de olas aproximarse—. Espera. Aquí viene. ¿Lista? De acuerdo, ahora.

Giramos y él toma la foto justo cuando una ola rompe sobre las rocas detrás de nosotros.

Me muestra la foto. La miro mucho más de lo que uno suele mirar selfies. La miro porque lo que veo es muy inusual.

Estoy sonriendo.

—¿Me la puedes enviar? A mi familia le encantaría verla.

Creo que tal vez ver una foto como esta, yo sonriendo y con un hombre, me los quitará de encima por un tiempo. Estoy tan cansada de los mensajes diarios y las llamadas telefónicas. Lo juro, entre Holly, Alder y nuestros padres, uno de ellos siempre llama o envía mensajes. Lo llaman ser de apoyo. Yo lo llamo protocolo de prevención de suicidio.

—Por supuesto. Dame tu número. —Luego me codea—. Pero tengo que advertirte que una vez lo tenga, podría invitarte a salir todas las noches. Quiero decir de una manera encantadora y nada acechadora.

Me río. Oh, se siente tan bien reír. Luego le doy mi número. Porque en este momento me doy cuenta de que quiero verlo todos los días. Quiero verlo todas las noches. Porque entumece el dolor. Es mejor que beber. Es mejor que las drogas. Debería saberlo. He probado ambos en los últimos seis meses.

—Ahí va. Hecho —dice, enviándome la foto—. Penny enloquecerá cuando la vea. Ha estado muriendo por una foto desde que hablamos por teléfono antes.

Señala un restaurante a través de los árboles.

—Mira, aquí estamos.

Avanzamos y nos sentamos inmediatamente junto a la pared trasera, que son ventanas abiertas con vistas a algunas canchas de tenis y, más allá de eso, al océano.

—¿Todos los restaurantes son así? —cuestiono—. Ya sabes, ¿con ventanas abiertas con una gran vista?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. Pero creo que deberíamos averiguarlo. Te dejaré elegir el lugar al que iremos mañana por la noche.

—¿En serio? —digo con una sonrisa.

—Sí. —Agita su teléfono en el aire—. Tengo tu número ahora. Tienes que decir que sí, o te perseguiré y te encontraré.

—Pero de una manera encantadora y nada acechadora, ¿verdad? —bromeo.

La camarera viene y toma nuestra orden de bebidas. Entonces Bass me muestra un mensaje en su teléfono.

Penny: Es hermosa. Hacen una buena pareja. Salúdala de mi parte.

Bass toca su teléfono y me muestra una foto.

—Sabe cómo eres. Es justo que sepas cómo es.

Es muy bonita. De mi edad. Cabello castaño. Delgada. Y está parada junto a un hombre muy atractivo. Debe ser su prometido.

—Dijo que se llama Aspen. ¿Pero la llamas Penny?

—Sí. Nos conocimos cuando éramos estudiantes de primer año en Juilliard.

Levanto una ceja.

—¿Fuiste a Juilliard? Pero dijiste que eres bombero.

—Lo soy. Dejé Juilliard después de dos años para poder concentrarme en formarme como técnico de emergencias, luego como paramédico y finalmente como bombero.

—¿Y Penny? Eh... ¿Aspen? En realidad, ¿cómo debería llamarla?

—La mayoría de la gente la llama Aspen. Su hermano y yo somos los únicos que usamos apodos. Bueno, y sus padres, pero ambos fallecieron.

—Eso es horrible —comento.

—Murieron en un accidente de auto poco después de que ella comenzara en Juilliard.

—No puedo imaginar estar sin mis padres.

—Yo tampoco. Son prácticamente la única familia que tengo. Soy hijo único. ¿Tienes hermanos? —pregunta, justo cuando traen nuestras bebidas.

Tomo un sorbo, preguntándome cuánta información personal quiero divulgar. Pero hablar de mis hermanos parece bastante benigno.

—Dos. Ambos mayores. Alder tiene treinta años. Está casado con Christina. Dirigen la tienda en Long Island. Luego está Holly. Tiene veintiocho años. Supongo que se podría decir que es mi mejor amiga. Holly y yo nos encargamos de la tienda en Brooklyn. Bueno, sobre todo ella. Especialmente últimamente. Y mis padres dirigen la de Manhattan.

—¿Alder? ¿Holly? ¿Ivy? A tus padres realmente *les* gusta la horticultura, ¿no? Y una cadena de floristerías. Eso es genial. ¿Cómo se llaman?

—*The Greene Thumb* —contesto.

—Por supuesto —dice, sonriendo—. Creo que he visto tu tienda en Brooklyn antes. ¿No hubo un incendio en el negocio junto al suyo hace unos meses? Recuerdo vagamente haber tenido que cortar la pared para asegurarme de que no estuviera ardiendo. —Me mira fijamente—. Pero no recuerdo haberte visto allí. Definitivamente te recordaría.

—Yo, eh... no he trabajado mucho allí últimamente. Pero sí, tuvimos que reparar muchos paneles de yeso. —Jugueteo con mi menú—. Entonces, ¿trabajas en una estación de bomberos en Brooklyn?

—Estación de bomberos 319.

—¿Están listos para pedir? —inquire la camarera.

Pedimos y luego una banda comienza a tocar música hawaiana. Es encantador y nos sentamos a escuchar. Doy la bienvenida al descanso en la conversación. Estaba empezando a ser un poco personal.

Algunas mujeres se levantan de sus mesas y comienzan a bailar. Estoy hipnotizada. Sus movimientos son suaves, fluidos y hermosos. Y cada baile cuenta una historia que acompaña la canción siendo tocada.

Una de las mujeres me ve admirándolas, se acerca y me invita a unirme.

—Oh, no, no puedo. No sé cómo.

—Te enseñaré —replica la baja y corpulenta mujer hawaiana.

—Uh... está bien —digo, a regañadientes siguiéndola a donde está tocando la banda.

Miro a Bass con lo que estoy segura es terror en mis ojos, pero solo asiente de modo alentador. Y durante los siguientes diez minutos, soy muy consciente de que me está mirando fijamente mientras fallo miserablemente en aprender cómo bailar de una manera en la que nunca he bailado.

Debo verme ridícula en comparación con las nativas que bailan a mi lado, pero los movimientos que me están enseñando son sensuales. Y la forma en que se mueve mi cuerpo me hace sentir algo que no he sentido en mucho tiempo. Me hace sentir sexy.

Y si la mirada acalorada de Bass es una indicación, diría que también lo cree.

De repente, es como si un fuego se hubiera encendido en mi vientre. Uno que se apagó hace años. No estaba segura de que alguna vez se volviera a encender. Esto se siente como algo más que un momento que puedo usar para olvidar. Y mientras miro a Bass al otro lado de la habitación, me doy cuenta de que no tengo hambre de la comida que acaba de ser pedida. Pero al mismo tiempo, soy una mujer hambrienta.

5

Sebastian

La cena fue una tortura. Todo el tiempo, lo único que pude hacer era pensar en cómo se veía Ivy bailando la música tradicional hawaiana. La forma en que se movía era malditamente sensual. Y me hacía querer escribir una canción solo para que pudiera bailar para mí. En privado.

De camino a casa tras la cena, la tomo de la mano. Me lo permite. Juntos, caminamos y vemos a los últimos surfistas del día.

—Me gustaría intentar eso alguna vez —comenta.

—¿En serio? Podría enseñarte. No soy un experto, pero crecí en Florida así que surfeaba mucho. He tomado algunas clases en los dos últimos días, solo para recuperar el ritmo.

—Hay un tipo espeluznante en mi resort que sigue preguntándome si quiero aprender a surfear. Pero la idea de sus manos sobre mí...

Aprieto su mano.

—Pero la idea de *mis* manos sobre ti... ¿eso está bien?

Me mira y no puedo notar si se está sonrojando o no, pero estoy bastante seguro de que tengo mi respuesta.

Nos detenemos y observamos el sol siendo tragado por el mar. Los colores del horizonte son brillantes. Por lo general, me gusta estar aquí afuera tocando la guitarra a esta hora del día. La puesta de sol es muy inspiradora. Pero ahora, creo que he encontrado un tipo diferente de inspiración.

—Ivy, ¿te gustaría venir a mi lugar por una bebida?

—No —responde, todavía mirando el océano.

Intento no sentirme demasiado decepcionado. Pero tras el día que hemos tenido juntos, es difícil no hacerlo.

Entonces aprieta mi mano y asiente detrás de nosotros.

—Mi lugar está más cerca.

El alivio me invade mientras una sonrisa se apodera de mi rostro. Siento la urgencia de tomarla en brazos y llevarla, pero no lo hago. Me temo que ya la he asustado un poco con comentarios de invitarla a salir cada noche. Pero tras lo que pasó con Aspen y luego Brooke, me prometí que sería sincero en lo que se refería a mujeres. Y es verdad... quiero pasar cada día con Ivy. No puedo explicar por qué me siento atraído hacia ella. Tal vez es el bombero en mí que quiere protegerla de lo que sea que haya tras esa triste mirada. Tal vez es la forma en la que siente tanta emoción cuando ve una catarata, o cuando mira una puesta de sol, o cuando llueve. Tal vez sea su intensa belleza.

Sea lo que sea, sé que estábamos destinados a conocernos. Y planeo aprovechar cada minuto que tengamos juntos.

Me lleva hacia su lugar de alquiler. Se queda en un resort, al igual que yo. Todos los resorts en la playa son lindos, pero este está un nivel por encima de los demás. Cada trabajador que pasamos parece saber su nombre y nos preguntan no menos de tres veces si necesitamos algo mientras caminamos por la zona.

—Bienvenida, señorita Greene —saluda una mujer mientras mantiene abierta la puerta de entrada a su edificio—. Su cama ha sido destapada y la fruta que pidió está sobre su mostrador. —Le entrega una flor a Ivy, una que una mujer podría colocarse sobre la oreja.

—Gracias, Leilani. Ten una buena noche.

—Aloha, señorita Greene. Disfrute su noche.

—Esa es la conserje —explica Ivy, mientras entramos en el ascensor.

—¿Tienes un conserje? ¿Solo para este edificio? —inquiero con una ceja alzada—. Quiero decir, hay uno en mi

resort, pero se sienta tras un escritorio en el vestíbulo y suministra servicios a *todos*.

Ivy se encoge de hombros mientras se abren las puertas del ascensor. Pasamos frente a dos puertas de camino a la suya y me doy cuenta de que requiere bastantes más pasos ir de una puerta a la siguiente de lo que lo hace en mi resort. Cuando acerca su tarjeta a la cerradura magnético y la puerta se abre, puedo ver el por qué.

El lugar es espectacular. Me recuerda a las casas de algunos de mis amigos. Los amigos que hacen millones de dólares al año jugando al béisbol profesional. Me tomo un minuto para mirar alrededor de la opulencia que me rodea.

—Tu familia debe vender un montón de flores —comento.

—Sí. Pero es solo dinero, Bass. Y el dinero no lo compra todo.

La veo dejar la solitaria flor sobre el mostrador. Hay algo oscuro y distante en sus ojos. Una tristeza como nunca he visto.

Me nota observándola e intenta poner una sonrisa en su rostro. Pero no es genuina.

—¿Qué tal una copa de vino? —cuestiona, señalando una botella sobre el mostrador.

—Claro. —Tomo la botella y voy en busca de un sacacorchos mientras toma copas de un armario.

—Podemos beber una copa en el balcón —dice.

Nos sirvo a cada uno una copa y caminamos hacia las puertas del balcón, mi mandíbula aflojándose ante la vista. Debe ser la mejor de Kauai. Su balcón se curva en una esquina y tiene una vista despejada tanto del océano como de la pintoresca isla.

Nos sentamos en un sillón exterior, bebiendo nuestro vino mientras las estrellas se vuelven cada vez más visibles en el cielo.

—¿Por qué fue Aspen la razón por la que te plantaron en el altar? —cuestiona Ivy de repente—. Quiero decir, si no te molesta la pregunta. Dijiste que me contarías la historia durante la cena.

—Lo hice, ¿no es así?

Asiente alentadoramente.

Bebo un sorbo de vino y luego inhalo, esperando no abrir viejas heridas al discutir de nuevo el pasado con ella.

—Estuve enamorado de ella —digo.

—¿Estuviste enamorado de Aspen?

Asiento.

—Ya sabes que nos conocimos en primer año. Salimos por un breve tiempo, pero decidimos... bueno, *ella* decidió que estábamos mejor como amigos. Así que eso es lo que éramos. Amigos. Y rápidamente nos convertimos en *mejores* amigos. Pasábamos cada minuto juntos. La ayudé a superar malos momentos cuando sus padres fallecieron. Me convenció de no sentirme culpable por dejar Juilliard y seguir mi sueño. Nos volvimos compañeros de cuarto un año después de conocernos y vivimos juntos hasta que se mudó con Sawyer.

—¿Sawyer?

—Ese es su novio. Sawyer Mills. Es jugador de béisbol profesional.

—Oh, sí. Juega para los Nighthawks de Nueva York, ¿verdad?

—Solía hacerlo, pero ahora juega para Kansas City.

—¿Y la amaste todo el tiempo? —pregunta—. Eso debe haber sido duro para ti, verla enamorarse de otro.

—No tienes ni idea. Pero fue mi propia culpa. Nunca le dije cómo me sentía. Y terminé haciendo algunas cosas estúpidas. —Niego, recordando lo idiota que fui—. Estaba celoso cuando Penny comenzó a tener sentimientos hacia Sawyer, así que me mudé con Brooke. Era una vieja amiga de la escuela a la que sabía que siempre le había gustado.

Entonces, cuando Penny y Sawyer se prometieron, perdí la cabeza y le pedí a Brooke que se casara conmigo. En realidad no era esa mi intención. Estaba herido porque sabía sin duda que Aspen y yo jamás estaríamos juntos. Y pensé que tal vez también estaba perdiendo a mi mejor amiga.

Ivy pone su mano sobre la mía.

—Lo siento.

—Está bien. Ahora estoy bien. Pero Brooke vio a través de mí y llegado el momento, no quiso ser mi segunda opción.

—Chica lista.

Me rio.

—Sí, lo es. Todavía hablamos a veces. Me tomó un tiempo contactarla después de que me dejara. Pero tenía que disculparme. Ahora estamos bien. Amigables, pero no exactamente amigos.

—¿Y Aspen? ¿Aún la amas?

Bebo un sorbo de vino y medito sobre su pregunta. He pensado mucho en ello en los últimos nueve meses. Y por primera vez en casi cinco años, sé cuál es la respuesta.

—No, no lo hago. La quiero. Siempre la querré, pero como amiga. Una hermana. Es feliz con Sawyer y sinceramente puedo decir que estoy feliz por ellos. Me tomó un tiempo aceptarlo, pero lo hice.

—Entonces, ¿por qué esperar nueve meses para hacer este viaje? ¿Esperaste hasta superarla?

—Tuve que esperar hasta tener suficiente tiempo libre —explico—. Había empezado mi trabajo justo un mes antes de la boda. Durante los últimos diez meses, he tomado turnos extra y ahorrado para mis vacaciones, por lo que entre mis días libres acumulados y todos los favores que se me debían, pude tomarme estas dos semanas.

—Pero, ¿qué hay del otro pasaje? ¿Se suponía que Brooke viniese contigo? ¿Por qué no traer a alguien más?

Niego.

—No había a quién traer. No es que no haya tenido citas después de Brooke. Las he tenido. Pero nadie lo suficientemente interesante para compartir Hawái con ella. —Entrelazo mis dedos con los suyos—. Y ahora me alegro de haber venido solo.

—Cuéntame de Denver —dice—. El que dijo que podría no ser capaz de dejar Missouri para ir a la boda. Asumo que están emparentados... Denver y Aspen.

—Son gemelos.

—Oh, qué bien. ¿Son cercanos?

—Extremadamente. Y le ha dolido mucho verlo pasar por todo lo que ha pasado. Fue falsamente condenado por un crimen y ahora está en libertad condicional y no ha podido dejar el estado durante mucho tiempo.

—¿Por qué lo condenaron?

Me encojo de hombros.

—Algún delito de guante blanco. Una estafa piramidal o algo así. Aspen está cien por ciento segura de que él no estaba defraudando a nadie. De hecho, ella le dio su herencia para invertir y lo perdió todo en el proceso. Denver nunca hubiese tomado su dinero. Lo conocí en un par de ocasiones. Antes de que lo arrestaran, volaba a Nueva York para poder pasar juntos sus cumpleaños. Un chico genial. Él y yo improvisábamos juntos a veces. Le gusta la guitarra también.

Baja su bebida y se pone de pie.

—Quédate aquí. Hay algo que quiero mostrarte.

Entra y vuelve un minuto después con una guitarra. Nada especial. Envejecida. Pero me provoca una sonrisa.

Levanto las cejas inquisitivamente.

—No te hagas ilusiones, Sebastian Briggs. No la traje por ti. Hay una tienda de segunda mano junto al mercado. Estaba echando un vistazo en la tienda la semana pasada y la encontré, así que la compré.

—¿Tocas? —inquiero con entusiasmo.

Se ríe.

—No mucho. Puedo rasguear un tono o dos. Sin embargo, nada como lo que puedes hacer. En realidad, incluso me avergüenza un poco mostrártela.

Extiendo mi mano.

—Déjame verla.

Paso los siguientes minutos afinándola.

—No está tan mal —digo.

—¿Puedes tocar algo? —pregunta.

—Por supuesto.

Toco la canción que compuse ayer mientras la observaba alejarse de mí caminando por la playa. La terminé esta tarde.

—Eso fue hermoso —comenta cuando termino—. ¿Qué canción era?

—Es una canción original. La compuse hace poco.

—¿Cómo se llama?

—La llamo *Greene Eyes* —respondo, mirando profundamente sus ojos color chocolate, preguntándome si entiende el significado.

Su piel se sonroja y su lengua asoma para humedecer sus labios. Nos miramos fijamente hasta que bajo la guitarra y me acerco para besarla. Cuando nuestros labios se tocan, es distinto a todo lo que he conocido. Sus labios son suaves. Delicados. Desesperados.

Estaba preocupado de que no quisiese estar conmigo. Temía asustarla y que se alejara. Pero en este momento, parece que lo único que quiere hacer es acercarse más. Y cuando profundizo más el beso, se coloca en mi regazo. Devora mi boca con tal angustia que casi puedo sentir su dolor emocional. Parte de mí siente que lo está haciendo por las razones equivocadas. Pero no me importa. La necesito, y me necesita, y eso es lo único que importa ahora mismo.

Me pongo de pie, sosteniéndola en mis brazos mientras lo hago. Extiende la mano para abrir la puerta. La llevo dentro, sin preocuparme de cerrar ya que me encanta oír el sonido de las olas chocando contra la playa.

La llevo a la habitación y lo coloco sobre la cama. Rápidamente se aleja de mí, rodando hacia el borde de la cama como si acabara de recordar algo. Extiende la mano para meter algo en un cajón. Un marco de fotos, creo. No vi de qué o quién. Pero, sin duda, era una pista sobre por qué está aquí.

—Bésame otra vez —dice cuando rueda de nuevo.

Me muevo sobre ella, cerniéndome por un segundo para estudiar la belleza de ella tumbada debajo de mí. Luego, bajo mi cabeza y saboreo sus labios. Saben a vino. Abre su boca para mí y dejo que mi lengua vuelva a explorar la suya, está vez más lenta y deliberadamente.

Araña mi espalda como si no pudiese acercarme lo suficiente. Sus manos están por todas partes. Están en mis brazos, mis costillas, mi cabello.

Cuando coloco una mano entre nosotros y acaricio sus pechos por encima de su ropa, gime e instantáneamente me pongo duro como el acero.

Saca la camisa de mi pantalón y la levanta hasta que no tengo más opción que romper nuestro beso y quitármela. Desliza sus manos bajo la cintura de mi pantalón y mi bóxer y agarra la carne de mi culo. Arquea su espalda mientras me atrae hacia ella.

—Quítame el vestido —ordena.

—Será un placer —digo, sentándome a horcajadas sobre ella mientras levanto su vestido y lo quito por su cabeza.

—Esos también —añade, señalando su sujetador y las bragas.

Jesús. Nunca he estado con una pareja tan apasionada y demandante. Es muy excitante.

Tan pronto como me deshago de su ropa interior, me quito todo lo que llevo puesto. Luego me tomo un momento para

apreciar su cuerpo. Sus pechos y zona pélvica de un blanco cremoso prácticamente brillan en contraste con el resto de su cuerpo bronceado. Mi polla se levanta, sabiendo lo que está a punto de suceder.

Estoy a punto de ponerme sobre su cuerpo cuando se levanta sobre un codo.

—Por favor, dime que tienes un condón. Quiero decir, tomo la píldora, pero, bueno... ya sabes.

—Lo entiendo. No me conoces en absoluto. Está bien, tengo uno.

En tiempo récord, saco mi billetera del pantalón y tomo un condón.

Me mira con ojos entrecerrados.

—¿Cuánto tiempo lleva eso ahí?

Me rio.

—El tiempo suficiente para que creas que soy un tipo respetable, pero no lo suficiente para que haya expirado.

Sus labios se curvan en una media sonrisa.

—Bien. Póntelo.

Hago un gesto hacia su cuerpo desnudo que apenas he tocado.

—No quieres que...

—Por favor —dice—. Necesito sentirte. Yo nunca...

Se detiene, viéndose como si fuese a revelar algo que no se supone que sepa.

—Un momento. Espera, ¿nunca lo has hecho? —cuestiono, completamente sorprendido. La mujer tiene veinticuatro años. Y bastante agresiva, podría añadir.

—Eso no es lo que iba a decir. Por supuesto que he hecho *esto*.

—¿Qué ibas a decir?

Levanta una ceja.

—¿Quieres conversar o quieres tener sexo?

—Correcto.

Me pongo el condón y subo por su cuerpo. Uso mis dedos para ver si está mojada. Fácilmente deslizo dos dedos dentro de ella y luego coloco mi pulgar en su clítoris.

Grita:

—¡Por favor, Sebastian!

Nunca me ha gustado la forma en que mi nombre suena en los labios de otro más que en este momento.

—¿Estás segura? —pregunto mientras mi pene toca su entrada.

—Lo necesito —contesta, sus ojos suplicándome al igual que sus palabras.

Me inclino y capturo su boca mientras me empujo en su interior. Sus apretadas paredes se sienten muy bien a mi alrededor. Me retiro y vuelvo a entrar, más profundo cada vez. Me agarra el culo, forzándome a llegar hasta el fondo. Ambos gemimos por la sensación.

—Te sientes tan bien —digo.

Aumento la rapidez de mis envites. Mueve sus caderas y me aprieta desde dentro. La sensación es casi demasiado intensa. Todo es demasiado. El baile, la guitarra, la puesta de sol, la playa. Es una fantasía hecha realidad y, de repente, se ha convertido en la mujer de mis sueños.

Mis bolas se aprietan y retrocedo y me muerdo el labio, necesitando esperarla. Pongo una mano entre nosotros y pellizco su pezón. Luego me posiciono hacia el lado y froto su clítoris mientras continúo embistiéndola.

—¡Sí! —grita a la noche—. Oh, Dios.

Tiene espasmos a mi alrededor y observo su rostro mientras su boca se abre y su cabeza cae contra la almohada.

Embisto una última vez, mi poderoso orgasmo sacudiendo mi cuerpo mientras permanezco en su interior.

Colapso sobre ella.

—Jesús, Ivy. Eso fue...

—¿Rápido? —dice.

Rio, rodando hacia su lado.

—Oye, fuiste tú la quiso ir más rápido. Te prometo que la próxima vez lo haremos a *mi* manera. Voy a tomarme mi tiempo contigo.

—¿La próxima vez? —cuestiona.

—Sí. La próxima vez.

Se recuesta contra su almohada, viéndose satisfecha. Pero no necesariamente feliz.

—¿Tienes botellas de agua en tu refrigerador? —pregunto.

—Sí.

—Quédate aquí —digo, yendo por ellas.

En la cocina, veo la flor que la conserje le dio a Ivy. La tomo y la llevo junto con el agua a la habitación. Dejo las botellas en su mesita de noche y le pongo la flor en el cabello. Sonrió mientras la coloco tras su oreja izquierda. Lo que significa que tiene pareja.

Ella, por otra parte, no sonrío ante mi gesto. Se sienta con su espalda contra el cabecero y se cubre con la sábana. Luego, quita la flor de su cabello y la sostiene en sus manos, estudiándola.

—Bass, necesito que entiendas algo. Me gustas, de verdad que sí. Pero no quiero que esperes más de lo que tenemos aquí en Kauai.

Entrecierro los ojos hacia ella.

—La flor no es una propuesta de matrimonio, Ivy. Solo pensé que, bueno, ya que —muevo las manos hacia la cama—, y ambos vivimos en Nueva York. Pensé que podríamos, no lo sé, salir.

Niega con tristeza.

—No lo creo.

—¿Quieres decir que “*lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas*”? —inquiero.

—Sí, algo así.

—¿Estás bien, Ivy? ¿Te pasó algo?

Niega otra vez.

—Necesito esto, Bass. Tal vez más de lo que imaginas. Pero cuando te vayas en doce días, se termina. Cuando vuelva a Nueva York, seré una persona diferente. Una que no es capaz de esto. Sé que eso me hace sonar como una persona terrible. Una que solo estará usándote. Y supongo que así sería. Pero es todo lo que puedo ofrecer. Supongo que tienes que decidir si lo tomas o lo dejas.

Pienso acerca de lo que me está ofreciendo. Es más hermosa que cualquier mujer que haya visto jamás y se está entregando a mí en bandeja de plata... sin ataduras. Es la fantasía de cualquier hombre. Entonces, ¿por qué la idea de tenerla y luego perderla me devora por dentro?

La estudio. Estudio a la chica rota con los ojos tristes y una cosa me viene a la mente. Sawyer Mills. Fue igual con Aspen al principio. No dispuesto a dejarla a entrar más allá de los términos de su acuerdo. Y si él pudo superar sus problemas, tal vez Ivy pueda superar los suyos. Pero Aspen tuvo meses para lograr que él se abriera. Yo tengo doce días.

Ivy abre su botella de agua y bebe. Me observa mientras recoloca el tapón.

—Es mucho pedir —dice—. Y entiendo si te niegas. Pero esta noche fue divertida. Disfruto pasar tiempo contigo. Así que espero que aceptes.

—Bajo una condición —digo.

—¿Cuál es?

—Haces todo lo que voy a hacer. Vienes conmigo a todas mis excursiones y salidas.

—¿Quieres que te dé la luna de miel que tenías planeada?
—pregunta.

Me rio.

—Bueno, ya hemos consumado nuestra relación, así que sí.

—Eres un negociador duro, Sebastian Briggs.

—En palabras de una chica desnuda que conozco, tómalo o déjalo, Ivy Greene.

Una pequeña sonrisa aparece en su rostro.

—Supongo que lo tomaré.

—Bien —digo, tomando su botella de agua, terminándola y dejándola en la mesita de noche. Luego le quito la sábana, tiro de ella para que esté tumbada de espaldas y desciendo por su cuerpo. Justo antes de colocar mi boca entre sus piernas, añado—: Porque vamos a hacer esto a *mi* manera.

6

Ivy

Me despierto rodeada por Bass. No está aquí, se fue anoche. Pero todavía puedo olerlo en mi almohada. Todavía puedo sentir todas las cosas que le hizo a mi cuerpo. Fue como un sueño. Un escape. Fue todo lo que nunca supe que necesitaba y más.

Pensó que iba a decirle que era virgen. Que nunca había tenido sexo antes. Pero lo que realmente iba a decir, lo que casi dije, era que nunca antes me había sentido así.

El sexo con Eli fue bueno. Incluso divertido a veces. Pero éramos novios de la secundaria. Y tener sexo con alguien a los diecisiete años fue torpe. No sabíamos lo que el otro quería. No sabíamos lo que *queríamos*. E incluso cuando crecimos, nunca se convirtió en algo como lo de anoche. Siempre fue solo... ordinario. Cómodo. Incluso después de que rompiéramos a veces lo usábamos para consolarnos mutuamente.

Me doy la vuelta en la cama, notando la flor que Bass intentó poner en mi cabello anoche. Es una margarita, una flor inusual para que un hawaiano nativo se la dé a un turista, y me pregunto si Leilani simplemente se quedó sin otras. La llevo a mi nariz, inhalando su aroma terroso. A algunas personas no les gusta su olor. No soy esa persona.

Abro el cajón en mi mesita de noche y saco el marco de fotos, pasando mi dedo por el rostro que se encuentra en él.

—Tal vez no estoy exactamente haciendo todo esto con Bass de la manera correcta, pero sé que querías esto para mí —digo—. Todo lo que siempre quisiste fue verme feliz. Pero, ¿cómo puedo volver a ser feliz sabiendo que no puedes serlo? Estoy intentando disfrutar todas las cosas que dijimos que haríamos juntos cuando viniéramos aquí. —Una lágrima cae

por mi mejilla—. Debería estar haciendo estas cosas *contigo*, no con él. Dios, te extraño tanto, cariño.

Pongo la foto de nuevo en la mesita de noche, sabiendo que probablemente tendré que esconderla en el cajón de nuevo en algún momento. Porque anoche, accedí a hacer lo que Bass quisiera durante el resto de su estancia. Y estoy dispuesta a apostar que incluye una repetición de lo de anoche.

—Mi cuerpo empieza a hormiguar solo al pensar en ello.

No hubo nada torpe u ordinario al respecto. Estar con Bass fue... apasionado.

Mi teléfono suena y miro la hora, preguntándome qué tiene reservado para mí hoy. Sin siquiera mirar el nombre en la pantalla, contesto.

—Un poco ansioso, ¿no es así? —pregunto con una sonrisa.

—¿Ansioso por qué, hermanita? —dice Holly.

Me siento en la cama, poniendo las sábanas alrededor de mi cuerpo desnudo protectoramente como si ella pudiera verme.

—Holly.

—¡Dios mío! —chilla—. Pensaste que era el tipo de la foto, ¿no?

—¿Oh, la viste?

—¿Estás bromeando? Mamá me la envió en cuanto la recibió. Creo que todos estamos conmocionados. Pero, Ivy, nos alegra mucho que hayas conocido a alguien.

—No exageres, Hol. Es casual. Y solo se lo envié a mamá para que dejaran de molestarme todo el tiempo. Supongo que sacaste la pajita corta hoy, ¿eh?

Resopla en el teléfono.

—No hay pajitas. Todos nos preocupamos por ti. Queremos asegurarnos de que estás bien.

—Estoy bien —replico monótonamente.

—¿Lo estás?

Cuando no contesto, hace otra pregunta.

—Cuéntame sobre él.

—No hay mucho que decir. Está solo en la isla. Estoy sola en la isla. Solo nos hacemos compañía.

—¿Ya has follado con él?

—¡Holly!

—Oh, vamos. Suéltalo. ¿Sabes cuánto tiempo he esperado para poder hablar contigo sobre *tus* conquistas sexuales? Durante años has tenido que sentarte y escucharme hablar de las mías. Y ambas sabemos que hay mucho por escuchar. —Se ríe en el teléfono.

A diferencia de Alder y yo, Holly siempre ha sido un espíritu libre. Es una forma agradable de decir que es un poco promiscua.

—No voy a darte detalles, Hol.

Más chillidos llegan por el teléfono.

—Así que, *sí* te acostaste con él. Bien por ti, Ivy. ¿Te hizo correrte? ¿Cuántas veces? Dios, ese hombre es muy sexy. Casi *me* hizo correrme con solo mirar su foto. ¿Cómo se conocieron? ¿De dónde es? ¿Cuánto tiempo se quedará? ¿Lo verás de nuevo? Dios mío, ¿está acostado en la cama contigo ahora mismo?

No puedo evitar reírme ante su inquisición.

Holly no falla en notarlo.

—¿Y te estás riendo? Creo que debe ser un santo. Cuéntamelo todo.

Exhalo profundamente, decidiendo contárselo. Después de todo, es más que solo mi hermana. Es mi mejor amiga.

—Si te lo cuento, no te puedes poner rara al respecto. Porque no es para tanto.

—Sí es para *tanto*, Ivy.

—Holly —regaña.

—Bien. Prometo no darle mucha importancia.

—Nos conocimos hace dos días en un paseo en helicóptero. Me invitó a salir entonces, pero le dije que no. Luego me encontré con él en la playa. Se aloja en un resort aquí en Poipu. Es bombero. Toca la guitarra. Se queda aquí doce días más. También es de Nueva York. Oh, y está en su luna de miel.

—¿Su *qué*? —grita por teléfono, haciendo que me ría de nuevo.

Paso los próximos diez minutos explicando, y para cuando colgamos, estoy bastante segura de que *Holly* quiere salir con él. Diablos, tal vez podría. Podría presentarlos cuando volvamos a casa.

Entonces algo desconocido y desagradable recorre mi columna vertebral cuando pienso en Holly con Bass.

Me deshago de la sensación y tiro mi teléfono a la cama de camino a la ducha.

Quince minutos después, mientras me seco el cabello con una toalla, mi teléfono suena con un mensaje. Me pregunto cuál de ellos me está enviando un mensaje. ¿Mamá, Papá, Alder, Christina? Estoy segura de que Holly los llamó inmediatamente después de colgar.

Levanto mi teléfono y leo el mensaje.

Sebastian: Itinerario de hoy: encontrarnos en la playa después del desayuno. Digamos, 10:00. Usa el bikini azul. Te voy a llevar a surfear. Después del almuerzo, vamos de excursión. La cena será en el lugar de tu elección.

Suena de nuevo.

Sebastian: Oh, y anoche fue genial, Ivy Greene.

Miro la hora. Solo son las siete y media. A pesar de que he estado aquí por una semana, es difícil superar la diferencia horaria de seis horas con Nueva York y me encuentro despertando muy temprano. Pero está bien. Los paseos por la mañana en la playa son una de las mejores partes de mi día.

Yo: Nos vemos a las diez.

Me pongo unos shorts, una camiseta sin mangas y salgo a pasear. Me sorprende ver a Erma tan temprano. Las focas no suelen venir a la playa hasta la tarde, pero una de ellas está aquí.

—¿No hay descanso para los cansados? —cuestiono.

—Creo que está herida —contesta Erma—. He hecho una llamada a nuestro veterinario marino.

—Eso es horrible. ¿Dónde está la otra? —pregunto—. ¿No viajan siempre juntas?

—No siempre. Esta probablemente fue asaltada y vino aquí para recuperarse.

—¿Asaltada?

—Es lo que sucede cuando muchos machos luchan por reproducirse con una hembra. A menudo la lastiman en el proceso.

Cubro mi jadeo.

—¿Fue violada en grupo?

Erma se ríe y me toca el brazo.

—No es tan malo como parece, querida. Es como las focas monje se han comportado durante millones de años. No forman relaciones duraderas como los humanos. Como tú y ese chico guapo tuyo.

Levanto mis cejas hacia ella.

—No hemos formado una relación duradera, Erma. Solo somos amigos.

Me mira como si estuviera llena de mierda.

—Lástima —comenta—. Ustedes dos hacen una pareja bastante atractiva. —Mira hacia la foca y luego a mí otra vez—. Sabes, Flip no tiene ninguna opción sobre cómo vivir su vida. Está todo pre-programado en sus genes. Pero eso es lo maravilloso sobre los humanos. Tenemos opciones. Y, a veces,

esa opción que tomamos puede definir el resto de nuestras vidas. Así que piénsalo largo y tendido antes de hacer la tuya.

La gente comienza a rodear a la foca, así que Erma se excusa para asegurarse de que todos se queden detrás de las cuerdas que ha colocado a su alrededor.

Mi paseo es más largo esta mañana, volviendo y recorriendo otra vez mi ruta solo para tener tiempo extra en la playa. Pienso en lo que dijo Erma. Las personas mayores se creen muy sabias. Creen que lo saben todo porque tienen más experiencia de vida que nosotros. Creo que solo ha pasado demasiado tiempo al sol. Demasiado tiempo viendo a la gente enamorada que camina por la playa. Demasiado tiempo viendo lo feliz que está la gente aquí en el paraíso.

En el paraíso, ella no puede ver el otro lado. El lado oscuro. El lado donde se llevan a la gente demasiado pronto.

Miro la hora y veo que son las nueve y media, así que regreso para prepararme para mí... ¿cita?

Sebastian

—¿Estás bien? —inquiero, ayudando a Ivy a subir a un dique de rocas especialmente escarpado—. No estás muy dolorida por el surf, ¿no?

—Todavía no —responde—. Pero después de unas horas de eso y ahora esto, me sorprenderé si puedo levantarme de la cama mañana.

—Entonces tal vez no deberías. —Le guiño un ojo—. Me han dicho que doy muy buenos masajes, ya sabes. Y hemos estado muy ocupados estos últimos días. Tal vez podríamos tomarnos mañana libre y quedarnos en uno de nuestros resorts. Tomar Mai Tais, broncearnos y tocar nuestras guitarras.

—No voy a tocar la guitarra para nadie, mucho menos para el prodigio de Juilliard.

Me rio.

—No soy un prodigio. Solo un chico al que le gusta tocar la guitarra. Será divertido.

—No sé —dice, luciendo como si se hubiera tragado un bicho.

—Recuerda las reglas. Tienes que hacer todo lo que diga durante los próximos once días y medio.

Me mira bajo sus pestañas.

—¿Todo? —pregunta.

—Mierda, Ivy —digo, mirando alrededor—. Vas a hacer que me ponga duro. Y no es como si pudiera esconderlo en mis shorts de senderismo. —Me recoloco bajo la tela fina.

No hay mucha gente caminando por este sendero, pero la suficiente para que no pueda presionarla contra una roca y

besarla. Aunque eso es exactamente lo que quiero hacer. Porque no puedo dejar de pensar en lo de anoche. Fue irreal. Mientras que la primera vez fue rápida y sucia, la segunda vez fue todo menos eso. Me dejó hacerle lo que quisiera como quisiera. Era casi como si nunca antes hubiera estado con un hombre, a pesar de que me aseguró que lo había hecho. Estar con ella de esa manera satisfizo todas las fantasías que alguna vez había tenido. Pero ahora que he tenido una probada, no puedo evitar ansiar más. Y si solo me está dando once días y medio más, planeo probar todo lo que pueda de ella.

Llegamos a otra subida complicada en el camino y tengo que ayudarla una vez más.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto conmigo? — cuestiona—. Te estoy reteniendo. Probablemente ya hubieras llegado y regresado para ahora si no me tuvieras para frenarte.

—El senderismo es más que solo llegar allí y volver. Es sobre la belleza a lo largo del camino.

Hay una increíble belleza a nuestro alrededor. Las rocas, los desfiladeros, los árboles y las flores. Pero no estaba hablando de nada de eso. Y creo que lo entiende por la forma en que me está mirando ahora mismo.

—Además, no hay mucha gente que pueda seguirme el ritmo —añado—. Estoy entrenado para subir docenas de tramos de escaleras con casi cuarenta y cinco kilos de equipo.

—¿Cuarenta y cinco kilos?

—Ya sabes, tanques de oxígeno, hachas y mangueras. Esa mierda pesa. Por no mencionar nuestro uniforme.

—¿Cuál es el uniforme?

—Nuestras chaquetas, pantalones y botas junto con nuestras capuchas y cascos. Esos por sí solos son sustanciales incluso sin todas las otras cosas que tenemos que llevar.

—Debe ser muy difícil —dice, encontrando una roca en la que sentarse una vez llegamos a un lugar llano.

—Fue una tortura al principio. Y durante el entrenamiento, tuvimos que hacerlo una y otra vez. Fue tan

difícil que muchos chicos tenían que parar y vomitar. Pero te acostumbras. Todavía practicamos cada semana solo para asegurarnos de no suavizarnos u oxidarnos.

—Tengo una pregunta —dice—. En todas las fotos que he visto de los bomberos, como las de esos calendarios, siempre llevan tirantes. ¿Es algo real, o los usan solo para verse sexy en las fotos?

Me río.

—¿Crees que los tirantes son sexys?

Se encoge de hombros.

—En realidad, son una parte importante del uniforme —explico—. Los pantalones que usamos son bastante pesados y tenemos que arrastrarnos mucho. Si no usamos los tirantes, nuestros pantalones podrían bajarse y las rodilleras no protegerían nuestras rodillas y podríamos lesionarnos o quemarnos.

No dice una palabra, solo me mira fijamente mientras me cierno sobre ella.

—¿Me estás imaginando con tirantes, Ivy Greene?

—¿No te gustaría saberlo?

—En realidad, sí. Y eso podría arreglarse, ya sabes. Estoy seguro de que podría conseguir alguno. O tal vez podrías pasar por la estación de bomberos cuando lleguemos a casa.

—Sebastian —reprende con una mirada dura.

Levanto las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, bien. No puedes culpar a un chico por intentarlo.

Termino mi botella de agua y luego noto que tengo que orinar. Señalo un árbol.

—Vuelvo enseguida, la naturaleza me llama.

—A veces es muy conveniente ser un hombre, ¿no? —comenta.

Me rio mientras me dirijo detrás del árbol para ocuparme del asunto. Mientras estoy ahí, me encuentro con un manojo de flores de colores brillantes que parecen girasoles o margaritas, excepto que son rosas. Tomo una de ellas del tallo y se la llevo a Ivy.

Se la entrego.

—Una hermosa flor para una hermosa dama.

—Yo... yo... —Su rostro bronceado palidece y mira fijamente la flor como si pudiera quemarla.

—Te gustan las flores, ¿no? Quiero decir, te dedicas a eso. —Giro la flor en mis manos—. Pensé que tal vez era un girasol, ¿pero no son amarillos?

Niega. Luego cierra los ojos.

—No es un girasol —dice, obviamente luchando por pronunciar las palabras.

—Oh. ¿Entonces qué es?

Sus ojos se abren de nuevo y mira la flor una vez más. Luego desvía la mirada, una lágrima cayendo de su ojo. Intenta ocultarlo, pero es demasiado tarde. Ya la he visto.

—Es... es una d-dalia —tartamudea. Luego se levanta de repente—. Lo s-siento, también tengo que hacer pis. Volveré en un m-minuto.

Me quedo mirando la flor, preguntándome qué demonios acaba de pasar aquí.

Pongo la flor sobre la roca que Ivy desocupó y luego me apoyo contra otra, esperando por más de un minuto a que regrese. Cuando lo hace, sus ojos están enrojecidos e inyectados en sangre.

—¿Estás bien? ¿Puedes decirme qué pasó?

Niega.

—Vamos, Ivy. Por favor. Porque lo que sea que haya hecho, no quiero volver a hacerlo.

Echa una mirada a la flor sobre la roca antes de alejarse.

—Solo no me traigas flores y estaremos bien.

Quiero hacerle más preguntas. ¿Por qué le molesta esta flor en particular y no la que le compré en la playa? ¿O la que le dio la conserje? Tal vez de quien sea que está huyendo solía darle esas flores.

Pero no le pregunto. Porque sus ojos tristes han vuelto. No los había visto en todo el día. Tal vez por un minuto la primera vez que remamos en las tablas de surf, pero pensé que era porque estaba asustada.

Camina delante de mí hasta que llegamos a la cima de la gran roca, en la que vimos gente parada desde el helicóptero el otro día. Está un poco alejado del camino transitado, así que no hay nadie más aquí en este momento. Me tomo un minuto para mirar el pintoresco cañón.

Cuando me giro hacia Ivy para decir algo sobre la vista, el corazón se me atasca en la garganta y la adrenalina se dispara a través de mi cuerpo. Está peligrosamente cerca del borde del acantilado. No hay vallas aquí. No hay muros o barandillas para evitar que la gente caiga. *O que salten*. Está literalmente a centímetros de caer. Un cambio en su postura, un titubeo en su paso, un viento fuerte, y se desplomará a cientos de metros en el cañón.

Avanzo con cuidado y envuelvo mis brazos alrededor de su estómago, muy consciente de que, si hago un movimiento equivocado, podría ser la fuerza que la empuje. Rápidamente la hago retroceder mientras caemos al suelo detrás de nosotros.

Mira fijamente mis ojos, pero no me mira a mí. Es como si estuviera mirando *a través* de mí. Entonces una de sus manos me agarra mi polla por encima de los shorts. Estoy más que un poco conmocionado y confundido basado en lo que acaba de pasar, pero eso no va a impedir que permita que suceda esto, sea lo que sea. No importa cuáles son sus razones para hacerlo, la conclusión es que la deseo.

Miro rápidamente detrás de nosotros para asegurarme de que no hay nadie alrededor. A Ivy, sin embargo, ni siquiera parece importarle. Simplemente me observa con esa mirada vacía mientras libera mi erección de mis shorts. Luego se pone

encima de mí, montando mi cuerpo, y sin ninguna pompa y circunstancia, mueve sus shorts y bragas a un lado y desciende sobre mí.

No pasa mucho tiempo antes de que ambos estemos respirando superficialmente. Podría ser la excitación prohibida del lugar público en el que estamos. Podría ser la pura desesperación en sus ojos. Podría ser que la deseo más de lo que nunca he deseado a nadie. Pero cualquiera que sea la causa, ambos llegamos al clímax en tiempo récord.

Se desploma sobre mí, su cuerpo temblando. No estoy seguro de que esté temblando por su orgasmo. Creo que podría estar llorando. Pero no se lo pregunto, porque aunque todavía no la conozco muy bien, mi instinto me dice que necesitaba esto. Necesitaba este encuentro intenso y fortuito. Tal vez incluso lo necesitaba para evitar caer por ese acantilado.

No puedo negar que el sexo, como sea que lo tengamos, es increíble con Ivy. Pero mientras siento su cuerpo temblar encima de mí, me pregunto si lo necesita más de lo que lo desea.

Suspira profundamente antes de ponerse de rodillas y arreglar sus shorts. Le entrego una pequeña toalla de mi mochila, sabiendo que necesitará limpiarse. Lo hace discretamente. Luego mira hacia el profundo cañón.

—Sé lo que estoy haciendo, Bass. No necesito que me salves, sabes.

No estoy seguro de lo que quiere decir con eso. Y en este momento, no puedo decir si es solo intrépida o suicida.

Cuando fuimos a surfear esta mañana, se acercó demasiado a las rocas, incluso después de que le dijera cómo evitarlas. Y cuando atrapé una ola sin ella, remó aún más lejos, más allá del punto de ruptura, donde se sentó en la tabla de surf mirando al vasto océano.

—Mira el helicóptero —digo, mientras otro vuela por el cañón—. Hace dos días, esos éramos nosotros. Estábamos mirando hacia aquí y viendo a personas que parecían tan pequeñas como hormigas. Y ahora *somos* las hormigas, y *los*

estamos mirando. Hemos estado en ambos lados de la moneda, y es increíble lo diferentes que son. Aquí abajo, nos sentimos pequeños, insignificantes, casi invisibles. Pero allí arriba, nos sentimos más grandes que la vida. Invencibles. ¿No es asombroso cómo ver lo mismo desde dos puntos de vista puede cambiar tu percepción?

Asiente. Creo que entiende lo que estoy intentando decir. Pero eso no significa que cambiará la manera en la que se siente sobre lo que sea que le haya pasado. Y después de lo que acaba de pasar con la flor y el acantilado, estoy seguro de que lo que le pasó cambió su vida. Ha experimentado una profunda pérdida, de eso estoy seguro. He visto mucha pérdida en los últimos diez meses. En mi línea de trabajo, siempre veo a la gente resultar herida. Gente muriendo. Gente que es alejada de sus seres queridos. Ivy tiene esa misma mirada. Y eso me destripa.

—Ya veo por qué lo llaman el gran cañón del Pacífico — dice, poniéndose de pie, pero manteniendo una distancia respetable del filo.

—Es bastante fantástico, ¿no es así? Me dijeron que si venía a Kauai, tenía que hacer senderismo por el cañón de Waimea.

Parece triste cuando mira fijamente al suelo.

—Sí, también me dijeron eso.

Extiendo la mano y tomo la suya, agradeciendo que no se aleje.

—Vamos —digo—. Regresemos antes de que oscurezca.

8

Ivy

Ayer fue agotador. Física y emocionalmente

Y creo que Bass lo sabía. Me acompañó a casa tras la cena, besándome en la puerta sin pedirme entrar. Quería que entrara. Necesitaba algo para entumecer el dolor. Pero no iba a rogar. Ya se está acercando más de lo que quiero.

Sé que cree que puede hacerme cambiar de opinión sobre lo que va a suceder cuando volvamos a Nueva York. Pero lo que no sabe es que no querrá a *esa* Ivy. La Ivy que no se levanta de la cama. La que no monta en helicóptero ni va de excursión por cañones.

Anoche lloré hasta quedarme dormida después de tomar una pastilla para dormir. No sueño cuando las tomo. Y después del día que tuve, no había forma de que quisiera soñar.

Bass no lo sabía, pero todo lo que hicimos ayer fueron cosas que se suponía que hiciera. Cosas que prometí hacer. Cosas que me destruyó hacer.

Ruedo en la cama y agarro el marco. Paso mis dedos por el rostro en el interior.

—Lo estoy intentando —digo—. Puede que me haya tomado un tiempo, pero estoy haciendo todo lo que querías que hiciera. Y es tan hermoso como pensamos que sería. Todo. Las cascadas, el océano, el cañón. Sé que prometí disfrutarlo. Y a veces lo hago. Pero cuando empiezo a disfrutarlo demasiado, me siento culpable. ¿Crees que es una locura? ¿Crees que estoy loca por sentirme culpable cuando hay cosas que me hacen feliz?

El rostro de Bass aparece en mi cabeza y suspiro.

—Sé que piensa que puede hacerme feliz. Y tal vez pueda por un minuto o una hora incluso. Pero entonces, cuando

recuerdo...

Me doy cuenta de lo que acabo de decir y se me escapa una lágrima.

—Oh, cariño. No es que te olvide. Nunca podría olvidarte. Ni en un millón de años. Pero a veces hay momentos. Momentos fugaces donde creo que podría sentirme normal. Pero esos son los momentos que me hacen sentir terrible porque no estás aquí. Lo siento, sé que eso no es lo que querías para mí. Pero lo estoy intentando. Te lo prometo, mamá lo está intentando.

Paso mis dedos por la curva de sus labios sonrientes. Sus ojos color chocolate llenos risa. No sé cómo era tan feliz o despreocupada, sabiendo lo que le estaba pasando. Era mucho más fuerte que yo. Más fuerte de lo que yo jamás podría ser.

Abrazo el marco y miro por la ventana, recordando el día que dijimos que vendríamos aquí.

—Gíralo, mami —dice Dahlia—. Y donde sea que mi dedo aterrice es donde iremos.

—Está bien —digo, haciendo girar la bola del mundo.

—¿Lo prometes? —pregunta, viéndola dar vueltas y vueltas.

Paso mi mano por la parte de atrás de su cabello.

—Lo prometo, pequeña.

Cuando la bola deja de girar y su dedo la toca, chilla con deleite.

—Hawái —exclama alegremente.

—Déjame ver —digo, entrecerrando los ojos para ver en qué isla aterrizó su dedo—. Es Kauai.

Dahlia toma mi iPad de su mesa y me lo entrega. Sonríe. Conozco el tema. Busco Kauai en Google y le muestro las imágenes, luego lee el texto y la ayudo con las palabras más grandes.

—¡Cascadas! —chilla—. Oh, mami, ¿podemos ir? Por favor, ¿podemos ir?

Miro a mi niña enferma, las máquinas se extienden por su habitación de hospital.

—Por supuesto que podemos —afirmo, sabiendo que la única forma en que llegaríamos allí sería en nuestros sueños.

Pasamos las próximas horas investigando la isla. Después de todo, no tenemos nada mejor que hacer mientras Dahlia esté atrapada en su cama mientras recibe su diálisis.

Las agujas ya ni siquiera le molestan. Apenas se estremece cuando las ponen. Pero yo sí. Siempre lo hago. Cada vez que clavan una aguja en mi niña, me siento como si fuese directa a mi propio corazón.

—Llueve mucho allí —comenta, después de leerlo en un artículo—. Por eso tienen tantas flores. Es el lugar perfecto para ir, ¿no es así, mami? Creo que te verías bonita con una de esas flores en el cabello.

Tomo un mechón de su cabello corto y fino en mi mano.

—Creo que tú también lo harías.

Una enfermera entra para revisarla.

—¿Cómo vamos? —cuestiona. Entonces ve la bola—. Oh, ¿a dónde van hoy?

Nos conoce demasiado bien. Todo el personal pediátrico lo hace.

—Hawái —suelta Dahlia—. Es muy bonito. Tienen cascadas y flores y mucha, mucha lluvia. Vamos a ir allí.

La enfermera le da una sonrisa triste. Dahlia ha estado en la lista de trasplantes durante meses, desde que su primer trasplante comenzó a mostrar signos de fracaso. Ambas sabemos que hay un promedio de espera de tres a cinco años para un trasplante de riñón, e incluso siendo una prioridad alta, Dahlia tiene un tipo de sangre raro, lo que significa que podría tener que esperar aún más. Y todos saben que no tiene tanto tiempo. Incluyendo a Dahlia.

—Eso suena maravilloso —dice la enfermera—. ¿Usarás faldas de hierba y leis hechos de flores?

Dahlia asiente con entusiasmo.

—La mía estará hecha de margaritas —dice—. Son mis favoritos.

Comienza a cansarse cuando su diálisis está casi terminada. Subo a la cama con ella y la acuno en mis brazos.

Mi niña bosteza. Luego se acurruca contra mí.

—Quiero que vayas, mami. Por favor, di que lo harás. Por favor, di que irás pase lo que pase.

—De acuerdo, cariño. —Beso su suave cabello—. De acuerdo.

—No importa qué —dice, sus suaves palabras se desvanecen mientras lucha contra el sueño—. Tienes que prometerlo.

Una sola lágrima cae de mi ojo mientras la miro quedarse dormida.

—Lo prometo, pequeña.

Mi teléfono suena con un mensaje.

Sebastian: ¿estás lista? Será mejor que te des prisa o te lo perderás.

Beso a Dahlia y vuelvo a colocar el marco en su lugar. Luego me levanto de la cama, me echo un poco de agua en el rostro y me visto para reunirme con él para nuestro paseo por la playa al amanecer.

Escuchar a Bass tocar la guitarra al atardecer se está convirtiendo en mi parte favorita del día. Anoche, regresamos de Waimea justo a tiempo para ver la puesta de sol, y un tipo llamado Tua trajo su ukelele, y juntos atrajeron a una gran multitud.

Hoy, sin embargo, hay una gran tortuga en la arena cerca de la playa que ha atraído a la gente, así que Bass y yo nos sentamos junto a la hoguera, solo nosotros dos, mientras él rasguea.

Reconozco la melodía que está tocando. Es la que escribió para mí. O sobre mí. Todavía no estoy segura de cuál. Suena aún mejor esta noche. Cada vez que la toca, añade algo. Un acorde aquí, una nota allá. Y a diferencia de mí, no tiene que mirar la guitarra mientras la toca. Me mira. Es como si me estuviera haciendo el amor con la canción.

Me retuerzo en el banco, anticipando lo que sucederá cuando volvamos a mi lugar para cenar. Quería cocinar para él esta noche. Me ha llevado en citas las últimas dos noches y en ningún momento me dejó pagar. No imagino que gane mucho dinero como bombero en su primer año. Y tiene razón en una cosa, mis padres venden un montón de flores.

Se hicieron cargo de una sola floristería de los padres de mi padre cuando la abuela y el abuelo decidieron retirarse. Luego lo convirtieron en una cadena hace unos veinte años. Por suerte, las tiendas han tenido bastante éxito. Así que el dinero nunca ha sido realmente un problema para nosotros. Tienen tres tiendas ahora. Tres tiendas que planean dejar a sus tres hijos algún día. Una para que cada uno de nosotros dirija.

La cuestión es que no estoy segura de querer dirigir una.

Todavía me encantan las flores. Estar rodeada de su belleza. Oler su dulce fragancia. Pero ahora, solo me recuerdan a mi hija. Especialmente algunas.

—¡Oh, mierda! —exclama Bass, bajando su guitarra y corriendo a la orilla—. ¡Aguanta, señorita!

Miro para ver a quién le está gritando. Hay una surfista que está atascada en las rocas que bordean la playa a nuestra derecha, su tabla siendo golpeada contra ellas, y parece que no puede levantarse o salir por sí sola. Se ve completamente exhausta y me pregunto cuánto tiempo estuvo allí atrapada antes de que Bass la notara.

Bass se quita las chanclas y se mueve cuidadosamente a través de lo que sé que son rocas de lava afiladas y resbaladizas.

—No te muevas —dice—. Estoy yendo hacia ti.

El agua tiene solo unos pocos metros de profundidad donde está, pero sospecho que está demasiado agotada para intentar levantarse y llevar su tabla. Y el fondo del mar donde está atascada se encuentra rodeado de rocas más escarpadas. Es el lugar del que Bass me dijo que me mantuviera alejada ayer cuando me dio mi primera clase de surf.

Lo observo avanzar expertamente hacia ella y ayudarla a bajar de su tabla sobre una gran roca. Mientras se sienta allí, prácticamente conmocionada, él agarra su tabla y la empuja sobre las rocas para que no se la lleve al mar. Luego la levanta y la carga a través del peligroso lecho de rocas para llevarla a un lugar seguro. Y después de todo eso, vuelve a buscar su tabla de surf.

Ella finalmente se calma lo suficiente para agradecer a Bass por sus esfuerzos. De hecho, se calma lo suficiente para invitarlo a una cita.

—Tienes que dejarme llevarte a cenar. Te debo mucho por rescatarme. No estoy segura de haber tenido la fuerza para salir de eso. —Le pone ojitos—. Eres tan fuerte.

Estudio a la mujer. Es joven. Me sorprendería si tuviera más de veintiún años. Pero incluso goteando, puedo decir que es hermosa. Y le está sonriendo. Y apuesto a que no se esconde detrás de los árboles ni se desmorona durante una excursión. O que no tiene que tomar pastillas para dormir para dejar de soñar. O que no llora cada vez que llueve porque ve a su hija muerta bailando en charcos.

Él debería estar con alguien así. No alguien roto como yo.

Regreso y me siento en el banco, dándole un poco de privacidad para responderle.

Unos minutos después, la mujer se aleja, con su tabla de surf debajo del brazo.

Bass se sienta frente a mí, levanta su guitarra y toca otra canción como si lo que sucedió no fuera para tanto.

Solo puedo mirarlo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Estoy bien. —Asiento a sus pies—. La pregunta es, ¿tú lo estás? Seguramente cortaste tus pies cuando caminaste sobre las rocas.

—Nah. Son muy duros —replica.

—Bass, acabas de salvar a esa chica.

—Eso no fue nada, Ivy. Entro en edificios en llamas y me cuelgo de los lados de puentes.

Jadeo.

—¿Te cuelgas de los lados de los puentes?

—Sí. Una vez cuando recibimos una llamada sobre un saltador. No te preocupes, estaba enganchado. No me habría caído.

Suspiro. Intento no revelar demasiado con mis ojos. Intento no pensar en la frecuencia con la que he conducido por puentes en la ciudad, contemplando salir de mi auto y sumergirme de cabeza en el agua debajo.

—¿Vas a cenar con esa chica?

Entrecierra sus ojos hacia mí.

—Por supuesto no.

—Es bonita. ¿Por qué no lo harías?

Resopla ante mi pregunta.

—Primero, la regla número uno de los bomberos es no involucrarse con rescatados. Nos miran como sus salvadores. No es una buena manera de comenzar una relación. Y segundo, ya tengo una cita para cenar, esta noche y todas las noches que esté aquí.

No puedo evitar el alivio que me invade, y me regaño por sentir celos por otra mujer.

—Entonces, ¿no puedes salir con las personas que rescatas? —cuestiono.

—Está mal visto —responde—. Pero sucede. —Palmea el banco a su lado—. Ven aquí.

Me levanto, rodeo la hoguera y me siento a su lado. Me da su guitarra.

—Oh, no —digo, empujándola hacia él.

—Dijiste que no tocas muy bien. Quiero enseñarte. ¿Por favor?

—Bien. —Hago un puchero.

Me mueve al filo del banco y luego se pone detrás de mí, de modo que estoy sentada entre sus piernas. Luego sus brazos me rodean mientras me muestra cómo tocar algunos acordes. Nos turnamos para tocar los acordes y rasguear las cuerdas. Tocamos así hasta que el cielo está negro y la única luz que vemos proviene de la hoguera y las antorchas tiki que iluminan el terreno.

Cuando dejamos de tocar, me recuesto y me relajo contra él.

—A riesgo de sonar cursi —dice—. Juntos hacemos música hermosa.

Suelto una risita mientras giro la cabeza para mirarlo. Luego besa mi mejilla.

—Creo que me gusta esto —comenta—. Tenerte y a la guitarra en mis brazos.

Asiento. También me gusta. Pero no le digo eso. Podría darle falsas esperanzas.

—¿Tienes hambre? —digo en su lugar.

—Estoy hambriento —responde, mirándome a los ojos—. Pero no de comida. Venga, guardemos mi guitarra y vayamos a tu lugar. Puedes cocinarme la cena y luego puedo tenerte de postre.

Mi rostro se calienta al pensarlo.

Me lleva a su habitación, tomándome de la mano, pasando su pulgar por mis nudillos todo el tiempo. Es un pequeño gesto. Uno del que ni siquiera estoy segura que sea consciente. Pero está enviando pulsos a través de mi cuerpo, y

para el momento en que cruzamos su puerta, estoy tirando de él por la habitación.

Lo empujo para que se siente en el sofá y luego lo monto a horcajadas.

Se ríe mientras me mira.

—O podríamos saltarnos la cena e ir directamente al postre.

Atrae mi rostro al suyo hasta que nuestros labios se encuentran. Lo beso suavemente. Luego muevo mi boca por su mandíbula hasta su oreja.

—Verte salvar a esa surfista fue un poco excitante —digo, moviéndome sobre su regazo.

—¿De verdad? —inquire.

—Sí. —Beso su cuello—. Justo hasta que te invitó a salir. Su cuerpo tiembla con risa debajo de mí.

—No estás celosa, ¿verdad, Ivy Greene?

Me siento derecha y me quito la túnica por la cabeza. Luego me desabrocho la parte superior de mi bikini.

—¿Parece que estoy celosa?

Examina mis pechos desnudos con sus ojos y luego los explora con sus manos.

—Lo siento —dice—. Olvidé la pregunta.

Sonrío y me inclino hacia él, dándole a su boca acceso completo a mi pecho. Toma uno de mis pezones en su boca mientras trabaja el otro entre sus dedos. Se me escapa un gemido cuando me doy cuenta de lo hipersensible que soy a su toque.

—¿Sabes lo que me hace cuando haces ese ruido? —pregunta.

Agarro el dobladillo de su camiseta y se la quito por la cabeza. Puedo sentir su erección presionándome a través de sus shorts.

—Extrañé esto anoche —dice—. No tienes ni idea de cuánto fantaseé contigo cuando llegué a casa.

Lo miro y pregunto atrevidamente:

—¿Hiciste... algo al respecto?

Esboza una sonrisa torcida.

—Puede ser.

No estoy segura de por qué eso me hace querer chocar los cinco con alguien, pero lo hace. No se supone que quiera que me desee demasiado. Solo hará las cosas más difíciles al final. Pero la idea de que se provoque un orgasmo mientras piensa en mí es muy excitante.

—¿Qué hay de ti? —cuestiona, frotando su erección contra mí—. ¿Te has tocado desde que me conociste?

Solo puedo mirarlo y sonreír. Porque temo que si digo algo, descubrirá que fue la primera vez que lo había hecho en años. Y no estoy segura de querer que lo sepa.

—Mierda, Ivy. Desearía haberlo visto.

En un movimiento impropio de mí, tiro de los cordones de la parte inferior de mi bikini, haciendo que el pequeño trozo de tela azul caiga de mi cuerpo. Luego paso un dedo por mi estómago hasta que alcanza mi clítoris. Lo froto en círculos lentos y metódicos mientras observa.

La boca de Bass se abre. Está hipnotizado por mi actuación erótica. Estoy confundida. Yo no soy así. Soy la chica que deja que el chico se haga cargo. Me acuesto y dejo que las cosas sucedan. No hago esto. Nunca he hecho nada como esto. No hasta conocerlo. Y cuanto más lo hago, mejor se siente. Y cuanto mejor se siente, más me pierdo en el mundo.

Me gusta perderme en el mundo. Me gusta perderme en él.

Después de un minuto, mueve mi mano a un lado, como si la suya estuviera celosa de que la mía se estuviera divirtiendo. Empuja un dedo dentro de mí, metiéndolo y

sacándolo, buscando ese lugar sensible que me llevará al borde del éxtasis.

—Oh, Dios —digo, mi cabeza cayendo hacia atrás por el placer de sus dedos dentro de mí.

Cuando parece que está listo para explotar y puedo sentir su longitud dura como el acero saltando debajo de mí, se pone de pie, levantándose con él. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y lo beso mientras se tropieza con una silla de camino a la cama.

—Tienes un condón, ¿verdad? —inquiero—. Sé que no usamos ninguno en la excursión, pero no voy a hacer otra excepción.

Me baja y mete la mano en el cajón al lado de la cama y saca una tira de condones. Mientras arranca uno, lo miro con recelo y pregunto:

—¿Cuánto sexo esperabas en tu solitaria luna de miel?

Se ríe mientras se acuesta a mi lado.

—Soy un bombero. Siempre estoy preparado. Pero para que lo sepas, compré estos ayer. Y no planeo usarlos con nadie más que contigo.

Miro en el cajón mientras trato de ocultar mi sonrisa.

—¿Cuántos hay allí?

—Suficientes.

—¿Cuántos?

—Dos docenas —contesta.

Alzo las cejas.

—Optimista, ¿verdad?

Se quita los shorts con impaciencia mientras me mira.

—Sí, lo soy.

La forma en que lo dice me hace pensar que no solo habla de sexo. Pero alejo ese pensamiento de mi cabeza, porque mi cuerpo está gritando por liberación.

—¿Te importa si te lo pongo? —pregunto, estirando la mano para subirla y bajarla por su longitud de acero.

Me da el condón y luego une sus dedos detrás de su cabeza para ver el espectáculo.

—Adelante, pero después de lo que hiciste en el sofá, te prometo que no duraré mucho.

—Está bien —digo, asintiendo hacia el cajón—. Tenemos muchos repuestos.

Se ríe.

—Es verdad.

Abro el paquete y le pongo el condón a un hombre por primera vez en mi vida. Es extrañamente erótico. Y por la expresión de su rostro, puedo decir que siente lo mismo.

—Maldición, mujer. Casi me haces correrme.

Me acerco a él, provocándolo en mi entrada, lista para hundirme en él.

—Me vuelves loco, Ivy Greene. ¿Lo sabes?

Ladeo mi cabeza.

—¿Por qué te gusta llamarme por mi nombre completo?

—En caso de que no lo supieras, me haces lo mismo —replica.

—¿Así que es por eso?

Niega

—En realidad, no, no es por eso.

—Entonces, ¿por qué? —insisto, bajándome sobre él mientras ambos gemimos ante la sensación.

Cuando está completamente dentro de mí, me inclino y pongo mi boca sobre la suya, sin querer besarle hasta obtener su respuesta.

—Porque te hace sonreír —dice, justo antes de levantar sus labios para capturar los míos.

9

Sebastian

Anoche no volvimos al lugar de Ivy para cenar. Pedimos pizza a mi habitación y comimos en la cama. Desnudos.

Le pedí que se quedara a dormir, pero se negó. Sé que está intentando no acercarse demasiado a mí. Se está conteniendo. Se contiene en todas partes menos en el sexo. Ese es el único lugar en el que es increíblemente apasionada. Es como si tomara toda la emoción que esconde de mí y dejara que explote cuando hacemos el amor.

Miro la hora, deseando que pase más rápido. Solo han pasado ocho horas desde que la he visto, pero no puedo esperar a reunirme con ella después del desayuno para dar un paseo por la playa.

Mi teléfono suena y lo tomé para ver que es Aspen.

—Hola, Penny.

—No es muy temprano allí, ¿verdad?

—No. Todavía estoy en la cama. No puedo dormir más allá de las cinco o las seis con la diferencia horaria.

—¿Por casualidad hay alguien a tu lado? —cuestiona.

—Nop. Estoy solo.

—Es una pena —dice, la decepción filtrándose por la línea.

—¿Esperabas atraparme en la cama con ella? —pregunto, riendo.

—¿Así que has *estado* en la cama con ella?

—¿Es esto algo de lo que deberíamos estar hablando? —inquiero.

—¡Por supuesto que sí! —grita en el teléfono—. Eres mi mejor amigo, Bass. De esto es de lo que hablan los mejores amigos. Podemos hacer eso, ¿verdad? ¿Sin que sea raro? Ya no es raro... ¿verdad?

—Si me estás preguntando si todavía estoy enamorado de ti, la respuesta es no.

—Entonces, sí, definitivamente deberías soltarlo. Tengo media hora antes de que tener que ir a clase.

A diferencia de mí, Penny se graduó de Juilliard y ahora está haciendo su master en música. Tiene mucho talento y puede tocar el piano mejor que nadie que haya conocido.

—¿Qué quieres saber? —pregunto.

—Todo. Todo lo que sé es que es de Nueva York. No has revelado nada en tus mensajes de los últimos días.

—Trabaja en una floristería en Brooklyn. ¿Puedes creerlo? Está a solo unos pocos kilómetros de la estación de bomberos. De hecho, apagamos un incendio en un negocio cercano hace solo unos meses. Sus padres son dueños de la tienda y de otras dos. Tiene dos hermanos mayores. Accedió a pasar tiempo conmigo aquí y hacer todo lo que se suponía que Brooke y yo hiciéramos. Así que estamos pasando la mayor parte de nuestros días juntos. Pero no quiere verme después de irnos de Hawái. Listo, ahora sabes todo lo que sé sobre ella.

—Espera, ¿por qué no quiere verte después de irse de Hawái?

Suspiro en el teléfono.

—Esa es la pregunta del millón de dólares. No tengo ni idea. Está sufriendo, eso es seguro. Creo que vino aquí para escapar de algo. Un matrimonio fallido. La muerte de un novio, tal vez. Algo grande seguro, pero sea lo que sea, no hablará de eso.

—¿Han pasado los últimos cuatro días juntos y no sabes nada más de ella que lo que me acabas de decir?

—Síp.

—¿De qué hablan?

—De mí, supongo. Y cosas. Hawái. Nueva York. Focas.

—¿Focas?

Me rio.

—Larga historia.

—¿Pero se están acostando?

Puedo sentir que me estoy poniendo duro solo de pensarlo.

—Sí.

—Entonces, ¿qué, simplemente no vas a verla o llamarla cuando regreses a pesar de que viven en la misma ciudad?

—Supongo. En realidad no hablamos de eso. Cada vez que lo intento, cambia de tema. Cada vez que intento acercarme a ella, me rechaza. Pero es tan apasionada, Penny. Y sé que está pasando por una gran mierda. Solo desearía poder ayudarla.

—Tal vez la estás ayudando.

—¿Cómo podría estar ayudándola?

—Dijiste que pasan mucho tiempo juntos. Tal vez cuando está contigo, no está pensando en lo que le pasó. Tal vez eres su escape o algo así.

Pienso en lo que está diciendo. Y recuerdo que Ivy me dijo que apenas había salido de su habitación de hotel antes de conocerme. Quizás Aspen tiene razón.

—No soy ajena a tener una relación con alguien que piensa que está dañado, Bass.

—Sí, supongo que no. La diferencia es que tuviste meses para trabajar en Sawyer. Yo solo tengo diez días.

—A veces solo toma un día, incluso un momento, para que todo cambie. ¿De verdad te gusta esta chica?

—Sí.

—Entonces dale algo de tiempo. Tal vez siente lo mismo por ti, pero todavía no puede admitirlo.

—Tal vez.

—Espero que puedas hacerla cambiar de opinión —dice—. Me encantaría conocerla.

—¿Irás a Nueva York pronto? —cuestiono.

—En aproximadamente un mes. Sawyer estará allí durante cuatro días durante unas eliminatorias con los Nighthawks. Voy a tomarme un tiempo libre de la escuela, así que me quedará más tiempo, probablemente una o dos semanas, para poder reunirme con un organizador de bodas y hacer algunas otras cosas.

—¿Finalmente vas a poner la casa en venta? —pregunto.

—No estoy segura. A Sawyer realmente le gusta tener un lugar para quedarse cuando vamos. ¿Recuerdas cuánto tiempo estuvimos allí durante las vacaciones?

¿Cómo olvidarlo? Fue su primera Navidad juntos. La primera Navidad en años en la que Aspen y yo no éramos compañeros de casa. Siempre se estaban besando, tocando o riendo. Y me invitaron sin parar a hacer cosas con ellos. Fue una tortura verlos juntos de esa manera cuando aún tenía tantos sentimientos por ella. Pero me alegro de que sucediera. Era algo por lo que tenía que pasar para superarla.

Y lo hice. La superé. Porque todo lo que puedo ver cuando pienso en estar con una mujer, es a una con los ojos tristes.

—Estoy muy feliz por ti, Penny.

—Sé que lo estás. Y significa mucho para mí.

Miro el reloj y veo que es casi la hora de irme.

—Tengo que encontrarme con Ivy en veinte minutos. Será mejor que vaya a ducharme.

—Buena suerte con ella —dice—. No la presiones demasiado. Pero tampoco seas suave con ella. A veces las personas solo necesitan hablar sobre lo que sucedió para superarlo. Espero que puedas encontrar el equilibrio correcto.

—Soy bombero, Aspen, no trabajador social.

—No tienes que serlo. Todo lo que necesitas ser es la persona con la que se siente lo suficientemente segura para abrirse.

—Gracias, doctor Freud.

—En cualquier momento, *Sebastian*.

Una hora después, Ivy y yo estamos paseando por la playa.

—¿Cuál es tu comida favorita? —pregunto.

—Marisco, ¿por qué?

—¿Quieres ir a la ciudad esta noche a cenar? Estoy seguro de que hay muchos restaurantes de marisco.

—¿Qué pasó con lo de que cocinara para ti?

Aprieto su mano.

—Supongo que nos desviamos un poco anoche, ¿no?

Sus labios se contraen con el toque de una sonrisa.

—Todavía tengo toda la comida que compré. Se echará a perder si no la comemos. Así que comamos en mi casa.

—Me parece bien. ¿Cuál es tu película favorita? —inquiero.

—¿Quieres alquilar una esta noche?

—No necesariamente. Solo me lo preguntaba.

Mira al océano. Entonces suspira.

—Probablemente te reirías si te lo digo.

—Mi película favorita es *Shrek* —confieso—. No puede ser peor que eso.

—¿*Shrek*? ¿En serio?

—Sí, ¿por qué?

—Mi favorita es *Frozen*.

Me rio.

—Entonces, ambos somos fanáticos de las películas animadas. Tal vez podríamos tener una noche de cine y verlas.

Niega con fervor.

—No, no quiero verlas.

—¿Quién no quiere ver su película favorita? —pregunto.

—Yo no —replica cortantemente, apartando su mano de la mía y alejándose para poner los pies en el agua.

Estoy empezando a pensar que las conversaciones con Ivy son como caminar por un campo de minas terrestres. Simplemente nunca sé qué la va a hacer enojar. Flores. Películas. Dos temas aparentemente benignos, aun así no habla de ellos.

—Está bien, entonces —digo, caminando a su lado—. Nada de películas. ¿Qué hay de los juegos? ¿Te gustan los juegos? Podríamos jugar uno. ¿Cuál es tu favorito?

Me mira, frunciendo los labios.

—Sé lo que estás haciendo, Bass.

—¿Qué estoy haciendo?

—Me preguntas todas mis cosas favoritas para que puedas conocerme mejor.

—¿Y qué? ¿No es eso lo que hacen las personas que pasan tiempo juntas?

—Las personas que tienen un futuro, tal vez.

—Vamos, Ivy. Tienes que admitir que estamos muy bien juntos.

—Sí, lo estamos. *En la cama* —dice.

—Es más que eso y lo sabes. A los dos nos gusta la guitarra. Trabajamos en Brooklyn. Nos hemos divertido juntos, ¿no?

—Sí, pero debes admitirlo, estoy segura de que te habrías divertido yendo de excursión, surfeando y haciendo tubing con *cualquiera* aquí. No soy yo quien hace de estas unas buenas vacaciones, son todas tus aventuras.

Quiero decirle que es ella. Que *ella* es la aventura. Que sin ella, todas esas cosas habrían sido mucho menos significativas. Pero no lo hago. Porque podría alejarla.

Una nube oscura pasa rápidamente sobre el sol y siento gotas de lluvia en mis brazos. Agarro la mano de Ivy.

—Vamos, continuemos.

—No. Sigue adelante. Me voy a quedar aquí.

Miro como su cabeza se inclina hacia atrás y su boca se abre. Justo como lo hizo al llover cuando hicimos tubing. Su lengua sale para atrapar algunas gotas de lluvia.

Me detengo, estudiándola mientras prueba la lluvia. Luego empieza a dar vueltas.

Comienza a llover más fuerte y mi instinto es refugiarme. Pero algo le está sucediendo y siento que necesito dejarlo. Su cuerpo comienza a temblar. No creo que tenga frío. Creo que está llorando. Pero no puedo ver las lágrimas con la lluvia que empapa su cuerpo.

Mi cabello está apelmazado en mi cabeza. Mi ropa está empapada. Pero no tengo más opción que ver a esta mujer experimentar algún tipo de colapso aquí en la playa bajo la lluvia.

Cuando un fuerte trueno la sobresalta, finalmente me mira, midiendo mi reacción ante su colapso silencioso.

Alcanzo su mano y tiro de ella hacia la acera para que podamos encontrar refugio.

—¡Espera! —exclama, deteniéndome.

Escapa de mi agarre y camina hacia un charco en la acera. Entonces salta y salpica, como haría un niño. Luego cierra los ojos otra vez, levantando los brazos en el aire como para invocar algo.

Cuando un segundo trueno asalta nuestros oídos, corro y la levanto en mis brazos.

—¿Estás loca, Ivy? No puedes pararte en el agua durante una tormenta.

La llevo a una terraza cubierta en el exterior de un resort cercano. La bajo y mira con nostalgia la tormenta.

—¿No te gusta la lluvia? —cuestiona.

—Solo cuando sé que no me matará —respondo—. ¿Qué tiene de especial la lluvia?

Me mira, su cabello mojado y su ropa pegada a su cuerpo. Ladea la cabeza y abre la boca como si quisiera decir algo. Pero no lo hace.

—¿Qué? —pregunto.

—No es nada. Solo algo que alguien solía decirme.

Le sonrío suavemente, sin insistir ni presionar, sino haciéndole saber que está bien decir lo que quiere decir. Dejándole saber que es seguro.

Vuelve a mirar la lluvia y luego a mí.

—La lluvia es como una poción mágica que hace crecer las flores.

Luego camina hacia el borde de la terraza y extiende su mano para atrapar más gotas.

Y ahí es cuando lo sé. Sé que aunque solo han pasado cuatro días y no es realmente posible, me estoy enamorando de ella.

10

Ivy

Los últimos días han sido un torbellino de actividad. Apenas he tenido dos minutos para pensar. Y esa es exactamente la forma en que me gusta. Hemos ido a surfear unas cuantas veces más. A hacer senderismo por un camino diferente. A ver el bufadero más grande de Kauai. Y a montar en tirolesa.

Y el sexo... solo se vuelve mejor. Estamos aprendiendo sobre el cuerpo del otro. Lo que nos gusta. Lo que nos lleva al orgasmo rápidamente. Lo que nos vuelve locos de deseo.

Eli y yo nunca nos tomamos el tiempo de hacer eso. Nunca nos pusimos creativos. Prácticamente solo teníamos sexo en la cama... con él encima. Nunca se nos habría ocurrido tener sexo sobre la encimera de la cocina, o en una excursión detrás de una gran roca, o en la playa a medianoche. Creo que una vez en la secundaria, Eli y yo lo hicimos en un auto, pero esa fue nuestra única anomalía. Me dio orgasmos a veces, pero no siempre, y me parecía bien. Me parecía bien porque no tenía ni idea de que algo *así* existía.

Durante años, Holly me ha entretenido con historias sobre su vida sexual. Pero pensé que tal vez ella era diferente a mí. Que su espíritu despreocupado le facilitaba estar con hombres.

Supongo que nunca supe lo que me estaba perdiendo. Y me entristece saber que volveré a perdermelo cuando vuelva a la realidad. Porque la verdad es que la única razón por la que puedo ser así ahora es porque esto, aquí en Kauai, no es la realidad. Algunos días incluso parece que no soy yo. Como si estuviera teniendo una experiencia extracorpórea. Como si estuviera viviendo la vida de otra persona. Alguien que no está consumido por el dolor. La depresión. La culpa.

No soy tonta. Sé que tan pronto como me suba a ese avión, todo va a cambiar. Una vez que llegue a casa y entre en la habitación de Dahlia con sus paredes pintadas de flores decoradas con sus dibujos, volveré a donde estaba hace unas semanas.

Pero ahora mismo, estoy en un mundo de fantasía. Y sé que tiene todo que ver con el chico conduciendo el jeep blanco. Mientras miro su auto avanzar por el largo camino de entrada del resort, pienso en cómo me mira de manera diferente ahora. No estoy segura de qué cambió, pero en los pasados días, ya no me presiona. No me hace tantas preguntas. No me mira con tanta compasión.

Tal vez Bass haya aceptado el hecho de que esto terminará en siete días. Quizás al fin se ha dado cuenta de que no quiere quedar atrapado con alguien tan roto. Sea lo que sea, estoy agradecida.

Pongo la pequeña nevera en el asiento trasero de su auto. Empaqué algunos sándwiches para poder almorzar en un picnic mientras exploramos la isla.

—¿Me extrañaste? —cuestiona cuando me subo al asiento del pasajero.

—Apenas —bromeo, no queriendo admitir, ni siquiera para mí misma, que lo hice—. Mis partes femeninas necesitaban un tiempo de recuperación.

Extiende una mano y la pasa por mi muslo desnudo.

—Resulta que soy muy aficionado a tus partes femeninas.

—Lo cual es la razón por la que están exhaustas —replico.

—¿A dónde quieres ir hoy? —pregunta cuando nos acercamos a la salida de mi resort.

—Vamos a la derecha y coge el túnel de árboles sobre la cincuenta.

Hay una carretera, la Ruta 50, que es la arteria principal en Kauai. Los lugareños la llaman *la cincuenta*. A cualquier

lugar al que quieras ir en la isla, casi seguro tienes que usar la cincuenta para llegar allí.

—A la derecha entonces.

—Genial. Me encanta pasar por el túnel de árboles.

Para llegar a Poipu Beach, donde nos quedamos, tienes que pasar por un icónico túnel de vegetación. El camino queda completamente cubierto por un dosel de eucaliptos, dejando suficiente espacio para que pasen autos y camiones. La semana pasada, cuando estábamos en el helicóptero, nuestro piloto voló sobre él y pudimos ver los autos desaparecer por un lado y emerger por el otro. Y ahora somos uno de esos autos.

Me recuesto y espero a que Bass me dé otro discurso sobre lo bueno que es mirar las cosas desde más de una perspectiva. Pero no lo hace.

Conducimos bajo una breve lluvia y extiende su mano para tomar la mía. Creo que entiende mi relación de amor-odio con la lluvia. Pero, de nuevo, no hay preguntas, ni siquiera cuando guardo silencio y miro por la ventana.

Media hora después de conducir por una carretera sinuosa, Bass reduce la velocidad, apuntando a una señal. Es de una cascada. Oh, Dios. Realmente no quiero ver otra cascada. Por suerte, he podido evitarlas en nuestras excursiones. Ver cientos de ellas desde el helicóptero fue casi demasiado para soportar. Las cascadas fueron una de las razones por las que Dahlia eligió esta isla. Y son mucho peores que la lluvia.

Antes de que pueda protestar, Bass gira por el camino, luciendo entusiasmado.

—Nunca había visto una de cerca y en persona antes. ¿Tú?

Todo lo que puedo hacer es negar.

Encuentra un lugar para estacionar en el lateral de la carretera, lleno con montones de otros autos. Apaga el jeep y sale. Cuando no abro la puerta, rodea el auto para abrirla por mí. Pero me siento, congelada en mi asiento.

—¿Estás bien? —inquire.

—Continúa. Te esperaré aquí.

—¿No quieres verla?

Niego.

Suspira, probablemente preguntándose por qué no quiero ir, pero no cuestionándome al respecto. Observa a las otras personas que se dirigen a las cataratas, que aún no podemos ver desde donde estamos estacionados. Claramente quiere verlas. Comienza a regresar al lado del conductor. Se va a ir. Por mí.

—No —digo, sintiéndome culpable—. Deberías ir. Estamos aquí y deberías verlo.

—Realmente no necesito hacerlo. Está bien.

—Bass, ve. Le prometí a mi hermano que lo llamaría hoy —miento—. Realmente solo quiero quedarme en el auto y hacer esa llamada. Estoy bien.

—¿Estás segura?

Asiento.

—Sí.

—De acuerdo, solo serán unos minutos.

—Tómame todo el tiempo que quieras.

Lo observo alejarse. Luego veo a una familia pasar de camino a su auto. Una niña sostiene la mano de su madre, chillando sobre lo maravillosas que son las cataratas. La niña lleva una flor en el cabello. Debe tener unos seis años.

A través de mis lágrimas, sigo a la familia con mis ojos hasta que se pierden de vista. Entonces algo pasa. Siento el impulso más fuerte de salir del auto e ir a ver la catarata. No quiero, pero es casi como si tuviera que hacerlo.

Despacio giro la curva en el camino, oyendo el sonido del agua corriendo volviéndose cada vez más fuerte a medida que me acerco. Veo docenas de personas alineadas en la barandilla que las separa del valle de abajo. Veo a Bass hablando con un

hombre. Me quedo atrás, dirigiéndome hacia un lugar desocupado lejos de la multitud.

Cuando las cataratas aparecen a la vista, jadeo. El poder del agua cayendo es increíble. Y la niebla que crea cuando golpea las rocas de debajo llena el valle.

Mis emociones me abruman y tengo que darle la espalda a la catarata y sentarme en el suelo. Me siento aquí y escucho el sonido de las cataratas con los ojos cerrados, deseando por enésima vez que Dahlia estuviera aquí para verlo.

A mi izquierda hay una abertura en la valla, como si alguien hubiera cortado el alambre para bajar a la catarata. Hay una ligera cuerda sujeta para intentar prevenir que alguien pase.

Me levanto y me acerco para investigar. Cuando miro más allá de la valla, veo un camino entre los arbustos. Desaparece bajo el intenso follaje. No estoy segura si alguien parado ante la barandilla vería a otra persona caminando por el sendero.

Miro a Bass para ver que sigue hablando con el hombre mientras ambos admiran las cataratas. Entonces miro hacia el agua, siendo atraída hacia ella como lo hago hacia la lluvia. Siento la necesidad de tocarla. Como si de alguna manera hacerlo me acercara más a ella.

Sin pensarlo demasiado, desato la cuerda y paso por la abertura en la valla. La primera parte del corto camino es fácil de manejar, pero me detengo cuando algo me llama la atención. Es una flor. Pero no es una flor cualquiera, es una margarita. Una sola margarita. Miro alrededor buscando más, sabiendo que las margaritas crecen en grupos. De hecho, crecen en masas tan abundantes que invaden los jardines porque son resistentes a los insectos y pesticidas.

Me paro ahí, mirando la flor, preguntándome cómo una sola margarita llegó a crecer aquí sola. E incluso sobre el fuerte zumbido de la catarata, puedo oír sus palabras. *“Las margaritas van a mejorarlo todo”*.

Mientras me acerco a las cataratas, tengo que tener cuidado de no perder el equilibrio. Desciendo agarrándome de

las ramas de los árboles. Y unos minutos después, me encuentro sobre una roca resbaladiza detrás de las cataratas, a medio camino entre la parte superior y la inferior.

Apenas puedo tocar el agua si extiendo mi brazo. No puedo oír nada más que el agua corriendo cerca de mí. Es fuerte y descubro que me gusta, porque el volumen del agua silencia la voz en mi cabeza. Silencia su voz.

Me quedo aquí, dejando que el agua corra sobre mi mano, queriendo desesperadamente estar debajo de las cataratas y dejar que me envuelvan. Pero sé que si hago un movimiento incorrecto, terminaré cayendo nueve metros a las rocas de abajo.

De repente, unos brazos me rodean y soy empujada contra la pared de rocas detrás de mí.

—Ivy, ¿qué estás haciendo? —grita Bass.

No puedo contestarle. Porque ni siquiera yo estoy segura.

—No tienes intrépida, ¿verdad? —grita sobre el fuerte sonido del agua corriendo—. Quieres morir, ¿no?

Me deslizo por la roca hasta que mi culo toca el suelo. Pongo mis rodillas contra mi pecho. Mis ojos están tan borrosos por las lágrimas que ni siquiera puedo ver su rostro. Y tal vez no poder ver su rostro hace que sea más fácil para mí ser honesta. Honesta con él. Honesta conmigo misma.

—Sí —digo, probablemente no lo suficientemente fuerte para que lo escuche—. Pero no puedo. Porque hice la promesa de vivir.

—¿A quién se lo prometiste? —me pregunta al oído, sentándose a mi lado.

Solo niego.

—¡Ivy! —exclama—. Dime. No puedes esconderte de tu dolor para siempre. Necesitas dejarme entrar. ¿No puedes ver cuánto me importas? ¿No puedes ver que te amo?

Mis ojos se dirigen en los suyos. ¿*Me ama*? Solo me conoce desde hace *una* semana. Eso es ridículo. Por no

mencionar que alguien enamorándose de la cáscara de una mujer es improbable.

Me pongo de pie y lo enfrento.

—¡No quiero que me ames! —chillo.

—¿Por qué? —grita en respuesta—. ¿Por qué no me dejas amarte? ¿A quién perdiste, Ivy?

Ignoro su pregunta, me alejo y paso mi mano por el agua por última vez. Se aferra a mí para que no me caiga.

Luego doy la vuelta y regreso. En el camino, arranco la margarita de raíz y la tiro al suelo. Dahlia estaba equivocada: las margaritas no mejoran *nada*. Nada puede mejorarlo.

Cuando emergemos por la valla rota, la gente nos mira. Estamos sucios y húmedos y me pregunto si me voy a meter en problemas por violación de la propiedad. Pero nadie se nos aproxima mientras nos dirigimos al auto.

—Llévame a casa. —Son las únicas palabras que digo.

Conducimos en silencio hacia mi resort. Y cuando salgo de su auto, ni siquiera me molesto en tomar la nevera que puse en el asiento trasero. Quiero alejarme de esto. De él. De todo.

—¡Ivy! —llama mientras cierro la puerta y me alejo.

Pero no me detengo. Ni siquiera me giro. Solo sigo andando. Camino hacia mi habitación y me derrumbo sobre mi cama, sin siquiera molestarme en limpiarme. Y lloro. Lloro más fuerte que nunca. Lloro una catarata de lágrimas.

—Eso es, Ivy —dice el doctor—. Solo un empujón más y tu hija estará aquí.

Eli me toma de la mano y me dice que lo estoy haciendo genial. Estoy emocionada, pero aterrorizada al mismo tiempo. La última vez que hice esto, fue todo menos una ocasión feliz. Esperar el nacimiento de un hijo muerto era la pesadilla de todas las mujeres. Una que viví. Pero esto es diferente. Su corazón late. Lo oí en el monitor hace un momento. Está viva. Voy a tener un bebé.

—Solo un poco más, cariño —dice la amable enfermera.

Niego, no quedándome más fuerzas.

—Vamos, puedes hacerlo mejor que esto —dice la enfermera perra y condescendiente, intentando hacer su trabajo a pesar de que claramente tiene un problema conmigo convirtiéndome en madre adolescente.

Reúno toda mi fuerza y doy un empujón final, sintiendo el alivio abrumador del cuerpo de mi bebé saliendo del mío. Se le pide a Eli que corte el cordón. Pero aún no puedo respirar. No puedo respirar hasta que la oiga respirar.

Cuando su pequeño llanto hace eco en mi habitación, también lloro. Está aquí. Y está viva.

Eli se inclina para besarme, sus lágrimas mezclándose con las mías.

—Lo hiciste —dice.

—Lo hicimos —replico.

La enfermera coloca a nuestra pequeña en mi pecho y la envuelvo en mis brazos mientras el doctor termina su trabajo. Miro a Eli.

—Dahlia —digo—. Quiero llamarla Dahlia.

Durante meses, Eli me ha pedido que elija un nombre. Pero no podía hacerlo. No podía nombrar a mi bebé a menos que supiera que estaría bien. Porque la última vez que elegimos un nombre al principio de mi embarazo, todo salió mal.

—Dahlia suena perfecto —dice, inclinándose para besarla.

Una de las enfermeras viene después de tener un minuto para unirnos con nuestra nueva hija.

—Tenemos que limpiarla ahora —explica—. No te preocupes, podrás tenerla de vuelta en breve.

Alguien más coloca pulseras en la muñeca de Eli y en la mía justo cuando el doctor me dice que todo se ve bien “allí abajo”.

Mi enorme sonrisa se siente como si pudiera partir mi rostro en dos. Ni siquiera las miradas de esa enfermera perra me molestan. La que piensa que Eli y yo somos demasiado jóvenes para formar una familia. Pero ella no lo sabe. No sabe por lo que pasamos. No sabe que Dahlia es un regalo. No es un reemplazo, es un milagro.

De repente, hay una conmoción alrededor del doctor que entró en la habitación para examinar a Dahlia.

La enfermera amable se acerca a nosotros, no se ve tan feliz como hace un momento.

—Necesitan hacerle algunas pruebas a su hija —dice.

—¿Pruebas? ¿Está bien? ¡Espere! —grito cuando la otra enfermera se lleva a mi bebé de la habitación—. Dijo que podía tenerla de vuelta de inmediato.

El doctor se acerca.

—Soy el doctor Halburn, residente de pediatría. El doctor James me acaba de informar que experimentó el parto de un feto muerto el año pasado. ¿Hicieron una autopsia?

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué le pasa? Estaba llorando. Está viva, ¿verdad?

Me pone una mano en el brazo.

—Sí. Está viva. Acabo de notar algunas irregularidades cuando estaba palpando su abdomen.

—¿Irregularidades? —pregunto a través de las lágrimas.

—Puede que no sea nada —responde—. Pero si supiéramos qué causó la muerte de su otro hijo, podría ser útil.

—¿Muerte? ¿Va a morir? —chillo.

—No. No —dice—. Se ve bien. Solo estamos intentando cubrir todas las bases.

Eli niega.

—No hicieron una autopsia. Nos dijeron que a veces esas cosas simplemente suceden.

—A veces lo hacen —dice el doctor—. No quiero que se preocupen. Su bebé está en buenas manos. Solo estamos siendo cautelosos.

—Dahlia —digo—. Su nombre es Dahlia. Por favor. No puedo pasar por esto otra vez.

Me da un asentimiento de simpatía.

—Volveré tan pronto como pueda. Intente descansar un poco.

—Oh, Eli —digo llorando—. ¿Y si...?

—No es como antes, Ivy. Te lo prometo. Ella es grande y saludable. La viste. Estaba llorando. Sus ojos estaban abiertos. Va a estar bien. Simplemente están siendo cautelosos como él dijo.

Se sienta en la cama a mi lado y lloro en sus brazos hasta que me quedo dormida por el agotamiento.

Sebastian

No la he visto desde ayer por la tarde. No contesta mis llamadas. No responde mis mensajes. Ni siquiera salió a pasear por la playa anoche o esta mañana como ha hecho durante la semana. Debería saberlo. No he hecho nada más que acechar su resort, esperando a ver si sale.

Ayer a la hora de la cena estaba enloqueciendo y por fin convencí a Leilani, la conserje, de ir a verla. Informó de que Ivy estaba bien.

Pero no es verdad. Está cualquier cosa menos bien. Presioné demasiado. Hice demasiadas preguntas. Y cuando dije que la amaba... estoy seguro de que ese fue el clavo en mi ataúd.

¿Por qué lo dije? Ni siquiera estoy seguro de *hacerlo*. Tal vez sea solo el bombero en mí tratando de protegerla. Pero, mierda, tenía miedo de que hiciera algo imprudente.

Y ahora me ha dejado fuera por completo.

Soy un idiota. Primero, me paso años sin decirle a la mujer que amaba lo que sentía por ella, y ahora voy y hago todo lo contrario, después de solo siete días conociendo a Ivy.

Levanto mi tabla de surf y voy al agua. Cada vez que atrapo una ola y me acerco a la orilla, mis ojos escanean la playa en busca de cierto bikini azul.

A última hora de la tarde, regreso a mi resort, cambiando mi tabla de surf por mi guitarra y tomando mi lugar habitual junto a la hoguera.

—Aloha, señor Briggs. ¿Dónde está su hermosa dama? — pregunta Tua, atrapándome sentado solo.

—No se siente bien —miento.

Asiente hacia mi guitarra.

—Tal vez venga a tocar con usted más tarde.

Me encojo de hombros

—No sé si estaré aquí. Tampoco me siento muy bien. Podría volverme temprano.

Levanta las cejas hacia mí.

—¿Una pelea de amantes?

—Algo parecido.

Pone una mano paternal en mi hombro.

—No se preocupe. Nadie puede permanecer enojado por mucho tiempo en Kauai. Es el paraíso.

Echo un vistazo al agua, pero no es tan azul como hace unos días. Miro tierra adentro a las montañas, y no parecen tan verdes.

—Espero que tengas razón, Tua.

—Tua siempre tiene razón —dice, volviendo a su trabajo de apilar algunas sillas de playa mientras la gente se va.

Echo un último vistazo a la playa antes de levantarme y comenzar a alejarme.

—¡Socorro! —Oigo gritar a una mujer.

Arrojo mi guitarra sobre la hierba y corro hacia la mujer que claramente está en pánico.

—Mi hija. Estaba jugando en las olas justo allí, pero ahora se ha ido. No nado muy bien, así que no entré con ella. Aparté la vista solo por un minuto.

—¿Qué edad tiene?

—Seis. —Se cubre la boca con un grito de dolor—. Oh, Dios mío. ¿Dónde está?

—Señora, probablemente solo fue al baño o a beber algo. ¿Cómo se llama y de qué color es su traje de baño?

—Rosa brillante con flores amarillas. Se llama Misty.

Llamo a Tua.

—Trae a algunas personas y busca en el terreno a una niña de seis años con un traje de baño rosa brillante con flores amarillas. Su nombre es Misty.

Tira la silla que sostiene y corre hacia el bar cercano para hacer lo que le pedí.

La madre grita de nuevo y corre hacia el agua.

—¡Ahí está! ¡Oh, Dios mío, se está ahogando! ¡Que alguien me ayude!

Veo un destello momentáneo de rosa, y luego nada.

Me quito los zapatos y le grito a Tua.

—¡Llama al 9-1-1! —Miro a la multitud reunida—. Que alguien vaya por el socorrista.

Agarro a la madre que intenta meterse en el agua.

—Sujétenla —digo a otras mujeres—. Si se mete, acabaré rescatando a *dos* personas.

Un hombre corre a mi lado mientras me apresuro hacia el agua.

—Puedo ayudar. Soy un buen nadador —dice.

Señalo a donde vi a la niña.

—Entraré por la izquierda, toma la derecha y revisaremos la zona. Podría estar en el fondo, posiblemente atascada, así que usa tus pies para palpar por la zona también.

—De acuerdo —dice antes de que ambos nos sumerjamos en las aguas más profundas.

Intento mantener la calma y recordar mi entrenamiento sobre víctimas ahogadas, algo que no vemos mucho en la ciudad. Me sumerjo e intento buscar de una manera metódica, pero es difícil con la llegada de las olas. Hay solo treinta metros de profundidad, pero en los veinte segundos que nos llevó llegar, la chica podría estar en cualquier parte.

Me destroza oír a la madre gritar en la playa cada vez que salgo a tomar aire. Veo a algunas personas más nadando para

ayudar con la búsqueda.

Mi pie toca algo suave y mi corazón palpita. Me agacho y siento un pie pequeño. Levanto a la niña en mis brazos mientras camino por el agua lo más rápido que puedo para regresar a la playa.

Un socorrista corre hacia mí con una camilla rígida.

—Ponla en la playa —indico—. Necesito que esté en una superficie plana.

—Puedo encargarme de esto, señor —asegura el socorrista, pareciendo que podría desmayarse por el miedo.

—Soy paramédico entrenado y bombero. A menos que hayas estado en la escuela de medicina, yo me encargo de esto. ¿Tienes un kit de primeros auxilios?

—Sí —responde, metiendo la mano en su mochila.

—Bien. No respira. Voy a comenzar la RCP y respiras por ella cada vez que yo asienta.

Oigo muchas cosas de fondo mientras intento devolverle la vida a su pequeño cuerpo azulado. Oigo sirenas a lo lejos. Escucho gente llorando. Llega un oficial y le grita a la gente que se mantenga alejada. Pero lo que sé que siempre recordaré sobre este momento son los gritos espeluznantes de una madre que cree que su hija se está muriendo justo aquí delante de ella.

—Por favor, por favor. —Me oigo repetir mientras presiono su pecho.

Entonces, justo cuando los paramédicos entran en escena, la niña tose y escupe agua. La pongo de lado para ayudar a que el agua salga. Tose y tose, el agua escapando con cada fuerte expulsión de aire. Su madre cae de rodillas, acunando a la niña en sus brazos mientras los paramédicos intentan apartarla para llevar a cabo su examen.

La niña está moviendo sus brazos y piernas, llorando y asustada.

La madre me abraza.

—Gracias. Gracias. Gracias —dice llorando. Solo que ahora son lágrimas de alegría.

Uno de los paramédicos me pide mi nombre y número para su informe y se lo doy y al oficial de policía. Les cuento cada detalle del rescate. Conozco el tema. Necesitan documentarlo todo.

Ponen a la niña en una camilla en la acera, pero antes de irse, la madre me atrae para otro abrazo.

—Me has dado a mi vida —dice—. Espero que lo sepas.

Asiento, tragando la sensación de ardor elevándose por mi garganta.

Miro por encima del hombro de la mujer y veo a Ivy, congelada en la playa. Luego la veo inclinarse, sostener su estómago y desmoronarse en la arena.

Cuando me ve, intenta correr, pero sus pies ceden y se desploma.

—¡Ivy! —Me acerco y le pongo la mano en el hombro—. ¿Estás bien?

Su cuerpo está temblando silenciosamente. Está casi histérica.

—¿Necesitas ayuda? —cuestiona el socorrista, sin duda viendo su pálido rostro.

—No. Estoy bien. Está molesta por lo que vio. Gracias.

Ella mira, su cuerpo agitado, mientras los paramédicos alejan a la niña a través de la propiedad.

—Está bien —informo—. La niña va a estar bien.

—La madre —replica con voz temblorosa—. Me pregunto si tiene alguna idea de lo que *la* salvaste.

—Creo que lo hace. Cuando se me acercó, dijo que le había dado a su vida.

Ivy asiente una y otra vez, las lágrimas cayendo sobre la arena debajo de ella. Entonces me mira.

—Ojalá alguien pudiera haberme dado a la mía.

De repente, mi corazón se hunde en la boca de mi estómago y mi garganta arde.

—Oh, Ivy. ¿Tú...? —Apenas puedo pronunciar las palabras—. ¿Perdiste un hijo?

Traga saliva mientras cierra los ojos.

—No solo uno —responde, ahogándose con sus palabras—. Perdí a dos.

Su cuerpo tiembla con sollozos, como si decir esas palabras fuera lo más difícil que ha tenido que hacer.

Se queda floja en mis brazos y la levanto, llevándola por el terreno de mi resort mientras trato de caminar por la acera con mi visión borrosa.

Cuando la llevo a mi habitación y la acuesto en mi cama, llora. Lloro mucho y con fuerza. No estoy seguro de qué hacer. He visto profunda pérdida en mi trabajo, pero nunca la he experimentado. Nunca he sido testigo del grado de dolor que estoy viendo en este momento.

Me meto en la cama junto a ella, atrayéndola hacia mí. Paso una mano por su brazo y luego por su cabello. Intento consolarla con un toque calmante, sabiendo que probablemente está muriendo por dentro. Y me deja abrazarla. Me deja abrazarla hasta que se duerme por el agotamiento. Luego la abrazo un poco más. La sostengo hasta que sale el sol doce horas después.

12

Ivy

Cierro mis párpados con fuerza, intentando mantener a raya la luz que entra por la ventana. Algo se siente diferente. Algo huele diferente.

Abro mis ojos y veo a Bass profundamente dormido en la almohada junto a mí y todo vuelve. La salvó. Salvó a esa mujer de una vida llena de dolor.

Me llevó hasta su habitación y me cuidó. Vagamente recuerdo tener una pesadilla anoche. Me abrazó y me consoló hasta que volví a dormirme.

Dijo que me amaba. Pero sé todo acerca de intentar amar a alguien que está roto. No funciona. Es la razón por la cual Eli y yo nos separamos hace años.

Yazco aquí, mirando a Bass, preguntándome qué podría ver en mí que pudiera hacerlo amarme.

Tal vez sea Hawái. Es un lugar mágico. Me pregunto si se hubiese enamorado de *cualquiera* que conociera aquí. Tal vez eso sea lo que hace... enamorarse. Después de todo, se enamoró de su amiga. Podría ser uno de esos tipos que se sienten atraídos por mujeres inalcanzables.

O podría ser que es un protector. Salva a las personas por profesión. Probablemente cree que puede salvarme. Y parte de mí lo quiere, aunque sé que nadie puede salvarme.

Cree que quiero morir. Todos lo creen. Y tal vez *soy* imprudente, pero no voy a fallarle a Dahlia así. Así que aunque lo he pensado —he pensado en ello miles de veces en los últimos siete meses— no voy a romper la promesa que le hice.

Ella quería que viviese. Quería que viviese por ella. Incluso quería que amara. Creo que sabía, incluso a su tierna

edad, que su padre y yo estábamos mejor como amigos. Hablaba de que encontrase un príncipe. Hablaba de él salvándome. Las lágrimas llenan mis ojos. Siempre asumí que cuando hablaba de ello, se refería a salvarme de una bruja mala, o de un dragón, o de la torre de un castillo. Veíamos muchas películas de Disney, después de todo. Pero mientras estoy aquí tumbada mirando a Bass, pienso en cuán sabia era para su edad. ¿Podría ser que hubiera estado hablando de una forma *diferente* de rescate?

Veo sus ojos abrirse.

—Buenos días, hermosa.

Limpio una lágrima de mi ojo, sabiendo que me veo de cualquier manera menos hermosa.

—Buenos días.

Extiende su mano para tomar la mía.

—¿Estás bien?

Asiento, mi cabeza aún en la almohada.

Me tumbo aquí y espero a que me pregunte por mi colapso nervioso. Por mis muchos colapsos. Pero no lo hace. Solo frota su dedo sobre mis nudillos, mirándome con una sonrisa compasiva.

Cuando abre la boca, me preparo para las preguntas inevitables.

—¿Cuál es tu desayuno preferido? —inquire.

Me rio.

—Panqueques.

Alcanza su teléfono, llamando al servicio de habitaciones. Luego se acerca, atrayéndome a sus brazos, haciéndome cucharita. Me relajo contra él, gustándome cómo se siente ser sostenida de esta manera. Sus brazos son fuertes. Debería saberlo, he estado en ellos más que unas pocas veces.

Me doy cuenta de que aún tenemos puestos nuestros trajes de baño y luego muevo mi pie hacia atrás y lo engancho alrededor del suyo, siento arena en la cama. Debe haberme

acostado y tumbado aquí toda la noche. Durmió en una cama llena de arena con un traje de baño mojado... por mí.

Muevo mis dedos contra los suyos.

—Creo que tenemos que cambiar tus sábanas.

—No te preocupes por eso —me dice al oído—. El servicio de limpieza se ocupará.

—Lamento que consiguieras algo tan pésimo cuando viniste a Hawái. Sé que esperabas mucho más de tus vacaciones.

Me acerca más a él si es que es incluso posible.

—En algo tienes razón. No conseguí lo que esperaba cuando vine aquí. Nunca esperé conocer a una mujer hermosa. Una con ojos tristes que me empuja a escribir canciones sobre ella. Nunca esperé experimentar todas las grandes cosas en esta isla con alguien que ve todo con tanta emoción que es impresionante. Nunca esperé nada de eso. Nunca esperé sentirme así. Nunca *te* esperé. Y no cambiaría nada, Ivy Greene.

Giro la cabeza para que pueda verme sonreír.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta.

—Solo... gracias.

Bass salta de la cama cuando escuchamos golpes en la puerta. Le indica al servicio de habitaciones que deje nuestras bandejas del desayuno en el balcón. Una vez que se han retirado y Bass va al baño para lavarse, salgo de la cama en busca de algo en lo que cambiarme antes de ir afuera.

Bass se para en seco cuando abre la puerta del balcón.

—Vaya —dice.

Bajo mi jugo de naranja.

—Espero que no te importe que tomase algo de ropa prestada.

—¿Algo? —cuestiona, sus ojos recorriendo mis piernas desnudas hasta el muslo—. Me parece que solo llevas puesta una camisa.

Le muestro brevemente la ropa interior que tomé de su cajón. Está bajo una camisa hawaiana que robé de su armario.

—Mierda, Ivy —dice, recolocándose bajo sus shorts.

—¿Así que *no* te importa que rebusque entre tu ropa? Bien —digo, sonriendo.

—Mujer, puedes rebuscar entre mi ropa cada vez que quieras si eso quiere decir que te verás así.

Se inclina para plantar un beso en mi cabeza, luego toma la botella de champán que había hecho traer con el desayuno. Sirve un poco en nuestros vasos de jugo de naranja para hacer mimosas.

Levanta su vaso.

—Por un nuevo día lleno de nuevas posibilidades.

—Brindo por eso —digo, chocando mi vaso con el suyo.

Coloca mi pierna sobre su regazo y nos sentamos y comemos panqueques y bebemos mimosas. Parece feliz.

Me atrapa observándolo y recorre mi muslo con su mano.

—Déjame pasar el resto de esta semana contigo —dice—. Me quedan cinco días y después de todo lo que hemos hecho juntos, no puedo imaginarme estar aquí solo.

—Yo...

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que no voy a presionarte. No habrá mención del futuro. O de esa palabra con A. Solo quiero estar contigo durante tanto tiempo como me quede aquí.

Lo estudio, preguntándome si alguna vez que he conocido a alguien tan amable como él. O tan guapo. O fuerte. Creo que Aspen debe haber estado loca para no corresponder su amor. Demonios, *cualquiera* estaría loca para no amar a este hombre.

De repente, siento mi estómago tensarse y mi respiración entrecortarse.

—¿Qué pasa? —pregunta, al sentir que me tenso.

—No es nada —respondo, sin querer revelar que de alguna forma, en los últimos diez segundos, creo que me enamoré de Sebastian Briggs.

Sebastian

—Entonces, ¿cinco días más? —pregunto, pasando mi mano debajo de su camisa para sentirla usando mi bóxer.

Maldición, eso es sexy: que use mi ropa interior. Pero lo que sería aún más sexy es verla en mi suelo.

Sonríe y asiente.

No estoy seguro de lo que acaba de pasar, pero es casi como si hubiera visto algo cambiar detrás de sus ojos. Incluso podría haberlos visto suavizarse. Supongo que es porque prometí no presionar. No decirle que la amo. Tal vez sin esa presión, está dispuesta a darme estos últimos días.

No puedo imaginar volver a Nueva York y saber que está allí y no estar con ella. Pero eso es un problema para otro día. Hoy, y durante los próximos cinco días, es toda mía.

Puedo decir que le gusta dónde tengo mi mano. Pero finge que no se da cuenta, tomando los últimos bocados de su panqueque a pesar de mis dedos moviéndose bajo la tela fina.

Me rio, mirándola comer.

—Te gustan mucho los panqueques, ¿no?

—Sí, mucho.

Quito mi mano de debajo de su camisa y nos hago dos mimosas más. Le paso una y luego se sube encima de mí, montándose a horcajadas justo ahí en el balcón.

Tiro de la parte de atrás de su camisa, *mi* camisa, para que cubra su trasero. Aunque estamos en el piso superior, aun así no quiero que nadie en todo el recinto tenga un vistazo de ella... incluso en su ropa interior.

Tomo un largo sorbo de mi bebida antes de dejarla y desabrochar su camisa. Separo la camisa, revelando su pecho. Con un dedo, trazo la línea bronceada debajo, alrededor y sobre sus asombrosos pechos.

Su respiración se acelera y comienza a retorcerse en mi regazo. Cuando pellizco sus pezones entre mis pulgares e índices, echa la cabeza hacia atrás y gime.

Me pongo de pie con ella en mis brazos.

—Será mejor que entremos antes de que nos acusen de indecencia pública.

—¿Tenemos que hacerlo? —cuestiona.

—¿Por qué, Ivy Greene, eres exhibicionista?

Se ríe y me roba el aliento.

—Nunca antes he tenido sexo en un balcón —confiesa.

Alzo las cejas.

—Bueno, mierda. Ahora tenemos que hacerlo. —Miro alrededor del resort y veo gente moviéndose—. Pero creo que esperaremos hasta la noche. Y tal vez deberíamos usar *tu* lugar ya que está justo en la playa.

Se muerde el labio.

—Es una cita, Sebastian Briggs.

Mi polla salta solo de pensarlo.

La llevo dentro, susurrándole al oído todas las cosas que quiero hacerle.

Cuando la dejo en el sofá y la miro como si quisiera devorarla, dice:

—Me siento un poco sucia.

Levanto una ceja.

—Creo que he creado un monstruo.

Me da una palmada en la pierna.

—No *esa* clase de suciedad. Después de dormir en traje de baño, siento que tengo arena en... lugares innombrables.

Me pongo aún más duro al pensar en sus lugares innombrables.

—Entonces, ¿por qué no vamos a ducharnos?

—¿Juntos? —inquire, mordiéndose el labio de nuevo.

—Definitivamente.

Extiendo mi mano, ayudándola a levantarse del sofá, luego tomo un condón de la mesita de noche de camino al baño.

—Por mucho que me guste verte en mi ropa, verte sin ella será aún mejor.

Le quito la camisa por los hombros y luego le bajo la ropa interior por las piernas. Es la primera vez que la veo completamente desnuda a plena luz del día y me cuesta mucho no mirar su increíble cuerpo embobado.

—Eres hermosa, Ivy.

Se sonroja.

—Ahora tú —dice, asintiendo hacia mis shorts.

Me quito la ropa y me paro desnudo frente a ella.

—Tú eres el hermoso, Sebastian.

Nunca me ha gustado que me llamen por mi nombre de pila. Siempre me ha parecido demasiado viejo y aburrido. Pero me encanta la forma en que lo dice. Me encanta la forma en que me *mira* cuando lo dice. Nadie me ha mirado de esta manera antes.

—Vamos —digo, llevándola a la ducha.

Estiro la mano y la enciendo, colocando el condón en el estante. Mientras el agua se calienta, Ivy me rodea con sus manos, presionándose contra mi espalda. Muevo una mano detrás de ella y acaricio la suave piel de una de sus nalgas.

—¿Ya está caliente? —pregunta, impaciente.

Me rio de su entusiasmo antes de llevarla a la ducha conmigo.

Observo mientras se para debajo del chorro de agua, dejándola mojar su largo cabello mientras se arquea hacia atrás. Cuando abre los ojos y ve mi mirada acalorada, alcanza el gel. Pone un poco en sus manos.

—Quiero lavarte —comenta, mirando mi polla dura.

Sonrío, sabiendo que estoy a punto de vivir cada fantasía adolescente que alguna vez tuve. Extiendo mis manos a mis lados a modo de invitación.

—Sírvete.

Comienza en mis hombros, renunciando a la toallita y usando solo sus manos para cubrirme de espuma. Enjabona cada centímetro de mis brazos antes de pasar a mi pecho. Tiene especial cuidado en lavar mis pezones, pellizcándolos como pellizqué los suyos solo unos minutos antes.

Me da la vuelta, pasando las manos por cada parte de mi espalda, masajeándome mientras avanza. Sus manos pasan por mis nalgas, amasándolas en círculos lentos. Cuando usa unos pocos dedos para lavar la grieta de mi culo, tengo que resistirme a tomar mi polla en mis propias manos. Necesito la liberación como nunca antes.

Pero no me toca donde lo necesito. Termina de lavar mis muslos, mis rodillas, mis pies. Lava cada centímetro de mí antes de lavar los centímetros que ansío que lave. Y para cuando llegue a mi polla, sé que estoy a punto de explotar.

Vierte más gel en sus manos, observando la anticipación en mi rostro mientras las levanta.

—Mierda, Ivy. No voy a durar mucho.

—Bien —replica—. Porque *necesito* un buen lavado.

Gimo por su toque cuando me toma en sus manos. Usa ambas manos para enjabonarme, tomándose el tiempo para asegurarse de que mis bolas estén limpias también. Me agarra más fuerte y sus movimientos se vuelven más rápidos. Me apoyo en la pared detrás de ella mientras veo lo que me está haciendo.

No le toma mucho tiempo llevarme a un poderoso orgasmo y grito, su nombre resonando en las paredes de azulejos.

Su mirada sigue el rastro de mi corrida cuando gotea por la pared y cae al suelo antes de que gire por el desagüe.

—La. Mejor. Ducha. De. Todos. Los. Tiempos —digo, cuando recupero mi capacidad de hablar.

Hace una pequeña reverencia y luego se apoya provocativamente contra la pared, esperando su turno.

—La venganza es un infierno —digo, alcanzando el champú.

—Cuento con ello.

Le doy la vuelta y enjabono su cabello, masajeando su cuero cabelludo mientras avanzo. Nunca antes había lavado el cabello de una mujer, así que no tengo ni idea si lo estoy haciendo bien, pero en base a sus gemidos, no parece importarle. La empujo suavemente bajo el chorro de agua y enjuago su cabello hasta que está limpio. Mis manos se deslizan fácilmente sobre sus brazos. Su estómago. Sus senos cremosos.

Agarro el gel y vierto una buena cantidad en mis manos, torturando cada centímetro de su cuerpo como lo hizo con el mío. Tengo especial cuidado de no tocar el área entre sus piernas hasta que el resto de ella esté limpio.

Se retuerce, sus movimientos suplicando que mis manos la toquen ahí. Cuando finalmente me permito tocar su centro, sus rodillas casi ceden. Uso mi cuerpo para sostenerla mientras mi mano explora sus pliegues sedosos. Ya estoy poniéndome duro de nuevo cuando rodeo con un dedo su clítoris. Empujo otro en su interior. Grita mi nombre cuando llego a su punto G. Mi *verdadero* nombre.

Curvo mis dedos y froto ese punto una y otra vez hasta que no solo pronuncia mi nombre, lo grita.

Luego, antes de que pueda bajar de su liberación, la doy la vuelta, sujetándola contra la pared antes de abrir el condón, ponerlo y penetrarla desde atrás.

Se inclina ligeramente y pone una rodilla en el banco, dándome un acceso más fácil para empujar dentro y fuera de ella. El sonido del choque húmedo de nuestros cuerpos empapados es erótico y rápidamente me lleva a un segundo orgasmo.

Los gritos de placer de Ivy se mezclan con los míos y me pregunto si todavía está montando la ola de su primer orgasmo, o si está teniendo otro.

Me apoyo en la pared mientras salgo de ella, mi cuerpo lánguido y queriendo colapsar en el suelo de la ducha. Ivy se sienta en el banco, aparentemente sintiéndose igual.

Arrojo el condón sobre la puerta de la ducha y me lavo el cabello rápidamente, riachuelos de agua cayendo en cascada por mi pecho y sobre mi sensible polla.

Cierro el agua tibia y luego abro la puerta para agarrar dos toallas, envolviendo con una a Ivy antes de asegurar la otra alrededor de mi cintura. La llevo al tocador, retirando un taburete que se encuentra debajo.

—Siéntate —señalo—. Voy a peinarlo.

—Es como un día en el spa —comenta.

Miro hacia la ducha.

—¿A qué tipo de spa vas?

Se ríe. Nuestros ojos se encuentran en el espejo. Sonrío.

Tomo otra toalla y la estrujo por su cabello para absorber el exceso de agua. Luego tomo mi peine y lo paso cuidadosamente desde sus raíces hasta las puntas. Me lleva un tiempo. Su cabello es largo, y no quiero lastimarla tirando del peine por él.

Cada vez que miro en el espejo, la encuentro mirándome, estudiándome mientras trabajo meticulosamente en su cabello. Pero está tan perdida en sus pensamientos que ni siquiera se da cuenta de que la estoy mirando.

—Todo listo —anuncio, dándole un masaje en los hombros.

Encuentra mis ojos en el espejo y sostiene mi mirada, soltando un profundo suspiro.

—Ella quería que viniera aquí —dice.

—¿Ella?

—Mi hija. Dahlia. Estoy en Hawái por ella.

Mi estómago se revuelve cuando dice su nombre. No es de extrañar que tuviera tan mala reacción cuando le di la flor del mismo nombre en nuestra primera excursión.

Puedo ver que intenta mantenerse serena. Me inclino y le doy un beso en la parte superior de la cabeza.

—¿Qué edad tenía?

—Habría cumplido seis años el mes pasado.

—Lo siento mucho.

Asiente una y otra vez mientras hago la cuenta en mi cabeza de cuántos años debía tener Ivy cuando tuvo a su hija. Dieciocho. Tenía dieciocho años cuando la tuvo. Y ha tenido *dos* hijos.

—¿Y el otro?

Se mira las manos.

—Yo... no puedo hablar de eso. Supongo que solo quería decirte por qué estoy aquí.

Le doy la vuelta y me arrodillo para estar a su nivel.

—Gracias por decírmelo.

Me da una sonrisa triste. Pero juro que, en esa sonrisa, puedo ver el primer indicio de algo. Y estoy bastante seguro de que se llama *curación*.

—Estoy aquí si y cuando quieras hablar. Y tengo un hombro bastante grande que eres bienvenida a usar cuando quieras, Ivy Greene.

Se inclina hacia adelante y cae en mis brazos. Y mientras la sostengo, sé con certeza que nunca quiero dejarla ir.

14

Ivy

No estoy segura de por qué me sentí impulsada a contarle a Bass sobre Dahlia. No lo había planeado. No le cuento a nadie sobre ella. O sobre *él*. Pero la forma en que me cuidó anoche. Y luego esta mañana en la ducha. Es muy gentil, de una manera dominante. Es compasivo, de una manera encantadora. Y es protector, de una manera seductora.

Es todo lo que nunca supe que necesitaba.

Lo miro cantar junto con la radio mientras conducimos a nuestro destino nocturno.

¿Lo necesito? ¿Debería necesitarlo?

Me atrapa mirándolo y toma mi mano. Y de repente, estoy triste. No solo sobre Dahlia y todo lo que me ha sucedido, sino sobre el hecho de que solo tenemos cuatro días más juntos.

He estado pensando. Durante todo el día mientras nos tumbábamos en la playa, pensé en cosas. En tratar de estar con él cuando volvamos a Nueva York. Sé que lo quiere. Y en el fondo, también lo quiero. Pero no estoy segura de que pueda suceder. Me temo que cuando nos vayamos, dejaremos atrás todo lo que hemos encontrado el uno en el otro.

—No pienses demasiado, sufrirás —dice, apretando mi mano.

Gira en un camino privado, siguiendo las señales de lo que se dice es la mejor fiesta luau en Kauai, algo para lo que ya tenía entradas, por cortesía de los padres de su ex.

—¿Estás segura de querer hacer esto? —pregunta.

Hemos hablado de esto antes. Tenía miedo de que me molestaran todas las flores que habrá aquí. Pero la verdad es

que extraño las flores. Y aparte de que me moleste la única flor que lleva el mismo nombre que mi hija, me encantan. Todos piensan que la razón por la que dejé de trabajar fue por las flores. Las flores que Dahlia amaba tanto. Las que me ayudaba a organizar cada vez que venía al trabajo conmigo. No fue por las flores. Ni siquiera fue porque cada vez que ponía un pie en la tienda, ella estaba en todas partes. Fue porque apenas podía levantarme de la cama. Fue porque sabía que nadie querría comprarle flores a alguien que ni siquiera podía sonreír.

Entonces, pensamientos de los últimos diez días pasan por mi cabeza. Creo que he sonreído más en estos diez días que en los últimos diez meses.

—Porque podemos dejar esto e ir a tomar otra ducha — comenta.

Lo miro, sintiendo que las esquinas de mi boca se elevan.

—Estoy segura.

Paso mi brazo por el suyo mientras caminamos hacia la zona de recepción. Bass entrega nuestras entradas y el hombre las escanea y nos da una sonrisa de bienvenida.

—Aloha, señor y señora Briggs —saluda el gran hombre hawaiano—. Y felicidades.

—Oh, no estamos...

Bass me aprieta la mano.

—Gracias —dice, sin dejarme terminar mi declaración.

—¿Están disfrutando su luna de miel en Kauai? — cuestiona el hombre.

Bass me guiña un ojo antes de besarme el lado de la cabeza.

—Mucho.

El hombre hace un gesto a nuestra izquierda.

—Por favor, sigan el camino para su recibimiento.

—Gracias —digo. Luego me dirijo a Bass—. ¿De verdad decían las entradas que estabas en tu luna de miel?

Asiente.

—Sí. Son entradas exclusivas que nos permiten sentarnos al frente en una mesa especial para dos.

—¿El tratamiento VIP? —digo—. Excelente.

Nos acercamos a dos mujeres en faldas de hierba tradicionales. Una sostiene un lei hecho de conchas para Bass, y la otra, un lei de flores para mí. Bass agita el lei de flores.

—La señora también llevará las conchas, si eso está bien —dice.

—Está bien, Bass. Está hecho de orquídeas.

—Entonces, ¿las orquídeas están bien? —inquire con una ceja levantada.

Asiento, inclinándome para que la pequeña mujer pueda pasarlo por mi cabeza.

—Es bueno saberlo —dice.

Entramos en el gran pabellón ocupado con un escenario central elevado rodeado de lo que parecen ser cien mesas.

—Realmente es la única flor con la que tengo problemas —digo.

Me sonrío, contento de estar recibiendo un poco más de información.

—Bien.

—¿Cuál es el número de nuestra mesa? —pregunto.

Mira su entrada.

—Mesa número uno.

—¿De verdad —Miro por el enorme lugar—. ¿De todas estas?

Se encoge de hombros.

—Solo lo mejor para nuestra luna de miel, señora Briggs.

Pongo los ojos en blanco.

Nos detenemos en el bar abierto para tomar algunas bebidas coloridas antes de encontrar nuestra mesa.

—No está mal —comento cuando la encontramos en el centro al frente, junto con otras seis mesas idénticas para dos.

Nuestra mesa está decorada con flores que han sido cortadas en lo alto del tallo. Miro a las otras mesas, confundida acerca de por qué nuestra mesa parece tener bastantes margaritas cuando las otras no. Las margaritas no son lo que llamaría una flor tradicional hawaiana. Miro a Bass con suspicacia. ¿Las *hizo* poner aquí? No... no le he hablado de las margaritas. No tendría razón para hacerlo.

Me acerco a otra mesa y examino los pétalos de las flores.

—¿Qué estás haciendo? —inquire Bass—. ¿No te gusta nuestra mesa?

—Está bien. Solo estaba, eh... mirando las flores. —Por fin encuentro una margarita escondida debajo de otras flores en la mesa de al lado y niego por actuar tan extrañamente.

Bass hace un gesto hacia los vendedores en el exterior del pabellón.

—¿Quieres comprar un recuerdo? Dijeron que teníamos algo de tiempo antes de la cena.

Tomamos nuestras bebidas y examinamos los puestos llenos de varios productos. Uno tiene fotos increíbles de muchos de los paisajes de Kauai. Otro contiene perfumes hechos de flores de la isla. Otro, recuerdos creados a partir de conchas y rocas de lava.

—Elije —dice Bass.

Algo me llama la atención y me acerco y tomo una gran foto enmarcada.

—¿Es esto...?

Bass lo mira.

—Esa es la gran catarata que vimos desde el helicóptero. La de esas películas.

Paso mis dedos sobre ella. Es la razón por la que subí al helicóptero. Dahlia quería que viera esta catarata específica y la única forma de llegar es volando.

Las lágrimas llenan mis ojos cuando recuerdo haberla visto desde el cielo.

—Ella quería que la viera —explico—. Y por eso, te conocí. Es casi como si...

—¿Como si qué? —pregunta.

—Nada. —Me dirijo al dueño—. Me llevaré esta.

Bass saca su billetera, pero la empuja hacia él.

—Has hecho tanto. Yo me ocupo de esto. Y también quiero comprar uno para ti.

—Será una decisión difícil —dice, examinando las hermosas fotos. Pero luego se detiene cuando encuentra una—. Esta. Esta es la correcta.

Lo saca de la pila y la miro. Es un brillante atardecer sobre la playa. Hay palmeras y rocas de lava, y todo lo que hemos visto en nuestros paseos nocturnos. Pero no estoy segura de por qué la quiere. Creo que la razón por la que la eligió es porque hay una silueta de una pareja caminando de la mano a lo largo de la orilla. Tal vez piensa que si no puede tenerme, al menos puede tener el recuerdo.

Controlo mis emociones y le entrego algo de dinero al vendedor.

—Ambas son perfectas —digo, mientras tomamos nuestras compras y nos alejamos.

Todo el mundo es dirigido al fogón donde se está descubriendo el cerdo asado. Luego nos movemos por la fila del buffet para tomar nuestra cena antes de que comience el espectáculo.

El espectáculo es maravilloso. Tienen bailarines de fuego, mujeres haciendo el hula, un anciano contando una historia con su cuerpo mientras alguien narra por el altavoz. Entonces, justo antes de que termine el espectáculo, todas las chicas

menores de diez años son invitadas al escenario para bailar con los bailarines de hula.

Mi mano cubre mi boca, conteniendo el sollozo que suplica salir sabiendo que mi hija nunca será una de esas chicas. Bass se levanta y me ofrece su mano.

—Creo que es hora de irnos —anuncia.

Me rodea con el brazo y no dice ni una palabra mientras nos dirigimos al auto. Me abre la puerta, dejándome entrar. Y cuando entra y arranca, pone una mano de ánimo en mi rodilla. Conducimos a casa en silencio. Creo que sabe que necesito un minuto.

—Le hubiera encantado eso —explico, cuando el nudo en mi garganta se aclara lo suficiente para que pueda hablar.

—¿Ella quería que fueras a un luau? —inquire.

Asiento.

—Quería que lo hiciera todo —respondo—. Quería que fuera a todos los sitios a los que me has llevado.

Me aprieta la mano.

—Por supuesto que sí —dice—. Quería que fueras feliz.

Feliz. No es una palabra que haya estado en mi vocabulario. No en mucho, mucho tiempo. Pero en los últimos diez días, he visto *indicios* de felicidad. Quizás incluso *promesas* de ello. Miro al hombre sentado a mi izquierda, preguntándome si de alguna forma fue enviado aquí para mí. Enviado aquí por ella.

—Algo va mal —le digo a Eli—. Las enfermeras siguen diciéndome que nos devolverán a Dahlia en cualquier momento. Pero ves la forma en que nos miran. Es casi como nos miraron cuando perdimos...

—No es así —dice—. La viste. La oíste llorar. Está bien. Ese pediatra dijo que solo estaban siendo cautelosos.

—Tal vez las pruebas que querían realizar tardan mucho tiempo —comenta Holly.

Mamá se acerca y se sienta en el borde de mi cama.

—Cuando naciste, sucedió algo similar. Se te llevaron rápidamente. Ni siquiera nos dejaron sostenerte. Dijeron que tenías problemas para respirar. Estábamos devastados. Pero unas horas más tarde, cuando la enfermera entró empujando la cuna, creo que fue uno de los mejores momentos de mi vida. —Acaricia mi mano—. Sé paciente. Sé que es difícil esperar. Todo irá bien, cariño.

—Pero, ¿por qué no nos dicen nada? Si estuviera bien, nos dirían que no nos preocupemos.

—Lo hacen para cubrirse las espaldas —comenta el padre de Eli—. Todos tienen miedo de los pleitos. Gastarán su dinero en pruebas innecesarias para no ser demandados. Estoy seguro de que eso es lo que está sucediendo aquí.

Llaman a la puerta y entran dos doctores. El que reconozco de antes mira a la multitud de personas en mi habitación.

—Señor y señora Greene, me gustaría hablar con ustedes sobre el estado de Dahlia. Quizás deberíamos despejar la habitación.

—No son el señor y la señora Greene —comenta la madre de Eli—. No están casados.

—Mamá, ¿a quién le importa eso ahora? —espeta Eli.

—¿Su estado? —pregunto, una sensación enferma y muy familiar me invade—. ¿Qué estado?

El doctor mira a las otras cinco personas en la habitación.

—Está bien —dice Eli—. Todos son de la familia.

El doctor asiente.

—Soy el doctor Halburn, un residente pediátrico —dice, presentándose a los demás—. Y este es mi asistente, el doctor Hasaan. Anteriormente, durante mi evaluación inicial de Dahlia, descubrí que sus riñones estaban hipertrofiados. Así que le hicimos algunas pruebas.

—¿Riñones hipertrofiados? —dice Eli—. ¿Qué significa eso exactamente?

—¿Están familiarizados con los trastornos genéticos recesivos? —pregunta.

Eli y yo nos miramos y luego negamos.

—Un trastorno genético recesivo es una condición que un niño puede heredar de sus padres a pesar de que sus padres no tienen la condición.

—No lo entiendo —digo—. ¿Está enferma? ¿Tiene cáncer o algo así?

—No es cáncer —explica—. Se llama ERPAR. Eso es la abreviatura de enfermedad renal poliquística autosómica recesiva y creemos que probablemente fue la razón de la muerte fetal que experimentó el año pasado.

—Oh, Dios mío. —Mi mano cubre mi boca, sollozando—. ¿Va a morir?

—La ERPAR es una enfermedad grave y puede poner en peligro la vida —dice—. En aproximadamente el treinta por ciento de los recién nacidos, es fatal. Lamento tener que dar esta noticia.

Se escuchan jadeos alrededor de la habitación. Oigo a mi madre llorar de agonía. Holly corre hacia mí y toma mi mano.

—Eso significa que hay un setenta por ciento de posibilidades de que Dahlia pueda sobrevivir, ¿verdad? —le pregunta al doctor Halburn.

—Así es. Pero, por lo general, los niños que sobreviven en sus primeras etapas pueden desarrollar muchos problemas. El empeoramiento de la función renal a menudo conducirá a insuficiencia renal. Muchos pacientes con ERPAR requieren trasplantes de riñón en la primera infancia. También hay otros problemas que amenazan la vida, como la alimentación y las dificultades respiratorias debido a los riñones hipertrofiados. Tendrá que quedarse aquí por un tiempo hasta que podamos determinar el alcance de la enfermedad. La presión arterial alta es particularmente difícil de manejar en casos como este.

Y podríamos encontrar otras complicaciones con su hígado y bazo.

A medida que el médico revisa la lista de cosas horribles que podrían pasarle a mi hermosa niña, mi cuerpo deja de funcionar. Todo lo que puedo recordar es el momento en que, hace poco más de un año, estaba en este mismo hospital, en este mismo piso, sosteniendo el pequeño cuerpo sin vida de otro bebé. Mi hijo.

Esto no puede estar pasando.

No otra vez.

Me despierto con un sobresalto, empapada en sudor y lágrimas. Agarro mi almohada, buscando consuelo. Intento no recordar el día en que murió solo cinco años y medio después. Apenas puedo recordar los días y meses posteriores. Me moví por la vida, pero no estaba viva. Mi familia trató de ayudar. Eli intentó ayudar, a pesar de que también estaba sufriendo.

Y a veces ayudó. A veces pudimos consolarnos mutuamente. Como en lo que habría sido el sexto cumpleaños de Dahlia. Pasamos el día juntos... hablando, llorando, consolando. Entumeciendo nuestro dolor.

Pero mientras yazco aquí, pienso en las últimas semanas. Pienso en Bass y en lo bien que se siente estar en sus brazos. De alguna manera extraña, sin siquiera saber lo que me ocurrió, me proporcionó más consuelo que mis padres. Que mi hermana. Que Eli.

Miro el reloj y veo que son casi las dos y media de la madrugada. Es tarde. Pero esto no puede esperar. Me visto y agarro la llave de mi habitación antes de salir por la puerta.

Sebastian

Me froto los ojos y miro el reloj, preguntándome quién tocaría a mi puerta a esta hora. Adolescentes borrachos probablemente. Me levanto de la cama y maldigo cuando choco con el sofá en la habitación oscura de camino a la puerta.

Miro por la mirilla y veo a Ivy. Abro la puerta.

—Le encantaban los panqueques —suelta, con los ojos hinchados y enrojecidos—. Yo solía hacerlos con forma de flores. Dahlia ayudaba a revolver la masa y entonces, tras estar horneados, ponía un arándano o frambuesa en el medio como su estigma colorido.

La meto en mi habitación y cae en mis brazos. Enciendo la luz, la llevo a mi cama y la siento. Luego tomo una botella de agua del mini refrigerador y se la entrego.

Toma un trago.

—Lo siento. Sé que es tarde.

—No me importa qué hora sea, Ivy. Me alegra que hayas venido.

—Tuve una pesadilla —explica. Luego se ríe con desánimo—. Tengo muchas en realidad. A veces tomo pastillas para dormir porque no sueño tanto cuando lo hago.

Paso una mano por su brazo y me siento a su lado.

—Eso es comprensible.

—Murió justo antes de Navidad el año pasado.

Exhalo un largo suspiro.

—Lo siento mucho.

—Era su época favorita del año. Le encantaba decorar el árbol. Lo puse antes de tiempo, en septiembre, porque sabía que no me quedaba mucho tiempo con ella. Su trasplante estaba fallando y no podíamos encontrar uno compatible. Los padres no son compatibles para donar órganos, ¿lo sabías? — Suelta una risa dolida—. Pero en un giro enfermizo del destino, los hermanos sí. Pero Eli y yo no podíamos arriesgarnos a tener otro hijo que la ayudara sabiendo lo que pasó con los dos primeros.

Ivy se quita los zapatos y se desplaza por la cama para sentarse contra el cabecero. Voy por agua y apago la luz principal, encendiendo la del baño para dar un tenue resplandor a la habitación. Luego me arrastro por la cama y me siento a su lado, sosteniendo su mano en silencio.

—¿Por qué no me estás haciendo un montón de preguntas?

—Porque me vas a decir lo que quieras que sepa. No voy a curiosear, Ivy. Algo horrible te sucedió y necesitas contármelo a tu propio ritmo.

Asiente.

—Creo que estoy lista para hablar de eso. Me siento segura contigo, Bass. Está bien si quieres preguntarme cosas.

No tiene ni idea de lo aliviado que estoy al oírla decir eso. He estado esperando que se abra a mí desde que nos conocimos. Estaba empezando a pensar que no sucedería.

—De acuerdo. ¿Es Eli tu ex marido? —cuestiono.

—Ex novio. Nunca estuvimos casados. Chico, su madre odiaba eso.

—¿Por qué nunca se casaron?

Se encoge de hombros.

—Creo que siempre planeamos hacerlo, pero éramos muy jóvenes. Quería esperar hasta que se graduara de la universidad. Luego nació Dahlia y tuvimos que lidiar con todos sus problemas médicos, nos separamos. Es difícil poner toda tu energía en tu hijo enfermo y que te quede algo para

darle a tu pareja. Pero me alegro de que nunca nos casáramos. No tuvimos que pasar por un divorcio. Y seguimos siendo amigos. Es uno de mis mejores amigos de hecho.

Me doy cuenta de que no está llorando. Pero tal vez sea porque está hablando de su ex y no tanto de su hijo. O uno de sus hijos.

—Dijiste que perdiste dos hijos. ¿Me hablarás de los dos?

Asiente, tragando lo que debe ser un nudo en la garganta.

—¿Cuánto tiempo tienes? —dice con una sonrisa triste.

—Todo el tiempo del mundo.

Toma otro trago de agua y se hunde en la almohada. Me acuesto a su lado y pongo su cabeza sobre mi pecho mientras me pasa un brazo por encima.

—Eli y yo éramos novios de secundaria. Comenzamos a salir cuando tenía dieciséis años. En tercer año, quedé embarazada por accidente. Pero estábamos entusiasmados por tener un bebé de todos modos. Teníamos muchos planes. Iba a trabajar para mis padres, por supuesto, y Eli iba a obtener su título de profesor en una universidad local. Perdimos al bebé poco después de la graduación. Solo estaba de treinta y un semanas.

Se tensa y siento lágrimas cálidas caer sobre mi pecho. La abrazo con fuerza.

—Está bien, cariño. No tienes que hablar de eso.

—No, quiero hacerlo. Yo... quiero que lo sepas.

La beso en la parte superior de su cabeza.

—De acuerdo.

—Cuando llegué al hospital, me dijeron que el bebé había muerto. No pudieron encontrar un latido. La peor parte fue que tuve que pasar por el parto sabiendo que iba a dar a luz a mi hijo muerto. Pero era perfecto. Diminuto, pero perfecto. Tenía diez dedos en las manos y diez dedos de los pies. Me dejaron abrazarlo. Incluso nos dejaron enterrarlo. Dijeron que ayudaría con el proceso de duelo.

Niega y siento más lágrimas caer sobre mi pecho.

—No ayudó. Sé que algunas personas pensaron que era una bendición. Que éramos demasiado jóvenes para tener un bebé y esta era la forma natural de corregir un error. Pero no fue un error, Bass. Lo quería. Lo quería mucho.

—Por supuesto que sí —digo, pasando una mano calmante por su espalda mientras solloza.

—Nadie podía entender por qué estaba tan triste. Nadie más que Eli. Porque era la única otra persona que quería a Jonah tanto como yo.

—Jonah —digo—. Ese es un buen nombre. Un nombre fuerte.

Asiente.

—Pensé lo mismo. Eli no me dejó llamarlo como mis padres nos llamaron a mis hermanos y a mí. Cuando me quedé embarazada por primera vez, solía bromear sobre mí llamando a nuestro hijo Oak o Maple³.

Me rio.

—Voy a tener que estar de acuerdo con Eli en eso.

—Creo que te gustaría, Bass. No es tan grande como tú. Y no es nada genial como un bombero. Enseña inglés en la secundaria. Pero es una buena persona.

—Por supuesto que lo es. Te eligió.

—Yo... ya no lo amo si eso es lo que te estás preguntando.

—No me preguntaba.

—Sin embargo, lo hice en aquel entonces. Tanto como los adolescentes pueden amarse unos a otros. Y de verdad pensé que tomamos la decisión correcta de tener otro bebé. Todos los demás estaban enojados con nosotros, apenas teníamos dieciocho años y decidimos quedarnos embarazados. Pero volvimos a ser felices. Sabíamos que otro bebé no reemplazaría a Jonah, pero nos traería alegría, y eso es lo que necesitábamos.

Su cuerpo tiembla casi sin control. Tiene dificultad para pronunciar sus palabras.

—Nosotros... n-no teníamos ni idea de que estábamos tomando la p-peor decisión de nuestras vidas. Eli y yo se lo hicimos. *Hicimos* a Dahlia como era.

—Estoy seguro de que eso no es cierto —replico, abrazándola con fuerza contra mí—. Estoy seguro de que lo que pasó no fue su culpa.

Niega.

—No, lo fue. Fue completamente nuestra culpa. Y es solo una razón más por la que Eli y yo no podemos estar juntos.

Los sollozos se intensifican y por unos minutos llora, arañándose como si no pudiera acercarse lo suficiente. Beso su cabello. Le paso una mano por la espalda. Masajeo su hombro. Y finalmente, su respiración se estabiliza y se queda dormida.

Me quedo despierto, aturdido. Ni siquiera sé toda la historia aún, pero lo que sí sé es que ha pasado por dos horribles tragedias. No es de extrañar que ella sea como es. No tengo ni idea de cómo consolarla. Veo mucha tragedia en mi profesión. Pero nunca nos quedamos para ofrecer más que unos minutos de consuelo a nuestras víctimas o sus familias. Quiero ayudar a Ivy. Pero no estoy seguro de cómo hacerlo sin empeorar las cosas para ella.

Cuando Ivy rueda lejos de mí sobre la almohada, agarro mi teléfono y me dirijo al balcón. Sé exactamente a quién llamar para pedir consejo. Todavía es media noche aquí, pero son las nueve y media de la mañana en Nueva York.

Brady responde al primer tono.

—¿Me extrañas tanto que tuviste que llamar desde Hawái?

Me rio en voz baja, no queriendo que Ivy me escuche.

—Ya quisieras. No, tengo un gran problema, hombre.

Brady Taylor es el mejor amigo del prometido de Penny. Juega para los Nighthawks de Nueva York. Nos hemos hecho

amigos durante el año pasado. Y ha pasado por más tragedia que nadie que haya conocido. Hasta que conocí a Ivy.

—¿Qué pasa? —inquire.

—No pretendo desenterrar viejos demonios, pero necesito ayuda. Alguien importante para mí ha sufrido una gran pérdida. Ha perdido dos hijos. Acaba de empezar a abrirse conmigo al respecto esta noche. Y no quiero alejarla. Pero tampoco quiero que se lo guarde todo porque puedo ver que la está matando.

—Maldición. —Puedo oír el dolor en su voz—. Estoy seguro de que la está matando. Sé que todos sufrimos de manera diferente, y tengo mi propia experiencia, pero lo que puedo decirte es que no comencé a sanar hasta que hablé de eso. Y casi pierdo a Rylee porque no quería dejarla entrar. Supongo que lo que digo es que a veces las personas pueden necesitar un pequeño empujón para llevarlas a donde necesitan estar.

Asiento.

—Gracias, hombre.

—¿Cuán importante es esta mujer para ti?

—Mucho —contesto—. Estoy bastante seguro de que estoy enamorado de ella.

—¿Cuánto tiempo *llevas* en Hawái? —pregunta.

—Once días. Sé que es muy pronto, pero...

—Oye, cuando lo sabes, lo sabes. No hay un límite de tiempo establecido para cuánto tiempo tarda uno en enamorarse, Bass.

—Supongo. El problema es que ella no siente lo mismo.

—¿Estás seguro de eso? Dijiste que ha comenzado a abrirse. Las personas que han pasado por lo que ella, lo que yo pasé... no hablamos con cualquiera de ello.

—Solo puedo esperar que tengas razón. Eh, gracias por la charla. Me tengo que ir. Tengo algunos panqueques de flores que ordenar.

—¿Unos qué?

Me rio.

—Nada. Gracias, Brady.

—De nada.

Me siento en el balcón durante horas, esperando que salga el sol, pensando en la mujer que duerme en mi cama, preguntándome si seré capaz de empujarla lo suficiente, pero no demasiado lejos. Luego tomo mi teléfono y llamo al servicio de habitaciones, esperando que puedan cumplir mi loca solicitud.

16

Ivy

Me despierto con el olor de mi desayuno favorito. Miro alrededor de la habitación cuando los eventos de la noche anterior vuelven a mí rápidamente. Bass está sentado en el sofá, tocando su teléfono. Me mira y me da una sonrisa comprensiva.

Sabe que estoy rota. Y ni siquiera lo ha escuchado todo. Me pregunto si pensará que soy un caso perdido del que hacerse cargo. Quizás todo este tiempo, cuando me he enamorado de él, se ha dado cuenta de que ya no está tan decepcionado por no estar conmigo cuando volvamos a Nueva York.

Baja su teléfono, luciendo algo nervioso.

—Pedí el desayuno —dice.

Sonrío.

—Lo puedo oler. Gracias.

—No me lo agradezcas todavía —dice.

Ladeo mi cabeza y luego me levanto de la cama y camino hacia la mesa con la bandeja plateada con tapa abovedada. Me rio antes de quitar la tapa.

—¿Por qué, te los comiste a todos?

La tapa es levantada para revelar un plato lleno de panqueques con formas de flores. Incluso hay pequeños trozos de frutas del bosque en medio de cada uno.

Trago mis lágrimas y respiro hondo.

—Bueno, ¿vas a unirme a mí? —inquiero.

—Absolutamente —responde.

Bass se levanta del sofá, toma la bandeja y la lleva al balcón.

—Saldré enseguida —digo—. Solo déjame lavarme.

Uso el baño y entonces, cuando me lavo las manos, noto lo hinchados que están mis ojos. Me echo agua fría en el rostro, deseando tener un poco de maquillaje aquí para cubrir las bolsas debajo de mis ojos. Respiro hondo para relajarme y me estudio en el espejo.

—Puedes hacer esto —digo a mi reflejo.

Anoche quería contarle todo, pero estaba demasiado exhausta. Necesita oírlo. Necesito decirlo. Y entonces quizás ambos podamos averiguar qué hacer a continuación.

—Ahí estás —dice cuando abro la puerta del balcón para unirme a él.

Veo un jarrón en la mesa del balcón. Y contiene un ramo de margaritas.

—¿Compraste estas? —pregunto.

—Bueno, pedí rosas. Pero dijeron que esto era todo lo que tenían a las siete de la mañana. Espero que esté bien.

Saco una de las flores del jarrón y la estudio, pensando en cómo estas flores en particular me siguen encontrando. Es como si me estuvieran *siguiendo*.

—Las margaritas eran su flor favorita —comento—. Uno pensaría que las dalias lo habrían sido. Quiero decir, huelen mejor y son más bonitas, sin mencionar que llevaba el nombre de una. Pero no, mi hija escogió la flor que muchos granjeros desprecian porque puede invadir sus pastos.

Bass alcanza mi mano, luego me pone sobre su regazo.

—Eres tan sexy cuando hablas de trabajo. Cuéntame más.

Suelto una risita y me muevo en su regazo.

—De acuerdo, ¿sabías que las margaritas crecen en todas partes excepto en la Antártida? Además, una margarita es en realidad dos flores en una. Los pétalos blancos son una flor y este grupo amarillo de pequeños pétalos de disco es otra. Oh,

¿y sabías que puedes comerte los pétalos? Son ricos en vitamina C. —Trazo los pétalos con mi dedo—. La margarita representa pureza e inocencia.

—Creo que tu hija tenía buen gusto —dice.

Asiento.

—Creo que tienes razón.

Miro la margarita, recordando sus palabras. Entonces miro a Bass. Quizás Dahlia tenía razón. Tal vez las margaritas mejoran las cosas. Las cosas están mejor. *¿No es así?*

Bass vierte un poco de sirope sobre los panqueques y luego corta un trozo, dándomelo.

Intento no llorar mientras como. Esta es la primera vez que he comido panqueques de flores desde que murió. Creo que entiendo que no puedo hablar en este momento. Alterna alimentándose y a mí, y comemos todo nuestro desayuno en silencio. Sé por qué hizo esto. Quiere que vea que todavía puedo hacer las cosas que disfruté con Dahlia. Quiere que vea que no morí con ella. Con Jonah.

Cuando terminamos de comer, me acomodo en sus brazos y miro la vista.

—Ella planeó todo este viaje —digo—. Pasábamos mucho tiempo en el hospital, y una de las cosas que hacíamos para distraernos era fantasear con los lugares que queríamos visitar e investigarlos. No fue al jardín de infancia o al colegio como otros niños. Pasaba demasiado tiempo en hospitales. Así que Eli y yo le enseñamos a leer y escribir. Estaba muy por delante de otros niños de su edad. Dios, era inteligente.

Se me forma un nudo en la garganta.

Bass pasa su mano por mi espalda.

—Así que escogió Hawái. ¿Elegió específicamente esta isla?

—Sí. Y cuando la investigamos y vimos todas las cataratas, se enamoró de Kauai. Y, por supuesto, le encantaban las flores, así que eso era solo una ventaja adicional. Hizo una lista con todo lo que se suponía que debíamos hacer.

Cierro los ojos, intentando contener las lágrimas.

—Pero era inteligente. Creo que supo lo que le estaba pasando antes que nosotros. Sabía que nunca vendría a este viaje. Sabía que lo estaba planeando solo para mí.

Bass besa el costado de mi cabeza.

—Parece que era una niña impresionante.

Asiento una y otra vez.

—Era increíble.

—Ivy, ¿por qué dijiste que era culpa de Eli y tuya que sus hijos murieran?

—Eli y yo tenemos un gen recesivo para la enfermedad poliquística renal. Cuando eso sucede, y tienes un bebé, pueden terminar con la enfermedad. No siempre. La mitad de las veces los bebés solo serán portadores. El veinticinco por ciento de las veces no serán portadores y estarán perfectamente bien. Pero el otro veinticinco por ciento contraerá la enfermedad.

—¿Y ambos sabían que eran portadores? —inquire.

—No, no lo sabíamos.

—Entonces, ¿cómo pueden ser los culpables? Infiernos, no serían los culpables ni de *haberlo* sabido.

Entiendo lo que está diciendo. Es lo mismo que dijeron mis padres y los médicos. Pero la verdad es que *le* hice esto a ella. A *ellos*. Si hubieran tenido otros padres, habrían vivido.

—Cuando Jonah nació muerto, nos dijeron que a veces esas cosas suceden. Preguntaron si queríamos una autopsia, pero dijeron que no era necesario. Dijeron que la mayoría de la gente no hace una porque solo retrasa el proceso de duelo. Así que no la hicimos. Si la hubiéramos hecho, habrían descubierto por qué murió. Pero una parte de mí se alegra de no haberlo hecho. Porque si lo hubiéramos sabido, podríamos no haber tenido a Dahlia. Y tan culpable como me siento por todo lo que pasó, no puedo imaginar nunca tener esos años con ella. —Suelto un sollozo—. Ella fue lo mejor que me ha pasado. Y también, lo peor.

—¿Dijiste algo sobre un trasplante? —cuestiona.

—Recibió un trasplante de riñón cuando tenía dos años. Pero cuando tenía cinco años, comenzó a fallar, y... y...

Bass me aferra con fuerza.

—Está bien. No tienes que decir nada más. Gracias por confiarme tu historia.

—Tenía que contártelo —digo—. Anoche soñé con ella y cuando desperté supe que quería que lo supieras. Quería que supieras lo peor sobre mí. Porque mentí cuando dije que no quería estar contigo más tiempo que en Hawái. Pero no era justo de mi parte pedirte más a menos que supieras cuán... rota estoy.

—Ivy, no estás rota. Te han sucedido cosas terribles y a tus seres queridos. Y todavía es muy reciente. No se puede esperar que te recuperes de esas pérdidas y seas una chica normal de veinticuatro años.

—Si mi hermano estuviera aquí, te diría que ni siquiera era normal antes de eso —replico.

—¿Una broma? —dice, riendo—. ¿Hiciste una broma? — Me mira con simpatía. Con pasión. Con amor.

Luego toma mi rostro en sus manos y me mira a los ojos.

—Sé que prometí no usar la palabra con A, pero no estoy seguro de que sea una promesa que pueda cumplir.

—Bien —digo, una lágrima feliz escapa de mi ojo—. Porque podría querer usar la palabra con A.

Atrae mi rostro al suyo. Me besa suave, lenta y apasionadamente. Y sus besos me dicen mucho más que cualquier palabra.

Cuando finalmente nos separamos para recuperar el aliento, le pido:

—Quédate conmigo.

—¿Quieres que me quede en tu habitación las próximas cuatro noches? Porque estoy totalmente de acuerdo con eso. Nada me haría más feliz.

—Quédate conmigo incluso después de eso —ruego—. ¿Puedes? ¿Puedes extender tus vacaciones? ¿Puedes quedarte conmigo por otra semana? Más incluso. No necesitas dinero. Pagaré por todo.

Me mira con tristeza.

—Cariño, tengo un trabajo al que volver. Uno que me encanta. Y me necesitan. Si tenemos pocos activos, podría haber vidas en peligro. Desearía poder decir que sí, pero no puedo. Tengo que volver el viernes.

Me doy la vuelta en su regazo y me apoyo contra él mientras me envuelve en sus brazos otra vez.

—Tengo miedo —confieso—. Todo es diferente aquí. Soy diferente aquí. Por muy mal que esté ahora, estaba peor en casa. La mayoría de los días no podía levantarme de la cama. ¿Y si... y si no puedo hacer esto en Nueva York?

—Si sientes que no puedes hacerlo, esperaré.

Estiro el cuello y lo miro a los ojos.

—Pero, ¿por cuánto tiempo? —inquiero—. ¿Cuánto tiempo estás dispuesto a esperar?

—Mucho —responde, pasando su pulgar por debajo de mi ojo para atrapar otra lágrima—. Porque estoy muy seguro de que vales la espera, Ivy Greene.

Sebastian

Miro fijamente la pantalla de mi teléfono, preguntándome cómo alguien podría ver a un niño pasar durante cinco años y medio por lo que Dahlia pasó. La ERPAR es una terrible enfermedad que puede afectar a casi cualquier órgano importante del cuerpo. No es solo una enfermedad renal, puede causar insuficiencia hepática, anomalías en el corazón, problemas de respiración, hipertensión, anemia y una lista larga de otras complicaciones.

Mi corazón se rompe por Ivy. Estaba buscando alegría. Una forma de superar la tristeza que sintió tras perder a su primer bebé. Y todo lo que obtuvo fue un corazón roto. Pasó por un infierno. ¿Cómo se recupera alguien de eso?

Luego pienso en Brady Taylor y todo lo que perdió. No es que haya olvidado todo lo que pasó, simplemente aprendió a lidiar con ello de una forma que le permite vivir una vida feliz.

He visto a Ivy sonreír. Incluso la he oído reír. Y hay momentos fugaces en los que juro que es feliz. Pero entonces es como si una luz se apagara. Creo que cada vez que se atrapa siendo feliz, se siente culpable. Me prometo hacer lo que pueda para ayudarla a superar esa culpabilidad. Es la culpa la que la está manteniendo prisionera, estoy seguro.

Empaco el resto de mis cosas y me dirijo al estacionamiento con mi maleta grande, mi mochila y mi guitarra. Planeo aprovechar al máximo estos últimos cuatro días con ella. No tengo ni idea de qué esperar cuando volvamos a casa. No quiere dejar la isla, eso es seguro. Creo que, si fuera por ella, se quedaría aquí para siempre. Tal vez lo haga. Tal vez decida que regresar a donde su hija murió es muy doloroso.

Mi teléfono suena antes de que arranque el motor. Es Aspen.

—Hola. ¿Qué pasa?

Chilla varias frases incomprensibles en mi oído.

—Más despacio, Penny. ¿Va todo bien?

—¡Todo va genial! —exclama—. Los atraparon, Bass. Atraparon a los dos tipos que le tendieron la trampa a Denver. Está libre. ¿Puedes creerlo? Ahora puede volver a ser una persona normal.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Me acabo de enterar. Denver no quiso contármelo y darme esperanza, así que no dijo nada hasta que se celebró el juicio. Terminó hoy. Y uno de los tipos proporcionó correos detallados que probaron que Denver no sabía nada, que pensó que todo era legal. Uno de los correos intercambiados entre los dos imbéciles hablaba incluso sobre cuán fácil fue engañar a Denver para que creyera que era real. En una conversación telefónica que el tipo grabó, estaban bromeando sobre que Denver tendría que pagar indemnización a las víctimas cuando *ellos* tenían todo el dinero. Su sentencia es la próxima semana. Espero que vayan a prisión. Oh, Dios mío, ¡es libre, Bass! Y en tres semanas, será como si nunca hubiera pasado. Eso es lo que tardará en tener su historial limpio. Puede venir a la boda. ¡Puede ir a *cualquier parte*!

Es difícil no dejarse llevar por su entusiasmo. Al ser mellizos, Aspen y Denver son más cercanos de lo que alguna vez he visto en dos hermanos. Sé lo duro que fue para ella su condena, sobre todo porque siempre mantuvo que él era inocente. También quería creerlo. Pero en mi línea de trabajo, la explicación más simple normalmente es la correcta. Y todos los dedos apuntaban a Denver Andrews.

No podría estar más feliz por ellos.

—Esas son las mejores noticias, Penny. Por favor, felicítalo de mi parte. Debe estar tan aliviado.

Pasa los siguientes cinco minutos dándome más detalles al respecto y luego me dice que tiene que ir a clase. Me siento

en el auto y pienso cuán rápido puede cambiar la vida de alguien. Ayer, Denver era un delincuente con un historial criminal y hoy todo ha cambiado. Un giro de ochenta grados completo.

Me encuentro esperando que Ivy pueda descubrir ese mismo cambio en su vida. Y que vaya a ser parte de ella.

Cambio la tarjeta del estacionamiento en mi espejo retrovisor por la nueva que Ivy me dio para su garaje, luego conduzco a su resort, deteniéndome junto al camino.

Abre la puerta, viendo lo que tengo en mis manos. Alza sus cejas hacia mí.

—Está hecho de orquídeas —digo colgando el lei en su cuello—. Solo tenía muchas ganas de decirte cuánto estaba deseando *hacerlo* hoy.

Se ríe y el sonido es música para mis oídos. Tira de mí, besándome antes de tener incluso la oportunidad de agarrar mis cosas.

—Creo que eso lo podemos arreglar, Sebastian Briggs.

—Bien, pero tendrá que esperar hasta después. Tenemos planes.

—¿Planes?

Saco los tickets de mi mochila.

—Vamos a una aventura en cuatrimotos en una hora. Y nos vamos a ensuciar, así que no uses nada bonito. Pero usa un traje de baño debajo de tu ropa porque puede que nademos.

—¿Es esa la que va al columpio de cuerda que usaron en esa película de Harrison Ford? —pregunta.

—De verdad investigaste, ¿no es así? Sí, es esa.

Suspira.

—Creo que también va a una catarata.

Asiento.

—Sí. Pero no tenemos que verla si no quieres. Podemos quedarnos atrás con las cuatrimotos y limpiar la tierra del

cuerpo del otro.

—Asqueroso —comenta.

—Está bien, podemos quedarnos atrás con las cuatrimotos y besarnos.

—Tomaré la opción número dos. Deja que vaya a prepararme. Puedes desempacar tus cosas si quieres. Hay mucho espacio en la cómoda y en el armario del dormitorio.

Pongo mi guitarra junto a la suya y luego llevo mi maleta a la habitación. Abro un cajón para encontrar la ropa interior de Ivy dentro. Tomo un par de sus bragas y paso los dedos por los bordes de encaje.

Abro otro cajón y veo un montón de camisetas dobladas. Otro tiene varios shorts.

Sonrío cuando llego a un cajón vacío y lo lleno con mis cosas. Me gusta esto. Me gustan mis cosas junto a las suyas.

Me pongo una camiseta vieja, una que no me importa ensuciar, al mismo tiempo que Ivy sale del baño.

Sus ojos me recorren.

—¿Qué pasa? —cuestiono.

Se acerca y pone su mano en mi pecho, trazando las letras FDNY en mi pectoral izquierdo.

—Me gusta mucho esta camiseta —comenta—. Sería una lástima que se ensuciara.

Me la quito de inmediato y se la entrego.

—¿La quieres? Fue una de las primeras camisetas que me dieron cuando me uní al departamento.

Le da la vuelta, estudiando mi apellido impreso en la parte trasera. Luego pone la camiseta en el mismo cajón que su ropa interior. Camiseta afortunada.

—Creo que me gusta que uses mi ropa —digo—. Siéntete libre de usar lo que sea que quieras cuando quieras.

—Espero que no te moleste si no te digo lo mismo — señala con una sonrisa.

—¿Otra broma? —cuestiono—. Creo que debe haber una comediente escondida por ahí en alguna parte.

Me pongo otra camiseta y la beso.

—Estoy deseando verte en esa camiseta esta noche. Y luego estoy deseando verte *sin* ella.

No estoy seguro de cómo Ivy hace que un casco, gafas de protección y una bandana se vean sexys, pero lo hace.

Tenían razón. Te ensucias en esta excursión. De hecho, ambos tenemos lugares limpios en diagonal en nuestras camisas donde nuestros cinturones de seguridad cruzan nuestros cuerpos, pero el resto está cubierto con una capa de tierra.

Me encanta conducir la cuatrimoto. Cada pareja o familia tiene la suya. Seguimos al líder por el centro de la isla en caminos estrechos y colinas empinadas. Nos detenemos en el lateral del camino algunas veces para que el guía pueda contarnos algo de historia de la isla o apuntar a lugares interesantes que fueron usados para filmar películas.

Llegamos a nuestro primer destino y Ivy retira la bandana de su rostro. Me río, extendiendo la mano para intentar limpiar un poco de tierra que se acumuló en el borde de piel entre su bandana y sus gafas. Pero no importa. Sucia o no, todavía es hermosa.

Caminamos por un pequeño sendero hacia el río. El guía turístico agarra un columpio de cuerda.

—Este es el punto exacto donde Indiana Jones se balanceó de una cuerda hacia el río donde su biplano esperaba por él en *Raiders of the Lost Ark*. —Apunta hacia la orilla—. Harrison Ford bajó por ahí e hizo la toma él mismo. Pueden experimentar lo mismo ahora si quieren.

Nuestro guía nos da una demostración y luego pregunta quién quiere probar.

—Diablos, sí —digo, poniéndome en la fila.

Levanto mis cejas hacia Ivy

Niega y da un paso atrás.

—Creo que solo miraré.

El otro guía pone la canción de la película a todo volumen en su altavoz bluetooth mientras algunos nos balanceamos y caemos al agua.

Salgo del agua y me acerco a Ivy.

—Vamos. Eres la intrépida.

Me da una mirada.

—¿Intrépida o estúpida? —inquire.

Alzo la mano y sujeto su barbilla.

—No eres estúpida, Ivy. Esas cosas que hiciste, acercarte al borde del cañón, ir detrás de la catarata, no creo que las hicieras porque eres estúpida. Creo que las hiciste para ayudar a sentirte viva.

Dos horas después, tras un picnic y más exploración, llegamos a nuestro destino final. Todo el mundo baja de sus vehículos y sigue al guía por un largo camino en la base de la catarata donde hay una laguna.

Extiendo la mano para tomar la de Ivy.

—¿Quieres que nos besemos?

Mira mi rostro y ropa sucia y arruga la nariz.

Uso mi bandana para limpiar mi rostro.

—Oh, vamos. No estoy tan sucio.

Mira hacia el camino por el que todos desaparecieron.

—Tal vez deberíamos ir a verlo —dice—. Ya sabes, solo para que puedas lavar toda esa tierra y mugre.

—Estoy bien aquí o allá —replico—. Haré lo que quieras.

Asiente.

—Creo que quiero verlo.

Bajamos de la cuatrimoto y descendemos por las escaleras que han sido construidas por ramas y rocas. Es empinado y nos aferramos al otro para evitar caernos. El camino se curva en forma de S mientras bajamos cada vez más. Estamos siendo tragados por los enormes árboles de bambú que alinean el camino.

Ivy detiene su avance, mirando a nuestro alrededor.

—Me siento como si estuviéramos en esa película donde la gente se encoge y caminan por hojas de hierba.

Miro el bambú alto y verde que nos rodea y exactamente así es como se siente. Agarro mi teléfono y le saco una foto.

Cuando lo guardo, veo a Ivy observar un pequeño grupo de flores en la base del bambú. Juro que puedo ver un indicio de sonrisa en su rostro al verlas. Extiendo la mano para arrancar una de las flores para ponerla en su cabello, pero me detiene.

—No, no lo hagas —dice alejando mi mano—. Déjala vivir.

Pasa su dedo por los pétalos de algunas de las flores.

—Vamos —dice, poniéndose de pie y liderando el camino.

Giramos una esquina y, por fin, la catarata aparece a la vista. No es tan grande como las que vimos desde el helicóptero o la que fuimos por detrás el otro día. Solo mide unos seis metros o así, el agua cayendo en una laguna donde hay gente nadando. Hay niños yendo bajo la catarata, dejando que el agua los empape desde arriba.

—Es tan bonita —comenta Ivy.

Pero no se acerca más. Solo se sienta en una enorme roca, viendo a la gente tomar su turno para ir a la catarata. Se sienta en silencio durante veinte minutos, observando. Me quedo detrás de ella, frotando sus hombros todo el tiempo.

Cuando el guía avisa de que se preparen porque es la hora de irse, Ivy se pone de pie. Mira hacia la catarata y luego a mí.

—Quiero... quiero... —Da unos pasos hacia la catarata, mirándola con anhelo—. Pero es demasiado tarde.

—Vamos, gente —dice el guía pasándonos—. Regresemos.

Meto la mano en mi bolsillo, saco algo de dinero y se lo doy.

—¿Esto nos puede comprar unos diez minutos? —ruego — ¿Por favor? Es importante.

Asiente.

—Diez —dice. Luego guía a los otros por el camino sinuoso y fuera de nuestra vista.

Me quito mi camiseta y dejo mi teléfono y billetera encima. Luego Ivy me permite quitarle la suya. Me mira con cautela mientras se quita sus shorts, quedándose en bikini.

Tomo su mano y la guío a la entrada de la laguna. Nos sumergimos y nos dirigimos al frente de la catarata. Estira su mano con la palma abierta para sentir el agua cuando cae sobre ella. Luego cierra los ojos y se adelanta hasta que su cuerpo está bajo la catarata por completo. Su cabeza cae hacia atrás y el agua le golpea el rostro y el pecho antes de caer para unirse al agua en la laguna.

La contemplo parada bajo la catarata. Me pregunto qué siente. Me pregunto qué piensa. Lo que sea que es, lo necesita.

Sus hombros comienzan a temblar. Está llorando. Me quedo atrás y la dejo. Es como si se volviera uno con la catarata. Pero entonces algo milagroso sucede. Su llanto se convierte en risa. Da vueltas bajo la catarata, riendo como una niña.

Cuando no puedo soportar más no tocarla, me acerco por detrás y la abrazo, ambos metidos en el agua hasta la cintura. La giro y nos miramos mientras la suave catarata cae sobre nosotros.

—Gracias —dice pasando sus dedos por el lado de mi brazo—. Jamás olvidaré este momento mientras viva.

—Yo tampoco. —Sujeto su rostro con mis manos—. Te amo, Ivy Green. Y si me lo permites, te lo diré cada día por el resto de tu vida.

—Creo que me gustaría eso —dice sonriendo—. Porque estoy bastante segura de que también te amo, Sebastian Briggs.

18

Ivy

Los últimos días han sido diferentes a todo lo que alguna vez he conocido. He sido feliz... algo que nunca pensé que volvería a ser. Miro las fotos que compramos en el luau que se hallan sobre la cómoda. Estas dos imágenes son el epítome de nuestro tiempo aquí. Me alegra tanto haber comprado la de la catarata. La quería porque las cataratas eran la cosa favorita de Dahlia de esta isla. Pero ahora tiene dos significados para mí.

Miro a Bass, todavía dormido en la almohada junto a la mía, y pienso en cómo ha cambiado mi vida en las últimas semanas. Miro la foto de Dahlia en mi mesita de noche. La imagen que ya no tengo que ocultar. Porque con Bass, no tengo que ocultar mi dolor. Me deja mostrarlo. Me deja experimentarlo. Y de alguna manera extraña, eso parece haberlo disminuido.

Estudio cada curva de su pecho. Cada ángulo de su rostro. No quiero que esto termine. Quiero despertarme con él todos los días. Pero hoy es nuestro último día completo juntos. Solo tengo una mañana más para despertar junto a él. Entonces todo cambiará.

—Para —dice Bass, despertando para atraparme mirándolo.

—¿Parar qué?

—Pensar en que hoy es nuestro último día juntos. —Me atrae a sus brazos—. Porque no lo es. Es solo el comienzo.

—¿De verdad crees que podemos hacer que esto funcione? —inquiero.

—Sí, lo hago.

—La semana pasada me dijiste que los bomberos no deberían involucrarse con las personas que rescatan. Siento

que me rescataste, Sebastian.

Su dedo traza los bordes de mi mejilla. Luego se inclina y me da un beso gentil.

—Es lo opuesto, cariño. He estado moviéndome en piloto automático durante mucho tiempo, solo haciéndolo por inercia. Me encanta mi trabajo, pero sabía que debería haber más en la vida que eso. Eres mi más.

Le sonrío antes de apoyar mi cabeza sobre su pecho.

—Háblame de tu trabajo. Creo que siempre me preocuparé de que te hieras en un incendio.

—Los incendios son en realidad una parte muy pequeña del trabajo —explica—. El setenta y cinco por ciento de nuestras llamadas son médicas.

—¿No tienen ambulancias para eso?

—Tenemos una ambulancia en nuestra estación de bomberos. Lo llamamos autobús.

—¿Autobús? ¿Por qué llamarían autobús a una ambulancia?

Me rio.

—Depende de a quién le preguntes. Algunas personas piensan que se remonta a los días en que las ambulancias transportaban a varias personas a la vez. Luego están las historias de una antigua compañía que construyó autobuses para la ciudad, pero también construyeron ambulancias. Otros simplemente piensan que es una versión abreviada de la palabra ambulancia. A este punto, es solo una leyenda.

—Entonces, los *autobuses* deben estar bastante ocupados si tantas llamadas son médicas —dice.

—Sí. Pero incluso si una llamada es médica, aun así nos envían muchas veces. Nunca tenemos una idea completa de en qué nos estamos metiendo porque la mayoría de las personas que llaman están frenéticas y la información es mínima. E incluso si no se trata de una emergencia médica importante, el peso o la ubicación del paciente pueden ser un problema y se puede necesitar mano de obra adicional.

—Pero ¿qué pasa con el otro veinticinco por ciento de sus llamadas? Esas son las que me preocuparán. Son un montón de incendios.

—La mayoría de esas llamadas ni siquiera están relacionadas con un incendio. Consisten principalmente en accidentes de tráfico y alarmas de incendio. Y recibimos muchas llamadas sobre personas atrapadas en ascensores. Cuando recibimos llamadas sobre incendios, la mayoría son en la cocina o en un garaje o taller debido al mal manejo de gasolina o productos químicos. Los auténticos incendios, como la mayoría de la gente los imagina con llamas saliendo de las ventanas y humo elevándose en el cielo, solo ocurren una vez a la semana más o menos.

Mi corazón se acelera al oírlo decirlo.

—Eso es suficiente para que me preocupe por ti, Bass.

Besa mi cabeza.

—No te preocupes por mí. Soy bueno en lo que hago.

—¿Crees que algún día cuando regresemos podría pasar por la estación para ver dónde trabajas?

—Me gustaría eso —dice—. ¿Y qué hay de ti? ¿Crees que puedo ir a ver dónde *trabajas*?

Sé lo que está preguntando en realidad. Está preguntando si voy a volver a trabajar. He pensado mucho en eso durante mi estancia aquí. Sé que debería. Sé que probablemente lo necesito. No puedo volver a ser como era antes de venir a Hawái. No puedo volver a acostarme en la cama todo el día viendo televisión sin sentido mientras mis padres me cuidan.

Pienso en intentar volver a la floristería, el lugar que me recuerda a Dahlia casi tanto como su habitación, la habitación en la que me sentaba y lloraba todos los días mientras miraba sus paredes llenas de flores. A menudo venía a trabajar conmigo y me ayudaba a organizar flores. Y cuando estaba en el ordenador, o haciendo papeleo, ella dibujaba. Dibujó tantas flores que nos quedamos sin espacio en la pared de su habitación para ponerlas.

Luego pienso en la catarata y en lo triste que me sentí al verla. Pero cuando me di la oportunidad, cuando me permití pensar en lo feliz que la habría hecho, se convirtió en algo diferente. Algo inesperado. Se convirtió en un recuerdo feliz, no triste. Y aunque sé que volver al trabajo será difícil, porque todo lo que veré es a Dahlia sentada a su pequeña mesa en la esquina, dibujando, me pregunto si con el tiempo se sentirá como ver una catarata.

—Yo... creo que podría gustarme eso también —digo vacilante.

Me da la vuelta y me pone sobre él. Puedo sentir su erección cobrar vida debajo de mí. Me sonrío.

—Creo que vamos a estar bien, Ivy Greene.

Después de pasar el día en la playa, disfrutamos el último atardecer hawaiano de Bass en nuestro lugar habitual junto a la hoguera. Estoy sentada entre sus piernas mientras tocamos su guitarra. Se ha convertido en mi actividad favorita.

—¿Me tocarás una canción? —pregunta—. Cuando nos conocimos, dijiste que sabías una canción o dos. ¿Tocarás una para mí?

Miro la guitarra, sabiendo que la única otra persona para la que he tocado fue ella.

—De acuerdo —digo en voz baja—. Pero no voy a cantar.

Empiezo a tocar la canción que solía tocar cada vez que Dahlia estaba en el hospital. Siempre tenía problemas para conciliar el sueño en una cama que no era la suya, así que tocaba y cantaba. “*Toca la canción de Sunshine, mami*”, casi puedo oírla decir.

Empiezo a rasguear la melodía, mis dedos temblorosos mientras intentan sostener los acordes que no he tocado en tanto tiempo. No estoy segura de lo que estaba pensando cuando compré la guitarra en la tienda de segunda mano. Sabía que no iba a volver a tocar *You Are My Sunshine*. Y era la única canción que conocía. Supongo que pensé que tener la guitarra me haría sentir más cerca de ella.

Me confundo un par de veces, porque es difícil ver dónde poner mis dedos cuando mi visión está tan borrosa por las lágrimas. Pero sigo adelante. Toco la canción. Y cuando oigo a Bass cantar las palabras que yo no puedo, mi corazón se expande con más amor del que jamás creí posible.

Y a través de mis lágrimas, me siento sonreír. Me siento sonreír porque a pesar de que no lo admita, el hombre sentado detrás de mí me *ha* rescatado. Me ha salvado de una vida llena de culpa y odio por mí misma. En su lugar, me ha mostrado una vida de preciosos recuerdos y esperanza.

Cuando termina la canción, bajo la guitarra y me relajo en sus brazos. Me besa justo debajo de la oreja.

—Eres la persona más fuerte que jamás he conocido — dice, mientras vemos los últimos rayos de sol ser tragados por el mar.

19

Sebastian

Intento no despertarla, pero es difícil porque tengo que tocarla. No estoy seguro de cuándo volveré a hacerlo. Como mínimo serán dos semanas, que es el tiempo que se quedará en Hawái. Pero incluso después de eso, quién sabe lo que sucederá.

Nos quedamos despiertos toda la noche hablando. Bueno, entre nuestro maratón de hacer el amor. No podíamos tener suficiente el uno del otro. Es más que evidente que tiene miedo de que me vaya. Me preocupa que se quede. Le he pedido que venga a casa conmigo, pero no lo hará. Dice que necesita más tiempo.

Ha avanzado mucho en su sanación durante la semana pasada, particularmente después de ponerse bajo la catarata. Es una transformación que he tenido la suerte de presenciar. Solo espero que después de irme no se hunda de nuevo en una depresión.

—No te vayas —dice, despertando para verme observándola.

—No te quedes —replico.

Es lo mismo que nos hemos dicho durante días.

La envuelvo en mis brazos.

—Gracias por darme las mejores vacaciones de mi vida.

Se acurruca en mi hombro.

—No hay suficientes palabras para agradecerte por lo que me has dado.

—Somos buenos el uno para el otro, ¿no?

Asiente pero no responde.

—Somos buenos el uno para el otro aquí y seremos buenos el uno para el otro en casa —digo.

—Espero que tengas razón, Bass. De verdad lo hago.

Suena el teléfono de Ivy y lo alcanza para mirarlo.

—¿Te importa? —pregunta.

—Adelante —respondo, tomando mi propio teléfono para mirar los mensajes.

—Hola, Eli —dice.

Presto atención al oír el nombre de su ex. Sé que hablan. Dijo que eran amigos. Pero algo acerca de él llamándola cuando estamos juntos en la cama simplemente me molesta.

Jugueteo con mi teléfono mientras escucho su lado de la conversación.

—No, no se ha ido todavía —dice. Luego se queda callada mientras escucha—. Estoy bien, Eli. —Otra pausa—. Dos semanas desde el jueves. —Una pausa más larga y casi puedo distinguir la voz masculina al otro lado—. Está bien, Holly dijo que me recogería.

Mueve el teléfono a su otra oreja.

—Realmente no puedo hablar de eso. Está acostado justo a mi lado. —Me mira e intento fingir que no estoy escuchando, pero debe saber que sí lo estoy—. Somos adultos, Eli. Está bien. Escucha, te llamo más tarde.

Se despide y cuelga el teléfono.

Me vuelvo hacia ella, apoyándome sobre un codo.

—Bueno, eso no fue incómodo en lo más mínimo.

Pone los ojos en blanco.

—Lo siento. Puede ser un poco protector conmigo.

Endezco mi columna vertebral. *Quiero* ser el que la proteja.

—¿Hablas con él de mí? —cuestiono.

—Claro, es uno de mis amigos más cercanos.

—¿Qué dijo cuándo le dijiste que estaba en tu cama?

—Dijo que cree que estoy apresurando las cosas.

—Tal vez está celoso —comento.

—No lo creo. Ha salido con otras personas desde que rompimos.

—Eso no significa que no siga enamorado de ti, Ivy. Yo debería saberlo, escondí mis sentimientos por mi mejor amiga mientras salía con otras mujeres.

—No es así. Ha seguido adelante. Realmente somos solo amigos.

La estudio, esperando que sea sincera conmigo. Luego miro la foto de Dahlia junto a la cama.

—¿Crees que todavía estarían juntos si ambos no portaran ese gen recesivo?

Se encoge de hombros, mirando la foto.

—Para ser honesta, no lo sé. No nos separamos por eso. Nos separamos porque era demasiado difícil estar juntos cuando Dahlia estaba tan enferma. Y luego, después de... bueno, no estoy segura de que ninguno de los dos tuviera la energía para estar con *nadie*.

—¿Quieres más hijos, Ivy?

Extiende la mano para tocar la foto de su hija. Entonces asiente.

—Sí. Pero no por mucho tiempo. Y no a menos que él se haga la prueba del gen.

Agarro su mano.

—No a menos que *me* haga la prueba —digo—. Soy con quien vas a tener bebés. Espero que lo sepas.

No responde. No sonríe ni se desmaya como la mayoría de las mujeres lo hacen al escuchar esa declaración. Solo se ve asustada. Aterrorizado incluso.

La tumbo en la cama debajo de mí. Me cierno sobre ella.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, cariño. No haremos nada hasta que estés lista. Pero seguro que será divertido practicar.

Finalmente, veo el indicio de una sonrisa. Es mi luz verde para devorarla una vez más. Y durante las siguientes dos horas, no hacemos nada más que practicar y practicar.

Las lágrimas caen por su rostro mientras me acompaña a la línea de seguridad fuera del aeropuerto de Lihue. Cuando es casi mi turno de pasar, su agarre sobre mí se aprieta.

—Adelante —digo a la gente detrás de mí, saliendo de la línea y llevando a Ivy a un banco cercano.

—Lo siento —dice—. Soy una idiota llorona.

—Está bien. Simplemente significa que me amas.

Asiente.

—Lo hago, lo sabes. No estoy segura de cómo sucedió, Bass. Solo han pasado dos semanas. Pero te amo tanto. Más de lo que pensé que podría amar a alguien después de...

—Yo también —anuncio—. Pero no me llevó dos semanas, Ivy. Me enamoré de ti mucho antes de eso.

—¿Cuándo? —inquire.

—Creo que fue cuando estabas bailando en ese charco durante la tormenta.

Me mira boquiabierto.

—¿En serio?

Me rio.

—Sí. En serio. Nunca había visto tanta emoción emanar de una persona. Eras tan hermosa. Y cuando me contaste que la lluvia es una poción mágica que hace crecer las flores, supe que eras la indicada para mí. —Aprieto su mano—. Fue Dahlia quien dijo eso, ¿no?

Asiente.

—Le encantaba la lluvia. Le encantaba salir a chapotear en los charcos y atrapar gotas con su lengua. Le encantaba regar las plantas y flores en la tienda. Ella... dijo que deseaba que hubiera una poción mágica que pudiera ayudarla a crecer y ser una mamá como yo. —Se ahoga con sus siguientes palabras—. Porque sabía que nunca lo haría.

—Desearía haberla conocido —digo—. Suena como una chica increíble.

—Lo era. —Ivy pone su cabeza sobre mi hombro—. Puedo mostrarte su habitación si quieres, ya sabes, algún tiempo después de que llegue a casa. Pensarías que un camión de pintura vomitó en las paredes con todos sus coloridos dibujos.

Doy vueltas por dentro sabiendo que está pensando en el futuro. Un futuro conmigo en él.

—Me encantaría verla —digo—. Me encantaría más que nada.

Me atrapa mirando la hora.

—Sé que tienes que irte. Supongo que solo estoy tratando de aferrarme a la fantasía un poco más.

Nos levantamos y la beso. No me importa quién está mirando y cuán indecente es. Necesito que sepa cuánto significa para mí. Que cuando me alejo, no me alejo de ella. De esto.

—La fantasía no ha terminado —replico—. Es solo el comienzo. Todo va a estar bien. Lo prometo.

Asiente, una lágrima cayendo por su mejilla mientras me alejo.

—Te veo pronto, Ivy Greene.

Intenta sonreír y luego me lanza un beso. Y todo el tiempo rezo en silencio para que la mujer que amo encuentre la fuerza para sanar y volver a casa.

20

Ivy

Me acuesto en la cama, mirando la foto de Dahlia como hago todas las mañanas. Pero ahora tengo otro rostro que mirar también. Levanto mi teléfono y hojeo las fotos de Bass —las fotos de *nosotros*— solo para asegurarme de que no lo soñé.

Sé que no lo hice, porque cuando miro las fotos que compramos en el luau que todavía están puestas en mi cómoda, todo vuelve rápidamente. Dejó su foto aquí. Creo que lo hizo a propósito. Quería que las mirara y recordara. ¿Cómo es que después de solo dos semanas me entiende tan bien?

Estaba preocupada por todo el tiempo a solas que iba a tener aquí cuando se fuera. Pero también sabía que lo necesitaba. Lo necesitaba para saber si fue solo estar con Bass lo que me cambió, o si de verdad cambié. Y los últimos días me han dado esperanza. Una esperanza que nunca supe que existía.

Incluso Holly dijo que sonaba diferente cuando hablamos por teléfono ayer. Dijo que diferente era bueno. Dijo que diferente es lo que necesito y que todo será diferente cuando regrese el próximo jueves. No estoy segura de qué quiere decir con eso. ¿Piensa que cuando regrese me habré olvidado milagrosamente de los últimos siete años de mi vida?

Mi teléfono suena y sonrío cuando miro la pantalla y veo la foto de Bass. Hemos estado enviándonos muchos mensajes, pero esta será nuestra primera llamada desde que se fue hace unos días.

—Buenos días —saludo.

—Hola, hermosa. No te desperté, ¿verdad?

—Creerías que después de casi un mes aquí podría dormir hasta después de las seis, pero no, no es así.

—Te alegrarás cuando vuelvas a Nueva York. Será más fácil adaptarse a la diferencia de seis horas.

—Así que, es la una allí. ¿Estás en tu descanso para almorzar?

—No tenemos descansos oficiales para el almuerzo por aquí, pero sí, acabo de almorzar.

—¿Qué hiciste hoy? —pregunto, sabiendo que siendo el miembro más nuevo de la estación de bomberos a menudo se le encomienda la tarea de la cocina, entre otras cosas.

—Espagueti y albóndigas.

—Apuesto a que serás feliz cuando no tengas que cocinar tanto, ¿eh?

—Buenas noticias en ese frente, tenemos a alguien retirándose esta semana, lo que significa que tendremos a un nuevo chico. Ya no seré el *novato*. Dios, parece que lo he sido por una eternidad.

—Sí, pero en cierto modo, serás una mejor persona al haber pasado por eso. Quiero decir, a veces necesitamos experimentar tiempos difíciles para poder apreciar todo lo que sucede después.

—¿Palabras de sabiduría, Ivy Greene? Pensé que ese era mi trabajo.

—Lo siento —digo.

—No lo hagas. Que digas eso es todo lo que quería oír.

Prácticamente puedo *oír* su sonrisa por teléfono.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo en los últimos días? —inquire.

—He estado tocando mucho la guitarra. Tua y yo nos hicimos amigos. Se reúne conmigo todos los atardeceres junto a la hoguera y tocamos juntos.

—¿Tengo que preocuparme de que me hayan reemplazado? —bromea.

—Sí, Bass, has sido reemplazado por un hawaiano bajito, robusto y de cuarenta y tantos años que toca el ukelele. Ah, y tiene una esposa y cuatro hijos, por cierto.

—Me alegra oírlo —dice—. Y hablando de la guitarra, últimamente he pensado en la canción que le cantaste a Dahlia. Ves la ironía, ¿verdad?

—¿Qué, que le encantaba la lluvia y le canté una canción sobre el sol?

—Sí, eso.

Pienso en cuando Dahlia tenía apenas dos años y decido contarle a Bass la historia.

—Se encontraba en el hospital después de su trasplante. Había voluntarios que iban al ala pediátrica y entretenían a los niños. Había un chico que tocaba la guitarra. Dahlia se animaba cada vez que tocaba para ella. También me pidió que tocara. Así que cada vez que él venía, me enseñaba un poco más de la canción. Entonces, cuando Dahlia vino a casa, mi padre me compró una guitarra para poder seguir tocando. Todavía no estoy segura si en realidad le encantaba esa canción en particular, o si simplemente sabía que no podía tocar otras, pero se convirtió en algo nuestro.

—Gracias por compartir ese recuerdo conmigo —dice—. Ivy, ¿estás llorando?

Cierro los ojos para soltar las lágrimas que nunca llegaron y me doy cuenta de que fue la primera vez que hablé de ella sin ahogarme.

—No. No lo estoy —replico—. Creo que podría estar sonriendo un poco.

—Desearía estar allí para verlo. Extraño tu sonrisa. Extraño todo de ti.

—También te extraño. Pero estoy intentando mantenerme ocupada. Oh, nunca adivinarás con quién almorcé ayer.

—¿Quién? —cuestiona.

—Erma.

—¿La dama foca?

Me rio.

—Sí. ¿Sabías que solo tiene setenta y seis años?

—¿De verdad? Habría supuesto noventa o más.

—Creo que estar tanto bajo el sol la ha envejecido. Pero es fantástica. Sé que aprendimos mucho sobre la isla en todas nuestras excursiones, pero oírlo de alguien que nunca ha abandonado Kauai me dio una perspectiva completamente nueva.

—¿Nunca ha salido de la isla? —pregunta.

—Ni una sola vez.

—No puedo imaginar estar atrapado en un lugar durante tanto tiempo. Pero tal vez si no sabes qué más hay por ahí, nunca lo extrañarías.

—Me alegra haber descubierto qué hay por ahí, Sebastian.

—A mí también, Ivy. Suenas bien. Estoy muy feliz...

Escucho una fuerte sirena de fondo y luego la voz de alguien por un altavoz gritando números y otras cosas.

—Me tengo que ir, cariño. Te amo.

—También te amo. Por favor, ten cuidado.

—Siempre —dice, justo antes de que la línea se corte.

Mi corazón se acelera. No estoy segura de poder respirar fácilmente sabiendo que está arriesgando su vida para salvar a otros. Me preocupo por él. Y no estoy segura de poder soportar más pérdidas.

Pero luego pienso en lo que la esposa de Alder, Christina, sigue diciéndome. Dice que Dios nunca te da más de lo que puedes manejar. Y si eso es verdad, el resto de mi vida debería ser pan comido porque de ninguna manera podría manejar algo más.

Christina creció yendo a la iglesia. Todavía va todos los domingos, asegurándose de llevar a Alder y a su hijo de dos

años, Ricky. Aprecio todas sus palabras de sabiduría, aunque no siempre estoy de acuerdo con ellas.

Después de que Dahlia muriera, intentó hacerme ir a la iglesia con ellos. Pero no pude. Encontré difícil rezar a un dios que se llevó a mis hijos. Mi vida. También encontré difícil estar cerca de Ricky. Pero últimamente, me he encontrado deseando poder comenzar a rezar de nuevo. Rezar para que Bass no se lastime. Rezar para que yo sea capaz de empezar a vivir.

Me he prometido que voy a ser una mejor amiga para Christina. Se casó con mi hermano hace cinco años y nos hicimos amigas al instante. Encajó perfectamente con Holly y conmigo. Lo hacíamos todo juntas. Hasta que tuvo un bebé sano y me convertí en una amiga terrible.

Simplemente no podía estar cerca de ella cuando estaba con Ricky. No podía verlo alcanzar metas que Dahlia no había alcanzado. No podía verlo jugar con otros niños cuando ella estaba encerrada en el hospital. No podía presenciar lo felices que eran como familia.

No creo que Christina me guarde rencor por ello. Estoy segura de que pudo imaginar cómo serían las cosas si su hijo estuviera tan enfermo como la mía. E hizo un gran esfuerzo para asegurarse de que pudiéramos tener muchas noches de chicas. Pero las reuniones familiares eran difíciles, y cuanto más enfermaba Dahlia, menos asistía. De hecho, la Navidad pasada mi familia tuvo dos celebraciones navideñas, una para todos y otra para mí porque sabían que no podía estar cerca de Ricky. Les dije que no se molestaran, que no estaba de humor para celebrar cuando mi hija acababa de morir semanas antes. Pero insistieron.

Me pregunto cómo será este año.

Me levanto de la cama, sin querer pensar en el aniversario de la muerte de Dahlia. Superar su cumpleaños el mes pasado fue bastante difícil. Pero una cosa sí sé: ya no quiero que Eli sea quien me consuele. Bass es a quien quiero. Bass es al que necesito. Es el hombre con el que quiero pasar mi vida.

Me dirijo a la ducha y me quito la camiseta del FDNY con su apellido a la espalda. Lo miro, fascinada, esperando que algún día sea el mío.

21

Sebastian

Brett alza su vaso:

—Fuera lo viejo, dentro lo nuevo.

El resto de los chicos también levantan sus vasos, esperando a que complete la ceremonia. Alcanzo detrás de mí, agarrando la caja grande que preparé para Noah August, la última incorporación a la compañía de motores 319.

Dentro de la caja hay un montón de cosas que junté: un cucharón, un bote de detergente para ropa, una escobilla para el váter, algunos productos de limpieza para vehículos. La levanto y se la entrego a Noah.

—Me gustan mis camisas ligeramente almidonadas, novato —digo, pensando cuán bien que se siente poder llamar a otro por ese nombre.

Los ojos de Noah se ensanchan.

—¿También tengo que lavar sus ropas? —cuestiona.

Toda la compañía se ríe. Noah no tiene ni idea de lo que le espera. Bueno, tal vez sí. Ser un bombero en período de prueba es un poco como un evento de fraternidad. Aunque técnicamente no podemos hacerle novatadas, podemos obligarlo a hacer todo el trabajo sucio en la estación de bomberos. Como cocinar, limpiar los inodoros y lavar los camiones.

Levanto mi propio vaso.

—Bienvenido a la hermandad, Noah August. —Pero antes de beber, lo miro fijamente—. ¿Alguna vez te han llamado Auggie?

—No en todos mis veintitrés años —dice, luciendo un poco molesto.

—¡Por Auggie! —grito, antes de tomar un trago de mi refresco.

—¡Por Auggie! —responden todos los demás.

Noah niega. Pero no dice nada. No hay mucho que pueda decir. Una vez que se ha dado un apodo, tiende a quedarse. Algunos de nosotros nunca obtuvimos un apodo. Siempre me llamaban *novato* o *Briggs*. Pero algunos de los chicos no fueron tan afortunados. Como Duck, cuyo verdadero nombre es Steve Hanson. Steve parece que no puede caminar sin que sus dedos de los pies señalando a cada lado. O Miles Nelson, a quien todos llaman *Stache* porque su vello facial lo hace parecer una estrella porno de los setenta.

Suena la alarma, pero es solo para una emergencia médica, así que Debbe y Ryan dejan su almuerzo en la mesa y se van.

—Estoy muy feliz de estar aquí, chicos —comenta Noah.

Brett se pone de pie con su plato sucio y lo palmea en la espalda.

—Esperemos que todavía te sientas así en una semana o dos —replica con una sonrisa sarcástica que hace que Noah se vea un poco verde.

El teniente Brett Cash es el segundo al mando aquí. Está en el escuadrón con Justin, Cameron y Miles. Van a muchas de las mismas llamadas que mi estación, pero además de todo lo que hacemos, también se ocupan de extracciones y aprisionamientos graves.

—Vamos, escuadrón, llenemos el depósito del camión —dice Cash.

Los cuatro terminan su almuerzo y se van. Cada vez que uno de nuestros camiones va a algún lado, todo el equipo tiene que prepararse y estar listo para una llamada. Es la naturaleza del asunto. Si uno de nosotros necesita ir a la oficina central para ser interrogado acerca de un informe, o si queremos ver a un colega herido, todos vamos. Estamos juntos con nuestro equipo todo el tiempo que estamos en turno. Conocemos los

asuntos de los demás mejor que nuestras madres, novias o esposas.

Somos familia.

Y ahora Noah August es parte de esa familia. Terminó mi almuerzo y le entrego mi plato, solo porque puedo.

—Bienvenido a la jungla, Auggie.

Me dirijo a la sala de literas, esperando tener una hora más o menos de siesta, pero lo único en lo que puedo pensar es en Ivy. Regresará en unos días. Desearía poder estar allí para darle la bienvenida a casa, pero no puedo. Estaré en turno. Y he gastado todos mis favores por un tiempo.

No puedo esperar para verla de nuevo. Suena bien cuando hablamos. Feliz incluso. Y me alivia pensar que lo que sea que estaba buscando cuando fue a Hawái, lo encontró. Solo espero que *lo que sea* se trate de mí.

—Briggs —dice Noah sobre la división que separa nuestras literas.

—¿Qué pasa, Auggie?

—Así que, sí, sobre el nombre. No quería decir nada delante de todos, pero cuando era niño no era tan grande como la mayoría de mis amigos. Fui molestado por los matones en la escuela. Niños que me llamaban así. Por lo tanto, me trae malos recuerdos si sabes a lo que me refiero.

Me levanto y estiro los brazos, renunciando a dormir. Le doy una mirada comprensiva y le palmeo el hombro.

—Sí. Sí, lo hago. Lo siento, hombre.

—Gracias —dice, mientras me alejo.

Saco mi teléfono del bolsillo y le envío un mensaje a Katrina en la oficina central. Es la encargada de equiparnos a todos con ropa del FDNY. Le pregunto si puede conseguirme una docena de camisetas. Luego me aseguro de que lo delecte bien.

—Es Auggie con *dos* G —digo.

J.D. me hace un gesto para que entre a su oficina mientras paso.

—¿Qué pasa, Cap?

Jim Dickenson es el oficial a cargo de la estación de bomberos. También lo es de la compañía de motores 319. Es parte de mi equipo, junto con Steve y ahora Noah.

Técnicamente, el jefe de escuadrón Mitzel está a cargo, pero está a cargo de cinco estaciones de bomberos y su oficina está en la compañía 71. Solo lo vemos si hay un gran incendio u otra llamada de vida o muerte.

—¿Estás feliz de ya no ser un novato? —inquire J.D.

—Diablos sí, capitán.

—Bien. Has hecho un gran trabajo aquí, Briggs. Solo quería que supieras que no ha pasado desapercibido.

Estrecho su mano.

—Realmente lo aprecio.

No tiene ni idea de cuánto. Toda mi vida he soñado con ser bombero. Podría haberme desviado durante algunos años, siguiendo el que era el sueño de mis padres para mí, pero cuando echo un vistazo a la oficina de J.D., viendo todas las fotos de los bomberos que han servido en esta casa, sé que tomé la decisión correcta.

La alarma suena, poniéndonos en marcha para responder un incendio estructural residencial.

J.D. sale corriendo de detrás de su escritorio y grita en la habitación de literas:

—¡Compañía 319, tienen exactamente cincuenta y dos segundos para poner sus culos en marcha!

Me rio, sabiendo que eso iba dirigido a Noah. El resto sabemos todo sobre la regla del capitán de los cincuenta y dos segundos. No importa si estamos en medio de una ducha o cagar, no hay excepciones si quieres mantenerte fuera de su lista de mierda. Es uno de los capitanes más duros del FDNY.

Pero también es uno de los mejores. Y soy un mejor bombero por eso.

Salgo corriendo con él y nos vestimos con nuestro equipo que se encuentra al lado de nuestro camión. Tomo mi lugar en el asiento trasero, junto con Noah, ayudándolo a ajustar las correas de su abrigo. Luego, cuando salimos a la calle, miro por la ventana, escuchando la sirena y saludando a los niños que se detienen y miran. Y sonrío porque sé que estoy exactamente donde necesito estar.

Miro el toldo sobre la puerta principal. *The Greene Thumb*.

¿Cuántas veces he pasado trotando por aquí durante el último año? Mi apartamento está a kilómetro y medio de distancia y esta calle es parte de la ruta que tomo en mis carreras. Miro por la ventana, preguntándome si una de esas veces en que estaba corriendo, Dahlia estaba allí con Ivy, pintando las flores que tanto amaba. Pintando la lluvia.

Abro la puerta principal y entro, mi nariz es asaltada por una docena de fragancias diferentes a la vez. Hay un hombre siendo atendido, así que me quedo atrás y echo un vistazo. Estoy protegido por un exhibidor alto y miro a la mujer detrás del mostrador. Sin duda es la hermana de Ivy, Holly. El parecido es notable. Tiene el cabello castaño como su hermana menor, aunque no tan largo. Tiene el mismo rostro en forma de corazón, aunque no tan delgado. Tiene los mismos ojos, pero no son ni de cerca tan tristes.

Holly me reconoce, diciendo que estará conmigo en un minuto. Levanto la barbilla hacia ella.

Sigue dándome miradas mientras ayuda a su cliente. Cuando el hombre se va, se acerca a mí y me tiende la mano.

—¿Sebastian Briggs, supongo?

—Bass —respondo, estrechando su mano mientras miro mi camiseta del FDNY—. ¿Qué me delató?

Se ríe.

—Me preguntaba si ibas a entrar.

—¿Por qué te preguntabas eso? —pregunto.

—Estás enamorado de mi hermana, ¿verdad?

—Bueno, sí. Pero todavía no ha regresado de Hawái.

—No hasta mañana —dice—. Pero sabía que si eras el indicado para ella, vendrías aquí incluso antes de que volviera a casa.

—¿Por qué?

—Porque si la amas, sabes lo rota que se siente, y probablemente quieres conocer a alguien cercano a ella para averiguar cómo puedes ayudar.

Ladeo mi cabeza y la miro.

—Lo siento —dice—. Creo que no me he presentado correctamente. Holly Greene, codirectora de este excelente establecimiento y soltera certificada, en caso de que tengas amigos solteros en la estación de bomberos que quieras presentarme.

Me rio, pensando en varios que estarían interesados. Es hermosa como su hermana. Y atrevida. Me hace preguntarme si Ivy también solía ser tan atrevida. Antes de que su mundo fuera destruido.

—Podría arreglar algo —aseguro.

—Tal vez una cita doble —dice, asintiendo hacia un calendario en la pared: el calendario benéfico del FDNY—. Uno de ellos puede apagar mi fuego en cualquier momento.

—Lo hicimos, sabes. A principios de este año —replico—. Apagar un fuego aquí, quiero decir.

Pone los ojos en blanco como si acabara de comer un decadente trozo de chocolate.

—Lo sé. Agradecí a los propietarios de al lado por tener una estufa defectuosa. Tuve que sentarme aquí durante horas mirando a tu unidad atravesar las paredes para asegurarse de que el fuego estuviera apagado.

Me rio.

Se acerca y golpea la pared con la palma de su mano.

—Como nueva.

—Me alegra que no hubiera mucho daño en tu lugar.

—Eso es porque llegaron muy rápido.

—Hacemos lo que podemos para ayudar.

Asiente y me sonrío, estudiándome por un segundo.

—No necesitas *preguntarnos* cómo puedes ayudarla, sabes. La ayudaste más en esas dos semanas que cualquiera de nosotros en siete meses.

—No estoy tan seguro de que fuera yo —digo—. Hizo todas las cosas que Dahlia quería que hiciera. Creo que hizo que Ivy se sintiera más cerca de ella, pero de alguna manera extraña...

—También la ayudó a dejar ir a Dahlia.

—Eso es lo que estaba pensando también.

—Eres demasiado modesto —dice Holly—. *Fuiste* tú.

—Dio el primer paso al subirse a ese helicóptero. Ahí es donde nos conocimos.

—Lo sé. —Sonríe alegremente—. Sé todo sobre ello.

Alzo las cejas.

—Todo —asegura—. Ivy no es solo mi hermana. Es mi mejor amiga.

Intento parecer avergonzado.

—Disculpa mientras me sonrojo entonces.

Se ríe de mi dramatismo.

—No hay necesidad de avergonzarse. Nunca pensé que *alguien* podría atravesar esas telarañas que tenía entre las piernas. Bueno, excepto tal vez Eli, pero ya no cuenta. En fin, todos pensamos que eres un santo.

Quiero preguntarle sobre Eli, pero no lo hago.

—¿Todos?

—Mamá, papá, Alder, Christina. Todos te estamos muy agradecidos. No pueden esperar para conocerte. Uh, a menos que ya hayas estado en las otras tiendas hoy. ¿Estás haciendo rondas?

Niego.

—Eres la única que he conocido hasta ahora. Me preguntaba si podrías hacerme un favor.

—Claro, lo que sea. Quiero decir, te voy a deber mucho después de que me prepares una cita con un bombón de la estación de bomberos. Espera, ¿tienes fotos?

—Lo siento, no.

—Lástima —dice—. Entonces, ¿el favor?

—No puedo encontrarme con Ivy en el aeropuerto. Estaré de turno. Sé que dijo que la ibas a recoger y me preguntaba si podrías darle algo por mí.

—Por supuesto.

—¿Sabes cómo hacer leis? —inquiero.

Sonríe.

—De hecho, sí. Ya hemos hecho algunas bodas con temas hawaianos.

—Genial. ¿Puedes hacerlo con orquídeas moradas?

—Lo que quieras. —Asiente hacia unas tarjetas en el mostrador—. ¿Quieres enviar una nota?

Miro las pequeñas tarjetas.

—Uh...

Toma una y me la da.

—Vamos, casanova, sería romántico.

Me da un bolígrafo. Acercó un taburete y me siento, mirando la tarjeta en blanco.

—La amas, Briggs. No debería ser tan difícil.

—Soy bombero, Holly, no poeta.

Pienso en nuestro tiempo en Hawái y luego garabateo la nota y la guardo en el pequeño sobre antes de devolvérsela.

De inmediato la abre y lee la tarjeta mientras hace una pompa con su chicle. Tengo la sensación de que esta mujer no conoce límites.

Sus ojos se llenan de lágrimas y luego rodea el mostrador y me abraza. Con fuerza.

—¿Por qué fue eso? —cuestiono.

—Por ser el indicado para ella. No estaba segura antes, pero lo estoy ahora.

—¿Por qué estás segura?

Asiente hacia la nota que escribí.

—Porque solo el hombre que ama podría escribir estas cosas. Créeme. La conozco mejor que nadie.

—Lo siento, Holly. Espero quitarte ese honor —digo, entregándole mi tarjeta de crédito.

Pasa mi tarjeta y me entrega el recibo.

—Sabes, creo que podría estar de acuerdo con eso. Especialmente viendo que voy a estar muy ocupada una vez me presentes a tus amigos.

Niego hacia ella y me rio mientras me dirijo a la puerta.

—Encantado de conocerte, Holly.

—Vamos a estar emparentados algún día, sabes —grita detrás de mí—. Soy la primera en decirlo.

—No —digo, abriendo la puerta—. En realidad, no lo eres.

22

Ivy

Aunque estoy en primera clase, me quedo en el avión mientras todos los demás se bajan. Permanezco sentada junto a la ventana mientras finjo que estoy buscando algo en mi bolso. Pero sé que solo estoy prolongando lo inevitable. Voy a tener que bajar de este avión en un minuto. Voy a salir de mi fantasía y volver a la realidad.

—¿Señorita?

Levanto la vista para ver a la azafata mirándome.

—Lo siento —digo, agarrando mi equipaje de mano. Salgo del avión mientras la tripulación me agradece por volar con ellos.

Cruzo la puerta y entro en el aeropuerto abarrotado. Sigo a los otros pasajeros a la recogida de equipaje. Al llegar allí, estoy buscando a mi hermana cuando me abrazan por detrás.

—¡Ivy! —chilla Holly—. Te he extrañado.

Me doy la vuelta para darle un abrazo apropiado.

—También te he extrañado, Hol.

Da un paso atrás, todavía aferrándose a mis brazos.

—Te ves radiante.

—¿Sí?

—Absolutamente. Hawái fue bueno para ti —comenta. Entonces me da un codazo—. O *algo* lo fue. —Mete la mano en su bolso—. Oye, hablando de *algo*. —Pone un lei hecho de orquídeas moradas alrededor de mi cuello.

Me rio.

—Hol, los leis son al *llegar* a Hawái, no al volver a casa.

—No es de mi parte, es de Bass. Tal vez quiere que sientas que todos los días son Hawái. —Me entrega un pequeño sobre—. Y te escribió una nota. Estaba decepcionado por no poder estar aquí.

—Está en turno. Me lo dijo.

Veo mi maleta en la cinta transportadora.

—Esa es la mía.

—Iré por ella —ofrece Holly.

Mientras avanza entre la multitud para recoger mi maleta, abro el sobre. Mis ojos se nublan al leer sus palabras.

Eres mi rayo de sol.

Mi catarata.

Mi charco bajo la lluvia.

Sostengo la nota contra mi pecho, queriendo desesperadamente verlo de nuevo. Sé que solo han pasado un par de semanas, pero parece una eternidad.

—Me gusta —informa Holly, arrastrando mi maleta detrás de ella.

—Está tomado —replico con una sonrisa.

Ladea la cabeza, estudiándome.

—Eres diferente.

—Eso espero. —Asiento hacia las puertas exteriores—. Pero no estoy segura de lo que sucederá cuando salga. Cuando vaya a casa. No quiero que este sentimiento desaparezca.

—No vas a casa —dice—. Bueno, sí, pero no.

—¿Qué significa eso? —cuestiono.

—No te enojas, Ivy.

Entrecierro mis ojos hacia ella.

—¿Qué has hecho?

—Algo que necesitaba ser hecho. Ya verás.

Llama un taxi y le da su dirección al conductor. Entonces lo entiendo. Apuesto a que ha planeado algún tipo de fiesta de bienvenida para mí en su casa. Probablemente tiene a toda la familia allí. Tal vez incluso me va a sorprender con Bass. Mi hermana es así de furtiva.

Cuando llegamos a su edificio y al ascensor, presiona el botón del cuarto piso en lugar del séptimo. Extiendo la mano y presiono el botón correcto.

—Presionaste el equivocado —digo.

—No, no lo hice. Me mudé.

—¿Te mudaste?

Se encoge de hombros.

—Un lugar más grande quedó disponible, así que me dejaron cambiar el contrato de arrendamiento.

—¿Por qué necesitas un lugar más grande?

Suena el ascensor, llegando al cuarto piso.

—Vamos —dice, tirando de mi maleta detrás de ella.

Pasamos por otras dos puertas de camino a la suya. Entonces me mira antes de abrir su puerta. Es una mirada culpable si alguna vez vi una.

Me abre la puerta y metemos mi equipaje. Entonces veo mi silla favorita en la esquina de su sala de estar.

—¿Qué está haciendo mi silla aquí?

Rebusca en su bolsillo y saca una llave. Me la da.

—Está aquí porque *estás* aquí. Vives aquí ahora. Conmigo.

—¿Yo *qué*?

—Nosotros, mamá, papá, Alder y Christina, todos pensamos que estar en tu departamento ya no era bueno para ti. Todo lo que hacías era acostarte y deprimirte. Casi nunca salías de su habitación, Ivy.

—Su habitación era lo único que me quedaba de ella —replico, dándome la vuelta y dirigiéndome hacia la puerta—.

Voy a volver allí. Ahora mismo.

—Ya no está —dice.

—¿Qué quieres decir con que *ya no está*?

—Tu antiguo apartamento. El contrato de arrendamiento estaba a nombre de papá, ¿recuerdas? Lo rompió y pagó la tarifa de terminación anticipada. Otra persona ya está viviendo allí.

Las lágrimas brotan de mis ojos.

—¿*Ya no está*? ¿Qué hicieron con todas sus cosas? —Mi mano sube a mi boca para cubrir un sollozo—. Oh, Dios. ¿Las tiraron?

Dejo caer mi bolso al suelo y corro por el apartamento, buscando la habitación de Dahlia, pero sabiendo que no habrá una. Abro las puertas de la habitación hasta que encuentro la que tiene mi mobiliario. Y ahí es cuando lo veo. Veo la manta favorita de Dahlia al pie de mi cama. La agarro y me hundo en la cama, sosteniendo la manta con fuerza contra mí.

A través de mis lágrimas, echo un vistazo a la habitación, la única evidencia de mi hija son las fotos enmarcadas de ella en la pared.

Miro a Holly parada en la puerta.

—¿Cómo pudieron hacer esto? —grito—. No tenían derecho.

—Ivy...

—Lárgate, Holly. Ni siquiera puedo mirarte.

Entra en la habitación y recoge algo de la cómoda. Algo que nunca he visto antes.

—Toma, deberías hojear esto —dice—. Y no nos deshicimos de nada. Todo está almacenado.

Luego se da la vuelta y sale por la puerta, cerrándola tras ella.

Bajo la mirada a lo que puso en mi regazo. Parece un álbum. Tiene una foto de una flor en la portada. Una dalia. Lo

abro y al instante grandes lágrimas caen por mis mejillas. El interior del álbum parece contener casi todos los dibujos que mi hija bosquejó, dibujó o pintó. Los de las paredes de su habitación. Los que creó en la tienda. Los que realizó en el hospital. Holly los hizo plastificar y los juntó en un gran libro.

Las lágrimas, los recuerdos, el jet-lag, todo me hace sentir exhausta y me acurruco con la manta de Dahlia y me duermo.

Holly está sentada a la mesa de la cocina, tomando una cerveza, cuando salgo de mi dormitorio. Pasa la mano por el lado de la botella, su dedo atrapando la condensación mientras me mira con culpabilidad.

—Lo siento —dice, al mismo tiempo que yo digo:

—Gracias.

—Espera, ¿qué? —inquire—. ¿Gracias?

Tomo una botella de agua del refrigerador y me siento a su lado.

—Si hubieras hecho esto antes, te habría odiado. Antes estaba congelada en el tiempo. Era incapaz de seguir adelante. No tenía nada más que su recuerdo. Pero ahora... —Miro el lei que todavía está alrededor de mi cuello. Luego asiento hacia mi habitación—. El álbum. Es... es perfecto. Muchas gracias.

Holly deja escapar un suspiro largo de alivio. Luego acerco mi silla a la suya y le enseño las fotos que tomé en Hawái. Le cuento todas las cosas que no le había contado ya en nuestras llamadas telefónicas. El sol se ha puesto cuando termino de hablar.

Mi hermana me abraza.

—Te he extrañado.

Me rio.

—Ya lo dijiste en el aeropuerto.

—Sí, pero esa era yo extrañando tu presencia *física*. También he extrañado a mi hermana. Mi mejor amiga. Las

conversaciones que solíamos tener. Las cosas que solíamos hacer. Esa persona ha vuelto ahora. Y estoy bastante segura de saber a quién agradecerle.

Sonríó pensando en Bass. Luego miro la hora. Quería que pasara por la estación de bomberos para verlo esta noche. Y a pesar de que el largo vuelo y el cambio de hora me hacen sentir cansada, todavía no puedo esperar para verlo.

—Solo deja que me cambie y me lave. Entonces puedes venir a la estación de bomberos conmigo y agradecerle en persona.

—¿En serio? —pregunta, sonriendo y mirando su ropa—. Bueno, mierda, supongo que mejor me pongo algo que muestre un poco más de escote.

Me río.

—Los hombres no te quieren por tus tetas, Hol.

Palmea mi mano de una manera maternal.

—Oh, mi dulce e inocente hermanita. —Luego se apresura a su dormitorio para, sin duda, ponerse algo que hará que los compañeros de trabajo de Bass babeen sobre ella.

Sebastian

—¡Briggs! —grita Cameron desde el garaje—. Alguien está aquí para verte.

Sonrío, caminando por el pasillo con un resorte extra en mi paso.

—*Dos* alguien, en realidad —corrige Cameron cuando doy la vuelta a la esquina—. *Dos sexy* alguien.

Acabamos de terminar de cenar, así que todos están en la sala principal. Y todos me miran.

—¿Qué? —digo—. No podía esperar hasta mañana para ver a mi chica. Así que demándenme.

Cruzo las puertas hacia el garaje donde Justin ya está saludando a nuestras invitadas.

Ivy y yo nos miramos a los ojos. *Maldición*. Desearía que todo el mundo no estuviera mirando. Porque todo lo que quiero hacer es levantarla en mis brazos y besarla.

Ah, qué diablos.

Me acerco y la levanto del suelo abrazándola antes de que mis labios se estrellen contra los suyos. Sus piernas rodean mi cintura mientras nos saboreamos por primera vez en dos semanas.

Las risas y los silbidos que oigo de fondo ni siquiera me molestan. No me importa nada más que el hecho de que estoy besando a esta mujer y me está devolviendo el beso. Sé que acaba de regresar de Hawái esta tarde, pero con este beso, podría jurar que me está diciendo que está bien.

Cuando finalmente nos separamos, la bajo.

—Hola —digo, poniendo un mechón suelto detrás de su oreja.

—Hola, tú.

Asiento hacia su hermana.

—Hola, Holly.

Me sonrío.

—Bass.

—Justin Neal —dice Justin, acercándose a Ivy y Holly. Le tiende la mano a Holly, revisando su escote.

—Holly Greene —replica ella, estrechándole la mano mientras examina abiertamente los músculos de sus brazos. Mira a Ivy y arquea las cejas con apreciación.

—Parece una pareja hecha en el cielo —me susurra Ivy.

No tiene ni idea de cuánta razón tiene. Justin es el playboy del escuadrón 13; diablos, es el playboy de la estación de bomberos, tal vez de todo el batallón.

—Vamos. Te presentaré a los chicos y luego te haré un tour.

—Así que, Justin —comenta Holly, mirando los camiones—. ¿En cuál de estos trabajas?

Lo señala.

—Ese. Soy el ingeniero, uh, el conductor.

—Ooooooh, ¿en serio? Me encantaría ver tu... *camión* —dice con una sonrisa sensual.

Él ríe.

—Me encantaría mostrártelo. Por aquí. —Justin nos mira—. Te veo luego. Encantado de conocerte, Ivy.

—Igualmente —dice Ivy mientras se dirigen hacia el otro lado. Luego se vuelve hacia mí—. ¿Nos conocimos? Creo que una vez que vio a Holly, ni siquiera supo que había alguien más en la habitación. Eso tiende a pasar mucho.

—Cariño, no tienes *nada* que envidiarle a tu hermana. Ambas son hermosas.

—Ella consiguió más en el departamento de tetas.

Miro el pecho de Ivy.

—Tus tetas son fantásticas. —Me muevo de un pie a otro —. Mierda, ahora me estoy poniendo duro.

Se ríe.

Dios, no puedo esperar para tenerla a solas.

La llevo adentro y le presento a los chicos de la compañía y el escuadrón. Cuando conoce al teniente Brett Cash, el oficial del escuadrón, me susurra al oído:

—Vaya. Holly estará decepcionada por no *haberlo* visto primero.

Le doy un codazo.

—Oh, crees que es guapo, ¿eh?

Se encoge de hombros.

—Está bien, supongo. Pero apuesto a que no toca la guitarra como tú.

Niego y sonrío.

—Soy el único aquí que toca. Además, Cash está casado. También tiene un bebé.

Debbe y Ryan cruzan las puertas.

—Chicos, me gustaría que conocieran a Ivy Greene. Ivy, estos son Debbe Kane y Ryan Reed. Son nuestros paramédicos.

—Encantada de conocerlos.

Suena la alarma, pero solo para una emergencia médica.

Ivy observa a Debbe y Ryan salir por la puerta y luego me mira y al resto de los chicos que no se molestan en moverse.

—¿Ustedes no tienen que ir?

—No. No llamaron a la compañía ni al escuadrón. Estamos bien por ahora. Los paramédicos atienden más llamadas que el resto de nosotros.

—Oh, bien —dice—. Solías hacer eso, ¿verdad?

—Sí, antes de ir a la academia de bomberos.

—¿Cuál es la diferencia entre un paramédico y un técnico de emergencias? —pregunta.

—Bueno, los paramédicos tienen mucha más formación. Mientras que los técnicos de emergencias médicas pueden hacer cosas básicas como administrar oxígeno y entablillar miembros rotos, los paramédicos están capacitados para poner intravenosas, inyectar medicamentos e intubar.

—¿Sabes cómo hacer todo eso? —inquire—. ¿Poner tubos en la garganta de las personas y ayudarlas a respirar?

—Sí.

—Vaya. ¿Todos aquí son paramédicos?

—No. La mayoría son técnicos de emergencias con la excepción de J.D., Cash y yo. —Muevo mi mano por la habitación—. ¿Quieres un tour?

—Sí, claro.

—Bueno, esta es la sala de estar. Es prácticamente el lugar donde pasamos el rato cuando no tenemos nada más que hacer. —La acompaño a los sillones reclinables, la gran televisión y la enorme mesa a la que nos sentamos todos—. Y aquí hay algunos juegos. —Le muestro la mesa de fútbol y el tablero de dardos.

Luego nos dirigimos por el pasillo.

—Allí está nuestra sala de pesas. Entrenamos mucho. Allí hay algunas oficinas. —Subimos las escaleras—. Y aquí está el cuarto de literas.

Echa un vistazo a la gran habitación con camas separadas por divisores a la altura del pecho.

—Me he preguntado cómo se vería esto —comenta—. Es más o menos cómo lo muestran en las películas.

—Algunas de las estaciones más nuevas tienen cubículos separados para cada persona, pero así es como se organizan la mayoría de las estaciones de la ciudad.

—¿Cuál es la tuya? —inquire.

La llevo a la pared del fondo y hago un gesto hacia mi espacio. Da un paso adelante y se sienta en mi cama. Luego sonrío cuando ve lo que hay en mi mesa auxiliar. Toma la foto enmarcada de ella, una que tomé cuando estábamos en la playa.

—Así puedo despertarme con tu hermoso rostro todos los días —digo, extendiendo mi mano hacia ella.

Pone su mano en la mía. No quiero nada más que meterla en mi cama y hacerle el amor. No he pensado en nada más durante la semana pasada.

—¿Estás bien? —pregunto.

Sé que sabe a qué me refiero. Hemos hablado mucho durante la semana pasada sobre su regreso a Nueva York. Sobre su regreso a la realidad. Estaba tan preocupada por volver a hundirse en la depresión. Me mataría descubrir que todo el progreso que hizo en Hawái fue en vano.

Aprieta mi mano.

—Creo que podría estar llegando a eso.

Me inclino y beso su frente.

—Vamos, será mejor que terminemos el tour antes de que tenga que acudir a una llamada.

Al salir del cuarto de literas, se da cuenta de algo. Señala el poste en la esquina.

—¿De verdad tienen un poste? Pensé que tal vez eso solo estaba en las películas.

—Todas las estaciones de bomberos más antiguas los tienen —contesto, llevándola ahí—. Pero la mayoría ya no lo usa. ¿Ves que está vallado?

—¿Por qué no lo usan?

—Te sorprenderías de la cantidad de lesiones en los tobillos y las piernas que sufrían los bomberos al aterrizar de manera incorrecta. Y en algunos casos, se caían por la abertura cuando tenían prisa a las dos o tres de la mañana.

—¿En serio?

—Sí. En general, el servicio de bomberos ha tratado de alejarse de los postes y, fuera de la ciudad, la mayoría de las estaciones nuevas ahora son de un solo piso.

—Maldita sea —dice con una sonrisa—. Tenía muchas ganas de verte deslizarte por el poste.

Me rio.

—Tampoco me importaría verte en un poste.

Nuestras miradas acaloradas arden una en la otra. La tomo de la mano.

—Vámonos antes de que nos volvamos indecentes.

En el garaje, le muestro el camión en el que trabajo.

—Este es el motor 319.

Lo mira.

—¿Dónde está la escalera?

—Los motores no los tienen. Esos camiones se llaman *ladders*⁴ y no tenemos uno en esta estación. Los camiones de bomberos son la primera línea de extinción de incendios y también asistimos a muchas llamadas médicas. Los *ladders* son para represión aérea. Y luego está el escuadrón. —Señalo la camioneta del escuadrón solo para ver a Holly y Justin besándose en el asiento delantero. Niego y me rio.

—Parece que tendremos que hacer una cita doble mañana por la noche —dice Ivy.

La acerco a mi lado.

—Siempre y cuando pueda llevarte a casa después.

Me sonrío.

—Creo que eso se podría arreglar.

Su sonrisa y su declaración hacen que mi polla se revuelva. Tiro de su mano.

—Hay una habitación más que quiero mostrarte — anuncio, llevándola a la sala de equipamiento.

Sus ojos se agrandan.

—Hay tantas cosas aquí. —Extiende la mano para tocar un equipo—. ¿Para qué se usa esto?

No respondo a su pregunta y no hace otra porque mis labios se estrellan contra los suyos. Devoro su boca como si nunca volviera a besarla. La atraigo con fuerza contra mí y luego la levanto y la inmovilizo contra la pared. Sus piernas me rodean y la fricción contra mi pantalón me pone duro.

—Mierda, Ivy. He extrañado esto.

Gime en mi boca cuando la beso de nuevo. Sus caderas se mueven contra mí, volviéndome loco por ella. Pongo una mano sobre su camiseta y acaricio su pecho izquierdo mientras chupo un punto en su cuello.

—Oh, Dios —susurra hacia el techo.

Entonces oímos la alarma. Me quedo quieto y escucho. Es tanto para motor como para escuadrón.

—Tengo que irme —digo, dejándola en el suelo y tirando de ella hacia la puerta—. Lo siento.

—No lo sientas. Ve —replica—. Te veré mañana por la noche.

Corro hacia la camioneta y me pongo mi equipo de protección, muy consciente de la erección que espero que disminuya rápidamente.

—Mañana —digo, mientras salto en la parte trasera del camión. Luego la veo observarme hasta que el camión se pierde de vista.

J.D. y Auggie me miran. Incluso Duck aparta los ojos de la carretera y me da una mirada.

—¿Qué? —espeto.

J.D. niega hacia mí.

—Quizás quieras limpiarte el lápiz labial del rostro antes de que llegemos a la llamada. Alguien podría confundirlo con sangre y dejarte por muerto.

—Mierda —digo, limpiándome la boca con la manga de mi abrigo mientras todos comparten una risa.

—Entonces, ¿qué hacen todo el día cuando no están combatiendo incendios? —pregunta Holly, mientras la camarera trae nuestra primera ronda de bebidas.

—Bueno, en primer lugar, combatir incendios es en realidad una parte muy pequeña del trabajo —explica Justin—. También nos ocupamos de muchas otras cosas.

—Sí, pero no acuden a llamadas *todo* el tiempo, ¿verdad? —inquire ella.

—No —contesta—. Pero todavía hay mucho por hacer. Revisamos el equipo en los camiones, limpiamos, probamos mangueras contra incendios, inspeccionamos edificios. Y hacemos mucho ejercicio.

Holly pone su mano sobre el bíceps de Justin.

—Sí, puedo notarlo.

Ivy mira a su hermana mayor con los ojos en blanco.

—Entonces, ¿cuál es la diferencia entre los dos camiones en los que trabajan? —pregunta.

—El escuadrón y el motor responden a muchas de las llamadas, y ambos combatimos incendios, pero el escuadrón está equipado para realizar extracciones, aprisionamientos y entradas forzadas. Tienen que pasar por una formación más especializada que las compañías de motores. Y nuestro teniente, Brett Cash, incluso tiene formación en materiales peligrosos.

—Impresionante —comenta Holly.

—Brett ha pasado prácticamente por todo el entrenamiento disponible para los bomberos. Perdió a su

madre en el once de septiembre y prometió ayudar a la mayor cantidad de personas posible.

—Oh, Dios mío. Eso es horrible —dice Ivy.

—No es inusual tener al menos una persona en cada casa que perdió a alguien ese día —comento.

La camarera trae nuestra cena y comemos mientras Holly continúa haciendo preguntas sobre lo que hacemos, pestañeando hacia Justin todo el tiempo. Me pregunto si debería decirle que no necesita intentar impresionarlo. Tiene tetas y un buen culo, los dos únicos requisitos en su libro.

Durante toda la cena, Ivy y yo nos provocamos bajo la mesa. Lleva un vestido que compró en Hawái. Debería saberlo, ya se lo quité una vez antes. Planeo hacerlo de nuevo en aproximadamente una hora. Menos, si comemos más rápido.

Paso mi mano por su muslo, sintiendo su estremecimiento a través de la fina tela. Cuando casi llego al área de sus bragas, se aclara la garganta y se remueve en su silla. Luego agarra la mesa, casi cayéndose sobre nuestras bebidas.

—¿Estás bien, Ivy? —cuestiona Holly.

—¿Hmmm? Oh... uh, estoy bien. —Se muerde el labio mientras le doy un apretón en la pierna.

Luego toma mi mano y la vuelve a poner en mi pierna, pero no aparta su mano. Y descubro que es tan buena dando como recibiendo. Sus dedos rozan ligeramente la bragueta de mi pantalón mientras intento mantener una conversación con Justin. Pero hablar con un compañero de trabajo no es exactamente lo que quiero hacer con el problema creciente en mi regazo.

Dirijo mi atención a Ivy, poniendo su cabello detrás de su oreja mientras me inclino más cerca.

—No puedo esperar para tenerte a solas.

—Estaba pensando lo mismo —dice.

—Quédate conmigo esta noche, Ivy Greene —susurro—. He extrañado despertarme a tu lado.

Me da una media sonrisa y luego mira para ver si Holly y Justin están escuchando. No lo hacen. Parecen perfectamente felices comiéndose con los ojos sobre sus copas de vino.

—Vuelvo a trabajar mañana por primera vez en mucho tiempo. Todo finalmente está cayendo en su lugar. Estoy empezando a sentirme, no sé... normal de nuevo. Te tengo que agradecer por eso. Así que iré a tu casa. Por supuesto que lo haré. Pero me iré a casa a medianoche. Espero que eso no te moleste.

Paso mi dedo por la piel desnuda de su espalda.

—No me molesta. No podría estar más feliz de que hayas vuelto a la normalidad. —Miro la hora en mi teléfono—. Aún no son las nueve. Eso significa que tenemos tres horas antes de que te conviertas en calabaza. Podemos hacer mucho en tres horas.

Su rostro se ilumina y se retuerce en su asiento.

—Justin y yo estábamos pensando en ir a un club — comenta Holly—. Iba a invitarlos, pero con todo el follarse con los ojos que está pasando por allí, ¿supongo que pasarán?

—¿Tienes que ser tan grosera, Hol? —dice Ivy.

—Bueno, ¿cómo lo llamarías cuando no pueden mantener sus manos fuera del otro? Quiero decir, basándome en la expresión de tu rostro hace un minuto, no me sorprendería que actuaras en plan cincuenta sombras y te quitaras las bragas aquí mismo en la mesa.

—¡Holly!

Los tres nos reímos mientras Ivy se sonroja.

—Creo que pasaremos del club —digo—. Ivy y yo tenemos otros planes.

Pagamos la cuenta y nos despedimos de Holly y Justin. Llamo a un taxi y abro la puerta para dejar entrar a Ivy. Me desplazo hacia ella. Luego me inclino.

—Eres mía durante las próximas tres horas.

—¿Solo durante las próximas tres horas? —pregunta.

La tomo de la mano.

—No. Durante las próximas tres horas y setenta años si tengo algo que decir al respecto.

La sonrisa que ilumina su rostro me deja saber mucho más que cualquier palabra. Me permite saber cuánto ha sanado. Y por primera vez desde que conocí a Ivy Greene hace cuatro semanas y dos días, respiro con facilidad.

24

Ivy

Me miro en el espejo, pensando que me veo un poco verde. No estoy segura de por qué me desperté sintiéndome tan mal. Anoche fue increíble. Fue incluso mejor que Hawái. Fue mejor porque creo que ambos sabíamos que anoche era solo el comienzo. Tal vez la razón por la que me veo pálida como un fantasma es porque hoy será mi primer día de regreso al trabajo.

Sé que Dahlia estará en todas partes. En la mesa de la esquina que había preparado con manualidades. En el mostrador, cautivando clientes. En la parte de atrás, ordenando arreglos florales con la tía Holly y conmigo.

Regreso a mi habitación y me siento en mi cama, colocando la manta de Dahlia en mi regazo. Hojeo el álbum de recortes de sus dibujos. *¿Siempre dibujó tantas margaritas?* Ni siquiera recuerdo algunos de ellos. Por otra parte, eran sus favoritas, así que tal vez solo lo estaba bloqueando, la forma de mi subconsciente de protegerme.

Pienso en cómo en Hawái las margaritas parecían estar en todas partes. Trazo el contorno de una de sus creaciones, recordándola.

Alzo la mirada y estudio mi foto favorita de ella sobre mi cama. En la que está muy arreglada y sonriendo para la cámara. Recuerdo ese día como si fuera ayer. Era el día de San Valentín y Eli llevó a Dahlia a una *cita*. Salimos y encontramos un bonito vestido rojo para ella. Le peiné el cabello con las elegantes trenzas que siempre le gustaron. Eli le trajo flores y la llevó a cenar. Fue uno de sus días buenos. No tenía ni cinco años y todavía no nos habíamos enterado de que su trasplante estaba fallando.

Pienso en lo buen padre que fue Eli. Realmente sabía cómo hacer reír a Dahlia. Si bien yo era la que vivía con ella, la que gestionaba todas sus citas y estancias en el hospital, él era el padre perfecto a tiempo parcial, la persona que siempre la hacía sonreír incluso cuando no había nada por lo que sonreír.

Me aseguro de recordar llamarlo más tarde. No hemos hablado en una semana.

—¿Lista? —pregunta Holly, asomando la cabeza por mi puerta.

—Casi.

Doblo la manta y la pongo sobre mi almohada. No estoy segura de por qué la pongo allí en lugar de a los pies de mi cama. Supongo que me gusta la idea de que esté cerca de mí. Paso mi mano sobre el material suave.

—Te quiero, pequeña, pero, por favor, no vengas a trabajar conmigo hoy. No estoy segura de poder manejarlo.

—¿Con quién estás hablando? —inquire Holly desde el pasillo.

—Con nadie —respondo, agarrando mi bolso.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Sigues hablando con ella, ¿no?

Me encojo de hombros.

—¿Responde? —cuestiona con cautela.

—No estoy loca, ¿sabes?

—Nunca dije que lo estuvieras. Solo me lo preguntaba.

—A veces me habla en sueños —admito.

—A mí también.

—¿En serio?

Asiente.

—Es quien me dijo que me deshiciera de tu apartamento y hacer que te mudaras conmigo.

—No es realmente ella, Hol. Lo sabes, ¿no? Nuestros sueños son solo nuestro subconsciente hablando.

—Cree lo que quieras, hermanita. Pero te lo digo, mi sobrina y yo hemos tenido algunas conversaciones bastante interesantes.

Le pongo los ojos en blanco.

—¿Qué? Es verdad. Y el abuelo Joe también aparece. A veces nos divertimos.

Me rio de ella mientras tomo un panecillo de la mesa.

—Vamos. No quiero llegar tarde a mi primer día de regreso.

Veinte minutos después, me paro en la acera mientras Holly abre la verja que cubre el escaparate. La miro empujarla a los lados y luego abrir la puerta principal. No he estado aquí en meses. Intenté volver al trabajo en febrero y luego otra vez en abril, pero en ambas ocasiones tuve ataques de ansiedad y tuve que irme.

Lo primero que noto cuando entro a la tienda es que la mesa de la esquina de Dahlia ya no está. No hubiera permitido que nadie la moviera antes, pero ahora, al igual que hizo con mi apartamento, Holly se ha encargado de cambiar las cosas. Camino hacia donde estaba. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando miro la pared. Tiene fotos de Dahlia mientras pintaba. Y hay fotografías enmarcadas de sus obras de arte, similares a las que Holly encuadernó en el álbum de recortes.

Me doy la vuelta para ver a Holly mirándome.

—Gracias —digo.

Extiendo la mano y toco el rostro de Dahlia.

—Mami va a estar bien.

El timbre de la puerta trasera suena con nuestra entrega matutina y Holly se apresura a ir. Me ocupo en revisar qué flores en el suelo todavía están lo bastante bien para vender y cuáles no. Camino por la tienda con mi cubo de plástico, arrojando las viejas, sabiendo que se les dará un buen uso. Tenemos una señora más abajo en la calle que compra nuestras

flores más viejas, usando los pétalos para hacer jabón, bombas de baño y perfume.

Voy a la parte de atrás y veo a Holly terminando con el repartidor. Empiezo a desenvolver todo cuando noto algo.

—Holly, ¿desde cuándo pedimos tantas margaritas?

Se encoge de hombros.

—No estoy segura. Hace un mes más o menos. Hemos empezado a tener gran demanda de ellas por alguna razón.

Mis labios se curvan en una sonrisa. No puedo evitar recordar a mi hija y su amor por las margaritas. “*Las margaritas van a hacer todo mejor*”, casi puedo oír su dulce voz.

Entonces me llevo la mano a la boca y tengo náuseas. Rápidamente tomo una botella de agua de nuestro refrigerador y la bebo para tragar el ácido en mi garganta. Luego sostengo la botella contra mi frente.

—¿Estás bien? —inquire Holly, apoyando una mano en mi brazo.

—Sí. Solo lidiando con recuerdos, supongo.

Me ocupo cortando tallos y arreglando flores.

—¿Qué dijo Janie cuando le dijiste que iba a regresar?

—Estuvo feliz por ti. Ahora está trabajando en la tienda de Manhattan.

Le doy una mirada acusadora.

—Quieres decir que está esperando tu llamada después de que enloquezca y me vaya.

—No es así, Ivy. Está ayudando a mamá y papá. Están tratando de reducir sus horas. No se están volviendo más jóvenes, ya sabes.

—Lo que sea.

Es mentira. Mis padres aún no han cumplido los sesenta. Les encanta trabajar. Todos están esperando a que falle.

A las nueve en punto, cuando abre la tienda, ayudo a los primeros clientes, feliz de regresar a la rutina. Veo a Holly sonriendo. Asiente hacia mí. Luego la veo sacar su teléfono y teclear. Apuesto a que está enviando un informe sobre mi progreso a mamá, papá, Alder y Christina.

—Diles que todo está bien —grito desde el otro lado de la habitación.

Se ríe y levanta el pulgar.

A la hora del almuerzo, se siente como si nunca me hubiera ido. Incluso me las arreglé para no derrumbarme cuando una clienta habitual expresó su simpatía por la muerte de Dahlia.

No puedo esperar para contarle a Bass sobre mi día. Va a estar muy orgulloso de mí.

—¿Estás bien aquí mientras voy por algo de comer? —cuestiona Holly.

—Por supuesto.

—¿Alguna petición?

—Lo que sea me parece bien.

—De acuerdo. Vuelvo en quince.

Mientras no está, ayudo a algunos clientes y luego empiezo con un nuevo arreglo floral. Es una mezcla de dalias, margaritas y velo de novia. Para cuando termine, sé que no lo venderé. Lo dejo a un lado para llevarlo a casa más tarde. Tengo el lugar perfecto en nuestro apartamento.

Holly entra por la puerta con nuestro almuerzo. Cuando lo lleva al cuarto de atrás, el olor fuerte a barbacoa asalta mi nariz, haciendo que mi estómago se revuelva. Corro junto a ella y entro al baño, justo a tiempo para vomitar en el inodoro.

Holly viene detrás de mí, sujetándome el cabello hasta que termino. Luego me pasa una toalla de papel mojada y me frota la espalda mientras me limpio.

—Lo siento —dice—. Sé lo difícil que debe ser esto para ti.

Niego.

—No es eso. Estoy bien, Hol. Hoy ha ido mucho mejor de lo que imaginaba. Quiero decir, sentí un poco de náuseas esta mañana, pero era de esperar. —Miro la bolsa de comida para llevar y asiento—. Fue el olor de la comida. Fue la sensación más extraña. Cuando lo oí, supe que iba a vomitar.

Holly cierra la tapa del inodoro y se sienta en él.

—Mierda, Ivy, ¿de verdad? No crees que estás embarazada, ¿verdad?

—¿Embarazada? —Una risa maníaca escapa de mí—. ¿Estás loca? Estoy tomando la píldora, Hol.

Levanta una ceja acusadora.

—Ambas sabemos que apestas tomándola, Ivy.

—Pero Bass y yo también usamos condones —replico.

Excepto por aquella vez en el acantilado, me dice mi subconsciente.

—Piensa en ello —dice—. Lo mismo te pasó las dos últimas veces. La primera vez, no podías soportar el olor a tocino. Mamá no pudo hacerlo durante meses. ¿Y qué fue con Dahlia?

Cierro los ojos mientras mi corazón se hunde.

—Pescado —respondo—. No podía soportar el olor a pescado. —La miro—. Oh, Dios mío, Holly.

Mi garganta se obstruye. *No puede ser.*

—Espera aquí —pide—. Regresaré en dos minutos.

La oigo salir por la puerta principal y cerrarla. Entonces, un minuto después, la escucho abrirla y luego bloquearla de nuevo desde el interior. Vuelve corriendo al baño y me entrega una bolsa del pequeño supermercado de al lado.

—Compré tres pruebas —dice, saliendo por la puerta y cerrándola detrás de ella.

Me quedo mirando las pruebas de embarazo, sin querer hacérmelas, pero sabiendo que debería. Pienso en los últimos

días, en que me he sentido mal, pero acabo de regresar de Hawái y mi cuerpo todavía se está acostumbrando a la diferencia horaria. Intento recordar la última vez que tuve mi periodo, pero incluso con la píldora, no estoy segura de haber tenido uno normal desde que murió Dahlia, así que es difícil saberlo.

Luego levanto la mano y agarro mis pechos, pensando que se han vuelto más pesados últimamente. Pero supongo que creí que fue por toda la comida que consumí en Hawái.

No. No estoy embarazada. De ninguna manera.

Para cuando orino en los tres palos, me he convencido de que Holly y yo estamos locas por siquiera pensarlo. Abro la puerta y le entrego los palos.

—De ninguna manera estoy embarazada —digo, dando miradas sucias a la comida para llevar en el mostrador mientras cruzo la habitación por una botella de agua.

Luego la observo mientras mira el reloj de la pared durante dos minutos más.

Mira las pruebas y luego a mí.

—Entonces será mejor que hagamos más pruebas, porque todas están defectuosas.

Camino tranquilamente hacia ella, pensando que se está burlando de mí. Pero cuando miro las pruebas y veo lo que ella ve, dejo caer mi agua y corro al baño para vomitar una vez más.

Me siento en el suelo del baño, queriendo encogerme y hacer que todo desaparezca.

—No me sorprende —dice Holly—. Con todo el sexo que tuvieron en Hawái. Según tú, follaron como conejos.

Las lágrimas nublan mi visión y cierro los ojos, provocando que gotas cálidas caigan por mis mejillas.

—N-no puedo, Hol.

Se sienta en el suelo a mi lado y me agarra la mano.

—Esto no será como los otros, Ivy. Quizás esto sea una bendición.

La miro, deseando desesperadamente creer que eso es verdad.

—Estoy aterrorizada.

—Va a estar bien —replica—. Ya verás.

—¿Qué le voy a decir a Bass? Solo hemos estado juntos unas pocas semanas.

—Te ama, Ivy. Todos pueden ver eso. Le parecerá bien. Te lo prometo.

Cierro los ojos con fuerza y niego.

—No puedo decírselo. No hasta que esté segura. Tengo que estar segura, Hol.

Se pone de pie y me tiende la mano.

—Bien entonces. Vamos, averigüémoslo con seguridad.

—¿Qué quieres decir? Sabes que se necesitan semanas para conseguir cita con nuestro ginecólogo.

—No vamos a ir allí, vamos a emergencias.

—Esto no es exactamente una emergencia —replico.

—Mírate —dice, mirando mi rostro manchado con rímel—. Eres un desastre. Estás temblando incontrolablemente. Yo diría que es una emergencia. Vamos a ir.

Me limpia el rostro con una toalla de papel húmeda y luego agarra nuestros bolsos de camino a la puerta. Coloca el cartel de cerrado en la ventana y cierra con llave. Luego caminamos cuatro cuadras hasta el hospital más cercano.

Es la caminata más larga de mi vida.

Me quedo mirando la pequeña mancha en la pantalla de ultrasonido, sin saber si quiero reír, llorar o gritar.

Holly me aprieta la mano.

—Está bien, Ivy. Todo estará bien.

Entonces me doy cuenta de que estoy sintiendo algo que no esperaba. Creo que me siento... feliz.

—Puedo hacer esto —digo, ya enamorada de la pequeña vida que crece dentro de mí—. Incluso si él no quiere hacerlo conmigo, puedo hacer esto. Quizás esto estaba destinado a suceder.

Me sonrío.

—Creo que absolutamente lo estaba.

No puedo dejar de mirar la pantalla y el pequeño latido. Pero luego veo algo que me hace sentir mal de nuevo. Veo la fecha de nacimiento de Dahlia en la esquina de la pantalla.

—¿Qué es eso? —pregunto a la técnica, señalándolo.

—Ese es el EDC —dice—. El día que te quedaste embarazada.

—¿Qué? —Intento sentarme, pero todavía tiene la varita de ultrasonido metida en mi vagina—. No. Sácala —digo, sintiendo la bilis subir por mi garganta—. ¡Ahora!

Retira la varita justo a tiempo para que salga por el lado de la cama del hospital.

La técnico sale corriendo de la habitación, presumiblemente para buscar a alguien que limpie el desastre que he hecho.

—¿Qué pasa? —cuestiona Holly al ver el terror en mi rostro.

—La fecha —digo, limpiándome la boca con la manga—. El cumpleaños de Dahlia. Fue semanas antes de que conociera a Bass. Y Eli y yo... Estábamos tristes. Simplemente sucedió. Y no usamos... Oh, Dios mío.

—Oh, Ivy —dice, su rostro cae con entendimiento—. ¿Te acostaste con él?

Mi hermana me mira fijamente, sabiendo que mi mundo acaba de derrumbarse por tercera vez.

—¿Cómo pudo Dios ser tan cruel? —digo, llevándome una mano temblorosa a la boca para cubrir mis sollozos.

—No hay garantías de que vuelva a suceder —replica—. Lo más probable es que el bebé sea simplemente un portador.

Alguien viene a limpiar el desorden.

—¿Está bien? —pregunta la técnico de ultrasonido, asomándose por la cortina.

—Lo estará —dice Holly—. Puede que esto no haya resultado como ella quería, pero estará bien. *Ambos* lo estarán.

Horas más tarde, estoy en casa en mi habitación, hojeando el álbum de recortes de Dahlia, sabiendo que no soy lo suficientemente fuerte para revisarlo todo de nuevo. Mi primer pensamiento después de ver la fecha en la pantalla fue ingresar en el hospital para poder tener un aborto. Pero mi segundo pensamiento, el que me impidió hacerlo en ese momento, fue mi preciosa hija. ¿Habría renunciado a mis cinco años y medio con ella si hubiera sabido lo que pasaría? Y tal vez abortar sería egoísta. Tengo que preguntarme si lo haría por mí o por el bebé.

Miro mi teléfono con la foto de Bass y yo en la playa como fondo de pantalla. ¿Por qué no podría haber sido él?

Sé que necesito hacer la llamada. Necesito decir las palabras. Terminar con esto. Pero sé que lo destrozará tanto como a mí. ¿Podemos siquiera pasar por esto?

Marco el número.

—¿Hola?

Rompo en sollozos. Apenas puedo respirar.

—Ivy, ¿eres tú? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? Dime.

—Yo... estoy e-embarazada, Eli.

Sebastian

No es propio de Ivy ignorar mis mensajes y llamadas. Desde hace dos días, he estado esperando a que me llame. Le estaba dando un poco de espacio porque sé lo difícil que debe ser para ella estar de vuelta en este entorno y tener todos los recuerdos que debe tener.

¿Pero dos días?

Abro la puerta principal de *The Greene Thumb* y miro a mi alrededor. No hay nadie detrás del mostrador, pero oigo a alguien en la parte de atrás.

—¡Ya voy! —grita alguien después de oír las campanas de la puerta.

No es la voz de Ivy. Un segundo después, Holly gira la esquina. Cuando me ve, su mirada dice mil palabras. Es la misma mirada que Aspen me dio cuando le dije que la amaba. Es la misma mirada que el padre de Brooke me dio justo antes de decir que no iba a haber boda.

—¿Qué pasa, Holly? —cuestiono.

—Creo que tienes que preguntarle a Ivy.

—¿No crees que lo he estado intentando? —replico—. He estado enviándole mensajes y llamándola durante días. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no está en el trabajo hoy? Tuvimos una gran noche la otra noche y luego completo silencio.

—Bass, realmente necesitas hablar con ella. No me corresponde a mí decirlo.

—¿Cómo puedo hablar con ella si no responde mis llamadas? —Niego—. Ni siquiera sé dónde vive porque la dirección que me dio cuando estuvimos en Hawái ya no es válida desde que se mudó contigo.

Holly toma un papel del mostrador y garabatea algo en él. Me lo da.

—Aquí está nuestra dirección. Debería estar allí ahora. El código de abajo es para la puerta principal del edificio.

—¿Está deprimida?

—Bass —dice, pareciendo irritada.

—Holly, la amo.

—Sé que la amas. Pero tienes que entender que una persona no puede soportar mucha pérdida. Cuando la veas, recuerda eso, por favor.

—¿Pérdida? ¿Qué pérdida?

—Solo ve a verla. —Me da la vuelta y me empuja hacia la puerta.

Mi mente está girando, preguntándose qué podría estar pasando. ¿Perdió a alguien? Obviamente no un miembro de la familia o Holly habría quedado devastada también. Mi caminata se convierte en un trote y luego me encuentro prácticamente corriendo hacia la dirección que Holly me escribió.

Tengo que introducir el código tres veces antes de que la puerta se abra porque cada vez que lo hago me equivoco. No me molesto con el ascensor. Subo corriendo los tres tramos de escaleras hasta el cuarto piso. Luego me paro ante su puerta, recuperando el aliento antes de tocar.

Cuando responde, mi corazón se hunde. Sus ojos están enrojecidos y no lleva nada más que una camiseta bajo una bata que aprieta a su alrededor cuando me ve.

—Cariño, ¿estás bien?

Doy un paso adelante, queriendo tomarla en mis brazos, pero da un paso atrás.

—¿Qué pasa, Ivy?

Mira por encima del hombro y luego me devuelve la mirada, haciendo lo posible por evitar el contacto visual directo.

—No quiero hacerte daño, Bass.

—Entonces no lo hagas.

—A veces no es una elección —dice, cambiando su peso nerviosamente de un pie a otro.

Luego un tipo camina por el pasillo y va hacia la cocina. Me mira, pero no se acerca a la puerta.

—¿Quién diablos es ese? —pregunto, mi presión sanguínea elevándose cuando miro su ropa reveladora una vez más.

—Es Eli —contesta, con un suspiro bajo y largo.

Miro entre los dos, sintiendo náuseas.

—¿Por qué pareces tan culpable, Ivy? ¿Y por qué no estás vestida? ¿Te estás acostando con él?

Ivy se estremece antes de que note un temblor en su barbilla.

Eli me oye levantar la voz y se dirige hacia la puerta.

—No. —Baja la mirada hacia sus manos nerviosas y luego me vuelve a mirar—. Quiero decir, no últimamente. Uh... esto es muy difícil, Bass.

—¿Qué es difícil? ¿Me estás dejando? ¿Es por eso que Holly me envió aquí, para que pudiera ver por mí mismo cómo puedes dejar de lado todo lo que compartimos en Hawái?

—No es así, hombre —dice Eli.

—Eli, para —pide Ivy con voz ahogada por la emoción—. Puedo encargarme de esto. ¿Puedes esperar en la otra habitación, por favor?

—No si se va a quedar aquí y te va a gritar. —Se vuelve hacia mí—. Ella ya ha pasado por mucho sin que tú añadas a la mezcla.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Eli, por favor —ruega.

Él levanta las manos.

—Bien. Pero sin gritar o saldré de nuevo.

Lo miramos caminar por el pasillo.

—¿Va a tu dormitorio? —inquiero con los dientes apretados.

Le cuesta mucho mirarme. Sus ojos están pegados a la puerta con una mirada vacía.

—Bass, nunca quise hacerte daño.

—Te amo, Ivy. Quería pasar mi vida contigo.

Más lágrimas salen de sus ojos.

—Lo sé. Pensé que también quería eso. Pero las cosas cambian. Lo siento mucho.

—Las cosas no tienen que cambiar. No si lo echas a *él* en vez de a mí.

Mira al techo y se frota la nuca.

—Eli y yo, hemos pasado por muchas cosas juntos. Nadie más puede entenderlo. Ni siquiera tú.

—Mírate, Ivy. Está claro que estás disgustada. No estás pensando con claridad. ¿Te está obligando a hacer esto? ¿Tiene algún tipo de control sobre ti?

Niega.

—Esta es mi decisión. Yo la he tomado. Pero eso no significa que no pueda sentirme mal. Todo lo que tú y yo compartimos. Era real. Me ayudaste de muchas maneras. Pero Eli es el único que puede ayudarme ahora. Lo siento. Por favor, tengo que pedirte que te vayas.

—¿Quieres que salga por esta maldita puerta y no mire atrás como si las últimas cuatro semanas de mi vida nunca hubieran pasado?

—Sí —dice, con los ojos cerrados.

Golpeo la pared.

—No me voy a ir.

Eli aparece desde la parte de atrás.

—Díselo, Ivy. Merece saberlo.

—Eli, no.

—¿Qué merezco saber, Ivy?

Niega mientras su cuerpo se agita con sollozos.

—Díselo —insiste.

—Y-yo sigo enamorada de Eli —dice ella—. Intenté superarlo. Lo intenté con todas mis fuerzas. Y Hawái fue genial. Pero Eli es el único con el que necesito estar.

—Ivy —dice Eli, mirándola fijamente como si fuera a regañarla.

—Eli, esto es entre Bass y yo.

—¿Todavía lo amabas? —pregunto, dando un paso adelante con enojo—. ¿Cuándo nos acostábamos juntos?

Eli pone una mano en mi pecho, empujándome lejos de ella. Soy mucho más grande que él, pero es obvio que la ama y haría cualquier cosa para protegerla. Al igual que yo.

—No es diferente a que usaras a Brooke para tratar de superar a Aspen —dice—. Tampoco funcionó para ti, ¿verdad?

—Pero dijiste que me amabas, Ivy. Hicimos planes.

Sus manos suben para cubrir su boca. Sus ojos se cierran momentáneamente. Le duele. Esto la está destrozando. Realmente parece estar dividida entre dos hombres que ama. Y yo soy claramente el perdedor.

—Los planes cambian —dice—. Intenté amarte. Quería hacerlo. Pero no puedo. Por favor, no hagas esto más difícil de lo que ya es.

Eli parece enfadado. Pero de alguna manera extraña, parece enfadado con Ivy y no conmigo. No me mira como la competencia, como lo estoy mirando a él. Me mira como si sintiera lástima por mí.

—¿Así que eso es todo? —cuestiono.

—Lo siento —dice.

Me extiende la mano como si quisiera tocarme, pero la retira. Quiero abrazarla y hacerla cambiar de opinión. Pero, ¿cómo pueden unas semanas competir con lo que han compartido juntos? Novios de la secundaria. Niños. Pérdida extrema.

Me echo atrás y cruzo el umbral hacia el pasillo.

—Yo también lo siento, Ivy. Nunca sabrás cuánto.

—Adiós, Sebastian. —Cierra la puerta y oigo su cuerpo golpear contra ella mientras grita en agonía. Quiero volver a entrar y consolarla. Pero no lo hago. Porque ese ya no es mi trabajo. Es el *suyo*.

Tomo el ascensor hasta la planta baja, estudiándome en las puertas de cromo reflectante, preguntándome por qué siempre elijo mujeres incapaces de tener relaciones.

—¡Mierda! —grito a nadie. Golpeo la puerta, abollándola y distorsionando mi rostro.

Cuando las puertas se abren, salgo. Y luego corro. Corro más rápido y más lejos de lo que nunca antes había corrido. Y cuando finalmente llego a casa, me derrumbo por el cansancio. Pero eso no me impide soñar con ella y con la vida que nunca tendremos.

26

Ivy

Hace semanas que no veo a Bass. Semanas de lanzarme al trabajo para tratar de olvidar que el niño que crece dentro de mí hará que lo ame antes de que tenga que pasar por otro aborto, nacimiento de un feto muerto, o peor aún, vincularme durante años y luego perder otro amor de mi vida.

A él. Pensar en el bebé como un niño es la única forma en que puedo pasar por esto. Porque por mucho que me haya dolido perder a Jonah, perder a Dahlia fue un millón de veces peor.

Hablamos de eso, Eli y yo. Hablamos de terminar el embarazo. Pero al final, ninguno de los dos pudo decir que realmente queríamos hacerlo. Sería como decir que deseábamos no haber tenido nunca a Dahlia.

Los doctores nos dijeron que las posibilidades de que tuviéramos otro bebé con ERPAR son pequeñas. Pero sé que no es así. Sé que este bebé tiene las mismas posibilidades de tenerlo que los otros dos. Cuando Dahlia nació, dijeron que era inusual que una pareja tuviera dos niños con la enfermedad ya que las posibilidades son solo del veinticinco por ciento con cada uno. Eso es un veinticinco por ciento demasiado alto cuando tenemos un pleno.

También dijeron que no hay forma de determinar si el bebé lo tiene en el útero, no a menos que haya evidencia clara y visible de riñones agrandados o quistes. E incluso si ninguno de ellos aparece en un ultrasonido, no significa que el bebé esté fuera de peligro.

Me hice varias ecografías con Dahlia, sobre todo porque tenía miedo de perder otro bebé, y ninguna de ellas mostraba ningún indicio de la enfermedad. Pero quizás eso es porque no sabían que la estaban buscando.

Me siento en una silla en la oficina de la tienda y abro un paquete que fue entregado esta mañana. Puse las pilas dentro del aparato y luego intenté usarlo. Entonces empiezo a entrar en pánico.

—¿Qué estás haciendo? —inquire Holly, girando la esquina.

—Estoy tratando de escuchar los latidos del corazón — respondo, moviendo la varita alrededor de mi bajo y todavía plano estómago.

—¿En serio?

Me encojo de hombros.

—Me dará paz mental.

—Excepto que ahora mismo pareces aterrorizada —dice.

—Eso es porque no puedo encontrarlo. Tal vez puedas ayudarme.

Holly me deja hacerle una demostración de cómo funciona. Luego me recuesto en la silla mientras mueve la varita por todo mi estómago.

—Debo estar haciéndolo mal —dice.

Las lágrimas llenan mis ojos.

—O tal vez no hay un latido de corazón.

—Ivy, no puedes torturarte de esta manera.

—Inténtalo de nuevo —pido.

Pasa unos minutos más en ello, pero luego las campanas de la puerta principal suenan.

—Vuelvo enseguida —dice.

Me bajo la camisa, guardo el Doppler fetal y tomo mi bolso.

—Volveré más tarde —digo, cuando me cruzo con Holly de camino a la puerta principal.

—¿A dónde vas?

—Necesito estar segura.

La oigo suspirar mientras salgo de la tienda. Hago el viaje de cuatro manzanas hasta la sala de emergencias. Sé que esto probablemente me costará al menos unos pocos cientos de dólares. Pero en este punto, no me importa.

—Creo que mi bebé está muerto —le digo a la enfermera de admisión.

—¿Está el bebé aquí? —pregunta, mirando detrás de mí.

—Estoy embarazada. Creo que el bebé murió.

Me mira con compasión y luego toma mi información y me pone una banda de hospital en la muñeca.

—Por aquí —dice alguien desde el otro lado de las puertas dobles que dan a la parte de atrás.

La enfermera me coloca detrás de una cortina y me toma la presión sanguínea y la temperatura. Luego me pregunta sobre el embarazo.

—Un médico vendrá en breve —dice.

Parece que el médico tarda una eternidad en aparecer, pero el reloj de la pared me dice que solo han pasado quince minutos cuando un tipo atractivo con una bata de laboratorio blanca camina alrededor de la cortina.

—Soy el doctor Stone —dice—. Estoy sustituyendo al doctor Rigdon hoy, pero no se preocupe, me manejo en esta sala de emergencias casi tan bien como mi propia sala de emergencias al otro lado del puente. He oído que está preocupada por un aborto. Pero dice en su historial que no ha tenido ningún sangrado. ¿Qué le hace pensar que está perdiendo al bebé?

—No puedo encontrar el latido del corazón —digo.

—¿La envió su obstetra aquí? —pregunta, confundido.

—No. Tengo una de esas cosas Doppler en casa y no puedo oír los latidos del corazón.

Asiente.

—Oh, ya veo. ¿Asumo que lo compró por internet?

—Sí.

—Pueden ser bastante fiables, pero solo después de unas catorce o dieciséis semanas. A las diez semanas, no está lo suficientemente avanzado para escucharlo sin ser un médico experto.

—¿En serio? Deberían decirlo cuando lo compras.

Saca de su bolsillo un aparato que se parece al que yo pedí, pero mucho más caro.

—Vamos a escuchar, ¿sí?

—Por favor.

Mueve la varita por mi montículo púbico y presiona mucho más fuerte de lo que yo estaba presionando en la tienda. Diez segundos después, mi corazón empieza a latir de nuevo cuando oímos el rápido zumbido a través del pequeño altavoz.

Mi cabeza cae contra la almohada, aliviada de escuchar el sonido.

—Suena perfecto —dice, quitando el dispositivo.

—Espere. ¿Puedo escucharlo solo un poco más?

Sonríe y lo pone de nuevo donde estaba, moviéndolo de nuevo hasta que encuentra el latido del corazón. Me tumbo y escucho, esperando que las cosas sean diferentes esta vez. Pero la persistente sensación dentro de mí me dice lo contrario.

—Gracias —digo, después de que el doctor Stone me deja escuchar por uno o dos minutos más.

—Por supuesto. Pero creo que debería esperar al menos cuatro semanas más antes de intentarlo usted misma. Solo causará un estrés excesivo si no lo hace. Necesita relajarse y disfrutar su embarazo. Su pequeño estará aquí antes de que se dé cuenta.

No le digo que no hay nada sobre lo relajarse o disfrutar. No le digo que desearía no haberme quedado embarazada. No le digo lo mucho que lamento haber recurrido a Eli para que me consuele en el cumpleaños de Dahlia. No le digo sobre las

dos vidas que ya he perdido y el hombre que tuve que alejar por lo jodido que está todo esto.

No le digo nada de eso. Porque obviamente piensa que soy otra madre primeriza paranoica.

—Gracias, doctor Stone. Ha sido muy amable.

—La enfermera vendrá a darle el alta en un minuto

Media hora después, vuelvo a la tienda. Holly me echa un vistazo por encima del paquete que está mirando.

—Supongo que todo está bien... —dice.

—Sí.

Sostiene el paquete del Doppler fetal.

—Eso es porque no te molestaste en leer las malditas instrucciones, ¿verdad? Dice que tal vez no puedas oír los latidos del corazón hasta las dieciséis semanas.

—Eso es lo que me dijo el doctor.

Me arroja la caja.

—Deja de hacer cosas para volverte loca —dice—. Esto ya es bastante difícil para ti sin que crees un drama.

—Lo sé. Solo pensé que ayudaría...

—¿Si te obsesionas con cosas que pueden o no suceder? —Me lleva al taburete del mostrador y me sienta en él—. Ivy, debes saber que nada de lo que hagas en este momento cambiará el resultado. Tu trabajo ahora es comer bien y dormir y tratar de no estresarte por cada pequeña cosa. Eso es lo que puedes hacer para darle a este bebé la mejor oportunidad.

Me inclino para abrazarla y, cuando lo hago, creo que veo algo por las ventanas de la tienda. Me echo hacia atrás.

—¿Qué pasa? —pregunta Holly.

—Podría jurar que acabo de ver a Bass.

Asiente.

—No lo dudaría. Pasa por aquí casi todos los días. A veces también lo veo trotando. Le he atrapado mirando por la

ventana más de una vez. Me gustaría que se lo dijeras. Sabes que debe estar sufriendo.

Niego.

—No. No se lo diré, y tú tampoco lo harás. Sé que todavía te estás acostando con Justin y si por casualidad te encuentras con Bass, no puedes decírselo. Bajo ninguna circunstancia. ¿Me oyes?

—Sí, hermanita, y no voy a delatarte, pero, ¿no crees que decirle que estás embarazada del bebé de Eli le daría al menos una explicación más amplia?

—Lo conozco, Holly. Si supiera que todavía lo amo y que me quedé embarazada por accidente antes de conocerlo, todavía querría estar conmigo. Sé que querría.

—¿Podrías decirme, por favor, qué diablos tiene eso de malo? Quiero decir, lo amas, Ivy. Y él te ama. Deberían estar juntos.

—No hay manera de que lo haga pasar por esto, Hol. Nadie sabe mejor que yo lo devastador que puede ser esto. No puedo arriesgarme a que se enamore del bebé, uno que ni siquiera es suyo, y que pase por algo parecido a lo que pasamos con Dahlia. O incluso con Jonah. Y Eli y yo hemos hecho esto antes. Nos apoyamos el uno al otro a través de ambos. Podemos hacerlo de nuevo.

—Pero no amas a Eli. De hecho, tiene una novia. Una con la que es muy feliz, según le he oído decir.

—Por supuesto que no lo amo.

—¿Y por qué crees que Eli no está dejando a su novia por esto?

Me encojo de hombros.

—Porque está pensando racionalmente, Ivy. Escucha a los médicos. Las posibilidades de que este bebé se enferme son bajas.

—El veinticinco por ciento no es bajo, Hol. Piénsalo. Si hubiera un veinticinco por ciento de probabilidades de que murieras cada vez que salieras por la puerta, ¿saldrías alguna

vez de tu casa? Si hubiera un veinticinco por ciento de probabilidades de que tu avión se estrellara cada vez que volaras, ¿reservarías un vuelo?

—Caray, bueno, cuando lo pones de esa manera.

—Sí, es una gran posibilidad. Y ha ocurrido dos veces.

—Pero, qué pasa si después, si el bebé está bien, ¿qué pasa entonces? ¿Regresarás arrastrándote a Bass y le dirás: “Lo siento, todavía te amo y secretamente espero que me hayas esperado estos últimos siete meses”?

—Por supuesto que no. Sé que va a seguir adelante.

Niega.

—Estás renunciando a la oportunidad de ser feliz. Y si alguien merece ser feliz, eres tú.

—No puedo hacérselo, Hol.

Pasa una mano comprensiva por mi brazo mientras me mira al rostro.

—Deberías ir a casa y descansar. Pareces cansada.

—Quieres decir que me veo como una mierda —digo con una sonrisa patética.

—Te ves hermosa, Ivy. Pero cansada.

—No he estado durmiendo muy bien —admito—. Ya no tomo pastillas para dormir porque no quiero que le hagan daño al bebé.

No lo digo que al no tomar pastillas para dormir, sueño. Todas las noches sueño con Dahlia. Cómo era. Cómo habría sido. Cómo murió. Revivo ese día una y otra vez en mis sueños. Su vida y su muerte están en un bucle constante que me atormenta mientras duermo. Lo único que ha cambiado desde que dejé los somníferos es que ahora sueño con margaritas. Cada vez que Dahlia se me acerca mientras duermo, tiene una margarita en el cabello, como la que yo llevaba en Hawái.

Oh, cómo extraño Hawái. Supongo que Dahlia también intenta mantener vivo ese recuerdo.

Holly agarra mi bolso y lo pone en mi hombro antes de empujarme hacia la puerta.

—Yo cierro. Ve a casa y descansa, cumpleañera, tendremos compañía más tarde.

El sonido de la risa me despierta. Me lleva un minuto recordar dónde estoy. La siesta que tomé fue más larga de lo que esperaba. Miro el reloj. Son más de las seis. Oigo los chillidos de un niño que viene de la sala de estar. Oh, claro, todos vienen a cenar.

Me reviso el cabello y el maquillaje y luego salgo para unirme a ellos.

—¡Feliz cumpleaños! —Christina me abraza en cuanto entro en la habitación—. Lo siento —susurra—. No pude encontrar una niñera para él.

Cierro los ojos por un minuto y pienso en lo que han sido los últimos dos años para ella, caminando sobre cáscaras de huevo a mi alrededor porque su hijo está sano.

—Christina, he sido tan egoísta —digo—. Por supuesto que Ricky debería estar aquí. He sido una cuñada y amiga horrible y una tía aun peor. Lo siento mucho.

—No has sido horrible, Ivy. Has sido humana. Es comprensible... todo eso.

—Voy a ser mejor, lo prometo. No importa lo que pase con... —Pongo una mano en mi estómago—. Voy a estar mejor.

Ricky se acerca y levanta las manos hacia Christina. Me inclino y trato de levantarlo, pero se inquieta y se aleja de mis manos.

—Está bien —dice Christina, sosteniéndolo contra su cadera—. Recuerdas a la tía Ivy, ¿verdad?

Ricky entierra el rostro en su cuello.

Ella se acerca para tocar mi brazo.

—Llevará tiempo. Gracias por intentarlo.

Asiento. Luego saludo al resto de mi familia.

Es extraño estar embarazada y no tener a nadie que lo reconozca. Es el tema tabú en la habitación. Es tan diferente a las otras veces. Cuando estaba embarazada de Jonah, todos estaban preocupados por cómo dos adolescentes todavía en la escuela secundaria podrían cuidar de un niño. Cuando estaba embarazada de Dahlia, después de que la gente superara la sorpresa de que lo habíamos planeado, todo el mundo dijo que sería una bendición tras la muerte de Jonah. Pero ahora, todos saben que este niño no es una bendición. Todo el mundo es consciente de los meses o años de tortura que tendremos que pasar si el bebé es como Jonah y Dahlia.

Todos saben que hay una posibilidad de que el bebé sea normal, o solo un portador. Pero no hablamos de ello. Porque, ¿y si no es verdad? ¿Y si todos me convencen de que este bebé estará bien? ¿Y si empiezo a entusiasmarme con la idea de criar a un niño que no esté atado a médicos, hospitales y máquinas de diálisis? ¿Y si me hago ilusiones y luego mi mundo se derrumba otra vez?

Todos saben que es mejor así.

Mi madre me rodea con su brazo.

—Vi lo que hiciste y estoy orgullosa de ti. Sé lo difícil que ha sido para ti verlos con Ricky.

—Lo ha sido, pero eso no significa que deba ser una mala persona. Yo era patética en ese entonces. No quiero ser así nunca más, mamá. Estoy cansada de jugar a ser la víctima. Estaba mejorando mucho. Era casi normal de nuevo, y entonces...

—Shhhh —me susurra al oído mientras me abraza—. Nadie cree que seas patética, querida. Dios trabaja de maneras misteriosas.

—Siempre dices eso. Pero, ¿de verdad lo crees? ¿Crees que Dios tiene un plan para mí, y ese plan incluía que dos de mis hijos murieran, y ahora esto?

—Lo creo, dulce Ivy. Lo creo.

Mi padre viene y me besa en la cabeza.

—Feliz cumpleaños, cariño.

—Gracias, papá.

Sobre su hombro, veo un enorme arreglo floral en la mesa. No es uno de los nuestros, lo sé. Me acerco y huelo las margaritas.

—¿De quién es esto?

Holly se encoge de hombros.

—No lo sé. Pero quien las haya enviado pasó por nuestra competencia. —Arruga su nariz con desaprobación.

—Tal vez fue Eli —dice Alder.

Pero todos sabemos que no es así. Eli habría usado una de nuestras tiendas.

Sé quién las envió. Estoy bastante segura de que todos lo saben también. Y esta habitación se está empezando a poner muy claustrofóbica con *dos* temas tabú en el interior.

Sebastian

El estadio estalla en vítores cuando Sawyer Mills roba una base. Es curioso que aunque Sawyer juegue para Kansas City ahora, Nueva York todavía lo ama.

Brett golpea su puño contra el mío.

—¡Genial!

El siguiente bateador de los Royals hace un strike out, terminando la entrada. Los Nighthawks anotan una carrera, ganando por tres después del final de la octava, así que mientras puedan mantener la ventaja, solidificarán la victoria sin tener que batear de nuevo.

—Vamos a reunirnos en casa de Sawyer después del partido si quieres venir a pasar un rato.

Brett niega.

—Gracias, pero estos días, unas horas fuera cuando no estoy de turno es todo lo que me puedo permitir.

—¿Es difícil ser un nuevo papá, teniente? —pregunto.

—Te dije que no me llamas así cuando no estamos de servicio —replica un poco irritado—. Llámame Brett, o si lo prefieres, Cash.

Le doy una palmadita en la espalda.

—Solo me burlo de ti.

—Para responder a tu pregunta, no es difícil. Me encanta ser padre. Y Leo ya tiene cuatro meses, así que ya no es exactamente nuevo. Pero creo que Amanda tiene depresión post-parto o algo así. Nunca quiere estar a solas con él, lo que significa que nunca está a solas *conmigo*. Trabaja todo el tiempo. Como *todo* el tiempo. No puedo decirte la última vez

que comimos juntos. Incluso ha hecho que la niñera viva con nosotros. Así que intento estar en casa tanto como puedo. Demonios, me siento como un padre soltero.

—Oye, lo siento. No quise presionarte para que vinieras al partido.

—No lo hiciste —dice—. Necesitaba esto. Gritar a todo pulmón era la forma de sacar toda esta frustración acumulada.

—¿Así que Amanda está segura de mantener su trabajo? Sé que hablaba de quedarse en casa con Leo antes de que naciera.

Pone los ojos en blanco.

—Sí, va a mantener su trabajo. De hecho, a veces creo que le gusta más el trabajo que Leo y yo. Y ha estado trabajando horas extras ahora que está tratando de pasar de asistente a vendedora.

—Sabes, Leo tiene casi la misma edad que los gemelos de Caden. Tal vez podrías juntarlos para... ¿cómo lo llaman, citas para jugar?

—¿Los bebés tienen citas para jugar? —cuestiona.

—Al diablo si lo sé.

Brady Taylor termina el juego eliminando a los últimos tres bateadores y el estadio cobra vida.

Brett y yo caminamos unas cuadras hasta donde puede tomar un taxi y luego me dirijo a la casa de Sawyer y Aspen.

Cuando llego, está oscuro. No estarán en casa por un tiempo. Pero tengo una llave, así que entro y saco una cerveza del paquete de doce que traje. Me paso a revisar las cosas de vez en cuando mientras están fuera. Sé que hablaron de venderla el año pasado, pero Sawyer parece creer que vienen lo suficiente para justificar el mantenimiento del lugar. Y no es que no puedan permitírselo.

Echo un vistazo a la sala de estar, viendo docenas de cajas de mudanza, preguntándome si finalmente han tomado la decisión de vender.

La puerta principal se abre y Aspen entra, seguida por su hermano. Aspen me ve y corre, arrojándose a mis brazos.

—Bass, estoy tan feliz de verte.

La abrazo con fuerza. Hace meses que no la veo. Hablamos mucho por teléfono, pero no es lo mismo que tenerla aquí.

—También estoy feliz de verte, Penny. —Miro por encima de su hombro—. Me alegro de verte, Denver.

Una vez que Aspen me suelta, le doy la mano.

—Felicitaciones, hombre. Me hizo muy feliz escuchar las buenas noticias.

—A mí también —dice—. Nunca he estado tan feliz de dejar el lugar que siempre he llamado hogar.

—Apuesto a que sí. Así que, ¿no les llevó mucho tiempo revertir tus cargos o lo que sea?

—No, se movió bastante rápido. Tuvieron su juicio el mes pasado y uno de los tipos entregó pruebas para que fueran más indulgentes con él. Limpió mi nombre con todos los correos electrónicos que presentó. Después de eso, fui exonerado y luego tomó unas semanas, pero mis antecedentes fueron borrados.

—Eso es fantástico —digo, dándole una palmadita en la espalda—. Oigan, ¿dónde están todos los demás?

—Los Hawks tuvieron que quedarse para una breve reunión —responde Aspen—. Sawyer iba a esperarlos en el estadio. Llegarán pronto. Murphy y Rylee también vendrán. No puedo esperar a verlos.

—¿Qué tal un trago? —pregunto—. Me detuve a comprar de camino. No sabía qué tendrían aquí.

—Los traeré —dice Denver—. Tengo que aprender a moverme por la cocina. Bien podría empezar ahora.

—¿Qué quieres decir? —cuestiono.

—¿No te lo dijo Aspen? Voy a mudarme a su casa en la ciudad.

—¿Lo harás?

—Tiene sentido —interviene Aspen—. No estamos mucho aquí, un mes fuera de temporada y luego una semana aquí y allá. Denver necesita un lugar para quedarse y necesitamos un cuidador ya que Sawyer se niega a vender.

—¿Te vas a mudar aquí permanentemente? —inquiero.

—Ya veremos. Estoy bien por un tiempo, ahora que el tribunal ha ordenado a esos cabrones que me devuelvan toda la restitución que tuve que pagar a los otros. Pero me gustaría intentar conseguir un trabajo aquí.

—Pero, ¿por qué dejar Kansas City? —pregunto—. Quiero decir, ahora que Aspen está allí.

Se ríe.

—Sí, es un poco irónico, ¿no? Pero no puedo quedarme allí. Aunque fui exonerado, la gente de allí me ha odiado durante tanto tiempo que no es como si de repente me recibieran con los brazos abiertos, ¿sabes?

—Así que ahora Sawyer puede ser intercambiado y jugar para los Nighthawks, ¿verdad? —le pregunto a Aspen.

—No es tan fácil —dice—. Además, aunque no estén todos ustedes, nos gusta mucho Kansas City. Tengo la escuela, mi trabajo voluntario y algunos viejos amigos. Y a Sawyer le gusta el cambio de ritmo. Supongo que no sabemos lo que nos deparará el futuro, pero, por ahora, estamos contentos con las cosas como están.

—Eso no me impedirá intentar convencerte de que vuelvas —digo.

Aspen me abraza de nuevo.

—No esperaría nada menos.

Levanto mi cerveza.

—Bienvenido a la ciudad —digo a Denver—. Tienes un amigo aquí siempre que lo necesites.

Le da un golpecito a mi vaso con el suyo.

—Gracias, lo aprecio. Tal vez podríamos ver algunos juegos juntos.

—Por supuesto. Así que, ¿qué tipo de trabajo quieres hacer aquí? ¿Estás pensando en la policía de Nueva York?

Denver parece disgustado.

—Diablos, no. No voy a ir por ese camino otra vez. He terminado de ser policía.

Asiento.

—Sí, supongo que ser jodido por tu superior te deja un mal sabor de boca. ¿No estás muy enojado?

Se pasa una mano sobre la mandíbula.

—Eso pensarías, ¿no? Y lo estuve. Estuve enojado la mayor parte de los dos años. Pero ahora, estoy tan malditamente feliz de ser libre para vivir mi vida. Y la restitución que tienen que pagarme ayuda a aliviar el dolor.

—Sé que te gustó el trabajo de personal de campo que Sawyer te consiguió con los Royals —digo—. ¿Estás considerando algo así aquí? Tal vez Caden o Brady puedan ponerte en contacto.

Niega.

—No lo creo. Tal vez regrese a la escuela hasta que lo resuelva.

Lo estudio por un minuto.

—¿Tienes algún otro antecedente criminal? —pregunto—. Quiero decir, ahora que han borrado el delito, ¿hay algo más? ¿Qué hay de tu cargo por conducir bajo los efectos del alcohol el año pasado?

—Esos cargos fueron retirados, ¿recuerdas? —replica Aspen.

—Conseguir que se retiraran esos cargos por conducir bajo los efectos del alcohol era una cuestión de a quién conocía —dice Denver—. El abogado de Sawyer me encontró el mejor abogado de KC. Contrató a un investigador privado que descubrió que los tipos del bar eran amigos de Kenny

Marron. Kenny fue el policía que me arrestó. También era el hijo de uno de los tipos que me jodió. Joe, el dueño del bar, escuchó toda la conversación unos días después cuando los chicos se reían de ello en el bar. Al parecer, los imbéciles llamaron a Kenny después de que yo fuera grosero con ellos. Me vieron tomar unos tragos y le dijeron a Kenny que me siguiera en su auto de policía porque, antes de irme, uno de ellos salió y me pinchó el neumático. Todo era un montaje, así que desestimaron el caso a pesar de que hice la prueba justo en el límite legal.

—¿Así que no hay nada en tu expediente? —cuestiono—. ¿Nada en absoluto?

—Así es. ¿Por qué lo preguntas?

Le echo un vistazo a Aspen.

—Tu hermana podría matarme por sugerir esto, pero, ¿y si te presentas al departamento de bomberos de Nueva York?

—¿Quieres que Denver se convierta en un bombero? —dice ella.

—Claro. ¿Por qué no? Era un oficial de policía, así que no se opone al servicio civil. Y míralo, está en mejor forma que yo.

Denver se ríe.

—Sí, bueno, sin amigos, nunca había nada que hacer después del trabajo más que ir al gimnasio. —Me mira con seriedad—. ¿Crees que me aceptarán?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, pero tienes tu tiempo de policía a favor... les gustaría eso. Y estás de suerte, solo ofrecen el examen una vez cada cuatro años, y pronto lo harán.

—¿En serio? —inquire, pareciendo más que un poco interesado.

—Sí. Pero no te hagas muchas ilusiones. La lista de espera es larga. La mayoría de los chicos esperan años para recibir la llamada. Te ponen en una lista basada en el resultado de tu examen, entrevista, verificación de antecedentes y

evaluación física. Luego esperas. Me llevó unos años que me llamaran. Me tomé ese tiempo para convertirme en paramédico. Dicen que el FDNY es el trabajo de servicio civil más difícil de conseguir. Pero una vez estás dentro, es una hermandad de por vida.

—Bueno, no tengo nada más que tiempo —dice Denver—. Supongo que vale la pena intentarlo.

Aspen nos mira mientras hablamos como si estuviera viendo un partido de tenis.

—No puede ser —dice.

—No puede ser, ¿qué? ¿Que Denver se una al FDNY?

—Den, ¿has olvidado que la primera vez que respondiste a un accidente de auto como policía, me llamaste con un ataque de pánico? —Pone su mano en la de él—. Me dijiste que te pusieron detrás de un escritorio por una semana porque te quedaste paralizado. Y luego dijiste que después de eso, te asegurarías de que te pusieran en servicio de tráfico cuando te llamaran a un accidente.

Denver se encoge de hombros.

—Eso fue hace casi dos años. Estoy seguro de que ahora estoy bien. De todos modos, ¿cuántos accidentes de auto puede haber en una ciudad donde apenas puedes conducir a más de cuarenta kilómetros por hora?

—Más de los que crees —respondo—. Los accidentes de tráfico constituyen un alto porcentaje de nuestras llamadas. Algunos pueden ser bastante horribles. Tal vez no sea una buena idea. Siento haber sacado el tema.

—Definitivamente no es una buena idea —dice Aspen.

Denver niega hacia su hermana.

—No crees que pueda hacerlo, ¿verdad?

—No. No lo creo, Den. Cambias el canal de la televisión cada vez que sale un accidente de auto en el programa que estás viendo.

—No lo hago —resopla.

—Sí lo haces —dice—. Y es comprensible. Lo que les pasó a mamá y papá fue horrible. No puedo imaginar que no pensaras en ellos cada vez que vieras un accidente. O que tuvieras que presenciar la muerte de alguien.

Parece que Denver va a discutir.

Junto mis manos.

—En fin, decidas lo que decidas, te ayudaré en lo que pueda. Necesito un nuevo proyecto ahora que he renunciado a las mujeres.

—¿Que has qué? —cuestiona Denver.

—No tengo el mejor historial con las damas —contesto.

Aspen me toca el brazo.

—¿No has sabido nada de ella?

Niego.

—Fue su cumpleaños la semana pasada. Cumplió veinticinco.

—¿Intentaste contactarla? —pregunta.

—No. Pero le envié flores. No envié una tarjeta, pero tenía que saber que eran de mi parte.

—Tal vez no lo hizo.

—Lo supo. Además, nadie más que ella conozca habría ido a la competencia. Y nadie le envía margaritas a una mujer por su cumpleaños. Rosas y esa otra mierda romántica, pero no margaritas.

—¿Por qué enviaste margaritas?

—Eran la flor favorita de su hija.

—¿En serio? —Aspen me mira pensativamente—. Bueno, tal vez no le gustó el recordatorio.

—No. No es eso. Estaba bien con las margaritas. Simplemente no quiere tener nada que ver conmigo. Le envié unos cuantos mensajes el mes pasado, pero nunca respondió. Las flores fueron un último esfuerzo desesperado.

—Lo siento —dice.

La puerta se abre. Sawyer la cruza seguido por Caden Kessler y Brady Taylor con sus esposas.

Nos saludamos y todos se acomodan con una bebida.

—Entonces, ¿cómo es jugar para los equipos contrarios? —pregunto a los chicos.

—No es tan malo —dice Caden—. Todos tenemos amigos en la liga que están en otros equipos.

—Sí, pero apesta que no podamos celebrar nuestra victoria juntos —añade Brady, chocando su vaso con el de Caden—. Bueno, apesta para Mills de todos modos.

Sawyer se ríe.

—Ustedes dos vayan y celebren. Veremos quién lo celebra en dos meses cuando lleguemos a los playoffs y ustedes, idiotas, vayan a casa y lloren en sus cervezas.

—Que empiece el juego, Mills —dice Caden.

—¡Oh, Dios mío, son adorables! —chilla Aspen—. Bass, Denver, tienen que ver estas fotos de sus gemelos.

Murphy le pasa su teléfono a Denver. Les hace unos halagos obligatorios antes de entregarme el teléfono. Pero lo único que veo al mirar a los dos bebés de la foto son los dos niños que Ivy perdió. Un niño. Una niña. Espero que Caden y Murphy sepan lo afortunados que son de tener dos niños sanos.

Me levanto y le devuelvo el teléfono a Murphy. Luego voy a la cocina, abro otra cerveza y me apoyo contra la encimera.

Aspen me sigue.

—¿Estás bien?

Asiento.

Mira a la multitud y luego a mí.

—Esas fotos te hicieron pensar en Ivy, ¿verdad? Y en los niños que perdió.

Vuelvo a asentir.

—La amas de verdad, ¿no?

Tomo un trago de mi cerveza.

—Pensarías que ya lo habría superado. Demonios, he estado separado de ella más tiempo del que estuvimos juntos. ¿Por qué tengo el hábito de enamorarme de la mujer equivocada?

Se frota la frente, mirándome con simpatía. Sabe que fue una de esas mujeres equivocadas.

—Lo siento —digo—. No quise decir nada con eso.

—No puedes evitar de quién te enamoras, Bass. Las cosas mejorarán. Y entonces un día, cuando menos lo esperes, todo tu mundo cambiará.

Mira a Sawyer y sé que está pensando en el día que casi la atropella el autobús. El día que conoció a Sawyer. Pero es una chica. Las chicas siempre creen que habrá algún caballero de brillante armadura. Un “felices para siempre”. No es así como funciona la vida. La vida te da esperanzas y luego te pisotea arrancándote de los brazos a los que amas. Solo pregunta a Ivy Greene.

Sin embargo, de alguna manera extraña, espero que Aspen tenga razón. Pero no lo deseo para mí. Espero que un día las cosas mejoren para Ivy. Si tuviera un deseo, sería que Ivy tenga ese día... ese día en el que todo su mundo cambie, solo que esta vez sería para mejor.

Me tomo el resto de mi cerveza y alcanzo otra, sabiendo que no seré yo quien lo presencie.

Ivy

—No puedo creer que les dejara convencerme de esto, chicos —digo, echando un vistazo al bar—. Quiero decir, ni siquiera puedo beber.

—Tu daiquiri virgen —dice el barman, empujando mi bebida frutal por la barra.

—Salud —dice Alder.

Christina, Holly, Eli y yo levantamos nuestras copas y brindamos.

—Lamento que Monica no haya podido venir —le dice Alder a Eli—. Me alegro por ti.

—No puedo esperar a ver la roca —comenta Holly—. Le diste una grande, ¿verdad?

—Tan grande como este profesor de escuela pueda permitirse, sí.

—¿No crees que tres meses es precipitado? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Supongo que cuando lo sabes, lo sabes.

Eli y yo compartimos una mirada. Ambos sabemos que nunca nos hemos sentido así el uno por el otro. Culpamos a las circunstancias, pero estoy segura de que es por eso que nunca fuimos más lejos. Fuimos el primer amor del otro. Pero el amor joven es diferente. Es diferente al amor universal que te deja sin aliento.

Miro mi bebida, recordando las bebidas frutales que Bass me compró en Hawái.

—Tiene mucha suerte de tenerte —digo.

Es verdad. Eli es un gran tipo. Es leal, fiel y divertido. Y aunque se va a casar, sé que estará a mi lado durante el embarazo y después.

Monica parece no estar perturbada por nuestras circunstancias. Intenté advertirle lo que podría pasar. Pero dijo que todo vale la pena para estar con Eli. Quiere tener hijos de inmediato y él parece estar de acuerdo con eso. No puedo ni imaginar estar de acuerdo con algo así. Especialmente cuando no sabemos qué podría pasar con este bebé. Supongo que es diferente cuando eres el padre. Eli estaba involucrado, pero yo fui la que crió a Dahlia. Ni siquiera podía soportar estar a su lado cuando ella murió. Y aunque estaba devastado, fue capaz de seguir adelante.

Desearía poder ser tan confiada en el futuro. Ojalá pudiera decir que todo vale la pena por estar con Sebastian. Pero no sería justo que lo hiciera pasar por eso. Eli todavía puede vivir su vida, no importa lo que pase. Si tenemos otro niño enfermo, lo visitará en el hospital y volverá a casa con Monica al final del día. Yo soy la que dormirá en un catre en la esquina. Soy la que le dará de comer. Soy la que lo sostendrá cuando lllore después de que le pongan un tubo de alimentación en su estómago porque está demasiado enfermo para comer. Soy la que lo sostendrá hasta que respire por última vez. Soy la que será incapaz de amar a nadie más que al niño en la cama del hospital.

Sé todo eso porque ya ha sucedido. Eli dice que nos distanciamos. Afirma que fue él tanto como yo. Pero la verdad es que no tenía fuerzas para amar a Dahlia con todo mi ser y que me quedara algo para Eli. Fue mi culpa que rompiéramos. Y no voy a dejar que la historia se repita. No voy a dejar que Bass se enamore de mi hijo solo para que nos pierda a los dos.

—¿Ivy?

Alzo la mirada para ver a Holly tratando de llamar mi atención. Asiente hacia el otro lado de la barra. Echo un vistazo y veo a Bass mirándome fijamente. Mis ojos inmediatamente caen sobre los dos asientos que flanquean el suyo. Uno está ocupado por una mujer que está claramente con el hombre al otro lado de ella. El otro asiento lo ocupa un tipo

que es incluso más grande que Bass. Parece que podría ser un bombero, pero no recuerdo haberlo visto en la estación. Por otra parte, no me interesaba nada más que estar en los brazos de Bass cuando estuve allí aquel día.

Sé que no tengo derecho a sentirme aliviada de que no esté aquí con una mujer. Pero lo hago.

—¿Estás bien? —inquire Alder—. ¿Quién es ese?

—Es Bass.

—¿No jodas? —Lo mira y lo valora como lo haría cualquier hermano mayor—. No puede apartar los ojos de ti, Ivy. Quizá deberías ir a hablar con él.

El tipo a la derecha de Bass está tratando de llamar su atención, pero Bass no deja de rechazarlo.

No puedo dejar de mirarlo. No habla con su amigo. No toma un sorbo de su cerveza. Solo me mira fijamente. Y yo lo miro a él. Hace más de un mes que no lo veo. Juro que se ha vuelto aún más guapo. Su cabello es un poco más largo, y debe haber tenido los últimos días libres porque tiene una gran cantidad de vello creciendo en su rostro.

Recuerdo que en Hawái, le gustaba dejarse crecer el vello facial porque decía que siempre se afeitaba para trabajar. Me encantaba la sensación de su vello bajo la punta de mis dedos. Contra mis labios. Entre mis piernas. Cierro los ojos brevemente, saboreando el recuerdo. Cuando abro los ojos de nuevo, veo a Bass mirando a Eli. Pero su comportamiento ha cambiado. No lo mira con un triste anhelo, lo mira como si quisiera matarlo.

Entonces Bass finalmente toma un trago. Rápidamente traga su cerveza medio llena y vuelve a golpear el vaso vacío contra la barra.

—Mierda —dice Alder—. Si las miradas pudieran matar.

—Sí —comenta Eli—. Y viendo que soy el único que puede ser asesinado, ¿puedes, por favor, decirle ya la verdad al tipo, Ivy?

—No te metas. —Me doy la vuelta y les digo a todos—: Lo digo en serio.

Cuando miro a Bass de nuevo, nos da la espalda y él y su amigo están hablando con algunas mujeres. La mujer delante de Bass pone su mano en su pecho y se ríe como si lo que él dijo fuera lo más divertido que haya escuchado. Me siento mal al verlo.

Me levanto del taburete.

—Necesito usar el baño de damas.

—¿Quieres compañía? —inquire Christina.

Niego.

Cuando llego al baño, mojo una toalla de papel y la paso por mis mejillas. Luego me pongo de lado y me miro en el espejo. A las catorce semanas, me veo más gorda, pero todavía no se me nota. Bien, porque no estoy preparada para tener esa conversación con Bass. Si tengo suerte, puedo evitarlo durante los próximos cinco meses. O tal vez para siempre. Porque odio sentirme como me siento después de verlo.

Todo en mi interior quiere pedirle que me acepte de nuevo.

Pero no puedo ser tan egoísta.

Respiro profundamente antes de volver al bar. Prometo girar mi taburete hacia el otro lado y no mirarlo durante el resto de la noche. Quizás pueda convencer a mi grupo de ir a otra parte. Porque saber que está aquí es difícil. Y saber que puede ir a casa con otra mujer sería pura tortura.

Doy dos pasos fuera del baño cuando casi choco con el pecho de Bass. Tengo que poner mi mano contra él para evitarlo. Y cuando su olor impregna mis sentidos, casi caigo de rodillas.

—Hola, Ivy —dice insensiblemente—. ¿Te diviertes esta noche?

—Hola.

Se ríe amargamente.

—¿No te he visto en casi dos meses y eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Qué quieres que diga, Bass?

—No sé. ¿Qué tal: “¿Cómo estás, Sebastian? Espero que te vaya bien después de darte esperanzas y luego alejarte”. O tal vez: “Gracias por las flores”.

Alzo la mirada y la clavo en la suya.

—No parezcas tan sorprendida —dice—. Sé que sabías que yo las envié.

Asiento.

—Supongo que sí. Pero no pude... lo siento.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta Alder, apareciendo detrás de mí. Le extiende la mano a Bass—. Alder Greene.

—Bass Briggs —dice, estrechando la mano de Alder—. Solo estaba saludando a Ivy. Estaba a punto de desearle a ella y... a Eli, ¿verdad? Estaba a punto de desearles lo mejor.

Alder niega.

—Eli está con Mon...

—Alder. —Pongo una mano fuerte en su brazo—. ¿Podrías esperar en la mesa, por favor?

—Ivy. —Me mira fijamente con esa mirada fraternal suya.

—Alder. Por favor.

Alder mira de Bass a mí.

—Bien.

Bass lo observa alejarse.

—Parece agradable. Y protector. Ojalá hubiera podido llegar a conocerlo.

—¿No tienes algunas chicas esperándote en el bar? —pregunto, demasiado bruscamente.

Estrecha sus ojos hacia mí.

—¿Detecto una pizca de celos? Es curioso, viniendo de la chica que me dejó.

—Bass, no hagas esto más difícil de lo que ya es.

—Oh, puedo ver lo *difícil* que es esto para ti —replica, señalando al bar—. Sales con tus amigos y tu... ¿qué es ahora, novio? ¿Prometido?

—Basta.

—Una palabra para los sabios. La próxima vez que quieras jugar la carta de la madre afligida, hazlo con alguien a quien le importe una mierda, ¿sí?

Las lágrimas me pinchan en la parte posterior de los ojos.

—Eso no es justo, Bass. Te dije desde el principio que no quería que fuera más allá de Hawái.

—Sí, bueno, eso no es lo que decías al final, ¿verdad? ¿Qué era lo que estabas diciendo entonces? Oh, claro, estabas diciendo lo mucho que me amabas. Qué montón de mierda.

—Era verdad —digo, usando toda mi fuerza de voluntad para evitar que las lágrimas caigan.

Resopla.

—Adiós, Ivy.

Me hundo contra la pared mientras lo veo entrar en el baño. Luego voy a buscar a Holly y hago que me acompañe a casa.

—Empuja, Ivy —dice la enfermera—. Solo unos minutos más y tu hija estará aquí.

Algo es diferente. Algo huele diferente. No huele clínico, como un hospital. Huele a flores. Huele a margaritas.

Abro los ojos y la “enfermera” lleva un uniforme de bombero. Miro a mi alrededor para ver bomberos a mi alrededor.

Alguien me aprieta la mano.

—Está bien. Todo va a estar bien. Empuja.

Alzo la mirada y espero ver a Eli, pero no es él. Es Bass. Bass está sosteniendo mi mano, instándome a empujar.

Me besa la mano y cuando la miro, tengo un anillo en el dedo. Estoy casada.

Todo esto está mal. No puede casarse conmigo.

—Bass, no.

—Está bien, Ivy. Las margaritas van a hacer que todo sea mejor.

Miro fijamente a Bass, preguntándome cómo sabe sobre las últimas palabras de Dahlia. No se lo dije, ¿verdad? Entonces me siento, recordando a mi hija y todo lo que pasamos, y aprieto las piernas para intentar mantener al bebé dentro de mí.

Miro a la mesa para ver jarrón tras jarrón de la flor favorita de Dahlia. Estoy abrumada por el olor a tierra.

—El bebé está llegando —dice Bass.

Lo veo separar mis piernas y luego veo cómo me saca un bebé pálido y sin vida. Sostiene al lánguido bebé en sus manos y me mira como un hombre roto.

—¿Por qué me dejaste enamorarme de ti? —grita—. ¿De ella? Me hiciste esto. ¿Cómo pudiste?

Sostiene el bebé sin vida, poniéndola en mi pecho. Su peso aplasta mi corazón y hace que pierda el aliento. Quiero llorar, pero no puedo. No puedo porque sabía que esto iba a pasar. Nadie me creyó, pero lo sabía.

—Lo siento —canto una y otra vez, sosteniendo el bebé azul contra mí mientras miro fijamente a un Bass sollozante—. Lo siento mucho.

Nunca se han dicho palabras más verdaderas. Porque sé exactamente por lo que está pasando. Y yo se lo causé. Lo traje a mi infierno y ahora está pagando el precio.

La enfermera trata de quitarme el bebé, pero no la dejo.

—¡No! —grito, sosteniendo a mi hija contra el vientre del que acaba de nacer.

Una luz brillante se enciende, sorprendiéndome. Abro los ojos y miro a mi alrededor. Holly está sentada en mi cama y me protejo el vientre.

—Ivy, ¿estás bien?

Cálidas lágrimas fluyen de mis ojos mientras miro frenéticamente alrededor de mi habitación.

—Tengo que... necesito...

Holly toma el Doppler fetal de mi cómoda y lo trae. Levanta la camiseta con la que estoy durmiendo y la pasa sobre mi bajo vientre hasta que lo oímos. El zumbido.

Finalmente tomo un respiro y me hundo de nuevo en mi almohada.

—Estoy bien. Una pesadilla. Puedes volver a la cama.

Después de que Holly se va, sigo escuchando los latidos del bebé. Lo escucho por tanto tiempo, que mi mano se adormece sosteniendo la varita en mi vientre. Pero es relajante.

Finalmente, cuando mi necesidad de orinar supera mi deseo de seguir acostada, me levanto de la cama. De camino al baño, me veo en el espejo. La camiseta que llevo puesta es demasiado grande para mí. Las mangas cortas caen hasta los codos y el dobladillo casi toca mis rodillas. Luzco como una mujer esquelética usando esto. Pero de alguna manera, sé que es la única camiseta con la que voy a dormir.

Y mientras me alejo del espejo, miro detrás de mí para ver la parte de atrás de la camiseta con el apellido de Bass impreso, sabiendo que es la única parte de él que podré tener.

Sebastian

Es un enigma a veces, ser bombero. Cuando estás en medio de una situación de vida o muerte, no puedes dejar que las emociones te sobrepasen, así que tratas de bloquearlas y hacer tu trabajo. Pero al mismo tiempo, son esas emociones las que nos hacen trabajar tan duro para hacer el rescate. Son esas emociones las que nos hacen vadear entre el humo y las llamas para encontrar a un niño desaparecido. Y son esas emociones las que nos hacen arriesgar nuestras vidas para salvar al traficante de drogas que se drogó y se quedó inconsciente, permitiendo que su cigarrillo iniciara un incendio. Porque ese idiota es el padre, hijo o hermano de alguien. Y no importa lo que pasó antes de que llegáramos, es una vida. Y esa vida necesita nuestra ayuda. Y estamos ahí para darla, sin hacer preguntas.

Pero son días como hoy los que realmente prueban mi determinación de hacer el trabajo. Son días como hoy, en los que tengo que retener a una madre frenética porque su hijo está atrapado en el asiento trasero de su auto volcado.

—¡Jacob! —grita mientras la agarro con fuerza.

Ambos miramos impotentes mientras el escuadrón usa las herramientas hidráulicas de rescate para sacar a su pequeño del vehículo destrozado.

La pierna de la mujer está probablemente rota, y tiene una laceración en el cuero cabelludo que está sangrando. Pero la adrenalina impide que sienta mucho dolor y rechaza el tratamiento hasta que su hijo sea liberado. La saqué del asiento delantero con bastante facilidad, cortándole el cinturón de seguridad después de estabilizar su cuello. Pero mientras trabajaba para sacarla, vi a su hijo y, basándome en lo que vi,

el teniente Cash y su equipo están haciendo una recuperación, no un rescate.

Mientras sostengo a la mujer que está claramente en agonía, no por sus heridas sino por su hijo, no puedo dejar de pensar en Ivy. Y me hace preguntarme qué es peor: perder un hijo de forma abrupta y sin avisar o saber que su hijo va a morir y que solo tiene una cierta cantidad de tiempo con ella.

Cualquiera de las dos opciones parece inimaginablemente desalentadora.

Luego pienso en Denver y en cómo habría reaccionado ante esta escena. Me alegro de no haberme esforzado más para convencerle de que se presentara al FDNY. De hecho, Aspen me hizo a un lado después de esa noche y me dijo que por favor no lo animara. Aparentemente, su miedo a los accidentes es incluso peor de lo que me hizo creer. Esto hoy fue difícil de ver incluso para un bombero experimentado, y mucho menos para alguien que perdió trágicamente a ambos padres en un accidente.

Todo el mundo en la compañía 319 está tranquilo mientras regresamos a la estación. Contemplo hacer una llamada al oficial de control de calidad que podrá contactar con el hospital y darnos una actualización sobre el niño. Después de todo, Debbie dijo que encontraron un pulso débil después de que el equipo lo sacara. Pero recuerdo la expresión de Cash cuando me miró mientras sostenía a la madre. Negó de una manera que me hizo saber que había poca esperanza.

Al final, no hago la llamada. Aprendes desde el principio en este trabajo a dejarlo estar. No siempre oímos los resultados de nuestros rescates. No podemos seguir el progreso de nuestros rescates. A veces, después de algunos particularmente duros, solicitamos información. Pero esos casos son pocos y poco frecuentes. Y, en este caso, prefiero pensar que Jacob fue revivido después de que lo llevaron al hospital. Prefiero pensar que su madre no tendría que hacer un viaje a Hawái dentro de meses o años porque simplemente no pudo seguir adelante.

En cuanto volvemos a la estación y salimos del camión, suena la alarma.

—Compañía 319, responde a un incendio en una estructura comercial en el 547 de Parker Drive —dice el despachador.

—Mierda —digo en voz alta mientras me pongo mi pantalón—. Esa es la floristería de Ivy.

—¿Ivy? ¿La chica que te dejó? —pregunta Noah.

—Vuelve a meter el culo en el camión, novato —digo irritado.

La floristería está a solo siete cuadras, pero le pido a Duck que conduzca más rápido de todos modos. Mientras nos acercamos, me siento aliviado al no ver ninguna llama. Pero sí veo humo saliendo por la parte trasera del edificio. Humo blanco, no negro. Y cuando salgo del camión, huelo algo celestial.

Como el protocolo dicta para un incendio en una estructura, todos tomamos un equipo del camión. Agarro el palo de pica y me dirijo al interior del edificio.

Veo a Ivy detrás del mostrador y cuando nuestras miradas se encuentran, se vuelve completamente cenicienta.

—¿Alguien ha llamado a los bomberos? —pregunta J.D.

—Eh... —Ivy parece confundida.

—Yo lo hice —dice Holly, viniendo de la parte de atrás—. Había humo entrando por la puerta trasera. Pensé que podría ser un incendio en un contenedor.

Ivy le da a Holly una mirada de muerte.

—¿Tú *qué*?

—Quédese aquí, señorita, e iremos a ver —dice Duck.

Mientras pasamos por delante de las mujeres, miro a Ivy. Parece avergonzada. Parece enfadada.

En el cuarto de atrás, vemos que la puerta trasera está abierta y que el humo flota hasta el interior. Y otra vez ese olor me hace la boca agua. Al abrir la puerta trasera, vemos al culpable. El restaurante adyacente a su tienda tiene un horno para ahumar carne.

Noah niega con irritación.

—¿Todo esto por un maldito filete?

El cocinero nos mira a los cuatro, buscando palabras.

—Uh, ¿quieren un poco?

Le doy una palmadita a Noah en la espalda después de meterme el casco bajo el brazo.

—Acostúmbrate, hermano. Ya deberías saber que muchas de nuestras llamadas terminan siendo falsas alarmas. —Me acerco al horno y agarro un trozo de carne que el cocinero arrancó del cadáver—. Y algunas vienen con beneficios.

Volvemos a entrar, con los tres tipos detrás de mí discutiendo que deberíamos planear una salida al restaurante de al lado.

—Shhh. —Les indico que se callen cuando escucho gritos en el frente de la tienda.

—Vamos, Ivy. No es para tanto.

—¿No es para tanto? —replica Ivy—. Has llamado al 911, Hol. Solo para traerlo aquí. ¿Pensaste que de alguna manera nos veríamos de nuevo y nos reconciliaríamos?

—No lo sé —contesta Holly—. Pero alguien tiene que hacer algo.

J.D. se aclara la garganta cuando entramos en la parte delantera de la tienda.

—Todo está bien —dice—. Era el horno para ahumar carne del local de al lado. Sugiero que dejen la puerta trasera cerrada la próxima vez que esté cocinando afuera. De hecho, deberían dejarla cerrada *todo* el tiempo. Nunca se sabe quién puede entrar.

—La mantenemos cerrada —dice Ivy, regañando a Holly con la mirada.

Holly se encoge de hombros.

—Lo siento. Supongo que lo olvidé. Y cuando vi el humo, ni siquiera pensé, solo llamé.

Duck se acerca a Holly, claramente cautivado por ella.

—Está bien, señorita. Más vale prevenir que lamentar. —
Le da una segunda mirada—. ¿La conozco de algún lado?

—Estuve en la estación una vez —dice ella, mirando
entre Ivy y yo.

—Sale con Justin a veces —explico.

—Oh, sí. Eso es —dice él.

—Soy Holly —dice, ofreciéndole a Duck su mano junto
con una sonrisa seductora.

Sus cejas se levantan apreciando su coqueteo.

—Steve Hanson.

—Holly —regaña Ivy—. ¿No te basta con uno?

Holly se ríe.

—Me gusta mantener mis opciones abiertas.

Miro y veo a Ivy observándome. Me doy cuenta de lo que no noté en el bar la otra noche. Parece que ha ganado algo de peso, lo que es bueno ya que estaba muy delgada cuando la conocí. Recuerdo haberla recogido y cargado pensando en lo ligera que era. Su aumento de peso probablemente significa que se está curando. Se está curando sin mí. Se está curando con Eli.

Luego pienso en la llamada de antes y en el niño que probablemente murió y en la madre que sentía un mundo de dolor. Tal vez Ivy solo pueda curarse con Eli porque comparten un pasado común. No tengo ni idea de por lo que ha pasado. Ni siquiera puedo empezar a comprender la profundidad de su dolor. Pero él sí. Puedo consolarla. Puedo empatizar. Pero en el fondo, no puedo entenderlo.

Y, al final, todo lo que le proporcioné fue un escape. Casi me dijo eso al principio. Nunca quiso que fuera más que una aventura. Tal vez supo todo el tiempo que nunca podría ser el indicado para ella.

Intento llegar a la puerta, pero Ivy me corta el paso.

—¿Te vas a ir sin saludar?

—Oh, ¿ahora quieres que te diga hola? —espeto—. Hola, Ivy. ¿Cómo estás? Parece que te va bien. La tienda se ve bien. Te ves saludable. Por cierto, ¿cómo está Eli?

—Bass...

Parece que quiere decir algo, pero supongo que no quiere hacerlo frente a un público.

J.D. y Noah salen por la puerta hacia el camión mientras Duck charla con Holly.

—¿Qué pasa, Ivy?

Niega.

—No es nada. Es solo que me alegro de verte, eso es todo.

La tomo del brazo y la llevo a un lado de la tienda, lejos del oído de los demás.

—Me gustaría decir lo mismo, pero estaría mintiendo. No es agradable verte, Ivy. No fue agradable verte en el bar y no es agradable verte ahora. Me duele verte. Y llámame egoísta, pero me mata verte tan bien. Quiero decir, me alegro de que lo estés. Mereces ser feliz. Pero pensé que ibas a ser feliz conmigo, no con él.

Sus ojos se ponen vidriosos, como en el bar. Y su brazo se extiende hacia mí antes de que lo retire. Se muerde el labio al cerrar brevemente los ojos. Podría jurar que quiere decirme algo. Su reacción me confunde. Han pasado meses desde Hawái. Está con Eli otra vez. ¿Por qué sigue teniendo esta reacción visceral cuando me ve?

Me pellizco el puente de la nariz.

—¿Es... bueno contigo?

Se toca la esquina del ojo con un dedo.

—Eli es un gran tipo.

—Estoy seguro de que lo es. Pero eso no es lo que pregunté.

Asiente.

—Es bueno para mí.

—Entonces, ¿por qué actúas como si no quisieras que saliera por esta puerta?

Mi radio suena. J.D. debe habernos puesto de nuevo en servicio. Nos están enviando a otra emergencia.

—Salgo enseguida, capitán —le digo a J.D. por radio—. Duck, hora de irse. —Miro a Ivy—. Nos vemos, Ivy.

—Es Ivy Greene —dice con tristeza—. Así es como siempre me llamabas.

—Es curioso lo rápido que pueden cambiar las cosas, ¿no?

Abro la puerta y Duck y yo salimos corriendo hacia el camión. Al entrar, miro atrás para ver a Ivy mirándome a través del escaparate de su tienda. Se envuelve con los brazos y está llorando. Está temblando. Me mira como una mujer que acaba de perder al hombre que ama.

Aparto la mirada. Nunca me he sentido tan frustrado.

30

Ivy

Me encantaba esta época del año. Justo antes de Acción de Gracias, cuando la gente empezaba a poner sus árboles de Navidad. Pero ahora todo lo que hace es recordarme cuánto tiempo he estado sin mi hija. El aniversario de su muerte es dentro de cuatro semanas. He tratado de no pensar en ello, pero es difícil no hacerlo con este bebé presionando mi vejiga cada minuto del día.

Holly sale por la parte de atrás.

—Iré a recoger el almuerzo. ¿Qué suena bien hoy?

Me encojo de hombros.

—¿Sushi?

Me mira fijamente.

—¿Qué pasa contigo y el sushi? Sabes que no debes comerlo, pero sigues pidiéndolo.

—Extraño antojo, supongo. No me importa lo que traigas. Sorpréndeme.

Es mentira. No tengo antojo de sushi. Ni siquiera me gusta mucho. Pero es la única comida que no me recuerda a Bass. Cada vez que como un filete, me recuerda a Kalapaki Joe's. Los sándwiches me hacen pensar en los picnics que solíamos hacer en nuestras caminatas. Pollo, mariscos, hamburguesas, papas fritas... todo me recuerda a él de alguna manera. Y la pizza —es lo peor—, todo lo que puedo ver es a Bass desnudo en la cama incluso con olerla.

Demonios, ya ni siquiera puedo comer en el restaurante de al lado. El nombre del dueño es Erma.

Han pasado cuatro meses y medio desde que volví de Hawái. Hace ciento treinta y siete días que no estoy en sus

brazos. Y todavía me duele tanto hoy como entonces.

A menudo me pregunto cómo estar con alguien tan poco tiempo pudo haber evocado tales sentimientos. Pero recuerdo una de las películas que vi a principios de año cuando no hacía más que esconderme en mi apartamento y ver la televisión.

Fue "*Los puentes d de Madison*". Era sobre un extraño que aparecía en la puerta de una mujer casada cuya familia estaba fuera de la ciudad el fin de semana. La mujer nunca quiso enamorarse del hombre, pero en solo unos días, incluso horas, los dos se enamoraron. Tuvieron toda una vida de experiencias en un solo fin de semana. Y, al final, podría haberlo elegido a él en lugar de a su marido. Por encima de su familia. Parecía una elección muy fácil basada en lo que habían compartido. Pero no lo hizo. Hizo lo correcto a pesar de que la mató. Luego, décadas más tarde, una entrega aparece en su puerta. Es un paquete del hombre que nunca dejó de amar. Él había muerto, y la forma en que ella reaccionó fue como si se hubieran separado el día anterior, no veinticinco años antes.

Esa mujer soy yo. Soy Meryl Streep y Bass es Clint Eastwood.

Amo a Bass hasta el fondo de mi alma. Y al igual que Clint era el alma gemela de Meryl, sé que Bass es la mía. Y sé que, sin importar con quién acabe en la vida, nadie podría ocupar su lugar.

A veces fantaseo con acabar con Bass. Después de que todo lo demás pase. Tal vez el bebé termine sano y a Bass le parezca bien ser un padrastro. O tal vez el bebé esté enfermo como Dahlia y tenga unos años preciosos con él, después de los cuales terminaré en Hawái de nuevo solo para que Bass me siga allí. Y entonces viviremos nuestro "felices para siempre".

Pero sé que me estoy engañando. Lo he alejado y lo he presionado mucho. No puedo esperar que se siente y me espere. No cuando cree que estoy con otro hombre. He querido decirle que no es así muchas veces. Pero no lo hago. No puedo. Lo amo demasiado como para dejar que experimente el tipo de dolor que Eli y yo podríamos llegar a sentir.

Trato de reprimir mis lágrimas cuando miro la pared con el arte de Dahlia. Una foto colgada allí todavía me confunde. Es una de Dahlia con una margarita en el cabello. Está entre dos adultos que la están columpiando de sus brazos. Uno de los adultos tiene el cabello largo, como yo, pero el otro tiene el cabello oscuro, así que no puede ser Eli. Solía pensar que era Alder, pero, ¿por qué dejaría a Holly fuera de la foto?

¿Es posible que supiera, incluso antes de morir, que me enamoraría de alguien? ¿De Bass?

Las campanas de la puerta tintinean y el aire frío entra cuando pasa una anciana.

—Buenas tardes —digo.

Mira mi vientre hinchado.

—Bueno, mírate, querida. ¿No estás vibrante y llena de vida?

Le doy mi mejor sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito pedir algunas flores para la recepción después del funeral de mi hermana.

—Oh, Dios. Por favor, acepte mis condolencias.

—Gracias, querida. Ya era hora. Era vieja. Incluso más vieja que yo. Noventa y siete. Vivió una buena vida y ahora está bailando con su marido en el cielo.

Y, una vez más, me encuentro reprimiendo las lágrimas. Cada vez que alguien hace un comentario así, pienso en cuándo podré ver a Dahlia y Jonah de nuevo.

Saco un libro de fotos de arreglos florales para funerales. Hay muchos lirios, que suelen ser las flores preferidas. Pero la mujer rechaza el libro.

—Margaritas —dice—. A Minnie le encantaban. Sé que a mucha gente no quiere el olor, pero los viejos tendrán que soportarlo. —Entonces se ríe—. Nuestros amigos y familiares pueden ser más viejos que la tierra, y puede que no podamos ver bien, pero podemos oler. Oh, será divertido. A Minnie le

encantaría. Creo que necesitareé unas doce docenas. Solo arréglalas como quieras.

—Tambiéén me encantan las margaritas —digo, mirando la pared de arte de Dahlia.

La mujer estudia mi vientre.

—Debes estar teniendo una niña —dice—. Está muy alto. Esa es una señal segura de una niña. Mi madre tuvo diez hijos. Minnie y yo éramos las mayores. Tuve que ver a nuestra madre pasar por diez embarazos más porque perdió dos. Nos volvimos buenas en adivinar. Los chicos van más bajo, como si no pudieran esperar a salir y alejarse de sus madres.

Trato de no poner los ojos en blanco. He tenido a otras personas jurando que es un niño, ya que llevo la mayor parte del peso en mi vientre.

—Uh... no estoy segura de lo que voy a tener. No he dejado que me lo digan.

Pone su mano en mi brazo.

—Oh, querida. Me temo que he arruinado la sorpresa entonces.

—Está bien —digo.

Garabatea su dirección para la entrega y me da su tarjeta de crédito. Luego mira la pared de Dahlia.

—El afortunado papá debe estar muy feliz. —Señala la imagen de Dahlia conmigo y... con quien sea.

—Oh, no es el... y ese no es el... eh, olvídelo. Gracias.

—No, *gracias*, querida. —Camina hacia la puerta, pero antes de salir se da la vuelta—. Es agradable conocer a alguien a quien le encantan las margaritas tanto como a Minnie. ¿Qué era lo que el viejo murciélagó solía decir? Oh, sí. “*Las margaritas hacen que todo sea mejor*”. Adiós, ahora sí.

Me quedo mirando por la ventana mucho después de que se haya ido, preguntándome si realmente dijo eso o si solo estaba escuchando cosas. Entonces, mi corazón se acelera cuando creo que veo a Bass afuera. Sé que pasa por aquí a

veces. Holly me dice que lo ve de vez en cuando. Vive y trabaja en Brooklyn, así que tiene sentido. Pero de alguna manera, nos las hemos arreglado para evitarnos durante los últimos dos meses.

Pero cuando lo veo pasar por segunda vez, me pregunto si viene a menudo a verme. Y parte de mí espera que lo haga. Miro mi barriga no tan pequeña y me pregunto si ya la ha visto.

Cuando vuelvo a mirar y lo veo en la ventana, observándome con la boca abierta, tengo mi respuesta.

Abre la puerta.

—¿Estás embarazada? ¿Qué demonios, Ivy? —Me mira de arriba a abajo—. ¿Es mío?

Pongo las manos en mi vientre para protegerme mientras niego.

—No sabía cómo decírtelo, Bass. Estaba... —despejo el nudo viscoso en mi garganta—, ya estaba embarazada cuando fui a Hawái.

—¿Estabas *qué*? —grita.

Voy detrás del mostrador para poner más separación entre nosotros. Parece más que herido. Parece enfadado.

—Es de Eli. No lo sabía.

—¿Cómo no lo sabías? ¿Me mentiste en Hawái? Todo el tiempo que pensé que nos estábamos enamorando, ¿seguías con tu ex?

—No. No te mentí. Fue un gran error —respondo—. No había estado con él en años. No desde que nos separamos. Pero ella se había ido. Y era su cumpleaños. Y nosotros solo... solo...

Niega y se pasea por la tienda. Lo observo mientras pasa por un sinfín de emociones. Sus manos pasan por su cabello. Se pellizca el puente de la nariz. Me mira y luego a la pared de Dahlia.

—No se suponía que sucediera esto —dice.

Mis hombros caen.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Amas a Eli? ¿O solo estás con él por el bebé?

No puedo responder sin delatarme. Así que cubro mi boca con la mano y niego.

—¿Qué mierda, Ivy? ¿Te *casaste* con el tipo? —pregunta, con la voz ahogada por las lágrimas.

Es ahora cuando me doy cuenta de que vio el anillo en mi dedo.

Se da la vuelta y se dirige a la puerta.

—No es lo que piensas, Bass.

Abre la puerta de un empujón y al salir, dice:

—Creo que acabo de dejar que me arranques el corazón por última vez. Adiós, Ivy.

Mi cuerpo se desmorona hasta el suelo detrás del mostrador y me rompo en sollozos. Eso fue todo. Esa fue la última vez que voy a verlo. Ahora lo sé con seguridad. Pero entonces, el timbre de la puerta suena y me pongo de rodillas, esperando que haya cambiado de opinión. Sin embargo, cuando veo a Holly pasar con nuestras bolsas del almuerzo, me derrumbo en el suelo.

—¿Era ese Bass saliendo de la tienda? —Entonces me ve —. Oh, Dios, Ivy.

Deja nuestro almuerzo y rápidamente cierra la puerta principal, luego se sienta a mi lado en el suelo, acunándome en sus brazos mientras lloro contra su hombro.

Sebastian

—Lámala —dice Aspen, mientras terminamos de enfriarnos en las cintas de correr.

—No lo sé. Hace tanto tiempo que no hablamos. Tal vez ya es cosa del pasado.

—Me encontré con ella la semana pasada, sabes — comenta.

Mis cejas se disparan hacia arriba.

—¿En serio?

—Sí. Y tu nombre puede haber salido una o dos veces.

Me rio.

—Una o dos veces, ¿eh?

—Es la hora, Bass. Estoy cansada de verte deprimido.

—No estoy deprimido.

Pone los ojos en blanco.

—Denver me lo cuenta todo. Sé que tienen un “código de hermanos” y todo eso, pero los gemelos triunfan sobre los hermanos. Y dice que vuelves a casa temprano de cada salida. *Solo.*

—No todos los chicos quieren tener una novia, ya sabes.

—Y dice que prácticamente vives aquí en el gimnasio. Me dice que haces mucho ejercicio con él.

—Necesita alguien con quien pasar el rato —digo.

Se ríe.

—No lo necesita. Resulta que sé que *él* no siempre va a casa solo. Vive en nuestra casa, por si lo has olvidado.

—¿Mencioné lo agradable que es tenerte de vuelta para las fiestas, Aspen? —digo sarcásticamente—. Quiero decir, han pasado años desde que tuve tanta madre gallina.

La verdad es que *ha* sido agradable tener a Aspen de vuelta en la ciudad durante la última semana. Se mudaron a la casa después de sus finales de otoño y estarán aquí un mes hasta que empiece el semestre de primavera... bueno, excepto cuando se vayan de luna de miel. Y aunque tienen un gimnasio en su sótano, está aquí pasando tiempo conmigo.

Aspen está haciendo su maestría en música en Kansas City. Obviamente, siendo Sawyer uno de los jugadores más hábiles de la MLB de nuestro tiempo, no tendrá que trabajar si no quiere. Pero la música ha sido su pasión desde que era una niña. Y estoy dispuesto a apostar mucho dinero a que nunca lo dejará. Al igual que sigo tocando la guitarra todos los días, el piano siempre será su primer amor.

—¿Has pensado en lo que quieres hacer cuando te gradúes? —pregunto.

—Todos los días.

—¿Y?

—Bueno, el trabajo de Sawyer es exigente. Me gusta estar en casa para él en la temporada baja. Y sería bueno poder volver aquí cuando quisiéramos. Pero hacer lo que hace lo mantiene en la carretera mucho tiempo y necesito algo para *mí* cuando no está. Algo que le dé un propósito a mi vida.

—¿Entonces?

Abre los ojos y se encoge de hombros.

—Entonces, tengo un año para pensarlo. Ahora mismo, solo intento asegurarme de que todos los planes de boda están en orden.

Luego se ve triste.

—¿Qué pasa? —cuestiono.

—No lo sé. Es que con las vacaciones que se acercan y toda la planificación de la boda, supongo que echo de menos a

mis padres. Cuando era pequeña, soñaba que mi padre me llevaba al altar.

—Lo siento, Penny. Sé que será difícil para ti.

—Denver estará ahí para mí. Y lo amo. Pero ambos sabemos que no será lo mismo.

—Hablando de Denver, ¿qué ha estado haciendo últimamente? No lo he visto esta semana.

Niega y suspira.

—Tu suposición es tan buena como la mía. Está viviendo del dinero de la restitución mientras lo averigua. Pasa todo el tiempo abajo en la sala de pesas de Sawyer. Oh, mierda — dice, apagando su cinta de correr—. No crees que esté haciendo tanto ejercicio para poder aplicar al departamento de bomberos de Nueva York, ¿verdad?

—No. Ese barco zarpó hace unos meses. Como te dije antes, solo ofrecen el examen una vez cada cuatro años.

Deja salir un suspiro aliviado.

—Bien. No estoy segura de ser capaz de verle fallar. Ya ha pasado por mucho.

—¿Por qué estás tan segura de que habría fracasado? — inquiero—. ¿De verdad crees que no puede superar lo que le pasó a tus padres?

—No tienes ni idea, Bass. Cuando fui a casa durante el verano justo después de que murieran, ni siquiera conducía un auto. Estoy segura de que te lo dije antes. Si no podía caminar o conseguir que un amigo le llevara a algún sitio, se quedaba en casa. Tomó un trabajo soso en el centro comercial a unos pocos kilómetros de distancia solo para poder ir en bicicleta. Cuando lo visité el verano siguiente, al menos conducía, pero solo cuando era absolutamente necesario. Su novia de entonces lo llevaba a todas partes. No estoy segura de por qué pensó que estaba bien subirse a un auto con alguien más al volante, pero lo hacía.

—La mayoría de los miedos son irracionales —digo—. Y obviamente superó su miedo a conducir para convertirse en

policía. Tal vez también pueda superar su miedo a los accidentes.

—¿Cómo sugieres que lo haga, quedándose en las esquinas, esperando que ocurran los accidentes para poder desensibilizarse?

Veo su punto.

—Bueno, tal vez no tenga que superarlo. Quiero decir, viviendo en la ciudad, ni siquiera necesita un auto.

—Eso es cierto. Una razón más para que viva aquí —dice con tristeza.

—¿Lamentas que no haya vuelto a Kansas City?

—No. Sé que es malo para él allí. Y tenerlo aquí me hace emocionarme por venir a visitarlo.

—¿Qué soy, un cero a la izquierda? —pregunto, riendo.

—Nunca —responde.

Apago mi cinta de correr y me limpio el rostro con una toalla.

—Bueno, Denver no necesita apresurarse en conseguir un trabajo —digo—. Parece que no tiene problemas de dinero, y no estoy seguro de que nadie esté contratando ahora de todos modos. Puede disfrutar de las vacaciones y de tu boda y luego ver lo que hay. Además, no querría perderse la despedida de soltero por un nuevo trabajo.

Levanta las cejas.

—No sabía que habían planeado una despedida de soltero todavía.

—Sí. Brady y Caden me dijeron que mantuviera algunos días libres la semana después de Navidad.

Asiente.

—Ahí es cuando haremos mi despedida de soltera también. ¿Vas a venir?

Me rio.

—¿A tu despedida de soltera? No lo creo.

—Pero tú eres mi “hombre de honor” —dice, haciendo pucheros.

—Penny, no voy a ir a un club de striptease contigo y tus amigas para verte meter billetes de dólar en la ropa interior de algún tipo.

—No vamos a ir a un antro de striptease. Espera, ¿ustedes sí? ¿Qué están planeando? ¿Van a traerle una stripper? —Pone la cabeza entre sus manos—. Oh, Dios, va a tener un baile erótico, ¿no? Probablemente también estará en Internet.

—No le vamos a traer una stripper. El plan es ir a Atlantic City.

—¿En serio? ¿Lo prometes?

Me bajo de la cinta de correr y pongo mi brazo a su alrededor.

—Aspen, no tienes nada de qué preocuparte.

—Lo dice el tipo que fue dejado en el altar.

—No crees que Sawyer te haría eso, ¿verdad? —pregunto—. No después de todo lo que han pasado.

Niega.

—No. Sé que no lo haría.

Cuando pasamos por la recepción de camino a la ducha, veo a la mujer de Caden hablando con una pelirroja alta y alguien más que me resulta vagamente familiar. Penny me agarra del brazo y me lleva hacia ellos.

—¿No acaba de tener Murphy gemelos? —pregunto a Aspen en un susurro—. ¿Todavía trabaja aquí?

—Caroline y CayJay ya tienen casi un año. Ella todavía ayuda a manejar el gimnasio, pero no a tiempo completo.

—Hola, chicos —saluda Murphy.

Aspen abraza a la mujer de aspecto familiar.

—Oh, lo siento —dice—. Estoy toda sudada, pero hace tiempo que no te veo. —Penny se vuelve hacia mí—. Bass, ¿recuerdas a Piper Lawrence?

—Del partido de los Knicks del año pasado. Sí. —
Extiendo mi mano—. ¿Cómo estás?

Recuerdo haberla conocido a ella y a su famoso marido que juega al fútbol para los Giants. Si recuerdo bien, también es copropietario de este gimnasio. El verano pasado fue una época surrealista en mi vida. Aspen acababa de empezar... bueno, por falta de una mejor palabra, a *salir* con Sawyer, y debido a eso nos presentaron a un montón de gente famosa.

—Estoy bien, gracias —dice Piper—. Me alegro de verte de nuevo.

—Y esta es Charlie Stone —añade Aspen, presentándome a la pelirroja alta.

—Ah, la esposa del investigador privado —digo.

Ella sonríe.

—Esa soy yo.

—¿Les gustaría a los dos unirse a nosotros para almorzar en la cafetería? —inquire Murphy—. Podemos hablar de los planes de la boda.

—Me encantaría —contesta Aspen—. Pero Bass tiene una llamada telefónica que hacer.

—¿Yo?

—Sí, la tienes. Ahora ve a hacerlo. Y quiero detalles más tarde.

No sé si debería estar irritado por su persistencia, o estar agradecido por eso.

—Bien. —Me dirijo a los demás—. Entonces las dejaré con su almuerzo, chicas.

Después de despedirme e irme, oigo a Charlie decirles:

—Solo tengo una hora antes de que tenga que recoger a Eli de la escuela.

—Ese chico es adorable —dice Murphy.

Me paro en seco y las miro.

Eli.

Aspen me mira como si supiera exactamente lo que escuché y lo que estoy pensando. Me da una sonrisa suave. Luego se pone la mano en la oreja con el pulgar y el meñique a un lado, haciendo una señal de hablar por teléfono.

—Me voy —vocalizo.

De vuelta en el vestuario, me siento en el banco y miro mi teléfono, preguntándome si es el momento adecuado para hacer este movimiento. Mi dedo pasa por encima de su nombre durante unos segundos antes de hacer la llamada.

—¿Hola? —responde después de dos tonos.

—Hola, eh... soy Bass.

Se ríe.

—Puedo ver eso. Tu rostro apareció en la pantalla.

—Oh, claro. Escucha, me preguntaba si te gustaría tomar una taza de café.

No escucho nada, así que miro el teléfono para ver si hemos perdido la conexión.

—¿Sigues ahí?

—Estoy aquí —responde—. Supongo que un café estaría bien. ¿Cuándo?

—¿Qué tal ahora?

—¿Ahora mismo?

—Claro. A menos que estés ocupada. ¿Estás en el trabajo?

—No. Ni ocupada ni en el trabajo.

—Genial. Acabo de terminar en el gimnasio. ¿Qué tal si nos vemos en el Starbucks de la cuarenta y uno en una hora?

—Supongo que podría hacerlo.

Escucho la vacilación en su voz.

—Bien. Nos vemos entonces. Lo espero con ansias, Brooke.

—Me sorprende que hayas llamado —dice Brooke después de que encontramos una mesa.

—¿Por qué te sorprenderías? —pregunto—. A veces hablamos.

Arruga su nariz.

—No hablamos, Bass. Nos enviamos mensajes. Y no es que nunca digamos nada en realidad. De hecho, estoy bastante segura de que todos han sido mensajes obligatorios de cumpleaños o alguna otra cortesía bienintencionada.

Asiento.

—Supongo que tienes razón. Lo siento. Debí haberme puesto en contacto contigo hace mucho tiempo. Me he preguntado cómo estás y qué has estado haciendo.

—¿Lo has hecho?

—Por supuesto que sí. No rompimos exactamente porque no nos gustáramos el uno al otro, ya sabes.

—No, supongo que no —dice—. Entonces, ¿cómo va tu trabajo? Cada vez que escucho una sirena, pienso en ti.

—Es genial. Me encanta. La mejor decisión que he tomado en la vida. Los chicos, y la chica, son como una familia para mí. ¿Y qué hay de ti? ¿Sigues trabajando con la sinfónica infantil?

Sonríe.

—Sí. Pero también estoy pensando en volver a la escuela para mi maestría.

—¿Juilliard?

—Si me aceptan.

—Estoy seguro de que te aceptarán. Eres la mejor tocando el violonchelo por aquí.

—Gracias, pero en serio, deberías escuchar a algunos de estos chicos. Son tan jóvenes, pero tan increíblemente talentosos. De ninguna manera era tan buena cuando tenía su edad.

—Estoy seguro de que lo eras. Simplemente no lo ves de esa manera.

—Así que, vi a Aspen hace unas semanas —dice vacilante.

—Me lo dijo.

—Se va a casar el mes que viene, ¿eh?

—Sí, lo hará.

Brooke me mira de forma especulativa.

—¿Estás de acuerdo con eso? Quiero decir, ¿después de todo?

Asiento.

—Estoy bien. Ya la superé. Eso es agua pasada, Brooke.

—¿Pero todavía son amigos?

—Soy su padrino, u “hombre de honor” como le gusta llamarme.

—Qué bien —dice—. Y hablando de bodas y cosas así, ¿alguna vez fuiste a nuestra luna de miel?

Me rio.

—Sí, lo hice.

—¿Cómo fue?

—Hawái es increíble. Justo como tus padres dijeron que sería. ¿Alguna vez fuiste allí?

—Todavía no. Algún día. —Rasca una mancha en la mesa—. ¿Llevaste... llevaste a alguien contigo? ¿A Aspen tal vez?

—No. No estoy seguro de que Sawyer hubiera apreciado eso, por más platónico que hubiera sido.

—¿Así que fuiste solo?

—Sí.

Encuentro difícil hacer contacto visual con ella cuando todo lo que hago es pensar en Ivy. Vine aquí para olvidarla, y Brooke tenía que ir y mencionar Hawái. *Mierda*.

Toma un largo sorbo de su café, estudiándome sobre el borde de su taza.

—Pero conociste a alguien allí.

No es una pregunta. Es una declaración.

—¿Soy tan transparente? —pregunto.

Se ríe.

—Siempre lo has sido, Bass.

—Conocí a alguien. Pero no estoy con ella. Nunca salimos después de Hawái.

—Lo siento. ¿Vive demasiado lejos?

Niego.

—No. Vive en Nueva York. No funcionó, eso es todo. Algunas cosas no están destinadas a ser.

—Y quizá otras sí —dice, mostrándome una amplia sonrisa.

Me rio.

—Sí. Tal vez.

—Entonces, ¿qué te mantiene ocupado cuando no estás trabajando?

—Toco la guitarra, incluso en la estación. Aunque normalmente estoy relegado al garaje. Y durante la temporada de béisbol, voy a muchos partidos. Oye, tal vez podrías ir conmigo alguna vez, ya sabes, cuando la temporada empiece de nuevo.

—Claro. Creo que sería divertido. —Me pone una mano en el brazo y la deja ahí—. Me alegra ver que no has dejado la guitarra.

—Nunca. Todavía toco todos los días.

—Me encantaba escucharte tocar.

Intento parecer avergonzado.

—Aw, eso es lo que dicen todas las damas.

Arruga su nariz.

—Tocar el violonchelo no es tan sexy.

—¿De qué estás hablando? Es muy sexy. Te garantizo que todos los heterosexuales que te ven tocar quieren ser el violonchelo y que los acaricies entre tus piernas.

Casi escupe su sorbo de café cuando se ríe. Luego levanta las cejas.

—¿Cada tipo heterosexual?

Me encojo de hombros.

Me encojo de hombros porque no puedo decir honestamente que sí. Quiero decir, Brooke es muy atractiva. Incluso sexy. Y quiero quererla. Y debido a la promesa que le hice a Aspen, voy a intentarlo. Pero la verdad es que solo hay unas piernas de una mujer entre las que quiero estar.

Brooke y yo pasamos una hora charlando y riendo y me doy cuenta de que lo estoy pasando bien con ella.

Entonces lo escucho. El camarero grita:

—¡Ivy!

Mi espalda se pone rígida cuando miro hacia el mostrador. Veo a una mujer que se acerca a buscar su bebida, pero todo lo que veo es la parte de atrás de su abrigo y el gorro de lana en su cabeza. Puede que no sea ella. Podría ser cualquiera. Entonces se da la vuelta y la veo. Sus mejillas son de color rosado por el frío. Su abrigo está abierto, y su gran barriga de embarazada sobresale.

Empieza a caminar hacia la puerta, lo que significa pasar por nuestra mesa, pero entonces me ve. Se sobresalta, casi deja caer su café. Me mira a los ojos y el tiempo se detiene.

Mi corazón cae en mi estómago y se retuerce una y otra vez. Ha pasado un mes desde que la vi en la floristería. Un mes desde que decidí dejar de permitir que mis sentimientos por ella dominen mi vida. Pero mientras estoy sentado aquí y la miro fijamente, sé lo tonto que soy.

Pero la cosa es que me está devolviendo la mirada. Me mira como si no tuviera un anillo en su dedo. Un marido en casa. Un bebé en su vientre. *Su* bebé.

¿Por qué me está mirando así? Como lo hizo en el bar y en la floristería. Como si estuviera viendo a su amor perdido.

—¿Bass? —cuestiona Brooke, frotándome el brazo para intentar llamar mi atención.

La mirada de Ivy se dirige a la mujer sentada frente a mí. Observo los labios de Ivy presionarse y formar una fina línea. Mira a Brooke, observando su rostro ovalado y su cabello castaño. Mira su mano en mi brazo. Cierra los ojos y asiente. Y cuando abre sus hermosos y tristes ojos, están llenos de lágrimas.

Entonces empieza a caminar de nuevo, pasando a mi lado sin hacer más contacto visual al salir por la puerta. Me doy la vuelta y la observo hasta que no la veo.

Cuando vuelvo a mis sentidos y me doy cuenta de lo que acaba de pasar aquí y de cómo le habrá parecido esto a Brooke, abro la boca para intentar explicarlo.

Levanta su mano para detenerme.

—No me lo digas. Era ella, ¿verdad? La mujer de Hawái. Oh, Dios mío, Bass, ¿es tu bebé el que lleva?

Niego.

—No.

Se cruza de brazos.

—Basándome en la mirada en su rostro, mi apuesta es que desearía que así fuera.

Todo lo que puedo hacer es mirarla fijamente. No tengo palabras. No hay nada que pueda decir para cambiar lo que acaba de pasar.

—Mierda. —Se ríe locamente, negando cuando se levanta de la mesa—. Sabía que no debería haber venido. ¿Cuándo vas a dejar de enamorarte de mujeres no disponibles, Bass? ¿Tienes tanto miedo de una relación real que las únicas

mujeres que amas de verdad son las que no pueden corresponder tu amor?

—Yo...

—No voy a hacer esto otra vez —dice con una sonrisa amarga—. Adiós, Bass. Espero que consigas todo lo que quieres.

Miro fijamente mi taza de café mucho después de que Brooke se vaya, sabiendo que todo lo que alguna vez querré salió por esa puerta justo antes que ella.

Ivy

—Solo llama si nos necesitas, cariño —dice mamá—. Tu padre y yo estamos aquí para ti. Cualquier cosa que necesites.

—Creo que solo necesito estar sola hoy, si eso está bien.

Asiente y me abraza.

—Lo entiendo. Pero si cambias de opinión...

—Gracias, mamá. Papá. —Abraza a mi padre y luego van hacia la puerta.

Todos han venido al apartamento hoy. Alder me trajo el desayuno. Christina me entregó el almuerzo. Ninguno trajo a Ricky. Creo que sabían que incluso aunque ahora tengo una buena relación con mi sobrino, hoy no es el día en que necesitaba verlo.

Holly quería quedarse en casa y cuidarme hoy. Dijo que Janie podía cubrirnos en la tienda. Pero lo último que necesito es a alguien vigilándome cuando solo quiero hacerme una bola en la manta de Dahlia y mirar mis fotos favoritas de ella.

El timbre suena y me pregunto quién ha decidido venir a *vigilar* a Ivy ahora.

Pero es una entrega. Un enorme ramo de margaritas. Busco dentro una tarjeta, pero no hay ninguna. Aun así, sé quién lo envió. El arreglo no es de una de nuestras tiendas, así que solo hay una persona de la que podrían ser.

Es divertido, todos los demás trajeron comida. Todos saben que las margaritas eran la flor favorita de Dahlia. Pero nadie me trajo ninguna. Tal vez pensaron que me podrían triste. Pero de alguna forma extraña, tan imposible como parece, creo que Bass me conoce mejor que mi familia.

Sabe que hoy es el día en que *tengo* que pensar en ella. Tengo que pensar en todos los buenos momentos. Incluso tengo que pensar en los malos momentos. Porque pensar en eso me ha ayudado a sanar. Hablar de eso me ha ayudado a sanar. Y nadie sabe eso mejor que el hombre que me envió las flores.

En mi camino a ponerlas en mi cuarto, el timbre suena de nuevo. Cierro los ojos, esperando que sea él. Esperando que no estuviera en realidad con esa mujer en la cafetería del otro día. La que estaba tocándolo. Y una parte de mi espera que no tome un no por respuesta esta vez. Que diga que me amaré sin importar qué. Incluso si estoy casada con otro. Incluso si tengo al hijo de otro hombre. Incluso si ese niño puede arrancarle el corazón. Parte de mi quiere que me reclame de una forma que haga imposible que luche contra él.

Abro la puerta y entonces doy un paso a un lado con un pesado suspiro.

—Hola, Eli.

Entra y me abraza.

—¿Estás bien?

Pongo el florero en la mesa.

—Lo sobrellevo. ¿Qué tal tú?

—Estoy bien. —Mira las flores—. ¿Margaritas? ¿Quién te enviaría margaritas hoy de todos los días?

—Él lo haría.

—¿Quién, Bass?

Asiento.

—¿Quieres que me deshaga de ellas?

Tomo el jarrón de forma protectora.

—No —respondo, llevándolas a mi dormitorio.

—¿Por qué querrías un recordatorio?

Pongo el florero sobre mi cómoda y me siento en el borde de la cama, poniendo la manta de Dahlia sobre mi regazo.

—Ves, eso es lo que todos ustedes parecen no entender. Todos hacen todo lo que pueden para alejar mi mente del hecho de que ella se fue. Quieren que salga. Que haga nuevos recuerdos. Pero Bass... —comienzo a no poder pronunciar una palabra—. Bass ordena flores y panqueques para mí. Y me besa bajo las cataratas. Y... me envía su flor favorita.

Eli me mira confundido, estudiando mi rostro hinchado y ojos rojos.

—¿Y eso ayuda?

—Sí, ayuda —digo llorando—. Nunca me he sentido más cerca de Dahlia que cuando estuve en Hawái con Bass. Me hizo recordar. No intentó que olvidara. Es el único que no lo hizo.

Veo lágrimas formándose en los ojos de Eli.

—Dios, Ivy, ¿entonces por qué no le dices al hombre la verdad? Aún lo amas. Todos pueden ver eso. Y aún te ama.

Niego.

—No lo hace. Cree que estoy casada.

—¿Qué?

Levanto la mano.

—Hace un tiempo vio el anillo.

—¿Y no le dijiste?

—Por supuesto que no. De cualquier modo, está con alguien ahora.

—¿Estás segura?

—Lo vi en la cafetería el otro día. Y la mujer sentada frente a él estaba tocándolo.

—¿Te vio?

Asiento.

—¿Qué hizo? —pregunta.

—Solo me miró fijamente.

—¿Te miró cuando estaba con otra mujer?

Me encojo de hombros.

Se sienta a mi lado y me agarra de los hombros.

—Ivy, ¿por qué te haces esto? Eres la mujer más inteligente que conozco, pero estos últimos meses, has sido tan estúpida.

Me rio.

—Dios, gracias.

Pone una mano en mi enorme barriga.

—Voy a seguir diciéndote esto hasta que lo entiendas. Este bebé podría no ser como ellos.

—Lo sé, y eso espero. Pero si lo es, yo... solo no puedo hacerlo pasar por esto.

—Tal vez esa no es tu decisión. Mira a Monica.

Lo miró fijamente a través de mis lágrimas.

—Eso es diferente y lo sabes, Eli. Eres un gran padre, nunca he pensado nada diferente. Pero sabes tan bien como yo que vuelves a casa al final del día.

—Sí. —Asiente—. Sí, supongo que lo hago. Lamento poner más peso sobre tus hombros.

Me seco las lágrimas con la manga de mi bata.

—No lo tendría de otra forma. No renunciaría a ningún momento de los que tuve con ella.

Envuelve sus brazos a mi alrededor y me sostiene mientras lloro. No fue hace tanto cuando Eli y yo terminaríamos en la cama en un momento así. Era la forma en que nos consolábamos. E incluso aunque podría usar unos momentos de paz ahora, sé que no es la persona que podría dármelos. Miro las flores en mi cómoda sabiendo que solo hay una persona capaz de hacer eso.

Se aleja, ambos llorando ahora. Me mira como lo hizo cuando era el cumpleaños de Dahlia. Me mira de la forma en que lo hizo justo antes de que tuviéramos sexo.

Se acerca, mirando mi boca mientras lo hace.

—Eli, no.

Se levanta de un salto de la cama, pasándose las manos por el cabello.

—¿Qué mierda estaba pensando?

Tomo su mano.

—Estabas pensando que ambos estamos sufriendo. Está bien, Eli. Los viejos hábitos son difíciles de dejar. Y es una respuesta normal a lo que estamos atravesando. También cruzó mi mente por un segundo. Pero ambos sabemos que no resolverá nada. —Miro mi barriga—. Buen ejemplo.

Entonces ambos nos reímos, una risa que se convierte en más lágrimas. Y nos abrazamos por unos cuantos minutos antes de que le pida que se vaya.

—Eli, deberías de estar con Monica en este momento. Ella debería ser la que te consuele.

—Y deberías estar con Bass.

Alzo la manta de Dahlia y entonces tomo su libro de dibujos.

—Está bien. Tengo a Dahlia.

Se inclina y besa mi mejilla antes de irse.

—Siempre voy a quererte, Ivy. Espero que lo sepas.

—También voy a quererte siempre.

Pero lo que no le digo es que ni siquiera entendía lo que era el amor hasta que tuve esos años con Dahlia. Esas semanas con Bass. Y me pregunto si alguna vez tendré la oportunidad de experimentar ese tipo de amor de nuevo.

Me acerco y entierro la nariz en las margaritas. Entonces me envuelvo con la manta y hojeo por el álbum de recuerdos de Dahlia hasta que me quedo dormida de tanto llorar.

—*Ivy, creo que es la hora —dice el doctor, poniendo la mano en mi hombro.*

Miro a mi preciosa hija, pequeña y acurrucada en la cama de hospital. El doctor y las enfermeras están llorando, al igual que el resto de nosotros en la habitación. Todos han trabajado tan duro y tratado de que mejore. De conseguirle otro trasplante. De prolongar su vida. Pero todo ha sido en vano. Lo hemos sabido por días, incluso semanas, que el final estaba llegando.

Corro a su lado, subo a la cama con ella y la acerco a mí. De ninguna forma va a pasar por esto sola.

Eli camina al otro lado de la cama y toma su pequeña mano.

—Te quiero, princesa —dice con lágrimas cayendo por sus mejillas.

Su pecho se levanta y cae con un gran suspiro mientras el monitor de corazón se vuelve más lento.

—No puedo —dice, agachándose para abrazar a Dahlia por última vez.

Asiento hacia él.

—Está bien. Estaré aquí con ella. Está bien, Eli.

Parece culpable mientras se aleja, mirando atrás una vez más antes de salir por la puerta. Puedo oírlo romperse tras salir de la habitación, sus profundos sollozos haciendo eco en las paredes del pasillo.

Alder y Christina cruzan el cuarto y le dan a Dahlia un último beso. Tampoco se quedarán. No puedo culparlos. Tienen un niño pequeño. De ninguna manera pueden ver a un niño morir.

Incluso papá se rompe y tiene que ser escoltado de la habitación, dejando solo a mamá y a Holly aquí con nosotras. Ambas se despiden y vuelven a alejarse, dándome los últimos momentos con mi hija.

Mientras su respiración se espacia más y más, le hablo.

—Pequeña, está bien. Está bien dejarlo ir. Has sido tan valiente. Siempre has sido muy valiente. Pero está bien rendirse ahora. Jonah te está esperando. Está esperando a

que su hermana le enseñe a correr, jugar y saltar a la cuerda. Le enseñarás a dibujar. Le dirás todo lo que hay que saber sobre las flores, especialmente sobre las margaritas. Y al lugar al que vas, habrá margaritas por todos lados. Puedes dormir en una cama de ellas. Y ni siquiera van a secarse. No morirán, al igual que tú, mi dulce niña. Vas a vivir por siempre. Al igual que Jonah. Y mamá estará contigo de nuevo un día. Y los tres iremos a Hawái. Bailaremos bajo las cataratas y enterraremos nuestros dedos en la arena.

Oigo a Holly y a mi madre sollozar detrás de mí. Pero no puedo llorar. No aún. Nunca conseguiré una segunda oportunidad de este momento. Nunca volveré a ver a mi niña pasar de este mundo al siguiente. Soy su madre y necesita saber que estoy bien.

Su respiración se vuelve más lenta. Puedo sentirlo pasar mientras la abrazo.

—Dahlia, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Voy a estar bien. Todos lo estarán. Ve, pequeña.

Sus pequeños dedos se mueven debajo de los míos. Gira la cabeza y abre los ojos.

—Mami —dice, en un susurro apenas audible—. Las margaritas van a hacer todo mejor.

La enfermera entra y apaga las máquinas de Dahlia. Entonces colapso sobre el cuerpo de mi hija y sollozo. Atraigo su forma sin vida hacia mí como si de alguna forma pudiera meter su cuerpo en el mío y llevarla conmigo, así podemos vivir como una sola. Nunca he deseado cambiar de lugar con otra persona más que ahora. Debería ser yo quien dejara este mundo. No ella. No se supone que los niños mueran antes que sus padres. No se supone que las hijas vayan al cielo antes que sus madres.

El doctor entra y escucha el corazón de Dahlia antes de anunciar su muerte. Pero podría también haber anunciado la mía. Porque no hay razones para vivir. Ya no.

Me despierto de golpe, bañada en sudor. Miro hacia las flores. Las miro de alguna forma con el conocimiento de que

Bass hubiera sido el único hombre en quedarse en esa habitación de hospital ese día. Es el hombre más fuerte que he conocido.

Me quito la ropa húmeda y busco en los cajones una camiseta. Me estudio en el espejo después de ponérmela. La camiseta de Bass aún me cabe incluso aunque ahora se ajusta un poco en la zona del vientre.

Y mientras me miro, me pregunto si cometí el mayor error de mi vida al alejarlo.

Sebastian

—¿Tu *qué*? —grita Aspen desde el otro lado de la mesa a su hermano.

—¡Entré! —exclama Denver, extendiéndole la carta—. El FDNY me invitó a convertirme en candidato. Mi entrenamiento empieza el próximo mes.

Ella estudia la carta antes de dejarla caer en la mesa. Entonces se vuelve hacia mí enojada.

—¿Sabías esto?

—Por supuesto que no. —Bajo la mirada a la misma carta que me fue enviada hace unos años—. ¿Tomaste el examen? —pregunto—. Nunca dijiste nada.

—Bueno, ustedes no parecían pensar que podía entrar, así que lo mantuve para mí.

—No es que pensara que no *podrías* entrar, Den —corrige Aspen—. Es que no creía que *debieras* entrar.

Brett mira entre nosotros, claramente confundido.

—¿No quieres que sea bombero? —pregunta a Aspen.

Ella niega.

—Nuestros padres murieron en un accidente automovilístico cuando teníamos diecinueve. Denver no puede soportar ver un accidente de auto desde entonces.

—Sabes que muchas de nuestras llamadas tienen que ver con accidentes, ¿no? —cuestiona Brett.

—Sí —contesta Denver—. Lo entiendo. Lo tengo controlado, chicos.

Miro a Aspen, que está claramente preocupada por su hermano. Sawyer está susurrándole al oído, pero ella no está

feliz por lo que sea que está diciendo. Sé que tiene enormes reservas sobre esto y me siento horrible por ser el que lo mencionó hace meses.

—Extiendo la mano y aprieto su hombro.

—Voy a cuidarlo, Penny.

—¿Qué tengo, cinco? —dice Denver—. ¿Podrían dejar de cuidarme por un momento y solo darme un minuto para jodidamente celebrar?

—¡Por ti, Denver! —exclamo, levantando mi vaso—. Si no fuera ya un comedor de humo, estaría malditamente celoso de que recibieras la llamada después de un par de meses.

—Por Denver —dicen Sawyer y Brett.

—Disfruta tus últimas semanas de beber —añade Brett—. Querrás asegurarte de desintoxicarte antes del entrenamiento. Necesitas estar en tu mejor forma, y cada ventaja que puedas conseguir lo hará mucho mejor.

—Toma el consejo del teniente —le digo a Denver—. Los meses más duros de mi vida. Pero todo vale la pena, hombre.

—¿Por qué creen que aceptaron a Denver tan pronto? —cuestiona Aspen—. Dijiste que podrían pasar años antes de que los aspirantes fueran invitados a la escuela de bomberos.

—Normalmente es así —responde Brett—. La lista de candidatos es más larga que el libro de quejas de mi esposa.

Me río, pero sé que no está bromeando sobre su esposa. Dice que Amanda se ha convertido en una persona diferente desde que tuvieron a su hijo a inicios de año. Me alegra que pudiera salir con nosotros hoy. Suele estar atrapado en casa con Leo dado que su esposa siempre está trabajando. E incluso aunque tienen una niñera, trata de estar allí tanto como puede. Brett saliendo es una ocasión rara estos días.

—¿Estás seguro de que no pediste un favor o algo, Bass? —inquire Aspen.

—Te acabo de decir que no lo sabía, Penny. Y no es como si tuviera ese tipo de influencia. Mi suposición es que les gusta

que fuera policía. Eso, y probablemente hizo muy el examen teórico, el físico y la entrevista.

—¿Alguna idea de dónde quieres que te envíen? — pregunta Brett.

—Por favor, no escojas Manhattan —pide Aspen.

—Alguien tiene que hacerlo —replica Denver.

—Alguien que no seas tú —dice ella—. ¿Puedes escoger una estación más benigna como Bass y Cash?

—Sí, porque solo nos quedamos sentados jugando sin hacer nada todo el día —digo.

—Eso no es lo que quise decir —replica ella—. Lamento que saliera de esa forma.

Le guiño un ojo.

—Solo estoy jugando contigo. Si lo hace bien en el entrenamiento, nos encantaría tener a Denver con nosotros. De hecho, podríamos tener un espacio el año siguiente si Steve consigue la transferencia que ha estado pidiendo. Y en *eso* podríamos tener influencia, ¿correcto, Cash?

Brett eleva sus cejas hacia mí. Se lo que está pensando. Está teniendo dudas sobre Denver basado en lo que dijo Aspen. Demonios, *estoy* teniendo dudas al respecto.

—Sería genial tenerte cuidando de él —dice Aspen—. Quiero decir, si insiste en hacer esto.

—¿Crees que necesito una niñera, Pen? —cuestiona Denver.

—Absolutamente —dice—. Al menos hasta que aprendas todo. Me sentiría mucho mejor sabiendo que estás con Bass y su compañía.

Sonríó por la confianza que tiene Aspen en mis habilidades.

—Oye, Sawyer, lamento hablar tanto de trabajo —digo, preguntándome si se siente excluido—. ¿Estás nervioso por la boda? —pregunto.

Atrae a Aspen hacia él.

—Demonios, no. Créeme, eres el único en esta mesa al que van a plantar en el altar.

Los cuatro comparten una risa.

—Muchas gracias —digo, levantando mi vaso en un sarcástico brindis.

—Briggs, esa mujer al otro lado del bar está mirándote —dice Brett codeándome.

Miro al otro lado y veo a la hermana de Ivy, Holly, sentada sola. Me sonrío y le hago señas para que se acerque a nuestra mesa.

—Es la hermana de Ivy —digo a todos antes de que se acerque a nosotros—. Estén tranquilos, por favor.

Me bajo de mi taburete y le doy un abrazo.

—Hola, Holly.

—Hola, Bass. Estaba esperando a mis amigos.

—¿Solo tus amigos? —cuestiono, antes de presentársela a todos.

—Ella no va a venir si es lo que estás preguntando.

—Bueno, puedes sentarte con nosotros si quieres —digo.

—¿No será extraño?

—No si no dejamos que lo sea.

Le señalo que se siente en mi taburete y me paro a su lado.

—¿Te encontrarás con Justin? No me dijo nada.

Arruga la nariz.

—No. No es Justin.

—Está bien. No diré nada.

—No es para tanto. Justin y yo solo salimos en ocasiones. Salimos con otras personas. Ninguno de nosotros quiere ataduras.

—Es lindo que ambos se sientan igual —comento.

Holly me da una triste y culpable sonrisa. Ambos sabemos lo que el otro está pensando.

—Holly, tal vez deberías salir con Denver —dice Aspen—. Tampoco quiere ataduras.

Holly se ríe mirando a Denver.

—¿Este bebé? —dice ella—. Es un chiquillo. ¿Cuántos años tienes, veintidós?

—Tengo veinticuatro —responde—. Y difícilmente soy un chiquillo. De hecho, soy un endurecido criminal.

Aspen escupe su bebida sobre toda la mesa.

—¿En serio, Den?

—Está bien, técnicamente no —le dice a Holly—. Pero pasé algo de tiempo en prisión.

—¿Prisión? —pregunta Holly intrigada.

—Bueno, tal vez no en *prisión*. Fueron tres noches en los calabozos, pero aun así.

Holly se ríe.

—No estoy a punto de ser llamada una puma.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta.

—Veintinueve.

—Genial —dice Denver, asintiendo—. Pero difícilmente te hace una puma.

—Ni siquiera lo pienses —le susurro—. Es lo suficientemente malo tenerla saliendo con alguien de la estación.

Ordeno otra ronda para todos y entonces voy al baño. Cuando regreso, veo a alguien que no esperaba ver caminando hacia Holly. Veo a Eli. Como en Eli, el esposo de Ivy. Y lo veo con su maldito brazo alrededor de una mujer que no es su esposa.

—¿Qué mierda? —digo, acercándome para quitar su brazo de la mujer antes de empujarlo en el pecho—. ¿Estás engañándola, idiota?

La mujer mira de mí a Eli, confundida.

—¿Engañándome? —cuestiona.

—Está engañando a Ivy —digo—. Su *esposa*.

—¿De qué está hablando, Eli? —pregunta ella.

Mi mandíbula se aprieta y sé que mi rostro se está poniendo rojo.

—Este idiota está casado, su esposa está embarazada y aun así está en un bar *contigo*.

Holly se levanta y trata de interponerse entre Eli y yo. Probablemente piensa que estoy a punto de golpearlo. Y estaría en lo correcto. Lo hago.

—Apártate, Holly.

—Ha habido un malentendido —me dice.

—Alguien necesita comenzar a hablar —dice la mujer con Eli. Alza su mano izquierda, mostrando su anillo frente al rostro de Eli. Su anillo de *compromiso*—. ¿Es en serio Eli? Por favor, dime que no estás realmente casado con Ivy.

—No estoy casado con ella, nena —dice Eli. Entonces se gira hacia mí—. No estoy casado con ella. Le dije a Ivy que te lo contara. Le dije que era ridículo ocultarte cosas.

Estoy haciendo todo lo posible por mantenerme en calma, pero Brett tiene que contenerme.

—¿Me dice alguien qué mierda está pasando, por favor?

—Ivy no está casada —responde Holly.

—¡Pero vi el anillo! —grito—. ¿Qué me está ocultando? Oh, por Dios, ¿el bebé es mío? ¿Es eso lo que está ocultándome? ¿Y por qué demonios haría eso?

—Cálmate, Briggs —dice Brett, ofreciéndome su taburete y un trago—. Parece que tal vez tenemos que darles a ti y a la hermana de Ivy algo de espacio para hablar.

Todos van a la mesa de al lado y Holly se sienta a mi lado.

—El bebé es de Eli —explica—. Estuve ahí cuando fue al doctor. Ivy usa el anillo porque está cansada de recibir miradas sucias y comentarios desconsiderados sobre ser madre soltera.

—¿Por qué no me lo dijo? —inquiero—. Cuando la vi por primera vez usando el anillo en tu tienda, ¿Por qué no dijo nada?

—Por lo que cuenta, intentó decirte que no era lo que pensabas, pero simplemente te fuiste.

—Por supuesto que me fui, ¿qué se suponía que hiciera cuando vi el anillo de boda en su dedo? Y si quería que supiera que no estaba casada, todo lo que tenía que hacer era tomar el maldito teléfono.

—Está herida —dice Holly—. Está convencida de que este bebé será como Jonah o Dahlia.

—Cualquiera puede entender por qué está asustada. Pero qué demonios, Holly. Por lo que parece, Eli está comprometido con otra mujer. Ivy me dejó creer todo el tiempo que había vuelto con él. ¿Por qué me mintió desde el principio? ¿Por qué no solo me dijo entonces que estaba esperando el bebé de Eli?

Holly pone la mano en mi hombro.

—Esas son buenas preguntas, pero tal vez deberías hacérselas a Ivy.

—No va a hablar conmigo. Nunca responde mis llamadas o mensajes. Nunca reconoce mis flores. No me quiere, Holly. Y francamente, en este punto, tampoco estoy seguro de quererla.

Me contempla.

—¿En serio? Porque por la forma en que estabas a punto de descuartizar a Eli, diría que tienes sentimientos por ella.

—Claro, aún tengo sentimientos por ella, pero es cosa del pasado. Ha hecho todo lo posible por apartarme de su vida. No estoy seguro de poder superar eso.

—Tiene sus razones, Bass. Habla con ella.

Niego.

—No. Me prometí que no volvería a recorrer ese camino.

Cierra los ojos y deja salir un profundo suspiro.

—No soy como mi hermanita —dice—. Demonios, no estoy segura de que alguna vez vaya a establecerme o tener hijos. Pero, ¿sabes que todo lo que Ivy quiso alguna vez era ser madre? Cuando éramos pequeñas jugando con barbies, yo siempre jugaba con barbie y ken. Los hacía salir en citas y besarse, incluso tener sexo. Pero no Ivy. Ella pretendía que barbie tenía un bebé. Y entonces una navidad, le dieron una de esas muñecas que come, mea y llora. Fue su regalo favorito de todos. Llevaba esa muñeca a todos lados. Mi hermanita nació para ser madre. Pero ese sueño le fue arrebatado. *Dos veces*. Y vive con el miedo de que pase de nuevo. Eso tiene que joder a una persona, Bass. Así que tal vez podrías darle un pequeño descanso.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto—. En julio, cuando fui a la florería y dijiste que algo estaba mal pero que tenía que hablar con ella, ¿Por qué no me lo dijiste entonces? Demonios, ¿por qué *nadie* me dijo? ¿Han pasado casi seis meses y todos ustedes siguieron con esto? ¿Incluso cuando sabían que la amaba? Sé que aún tiene sentimientos por mí. Lo pude ver en su rostro en la cafetería el otro día.

—Lo siento —dice. Señala a Eli—. Todos lo hacemos, pero es mi hermana. Tengo que honrar sus deseos. Pero el juego ha terminado. Así que ve a hablar con ella.

—No. Ella puede hablar conmigo si quiere. Pero no lo hará. Sé que no lo hará. Ha pasado por muchos problemas para alejarme.

—Bass, no pases página en esto. Todos la queremos contigo, la pregunta es, ¿lo haces tú? ¿La quieres aunque lleve al bebé de otro hombre?

Me rio con desánimo.

—Creo que me he preguntado eso cientos de veces los pasados dos meses.

—¿Y cuál es la respuesta?

Tomo una bebida que uno de los chicos dejó en la mesa. Entonces me levanto.

—Ha sido genial verte de nuevo, Holly. Espero que disfruten su velada.

34

Ivy

Me siento y miro la guitarra en la esquina de mi dormitorio. Todavía toco a veces, solo para sentirme más cerca de Dahlia. Pero cada vez que lo hago, no puedo evitar pensar en Bass. Pienso en él tocando su guitarra y luego en él sosteniéndome en sus brazos mientras rasgueamos juntos los acordes. Me pregunto si alguna vez piensa en mí cuando está tocando.

Me gustaría salir de la cama, sabiendo que no puedo quedarme aquí para siempre. El aniversario de su muerte ha llegado y pasado. Y el mundo no se ha acabado. Sigo aquí. No salté de un puente.

El bebé me da una patada en las costillas. Me encanta cuando pateo. Me hace saber que está vivo. Todavía uso mucho el Doppler fetal. Me consuela oír sus latidos cuando está durmiendo. Aun así, la sensación de molestia que tengo me dice que algo anda mal. Mi médico dice que me preocupo demasiado. Ha hecho media docena de ecografías para detectar anomalías en los riñones. Y aunque no ha encontrado ninguna, no dice que el bebé estará sano. Porque nadie sabe con seguridad que lo estará.

Recuerdo estar embarazada de Jonah. Recuerdo haber sido tan feliz cada vez que pateaba. Eli y yo nos sentábamos durante horas, tocando mi estómago y riéndonos cuando Jonah nos respondía moviéndose. Hicimos un juego, tratando de adivinar qué parte del cuerpo estaba usando para darnos un golpecito. Recuerdo que le di un nombre y que hice todo tipo de planes. Y entonces una mañana, nunca volvió a patear.

Ese fue el segundo peor día de mi vida. He pasado por ocho aniversarios del día en que Jonah murió. Pero a diferencia de la muerte de Dahlia, no tengo una manta favorita

para consolarme. Ningún álbum de recortes de dibujos. Sin fotos.

Era joven e ingenua cuando tenía dieciocho años. El capellán del hospital me instó a permitir que el fotógrafo del hospital nos tomara una foto a Eli y a mí con Jonah. Con un Jonah *muerto*. Me negué, pensando que era morboso e innecesario.

Oh, cómo me gustaría tener esa foto ahora. Todo lo que tengo de Jonah es el documento enmarcado del hospital de sus pequeñas huellas. Y aunque la visión de su pequeño cuerpo sin vida está grabada en mi memoria para siempre, cada vez es más difícil recordar cómo era su rostro. ¿Se parecía a mí? ¿A Eli? ¿A Dahlia? Lo recuerdo como un pequeño humano perfectamente formado con diez dedos en las manos y diez en los pies. Me dejaron sostenerlo antes de llevárselo. Pero Eli nunca lo hizo. Creo que recuerdo que tocó el rostro de Jonah, pero se negó a tomarlo en sus brazos. Al igual que se negó a ver morir a Dahlia.

Una lágrima baja por mi rostro mientras acuno mi vientre pensando que podría tener que pasar por la pérdida de un tercer hijo.

Finalmente me levanto y me miro en el espejo de camino al baño. Todavía llevo la camiseta de Bass a la cama todas las noches. Se siente demasiado ajustada en la barriga y probablemente nunca recobre su forma, pero al igual que la manta de Dahlia, es como me aferro a ese pequeño pedazo de él.

Después de mi ducha, Holly me dice que es un día tranquilo y soleado afuera. Dice que va a salir a correr. Compruebo la temperatura y veo lo agradable que es, así que me pongo las botas, tomo mi abrigo y salgo por la puerta.

Camino por la cuadra, inhalando el aire fresco de diciembre mientras disfruto del cálido sol en mi rostro. Miro todos los adornos navideños que llenan en las calles y los escaparates de las tiendas. Me había prometido que me esforzaría más en Navidad este año, pero aún no he hecho ni una sola compra.

Decido cambiar eso ahora mismo y entrar en la tienda más cercana. Elijo algunos suéteres para Holly y Christina, una colección de libros de cocina para mamá y papá, y una camiseta de los Nighthawks para Alder.

Luego respiro profundamente y voy a la sección de niños.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta una joven.

—Necesito un regalo para un niño de dos años. Mi sobrino.

Sonríe mientras me mira la barriga.

—Oh, entonces este debe ser el primero.

No reconozco su declaración y sé que debe pensar que soy una perra de clase A.

—Bueno, ¿le gustan los autos? ¿Camiones? ¿Personajes de Disney?

Me encojo de hombros.

—No estoy segura de lo que le gusta.

—En mi experiencia, no puedes equivocarte con la maquinaria. Tengo muchas opciones por aquí.

Trato de hacer que mis piernas se muevan, pero no lo hacen. Me quedo mirando miles de juguetes y siento que se me cierra la garganta. No he estado en un departamento de juguetes en más de un año. Me desabrocho el abrigo porque hace calor aquí. El aire se ha vuelto espeso y me pesa en el pecho. Siento que me estoy sofocando.

—¿Puedes elegir algo por mí, por favor? —Le doy tres billetes de veinte dólares—. Cualquiera cosa servirá.

—Por supuesto. —Asiente hacia mi vientre—. ¿Te gustaría elegir algo para el bebé también?

Niego mientras una ola de náuseas me recorre.

—Probablemente debería irme. No me siento bien.

Mira las bolsas en mis manos.

—Estaré encantada de que te envíen todas las compras a tu residencia para que no tengas que cargarlas.

Asiento.

—Gracias. Eso sería genial.

Entrego mis bolsas, escribo mi dirección en un papel y salgo corriendo de la tienda.

Doy la vuelta a la esquina y me apoyo contra el lateral del edificio, recuperando el aliento. Creo que estoy teniendo un ataque de pánico.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —inquire un hombre.

Su acompañante mira mi gran barriga.

—Oh, Dios mío, ¿estás de parto? ¿Deberíamos llamar al 911?

—¡No! —grito—. Por favor, no lo hagan. Estoy bien, solo perdí el aliento por un segundo.

El hombre me acompaña a un banco cercano donde me siento y trato de calmarme. La pareja se queda conmigo hasta que están seguros de que no voy a dar a luz al bebé aquí mismo en la esquina de la calle.

Niego ante mi estupidez. ¿Y si hubieran llamado al 911? ¿Sería la compañía de Bass la que hubiera acudido a la escena? Por supuesto que sí, su estación está a unas pocas cuadras de distancia.

Después de sentarme en el banco por unos minutos más, me encuentro levantándome y caminando en dirección a dicha estación. Está en una zona residencial con casas al otro lado de la calle. Me paro detrás de un árbol junto a la acera y miro fijamente a la estación de bomberos. Las puertas del garaje están abiertas, lo que me hace preguntarme si siempre están abiertas como cuando Holly y yo las visitamos a principios de este año, o si solo están tratando de tomar un poco de aire fresco en este día de diciembre inusualmente suave.

Veo los dos grandes camiones. ¿Cómo los llamaba Bass? ¿Motor y escuadrón? Y veo un lugar vacío donde asumo que la ambulancia debe ir cuando no está en una emergencia.

Y entonces lo veo. Veo a Bass cerca de la parte de atrás del garaje, al lado de los camiones. Está sentado en una silla

tocando la guitarra. Alguien pasa junto a él y se detiene por un instante a conversar, riéndose con uno de sus colegas antes de reanudar su interpretación.

Me pregunto si toca fuera para no molestar a nadie. Según recuerdo, todo estaba bastante abierto y tal vez la guitarra resuena por todas partes. ¿Saben lo que se están perdiendo? Su música es increíble. Mi cuerpo me está rogando que me acerque para poder oír lo que está tocando, pero no hay forma de hacerlo sin ser vista. Así que me paro aquí, apoyándome en un árbol, pretendiendo que puedo escucharlo tocar. Y me gusta pensar que está tocando la canción que compuso para mí en Hawái. La que llamó "*Greene Eyes*".

—Puede ir allí, sabe —comenta una mujer, sorprendiéndome por detrás—. Les encanta recibir visitas. Le darán un tour si quiere.

—Oh, no. Está bien. —Me doy la vuelta para mirarla, asintiendo hacia mi barriga—. Solo me detuve a descansar un segundo.

—Diría que fue más de un segundo —replica—. La he estado observando desde mi ventana durante veinte minutos. Es por eso que vine aquí.

—Lo siento.

No estoy segura de qué más decir. ¿Piensa que estoy acechando su casa o algo así?

Me mira la barriga de forma especulativa, y luego a la estación de bomberos. Entonces sus labios se aprietan y frunce el ceño.

—Seis bebés han sido dejados en esta estación este año. Supongo que es más honorable que un basurero. —Niega en señal de desaprobación—. No lo deje al frío, ¿de acuerdo, señorita?

Jadeo ante su insinuación.

—No voy a dejar a mi bebé ahí. Ni siquiera estoy segura de por qué estoy aquí.

—Oh. —Asiente de manera comprensiva—. Ya veo. El padre del bebé es un bombero.

Niego con tristeza.

—No, no es eso. Lo siento. Debería irme.

—Buena suerte, señorita. Lo que usted decida.

Mientras me alejo, vuelvo a mirar hacia la estación por última vez. Ahí es cuando veo a Bass parado en la entrada frente a los camiones, contemplándome. Nos miramos fijamente por un segundo. O tal vez un minuto. O una hora. No estoy segura de cuánto tiempo pasa porque el tiempo se detiene.

Esta vez me mira de forma diferente. No puedo comprenderlo, pero es casi la misma forma en la que me miraba cuando nos conocimos, como si sintiera lástima por mí, pero al mismo tiempo, como si quisiera algo de mí. Algo más.

Supongo que estoy imaginando cosas. Dijo que había terminado conmigo. Cree que estoy casada. Y es para mejor, en realidad. Es mejor que esté tan lejos de mí como pueda.

No puedo quedarme aquí más tiempo sin querer acercarme a él. Así que hago lo único que puedo. La cosa en la que he sobresalido durante los últimos cinco meses y medio. Me alejo.

—Estoy orgullosa de ti, hermanita —dice Holly de camino a la ducha.

Miro todos los regalos de Navidad que envolví y que ahora están apilados en la mesa de la cocina. Me detuve en cinco tiendas más en mi camino de regreso de la estación de bomberos. Tenía que hacer algo, cualquier cosa para olvidarme del hombre que me miraba directamente al alma.

Creo que le diré a Holly que deberíamos comprar un árbol. Sé que no lo ha mencionado porque tiene miedo de que me moleste. Pero lo que nadie parece entender es que recordar a Dahlia y Jonah no es el problema, no lo ha sido desde hace tiempo, no desde Hawái. Es el miedo a que la historia se repita

lo que me mantiene despierta por la noche. Y lo que causa ataques de pánico en los departamentos de juguetes.

Doy un paso atrás y miro el desastre que he hecho en la habitación. Hay pedazos de papel de envolver por todo el suelo. Lazos, etiquetas, cinta adhesiva, cuerdas... ensucian la habitación con colores plateados, rojos y verdes. Dahlia estaría feliz. Le encantaba la Navidad. De hecho, probablemente se sentaría en medio del desorden y se revolcaría en los pedazos de papel. Y luego la desenvolvería y fingiría estar sorprendida y le diría que era el mejor regalo que me habían hecho. Y sería verdad.

Luego se me ocurre la cosa más extraña. Me pregunto qué pasó con el calcetín de Dahlia. No colgamos calcetines el año pasado, al menos yo no lo hice. Nunca me molesté en preguntarle a mi familia qué hicieron. Pasé todo el día en mi apartamento temiendo que mamá, papá, Alder y Holly vinieran a repartir los regalos obligatorios antes de que se fueran y pudiera volver a ser un zombi.

Holly dijo que almacenaron todas las cosas de Dahlia. Tal vez es hora de que revise sus cosas. Porque estar aquí, pensando en la Navidad... se siente mal sin tener sus calcetines aquí. De hecho, creo que haré uno para Jonah también.

Hay un golpe en mi puerta. Miro alrededor de la habitación desordenada, sabiendo que, con mi enorme barriga, no hay manera de que pueda ordenar las cosas rápidamente. Pero dudo que al chico que me entrega la cena le importe demasiado.

Cuando abro la puerta y veo a Bass, me congelo. El miedo me invade de inmediato. Miro lo que llevo puesto. *Su* camiseta y un pantalón de yoga.

Cuando lo miro de nuevo, veo que está haciendo lo mismo. Sus ojos están pegados a la camiseta que me dio en Hawái.

—Yo, eh... estaba envolviendo regalos —digo, como si eso explicara por qué estoy usando su camiseta.

Pongo los ojos en blanco ante mi estupidez.

—¿Puedo entrar?

Mi estómago se revuelve con el sonido de su voz. El bajo y sensual tono de sus palabras que había olvidado cuánto me gustaba escuchar. Por supuesto, tal vez no era mi estómago el que se revolvía. Podría haber sido simplemente el bebé dando patadas.

Retrocedo y me muevo a un lado, sin encontrar ninguna palabra que decir que no me haga sonar aún más incómoda.

Entra, camina por la habitación y luego asiente hacia mi mano izquierda.

—Sé que no estás casada, Ivy. De hecho, sé que Eli está comprometido con otra mujer.

—¿Qué? ¿Cómo?

Holly entra en la habitación, lista para su salida nocturna. Bass hace un movimiento hacia ella.

—Porque me encontré con ellos el viernes.

Mi mandíbula cae cuando miro a Holly. Ni siquiera tiene la decencia de parecer culpable.

—¿Por qué no me lo dijiste, Hol?

Agarra su bolso de la mesa.

—Ustedes dos necesitan resolver sus problemas —dice—. Me voy.

—Holly. —La miro fijamente.

—Ivy, estoy cansada de esto. ¿Tú no? ¿Mentirle no es agotador? Ahora siéntense y hablen.

Sale por la puerta. Pero Bass no se sienta. Se pasea, pasándose las manos por el cabello.

—Hazme entender —pide.

Froto mi barriga.

—No hay nada que entender, Sebastian. Voy a tener el bebé de otra persona.

—Has venido a la estación de bomberos, Ivy. Y la forma en que me miraste allí, y en la cafetería. Demonios, la forma en que me miraste desde que te conozco. ¿Cómo puedes mirarme así y apartarme?

—¿Qué no entiendes acerca de que voy a tener el bebé de Eli? —cuestiono.

—Pero no amas a Eli. Me amas a *mí*.

Niego como si lo que dijo no fuera cierto.

—Ivy, sé que lo haces. —Hace un gesto hacia la camiseta—. Mírate, llevas puesta mi maldita camiseta incluso después de todo este tiempo. —Se frota la frente en señal de frustración—. Escucha, sé que no es tu culpa que estuvieras embarazada en Hawái. Dijiste que no lo sabías y te creo. ¿Por qué dejas que eso nos separe? ¿Crees que no puedo querer al hijo de otro hombre?

Mis ojos se humedecen y mi garganta se estrecha mientras vuelvo a negar.

—No es eso —susurro.

—Entonces, ¿qué es? ¿Por qué demonios no me dejas entrar?

Me siento en el sofá, con las piernas demasiado temblorosas para sostenerme.

—No puedes entenderlo, Bass. Nadie puede.

—¿Por qué no pruebas? Podría sorprenderte.

Miro una foto de Dahlia colgada en la pared del salón.

—Creo que perder un hijo puede ser la cosa más dura por la que alguien podría pasar. No iba a hacerte pasar por eso.

—¿*Hacerme* pasar por eso? —pregunta.

Asiento, tirando de una hebra del sofá.

—Sabía que todavía querrías estar conmigo —digo—. Incluso si sabías que estaba embarazada de Eli. —Lo miro—. ¿Me equivoco?

—No. No te equivocas. Te amaba, Ivy —replica, con la voz entrecortada—. Todavía te amo.

—¿No entiendes lo que habría pasado? —inquiero—. Habrías pasado por este embarazo conmigo. Habrías puesto tus manos en mi vientre todas las noches, sintiéndolo patear, retorcerse y tener hipo. Habrías hablado con él y te habrías unido a él incluso antes de que estuviera aquí. Habrías intentado ponerle un nombre y hacer planes.

—¿Él? —pregunta—. ¿Es un niño?

Me encojo de hombros.

—No estoy segura. No quise saberlo.

—Todas esas cosas que dijiste que haría suenan como cosas bastante normales, Ivy.

—Nada de esto es normal, Bass. He tenido dos bebés. Dos bebés que ahora están muertos. Dos bebés que me hicieron enamorarme de ellos antes de que me arrancaran el corazón. Y está a punto de suceder de nuevo. No voy a llevarte conmigo. No es justo.

Su rostro cae en un ceño fruncido de simpatía.

—Oh, Dios. ¿El bebé lo tiene? ¿Tiene ERPAP?

Niego.

—No lo sé todavía. No hay nada definitivo en los ultrasonidos. Pero eso no significa nada. Tampoco vieron nada anormal en Dahlia.

—Así que él o ella podría ser perfectamente normal —dice—. De hecho, lo más probable es que lo sea.

—Ya no miro las probabilidades —replico—. No tengo el mejor historial en vencerlas.

Me mira fijamente, tratando de comprender la situación. Luego resopla con rabia.

—Entonces, ¿qué mierda, Ivy? ¿Acabas de decidir unilateralmente sacarme de tu vida? ¿Me quitaste mi elección en el asunto? Ni siquiera me hablaste de ello. ¿Solo inventaste

mentiras para alejarme? ¿Qué te da derecho a joder mi vida de esa manera?

—No lo entiendes —digo, una cálida lágrima rodando por mi mejilla.

—No, *tú* no lo entiendes. —Se acerca y me levanta del sofá.

Me toma en sus brazos y me besa. Me besa con fuerza. Tan fuerte que es casi doloroso. Pero creo que es doloroso porque su beso hiere mi alma. Duele porque lo amo mucho. Me duele porque pienso en él todos los días y sueño con él por la noche. Me duele porque me hace recordar los buenos momentos que tuvimos en Hawái.

Sus besos se vuelven más suaves. Se convierten en las palabras que intenta decirme. Se convierten en las súplicas que me he negado a escuchar. Me pierdo en su beso. En su silencioso reclamo. Me pierdo en *él*. La única cosa en el mundo que es real en este momento es este beso. Y por un segundo, recuerdo lo que es ser feliz.

Luego el bebé me golpea en las costillas.

Me aparto, negando.

—Bass, no puedo.

—¿Por qué, Ivy? ¿Por qué no puedes?

Las lágrimas caen por mi rostro. Las limpio con el cuello de mi camiseta.

—¡Dime! —grita.

—Porque te amo demasiado. Por eso.

Respira hondo y se acerca a mí.

—Cariño, está bien. Todo va a estar bien. Podemos hacer esto juntos.

Me aparto de su alcance.

—No va a estar bien —digo—. Sabes lo que nos pasó a Eli y a mí. No soy capaz de tener una relación cuando tengo

un hijo con necesidades especiales. Y por muy duro que sea perder otro hijo. Será aún más difícil perderlos a ambos.

—Pero ya me has perdido. No estamos juntos.

—Es lo mejor, Bass. No hemos estado juntos durante casi seis meses. Seguro que ya me has superado. Estás siguiendo adelante. Lo vi yo misma en la cafetería. Ya no duele tanto, ¿verdad? Pero si estuviéramos juntos y perdiéramos este bebé, y luego nos perdiéramos el uno al otro, yo... no sería capaz de soportarlo. No seríamos capaces de soportarlo.

Se ríe con tristeza.

—¿Así que todo esto es para protegerme? Eso es una mierda, Ivy. ¿Y crees que ya no duele tanto? Dime qué hiciste el día doce, en el aniversario de la muerte de Dahlia. ¿Saliste de fiesta porque *ya no te dolía tanto*?

—Por supuesto que no.

—No me importa si estuvimos juntos durante dos semanas o dos años, y no importa si estuvimos separados durante seis meses o seis días, todavía duele. Y si no crees que es así, entonces no eres la mujer que creía que eras.

—Tienes razón —digo entre lágrimas—. No lo soy.

Me estoy gritando por dentro. *¡Está aquí y te ama!* Pero tantas cosas pasan por mi mente. La muerte de Jonah. Eli mudándose cuando Dahlia no tenía ni un año. Eli negándose a estar con nosotros cuando Dahlia murió.

Suena el timbre y recojo el dinero de la encimera.

—Me gustaría que te fueras —digo.

Me mira fijamente.

—¿Así que eso es todo?

Asiento.

—Lo siento.

—Entonces supongo que esto es un adiós, Ivy Greene.

Abro la puerta y pago mi cena, viendo a Bass caminar por el pasillo mientras cambio mi corazón por un bol de pollo

Kung Pau.

Sebastian

—Les pedí a todos que salieran porque quería un minuto a solas contigo —dice Aspen, ajustándose el velo—. Quería darte las gracias. Gracias por no renunciar a nuestra amistad y alejarte cuando no compartí tus sentimientos. Eres como un segundo hermano para mí, Bass, y te quiero más de lo que crees.

La abrazo con cuidado de no arrugar nada de lo que lleva puesto.

—También te quiero, Penny.

—Sé que esto debe ser difícil para ti —comenta.

Asiento.

—Sí, pero no por la razón que podrías pensar.

Me lanza una mirada ardua.

—Bass, eres mi mejor amigo. Te conozco mejor que nadie. Sé que me superaste hace mucho tiempo. Esto es difícil para ti porque quieres que la mujer con el velo sea Ivy.

Mis ojos se clavan en los suyos.

—¿Crees que quería *casarme* con ella?

—*Quieres* —corrige—. No tiene nada de pasado.

Niego.

—En realidad no importa lo que quería. O quiero. Ella tomó su decisión.

—Pero me dijiste que estaba usando tu camiseta.

—Eso no significa nada —replico.

Ladea la cabeza y me mira alzando las cejas.

—¿De verdad crees eso?

Me he hecho la misma pregunta durante dos semanas. Y no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Ivy con mi camiseta. Se veía hermosa. La camiseta todavía era demasiado grande para ella con la excepción de su estómago. La protuberancia de su bebé estiraba la tela, mostrando cada curva de su creciente vientre. Me dio ganas de extender la mano y tocarla. Tocar al bebé... el bebé que ni siquiera es mío.

Me siento en el sofá y tomo un trago de licor marrón, recordando otra boda en la estuve en una habitación similar en la parte trasera de una iglesia, bebiendo una bebida similar, pensando cosas similares. Pensando que *sí* quería que fuera otra persona la que llevara el velo. En ese entonces, quería que fuera Aspen. Pero ahora, mientras miro a mi mejor amiga que está a punto de casarse con el amor de su vida, sé que nunca podré casarme con el mío.

—Dijo que me ama demasiado para estar conmigo. ¿Puedes creerlo? Dijo que me estaba protegiendo alejándome. ¿Quién hace eso?

Aspen sonrío con simpatía antes de sentarse a mi lado y tomar mi mano.

—Puedes apostar a que puedo creerlo. ¿Has olvidado con quién me casaré hoy? —cuestiona—. Escucha, Bass. Tendemos a herir a quienes más amamos cuando sufrimos. Quizás solo necesitas darle tiempo. Quién sabe, tal vez vuelva después de que nazca el bebé. Si el bebé está sano, podría cambiar de opinión.

Aprieto el puente de mi nariz.

—¿No lo entiendes? Quiero estar ahí para ella *ahora*, no después de que tenga un bebé sano. No me importa si el bebé está sano o no, quiero decir, por supuesto que me importa, pero la quiero a ella y al bebé independientemente. Y no me importa una mierda que el bebé no sea mío. Es una parte de ella y quiero *cada* parte de ella.

Aprieta mi mano.

—Sé lo difícil que es estar enamorado de alguien sabiendo que te ama pero que no puede estar contigo. También sé que hasta que se dé cuenta de a lo que está renunciando al alejarte, no hay nada que puedas hacer.

—¿Qué pasa si nunca se da cuenta?

—Es una mujer, Bass. Créeme, lo hará.

Cierro los ojos y suspiro.

—Mierda, Penny. Lo siento. Este día debería ser todo sobre ti y aquí estoy siendo muy deprimente.

—Siempre estaré aquí para ti —dice—. No me importa si es el día de mi boda o si estoy en Kansas City o Tombuctú. Si me necesitas, estoy aquí.

—Lo mismo digo —replico. Luego me levanto del sofá y la ayudo a ponerse de pie—. Venga, vamos a casarte.

—¡Eeeeeek! —grita—. Voy a casarme con Sawyer Mills hoy.

—Así es —digo, ofreciéndole una sonrisa genuina—. Gracias por dejarme ser tu padrino.

—Hombre de honor —corrige, riendo. Sabe que odio ese término—. No hay nadie más en el mundo que querría que estuviera junto a mí.

Hay un golpe en la puerta y luego Denver asoma la cabeza.

—Es casi la hora. ¿Estás lista?

Aspen asiente, por lo que Denver entra en la habitación seguido por Murphy y Rylee, que son sus damas de honor. Le doy un abrazo final y me dirijo a la iglesia. La única concesión que hizo fue dejarme estar en el altar junto con Sawyer y sus invitados en lugar de caminar por el pasillo con las chicas.

Mientras espero en el frente a que comience la ceremonia, echo un vistazo a la enorme sala. Hay más estrellas del deporte aquí de las que puedo contar. Hay personalidades de la televisión. Famosos. Incluso políticos.

Y fotógrafos. Hay muchos fotógrafos. Aspen y Sawyer acordaron vender las fotos de su boda a una revista popular y donar todas las ganancias a refugios para mujeres maltratadas.

Miro a Sawyer, parado con orgullo junto a sus tres padrinos de boda. No parece nervioso en lo más mínimo. Tal vez sea porque está acostumbrado a estar frente a grandes multitudes. Tal vez sea porque está obteniendo todo lo que siempre quiso.

Brady y Caden se paran a su lado, completados por Danny.

Danny y su madre volaron desde Arizona para asistir a la boda. Aspen dijo que así como no se casaría sin Denver aquí, Sawyer no lo haría sin Danny. Tienen una relación especial, esos dos. Danny está lleno de sonrisas. Le gusta ser el centro de atención. Lucy, su mamá, está lista para ayudar en caso de que Danny tenga algún problema durante la ceremonia.

El organista empieza a tocar y todas las miradas se vuelven hacia las puertas de la iglesia. Cuando se abren, pasan tres niños. Las sobrinas de Caden son las niñas de las flores y el hijo de Brady es el portador del anillo. Todos se ríen cuando la pequeña Beth corre hacia su tío en el altar. Su padre, Kyle Stone, se apresura a agarrarla para que la procesión pueda continuar.

Rylee y Murphy avanzan por el pasillo luciendo hermosas con sus vestidos plateados con lentejuelas. Y entonces Aspen aparece en la puerta del brazo de Denver. Solo he visto a una mujer más hermosa que ella. Y esa mujer no llevaba vestido de novia. Llevaba una camiseta del FDNY.

Aspen tenía razón. Ojalá estuviera parado unos metros a mi izquierda y fuera Ivy la que avanzara por ese pasillo. Nunca había deseado algo tan desesperadamente en mi vida. Ni Juilliard. Ni FDNY. Nada de nada.

Miro a Sawyer, luciendo austero con su esmoquin negro y su fajín plateado. Nunca desde que lo he conocido lo he visto más feliz que en este momento. Señor, cuánto lo envidio.

Cuando Denver y Aspen llegan al altar, Denver la besa.

—Mamá y papá estarían muy orgullosos —dice.

Se miran a los ojos y comparten un momento de tristeza. Sé que ambos desearían que sus padres estuvieran aquí. Que fuera su padre acompañándola por el pasillo, y que fuera su madre sentada en el primer banco.

Denver se la entrega a Sawyer y luego veo a mi mejor amiga casarse con el único hombre al que ha amado de verdad. El hombre que la apartó. El hombre que pasó por todo tipo de infiernos y salió más fuerte. Y mientras se dicen sus votos, me pregunto cuáles serían mis votos si alguna vez estuviera ante un altar con Ivy.

Y me doy cuenta de que podría escribir todo un maldito libro de votos. Después de solo unas semanas con ella, podría recitar mil razones por las que es la mujer para mí. Algunas de esas razones se las mandé por mensaje después de verla en su apartamento hace unas semanas. Pero como dijo Aspen, nada de eso importa si Ivy no cree en esas razones.

La iglesia estalla en vítores cuando se declaran marido y mujer. Sawyer besa a Aspen y luego la levanta y la hace girar. No la vuelve a bajar. La lleva por el pasillo, con cola de dos metros y todo.

Brady me mira incómodo. Supongo que realmente no hablamos sobre el hecho de que se supone que debemos caminar juntos por el pasillo. Bromeando, me ofrece el codo.

Me encojo de hombros.

—Oh, qué diablos —digo, antes de pasar mi brazo por el suyo—. Si nada más, serán excelentes fotografías.

Caden suelta una carcajada y toma la mano de Murphy detrás de nosotros. Y luego Rylee camina con Danny por el pasillo.

Aspen se lleva una mano a la boca para cubrir sus risitas cuando nos ve a Brady y a mí saliendo por la puerta principal. La abrazo.

—¡Felicidades!

Sonríe alegremente.

—A veces los sueños se hacen realidad, Bass.

—Espero que tengas razón, señora Mills. Espero que tengas razón.

Una mujer irrumpe por las puertas de la iglesia. El equipo de seguridad retiene a la corredora mientras grita:

—Alguien llame al 911. No tengo teléfono.

Corro hacia ella.

—¿Qué pasó?

Señala afuera.

—Accidente automovilístico. Parece que dos o tres autos quedaron destrozados. Lo vi suceder. Uno trató de detenerse, pero la calle está helada y...

—Llamen —digo a seguridad—. Es posible que necesitemos varias ambulancias. Y, por favor, intenten mantener a todos en la iglesia. —Llamo a los chicos mientras salgo por la puerta—. Denver, sígueme. Brady y Caden, podría necesitar su ayuda también.

Los cuatro corremos hacia la esquina y vemos un auto destrozado por un poste de teléfono y otros dos autos aplastados en un terraplén de nieve. Uno de los autos está de lado. Corro hacia ese primero y veo a un hombre en el asiento del conductor.

—Señor, ¿está herido? —inquiero, sin ver sangre.

—Creo que estoy bien —responde—. Estoy atascado.

—¿Puede mover sus manos y pies?

—Sí.

Ve combustible goteando sobre la nieve.

—¡Brady! —grito—. Ve si puedes ayudar a este tipo a salir de su auto.

Escucho a alguien gritar y me acerco al auto cubierto de nieve para investigar.

—¡Mi hijo! —grita una mujer—. Está en la parte de atrás.

Asomo la cabeza por la ventanilla del conductor rota y veo a un niño en un asiento de seguridad. Está llorando, pero no parece herido. La madre, por otro lado, no tuvo tanta suerte. Su cabeza está sangrando y parece que una si no ambas piernas están rotas. Necesita quedarse quieta.

—Señora, su hijo se ve bien. Deje de intentar girar la cabeza. Tiene una lesión en la cabeza.

Miro detrás de mí y veo a Denver observando la colisión múltiple. Está impasible. Congelado.

Entonces Caden me llama desde el otro lado de la calle.

—Bass, tienes que venir aquí —dice.

—Denver, necesito que mantengas estable la cabeza de esta mujer. Podría tener una lesión en el cuello.

—Yo, uh...

—Denver, ven aquí. ¡Ahora!

Sawyer aparece detrás de mí.

—Yo lo haré. Dime que necesitas.

—Mantén su cabeza firme. No dejes que se dé la vuelta para mirar en el asiento trasero. No la muevas y no dejes que intente salir. Necesitamos ponerle un collarín. Simplemente pon tus manos a cada lado de su cabeza y sujétala al reposacabezas.

—Entendido —dice.

Miro a Denver mientras cruzo la calle. Está mirando los dos autos rodeados de nieve en el terraplén.

—Espabila, hombre. Este será tu trabajo en unos meses. Supera tu mierda o lárgate de la calle.

—Maldita sea. —Creo que dice en voz baja. Luego me sigue hasta el auto envuelto alrededor del poste—. Lo siento.

—No lo sientas. Solo ayúdame.

Escucho sirenas de fondo, así que sé que la ayuda está en camino.

Un hombre aturdido con un trozo de cristal saliendo de su pecho camina hacia mí.

—Señor, necesito que se siente.

Lo llevo a la acera y lo siento en un banco. Luego me quito la chaqueta del esmoquin y la envuelvo alrededor del cristal.

—Denver, sujeta el cristal en su lugar con mi chaqueta. No dejes que se mueva, y hagas lo que hagas, no lo saques. Tengo que ir a ver a la otra víctima.

Denver no hace lo que le pido. Solo se queda parado y mira fijamente los autos cubiertos de nieve.

—¡Hazlo ahora, Andrews, o la gente podría morir!

Finalmente pone sus manos donde están las mías, sujetando la chaqueta que cubre el cristal.

Corro hacia Caden y lo veo usando su propia chaqueta de esmoquin para detener la hemorragia de la cabeza del pasajero.

—Está sangrando mucho —dice—. No creo que el airbag se haya activado al golpear el poste.

Una ambulancia y un camión se detienen detrás de mí.

Rápidamente les doy a los paramédicos mi evaluación de a quién creo que deberían atender primero, y luego los ayudo hasta que la segunda y tercera ambulancia aparecen.

Después de que las víctimas son transportadas, los chicos y yo volvemos y nos paramos en los escalones congelados de la iglesia donde el equipo de seguridad de Sawyer está reteniendo a la gran multitud de invitados a la boda.

—¿Crees que estarán bien? —pregunta Aspen.

—Sí —respondo—. Creo que tuvieron suerte. —Me dirijo a los chicos—. Gracias por su ayuda.

Denver niega, claramente disgustado consigo mismo.

—No fui de ninguna jodida ayuda.

—Ayudaste a alguien —replico—. Ese hombre se habría desangrado si no hubieras estado allí. De ninguna manera podría haber ayudado a todas las víctimas solo.

—Me quedé helado —dice.

—Sí. Pero luego ayudaste.

—No puedo hacer esto —asegura, levantándose y alejándose.

Empiezo a seguirlo, pero Aspen me sujeta del brazo.

—No —dice—. Dale un minuto. Nuestros padres murieron en la nieve, atrapados en un auto.

—De acuerdo —digo, viéndolo alejarse con la cabeza baja.

Miro mi camisa para ver que está manchada de sangre. Luego miro a Caden para ver los puños de su camisa manchados de rojo.

—Bueno, mierda —le digo a Sawyer—. Ahí van las fotos de la boda.

—¿Estás bromeando? —replica—. Las fotos serán épicas. Será una gran historia que contar a los nietos.

Me rio.

—Lo será.

Los cuatro nos miramos.

—Vamos a tomar una copa en la recepción —comenta Caden—. Creo que nos la hemos ganado.

Como ni Aspen ni Sawyer tienen mucha familia, decidieron no hacer la tradicional mesa familiar en su recepción. Todos han sido invitados a sentarse donde quieran. Como solo conozco al grupo de la boda, me siento en una mesa con Caden y Murphy.

Denver se une a nosotros, llevando un gran plato de comida. Me rio, sabiendo cuántas calorías estará quemando en

la academia de bomberos, que empieza en pocos días. Supongo que ahora está cargando carbohidratos.

—¿No vas a beber? —cuestiono, asintiendo hacia su vaso de agua helada.

—No —contesta, pareciendo frustrado—. Aparte del sorbo de champán del brindis de antes, no he bebido nada desde la víspera de Navidad. Me estaba desintoxicando para el entrenamiento. —Deja su plato y se frota la frente—. Pero ahora estoy pensando que podría beber algo. Tal vez Aspen tenía razón. No debería ser bombero.

—Escucha, Denver. No voy a restarle importancia y decirte que lo que pasó hoy no me concierne. Tienes que ser capaz de reaccionar. No puedes paralizarte así. No puedes evitar situaciones horribles. Correr hacia situaciones horribles es lo que hacemos. Ser bombero no es solo un trabajo, es una forma de vida. Tienes que quererlo, hombre. Si esto es solo un trabajo que pensaste que probarías por si acaso, sigue buscando. Pero si de verdad quieres ayudar a la gente, si crees que puedes superar tu mierda, entonces no dejes que nadie, incluyendo a Aspen, te detenga.

Asiente, asimilando mis palabras.

—He pensado mucho en esto desde que me presenté —dice—. No pude hacer nada para salvar a mis padres. Pero tal vez podría salvar a los padres de alguien más.

Pongo una mano en su hombro.

—Me gusta tu forma de pensar. Y sí, podrías y lo harás. Pero tienes que estar comprometido al cien por cien.

Asiente de nuevo en silencio.

Intento aligerar el ambiente.

—No te rindas en el tercer día de entrenamiento cuando cada músculo de tu cuerpo te duela como si te hubiera atropellado un camión Mack.

—Claro —dice sin comprometerse.

—Cualquier cosa que necesites, estoy aquí para ti.

Levanta el vaso de agua hacia mí.

—Gracias, hermano. Supongo que tengo mucho en qué pensar.

Una pelirroja se acerca y habla con Murphy por un minuto. Luego se vuelve hacia mí.

—Nos conocimos el mes pasado en el gimnasio, ¿verdad? Extiendo mi mano.

—Bass Briggs, me alegra verte de nuevo.

—Charlie Stone —dice—. ¿Te importa si me escabullo en su fiesta y me siento aquí? Estoy sin mi media naranja esta noche.

—¿Tu marido se ha ido por asuntos de investigador privado? —cuestiono, retirando una silla para ella.

—Sí y no —responde—. Tenemos algunos clientes en California de los que normalmente dejamos que nuestra oficina de la costa oeste se encargue, pero la madre de Ethan no ha estado bien últimamente. Viven en Malibú y quería ir a visitarla.

—¿No querías ir a California también? —inquiero—. ¿Escapar del frío tal vez?

—Se supone que no debo volar tan cerca de la fecha de parto —dice, frotándose la barriga.

Me quedo mirando su estómago redondo, justo ahora me doy cuenta de que está embarazada. De frente, ni siquiera lo parece, pero cuando se pone de lado creo que es tan grande como Ivy cuando la vi hace unas semanas. Me sorprende no haber notado que Charlie estaba embarazada el mes pasado cuando la conocí en el gimnasio. Por otra parte, creo que llevaba un abrigo.

—Felicidades.

—Gracias —dice, sentándose un poco torpemente—. Es una niña. Si quieres sugerir algún nombre, adelante. A Ethan y a mí nos está costando. No podemos estar de acuerdo en nada.

No puedo evitarlo. Estoy mirando su vientre embarazado como un acosador espeluznante. Me pregunto si Ivy ya ha pensado en nombres. Creo que probablemente no lo ha hecho. Sé que piensa que nombrar al bebé lo arruinará de alguna manera.

—¿Tienes hijos? —pregunta Charlie, sorprendiéndome mirando su vientre.

Niego.

—No.

—Oh, solo pensé que con la forma en que mirabas mi barriga...

—Lo siento —digo—. Conozco a alguien que está embarazada y te ves más o menos como ella.

—¿En serio? ¿Cuándo nacerá?

—No estoy exactamente seguro.

—Me quedan seis semanas más. No puede ser lo suficientemente pronto. —Toca su estómago de nuevo—. ¿Has oído eso, cariño? Si quieres llegar unas semanas antes como lo hizo tu hermano, está perfectamente bien. Estoy deseándolo.

—Te ves radiante —comenta Murphy.

—Gracias. —Charlie se mueve en su silla—. Ojalá dejara de darme patadas en las costillas.

—¿Está pateando ahora mismo? —pregunta Murphy—. ¿Puedo sentirlo? Extraño mucho esa sensación.

—Claro —dice Charlie, poniendo la mano de Murphy en su vientre.

Observo el rostro de Murphy iluminarse cuando el bebé patea.

Charlie me atrapa mirando. Otra vez.

—También puedes sentirlo, si quieres. Tengo que admitir que es bastante asombroso.

—Uh...

Me toma la mano y la pone en su barriga.

—Hace seis años, si me hubieras dicho que me gustaría estar embarazada, te habría llamado loco. Pero entonces el destino intervino y nos dio a Eli. Odié estar embarazada de él. Ni siquiera quería tener hijos. Y luego estaba todo el asunto de no saber quién era el padre.

—¿No sabías quién era el padre? —cuestiono. Entonces me doy cuenta de lo que dije—. Lo siento, no quise hacer una pregunta tan personal.

—No, está bien —asegura—. Soy la que lo mencionó. Ethan y yo no estábamos saliendo realmente en ese entonces. Solo nos acostábamos de vez en cuando. Y estaba este otro chico de una noche. Todavía no puedo creer que fuera tan estúpida. Pero, oye, la mierda pasa. —Pone los ojos en blanco y le dice a su barriga—: No le digas a papá que mamá dijo *mierda*. —Me mira de nuevo—. Pero todo salió bien. Y ahora aquí estoy, embarazada de nuevo.

Siento una patada bajo mi mano y miro a Charlie.

—¿Sientes eso? —pregunta.

—Es increíble —digo, mirando su estómago.

Sé que debería retirar mi mano. Esta mujer es prácticamente una extraña para mí. Pero me siento impulsado a mantenerla sobre ella. Para sentir la vida que crece dentro de ella. La dejo ahí hasta que siento otra patada, y luego la aparto, lamentando instantáneamente la pérdida de la sensación.

—Disculpen —digo a los cuatro—. Tengo que ir a lavarme antes de la cena.

En el baño, me miro en el espejo, el patético hombre que está tan colgado de una mujer que manosea el vientre embarazado de una extraña.

—O te comportas como un hombre o lo superas —digo a mi reflejo—. Pero deja esta mierda.

He pasado las últimas dos semanas deseando volver a casa de Ivy. Para decirle que no aceptaré un no por respuesta. Incluso le envié un par de mensajes. Mensajes que no abrió. Aspen probablemente tenga razón, no hay nada que pueda

hacer a menos que Ivy tome la decisión de estar conmigo.
Quizás necesito dejarla ir.

Pero sé tan bien como el tipo del espejo que eso nunca sucederá.

Ivy

Eli se da la vuelta en la cama, abrazándome por detrás. Sonríe al sentirlo presionado contra mí. No dormimos mucho juntos. Después de todo, acabamos de graduarnos de la escuela secundaria y ambos aún vivimos con nuestros padres. Pero este fin de semana, mamá y papá están fuera de la ciudad, así que estamos jugando a las casitas.

Ayer nos pasamos todo el día haciendo planes para el futuro. Aunque nuestros padres no están muy contentos con que tengamos dieciocho años y vayamos a tener un bebé, han acordado que podemos vivir juntos después de que Jonah llegue. Pero con Eli yendo a la universidad por los próximos cuatro años, no es como si pudiéramos permitirnos un lugar propio con solo mi salario de la floristería.

La casa de mamá y papá es mucho más grande que la de los padres de Eli, así que viviremos aquí. Hay una gran habitación sobre el garaje que están convirtiendo en un apartamento eficiente para nosotros.

El brazo de Eli está envuelto alrededor de mí, frotando mi gran barriga. Le encanta sentir el movimiento del bebé, por lo que está tocando, esperando que Jonah proteste y lo patee. Su rítmica caricia en mi estómago está haciendo que me duerma. Cuando me despierto una hora más tarde, me doy la vuelta para ver el rostro preocupado de Eli.

—No puedo hacer que se mueva —dice.

—Tal vez le gustan las mañanas de domingo perezosas como a mí —digo riendo.

Eli se sienta en la cama.

—No, en serio. Llevo dos horas aquí tumbado con mi mano en tu vientre y no se ha movido. Ni una sola vez.

—Los bebés duermen como nosotros, Eli.

Se frota la frente y puedo ver lo molesto que se ve, así que me siento a su lado y le doy un empujón al bebé. Cuando Jonah no responde, empujo más fuerte.

Miro a Eli, que está tocando su teléfono.

—¿Tienes jugo de naranja? —pregunta.

—¿Jugo de naranja? ¿Por qué?

Me tiende su teléfono.

—Dice que un aumento de azúcar puede hacer que el bebé se mueva. Recomiendan el jugo de naranja.

—Creo que podríamos tener un poco.

Antes de que las palabras salgan completamente de mi boca, Eli sale corriendo de la habitación, regresando un minuto después con un gran vaso de jugo. Lo bebo todo rápidamente, apaciguando a Eli, luego dejo el vaso y nos quedamos mirando mi vientre.

—¿Dice cuánto tiempo tarda en funcionar? —cuestiono.

Niega, poniendo sus manos sobre mí para empujar y presionar más.

—Algo va mal —comenta—. Deberíamos llevarte al hospital.

—No pasa nada, Eli. Estuvo haciendo volteretas ayer, y anoche tuvo hipo.

—Sígueme la corriente —dice, la preocupación grabada en su frente.

Pongo los ojos en blanco.

—Bien. Pero me voy a vestir primero.

Eli llama a un taxi y lo tiene esperando cuando salgo del baño. El taxista mira mi vientre sobresaliente, y luego a nosotros dos. Niega en señal de desaprobación, como hacen todos cuando me ven.

Cuando llegamos al hospital, me ponen una bata. Luego alguien con una bata blanca entra en la habitación con una

máquina de ultrasonido y se presenta como un interno.

*—¿Dicen que no sienten al bebé moverse desde ayer? —
inquire.*

*—Anoche —respondo—. Tenía hipo. Estoy segura de que
no es nada. Solo está durmiendo —Inclino la cabeza hacia Eli
—. Mi novio sobreprotector me hizo venir aquí.*

*—Echemos un vistazo, ¿sí? —Intenta echarme el gel en el
estómago, pero en vez de eso, termina manchando mi bata de
hospital—. Lo siento —dice, dándome unos pañuelos para
limpiarla. Lo intenta de nuevo, esta vez dando en el blanco.
Luego mueve torpemente la varita alrededor de mi vientre.*

*Tengo la idea de que este tipo no ha hecho esto mucho.
Dijo que era un interno. ¿Eso significa que es un nuevo
médico? Tal vez ni siquiera sea médico, solo un tipo que hace
ultrasonidos.*

*Mueve la varita por un minuto o algo así, todo el tiempo,
mirándome con aprensión. Luego deja la varita.*

—Tengo que llamar a mi superior —dice.

—¿Pasa algo malo? —pregunta Eli.

*—Yo... soy nuevo aquí y, uh... realmente debería llamar a
mi superior.*

Lo vemos salir de la habitación con prisa.

*—Ese tipo no tiene ni idea de lo que está haciendo,
¿verdad? —digo.*

Eli solo mira fijamente el monitor de ultrasonido.

—Eso o vio algo malo.

*Miro el monitor y veo una pantalla en blanco porque el
interno la apagó antes de irse. Pienso en la ecografía que nos
hicieron hace unos meses, la que nos mostró que Jonah era un
niño. Podías ver sus dedos de las manos y de los pies. Fue tan
genial ver esta pequeña vida que está dentro de mí. Me alegro
de que Eli me haya hecho venir hoy, porque me doy cuenta de
lo emocionada que estoy de ver al bebé de nuevo.*

Una mujer con una larga bata blanca entra con el interno detrás de ella.

—Soy la doctora Marbaugh —dice—. Ben me dice que le preocupa que el bebé no se haya movido.

Señalo a Eli.

—Está preocupado. —Me froto el estómago—. En realidad es agradable no tener a este dándome patadas en la vejiga cada cinco minutos. Está tomando una larga siesta. Probablemente por el paseo que tomamos ayer. Estaba agotada después.

La doctora Marbaugh vuelve a encender el monitor y me echa más gel. Mueve la varilla mucho más tiempo que Ben. Su rostro es estoico mientras estudia la pantalla. Luego guarda la varita, me limpia la barriga y toma mi mano en la suya.

—Ivy, lo siento mucho, pero no hay latido.

—¿Porque está durmiendo? —pregunto.

Eli hace un ruido a mi lado. Suena como un sollozo.

La doctora Marbaugh se sienta en la cama, sosteniendo mi mano de forma maternal.

—No hay un latido porque el bebé no está vivo, Ivy. Lo siento mucho.

—¿Qué? Eso es imposible. Se estaba moviendo anoche. Eli, dile que Jonah se movía anoche.

Miro a Eli, pero no estoy segura de que pueda verme a través de las lágrimas en sus ojos.

Sostengo mi barriga protectoramente.

—Oh, Dios mío. ¿El bebé está muerto?

—Me temo que sí —dice la doctora.

—Yo... yo... ¿cómo? —digo a través de mis propias lágrimas—. ¿Hice algo?

Niega.

—No, Ivy, no hiciste nada. A veces estas cosas simplemente pasan.

Eli se sube a la cama, abrazándome. Sollozamos.

Puede que no hayamos planeado tener este bebé. Puede que seamos demasiado jóvenes para criar a un niño. Pero eso no lo hace más fácil. A medida que la gravedad de la situación se hace más profunda, mis sollozos se convierten en un peso y me resulta difícil recuperar el aliento.

La doctora Marbaugh me pone una máscara de oxígeno en la boca.

—Respira, Ivy.

—¿Y ahora qué? —pregunta Eli a la doctora.

Nos mira con comprensión.

—Tienes que tomar una decisión. Puedes irte a casa y esperar a que el parto empiece de forma natural, lo que debería suceder en los próximos días, o podemos admitirte ahora e inducir el parto aquí.

—¿Parto? —digo llorando, quitándome la máscara para poder hablar—. ¿Tengo que pasar por el parto?

—Estás en el tercer trimestre —responde con tristeza—. Me temo que sí.

—Eli. —Me entierro en su hombro, sabiendo que no soy lo suficientemente fuerte.

—Está bien —dice—. Estoy aquí. No voy a ir a ninguna parte.

Lo miro. Pero no es Eli, es Bass.

—No voy a ir a ninguna parte, Ivy. Estoy contigo pase lo que pase.

Me despierto, llorando en mi ya mojada almohada. Ni siquiera puedo contar las veces que he revivido la muerte de Jonah en mis sueños. Y cuando no estoy soñando con la muerte de Jonah o Dahlia, sueño con la muerte de *este* bebé. Sueños vívidos de él naciendo azul. Excepto que en mis sueños, no es un él, es una ella. Y Bass está ahí. Bass siempre está ahí.

Agarro el Doppler fetal y lo pongo en mi vientre, aliviada de escuchar el rápido sonido de sus latidos.

Miro el calendario en mi pared. Doce de febrero. Tres días después de mi fecha de parto. Mi médico dijo que me lo inducirá si no me pongo de parto en una semana. Pero prefiero mantenerlo dentro de mí. Mientras esté dentro de mí, no lo sabremos. No sabremos si tendrá que vivir su vida en diálisis, esperando un trasplante. No sabemos si sufrirá de hipertensión, anemia, enfermedades del hígado o dificultades respiratorias. E incluso si nace aparentemente sano, el ERPAR puede presentarse más tarde en la vida. Si el resultado es positivo, siempre nos preguntaremos cuándo va a atacar.

Pero mientras esté dentro de mí, no tenemos que preocuparnos de que todas esas preguntas sean respondidas. Mientras esté dentro de mí, puedo seguir fantaseando con que sea un niño normal y sano. Uno que no esté atado a médicos, hospitales y máquinas. Uno que pueda correr, saltar y jugar sin preocuparse de que sus quistes se rompan o de atrapar un resfriado de otro niño, lo que podría convertirse en una infección mortal.

Intento volver a dormir, pero hay demasiada luz en mi habitación. Además, probablemente tendría otra pesadilla. Prefiero los buenos sueños. Los que tienen que ver con mi regreso a Hawái. Oh, cómo me gustaría estar allí con él. Anhele los días en los que la única decisión que tenía que tomar era qué bikini usar.

Tomo mi teléfono y miro las fotos de Bass y yo. Luego abro los mensajes que me envió hace más de un mes. Los que no he leído.

23 de diciembre

Sebastian: Razón número uno por la que deberías estar conmigo: Te amo y me amas.

24 de diciembre

Sebastian: Por si la Razón #1 no fuera suficiente - Razón #2: Los amo a ti y al bebé. Lo querré como si fuera mío.

25 de diciembre

Sebastian: Sé que este día debe ser duro para ti. Siempre dijiste lo mucho que le gustaba la Navidad a Dahlia. Razón #3: Quiero ayudarte a recordar todas las cosas buenas.

26 de diciembre

Sebastian: ¿Recuerdas que en Hawái me preguntaste cuánto tiempo te esperarías? Razón #4: No puedo verme con nadie más que contigo.

31 de diciembre

Sebastian: Feliz Año Nuevo, Ivy. Ojalá pudiera celebrarlo contigo. Razón #5: Cada año nuevo es un borrón y cuenta nueva. Un nuevo comienzo. Quiero ser tu nuevo comienzo.

Dejo mi teléfono y me acurruco con mi almohada, deseando que fuera Bass.

Ese fue el último mensaje que recibí de él. No ha enviado más. Tal vez porque dos días después conoció a alguien en la boda de Aspen. He visto las fotos. Había varias fotos de él con una pelirroja alta, preciosa y regordeta.

Ahí va la razón #4.

Quería llamarlo desesperadamente después de que apareciera en mi apartamento. *Debería* haberlo llamado. Pero ahora he perdido mi oportunidad. Ha pasado demasiado tiempo. Finalmente se ha dado por vencido conmigo.

Es mi culpa. Sabía que lo que estaba haciendo lo alejaría. Esa era mi intención. Pero en el fondo, supongo que pensé que realmente me *esperaría*. Pensé que seguiría intentándolo. Pensé que me ganaría.

Y lo hizo. Maldita sea por no leer sus mensajes antes. Soy tan idiota.

Agarro su camiseta y la levanto hasta mi nariz, deseando que olera como él y no como yo.

Pienso en que es el mejor hombre que he conocido. La mejor *persona*. No tenía que hacer lo que hizo en Hawái. La mayoría de los hombres habrían corrido en dirección contraria cuando actué como lo hice. La mayoría de los hombres no se pensaría dos veces estar con alguien tan obviamente dañado. ¿Y qué clase de hombre sigue queriendo a una mujer cuando está embarazada del hijo de otro hombre?

Miro una foto de Bass, trazando el contorno de su rostro con mi dedo.

Supongo que el mismo tipo de hombre que arriesga su vida día tras día para ayudar a extraños. La clase de hombre que pide panqueques de flores y me envía margaritas. La clase de hombre que me envía mensajes con todas las razones por las que debería estar con él.

Cierro los ojos, con lágrimas cayendo al apretarlos. Porque me doy cuenta de cuánto lo amo. Lo amo sin importar lo que pase. Lo amo, independientemente de si este bebé vive o muere. Quiero que me ayude a recordar a Jonah y Dahlia. Quiero que sea mi hombro para llorar. Quiero que me lleve de vuelta a Hawái si las cosas van mal. Quiero amarlo como si fuera mi sol, mi catarata, mi charco en la lluvia. Quiero amarlo para siempre.

El problema es que podría llegar demasiado tarde.

Me levanto de la cama, detenida por otra contracción de Braxton Hicks. Esta me hace agarrarme a la cómoda. Me siento de nuevo, preguntándome si estoy de parto. Miro el reloj y marco la hora. Pero después de quince minutos, cuando no tengo otra, me levanto y me preparo para el trabajo, sabiendo que Holly tendrá algunas buenas palabras de sabiduría para mí cuando le diga lo tonta que he sido. Bueno, tal vez no sean palabras sabias, pero *es* la reina en conseguir que los hombres la noten. Y tal vez, solo tal vez, pueda ayudarme a ganarlo de nuevo. Porque a pesar de que me siento embarazada de cincuenta y dos semanas y ya no puedo ver mis pies, estoy en una misión. Y puede que sea la misión más importante de mi vida.

Sebastian

Estoy acostado en mi cama, mirando al techo, tratando de conseguir unos minutos más de sueño ya que estuvimos de guardia casi toda la noche. Pero es inútil. No puedo dormir. Mi mente está acelerada. ¿Ivy está bien? ¿Tuvo el bebé? ¿Está el bebé enfermo?

Ni siquiera sé la fecha del parto, pero supongo que es ahora mismo, basándome en que dijo que se quedó embarazada en el cumpleaños de Dahlia. He hecho los cálculos. Podría estar en el hospital ahora mismo dando a luz. Podría estar en casa con un bebé sano. Podría estar enterrando a otro niño. El no saber me está matando.

Todavía paso corriendo por la floristería unos días a la semana, pero no me he atrevido a mirar por la ventana. Cada vez que he querido, me recuerdo lo que Aspen dijo sobre la necesidad de que Ivy viniera a mí. Eso es lo que Aspen quería decir, ¿no? ¿Que debería esperar y dejar que Ivy viniera a mí? ¿Esperar a que tenga una epifanía o algo así?

A pesar de mi mejor juicio, saco el teléfono y reviso mis fotos de Hawái otra vez. Luego, para torturarme aún más, abro nuestro hilo de mensajes para poder volver a leer lo que nos dijimos la semana después de volver a casa. Pero me doy cuenta de algo. Veo que finalmente leyó los que le envié durante las vacaciones. No puedo recordar la última vez que lo comprobé, debe haber sido hace al menos una semana. Y desde entonces el indicador ha cambiado de “entregado” a “leído”.

Los leyó en algún momento de la semana pasada.

¿Eso significa algo?

Antes de que pueda pensar mucho en ello, llega un mensaje por el altavoz enviándonos a un incendio de una

estructura comercial. Guardo el teléfono y bajo corriendo las escaleras, poniéndome mi equipo antes de subirme al asiento trasero del camión.

—¿Qué parece, Duck?

Steve es nuestro conductor. Conoce todas las direcciones, calles y números de edificios, así que normalmente puede decirnos a dónde vamos antes de llegar.

—Fábrica de ropa —dice—. Algún diseñador local es el dueño. Cosas de alta gama, si recuerdo bien. A mi hermana le encanta la marca.

—Fábrica de ropa. Genial —musito—. Muchos productos inflamables. ¿Por casualidad sabes qué tipo de ropa hacen?

—¿Qué importa qué tipo de ropa hacen? —cuestiona Noah.

—Algunas telas son más inflamables que otras —respondo—. El algodón, el lino y la seda se queman más fácilmente que la lana o el poliéster. Cualquier cosa con un tejido se quemará más lentamente. La mayoría de las telas sintéticas como el nylon y el acrílico tienden a resistir la ignición. Pero con esos, si se encienden, se derretirán, lo que puede causar una quemadura severa. El mayor riesgo es cuando se combinan las fibras naturales y las sintéticas, porque se obtiene una alta tasa de quemado y fusión al mismo tiempo. También tenemos que estar atentos a los tintes y aditivos de las telas. Generalmente cualquier cosa que se use para dar color será altamente inflamable. Podrían tener tambores de esos que hay alrededor que podrían convertirse en cañones o bombas. Y, por supuesto, las cajas y el material de embalaje simplemente arderán, añadiendo combustible al fuego.

Noah está atendiendo a mis palabras. Sé que aprendió mucho de esto en la academia de bomberos, pero es difícil recordarlo todo. Aprendí mucho cuando mi compañía respondió al incendio de una fábrica de ropa la primavera pasada. Por suerte, fue un domingo y no había trabajadores presentes. Hoy no somos tan afortunados. Es martes. Todo el mundo va a trabajar el martes.

J.D. me mira como un padre orgulloso. Asiente.

—Buen trabajo, Briggs.

Recibir elogios de J.D. no es algo cotidiano. He descubierto que cuando los reparte, significa que está impresionado.

Cuando nos acercamos al edificio de cuatro pisos, vemos llamas saliendo de varias ventanas.

—Tenemos trabajo, gente —indica J.D—. Pónganse las bolsas de aire.

Cuando salimos del camión, veo otros dos camiones y uno con escalera que se detiene a nuestro lado. Luego, el jefe de batallón Mitzel llega en su camioneta.

—Tenemos uno vivo —dice cuando sale. Se dirige a la unidad del teniente Cash—. Escuadrón 13, suban y ventilen el techo. Unidad 319, estiren una línea hasta la exposición dos, planta baja. Unidad 77, denme una búsqueda primaria en la exposición cuatro. Escalera 51, lleven al escuadrón 13 al techo y esperen mis órdenes.

Me inclino hacia Noah y le susurro:

—Es la entrada izquierda a la que nos envía, novato.

Pone los ojos en blanco.

—¿Dónde nos quiere, jefe? —pregunta alguien de otra compañía.

Señala a la gente que sale del edificio.

—Unidad 98, necesito un secundario en exposición dos y control de perímetro. Ayuden a poner a salvo a esa gente.

Tomamos nuestro equipo y nos dirigimos a la entrada del lado izquierdo del edificio. El humo está saliendo, así que nos ponemos las máscaras. J.D. entra primero, haciéndonos señas para que vayamos detrás de él.

—Briggs, toma al novato y ve por ese pasillo. Duck y yo iremos por aquí.

—Bien, Cap. Sígueme, Auggie.

Nos encontramos con media docena de personas a las que ayudamos a salir.

—Seis saliendo de la exposición dos —señalo en mi walkie.

Entonces el jefe Mitzel dice por la radio:

—Unidad 319, la 77 necesita ayuda para mover su línea en el segundo piso, en la escalera sur, ¿pueden ayudar?

J.D. aparece con una mujer sobre sus hombros. Me entrega la cámara de imágenes térmicas.

—Toma esto. Noah y tú vayan a la dos y asistan a la 77. Duck viene detrás de mí con otra víctima. Los seguiremos tan pronto como podamos. Notificaré al jefe.

Noah y yo encontramos la escalera sur y subimos al segundo piso donde vemos a la compañía de motores 77. Jason Bortles mira la herramienta Halligan en una de mis manos, el hacha en la otra, y el extintor de agua que Auggie sostiene.

—Mierda, ¿no tienen nada mejor que eso? —comenta Bortles—. Hay gente detrás de esa puerta.

—¿Qué esperabas? —pregunto.

—No sé, ¿un poco de C-4 tal vez? —bromea—. Mira. — Señala la puerta de la escalera del segundo piso que parece estar cementada—. Están remodelando, y algún idiota dejó caer doscientos kilos de maldito cemento húmedo aquí. — Utiliza su Halligan, demostrando lo sólido que es—. Alguien va a estar en un montón de jodidos problemas.

—La escalera sur está bloqueada —reporto en mi walkie—. Cerrada con cemento. Necesitamos otra forma de subir.

—La escalera norte es intransitable —informa el jefe—. El hueco del ascensor está a seis metros a la izquierda de la escalera del primer piso. Encuéntralo y haré que alguien se reúna con ustedes allí con una escalera. Parece que están subiendo.

—Ya escucharon al hombre. ¡Vamos!

Cinco minutos después, estamos en el segundo piso, evacuando al último de los trabajadores por el hueco del ascensor mientras el humo se eleva. Cada vez es más difícil ver más de un metro delante de nosotros.

—Los pisos tres y cuatro están despejados —comenta el jefe Mitzel por radio—. Vamos a atacar desde arriba. Tienen dos minutos para salir de ahí.

J.D. lleva a una mujer con problemas respiratorios cuando oímos un grito. Miro detrás de nosotros, tratando de medir de dónde vino.

—Capitán, hay uno más —exclama Noah.

J.D. dice unas pocas palabras, claramente queriendo ir él mismo, pero como su máscara está en la mujer que sostiene, no hay tiempo.

—Vayan —dice, asintiendo a Noah y a mí—. Tienen exactamente noventa segundos. Este edificio se va a derrumbar.

—Entendido —aseguro.

—¡No me hagan ir detrás de ustedes! —grita detrás de nosotros—. ¡Noventa segundos!

Le entrego a Noah la cámara de imágenes térmicas.

—Encuéntrala —pido.

Miro por encima de su hombro mientras escanea las paredes con la cámara. Maldita sea, estamos en una puta caja caliente aquí. Todo el jodido edificio está en llamas a nuestro alrededor.

—Si abrimos cualquiera de estas puertas, va a salir una llamarada —señalo.

Escucho una explosión detrás de nosotros.

—Joder. Apuesto a que fue en el hueco del ascensor. Podríamos estar atrapados.

—Hay algunas ventanas en el lado este —indica Noah—. Si podemos encontrarla y llegar hasta allí.

Entonces algo en el fuego se lanza delante de nosotros.

—¡Allí! —digo.

Noah cae sobre él, apagando las llamas. Luego se levanta, sosteniendo un gato.

—¿Qué mierda, Briggs? ¿Volvimos aquí por un maldito gato?

El gato chilla y salta de sus brazos. Es el mismo sonido agudo que pensamos que era una mujer.

—Unidad 319, informe —dice J.D. por radio.

—No fue una víctima, capitán. Era un gato. Y creo que nuestra salida se ha derrumbado.

El capitán me habla por radio, confirmando mi peor temor. No tenemos ninguna salida.

Noah intenta abrir la puerta de la escalera, la que está cementada al otro lado.

—Estamos atrapados, Briggs.

Echo un vistazo rápido al regulador de Noah y luego al mío. A ambos nos quedan unos diez minutos de aire.

—Vamos a intentarlo por las ventanas del lado este, capitán —digo, eligiendo mis pasos cuidadosamente mientras paso el guante a lo largo de la pared—. Oh, mierda.

—¿Qué pasa? —cuestiona J.D.

Las paredes están burbujeando.

—Tenemos que salir de aquí. ¡Ahora! —grito a Noah.

—¡Ahí! —dice, señalando una puerta al final del pasillo—. No hay retroalimentación térmica.

Intento con la perilla, pero está cerrada. Me doy la vuelta y me apoyo contra los lados del marco de la puerta y luego la pateo con la suela de mi bota. Pasamos por la puerta cuando escucho el sonido más aterrador que un bombero puede oír. Oigo el fuego destellando en el pasillo detrás de nosotros.

Noah y yo mantenemos la puerta cerrada con nuestro peso corporal.

—Encuentra lo que puedas y mételo debajo de la puerta —indico.

—¡No hay nada! —grita. Escanea la habitación—. Oh, joder, Briggs.

—¿Qué pasa? —pregunto, todavía manteniendo la pesada puerta de acero cerrada.

—¿Recuerdas lo que dijiste en el camión sobre los tintes de la tela?

—¿Sí?

—Bueno... —Se mueve detrás de mí—. Creo que los encontramos.

Me doy la vuelta y miro alrededor de la habitación. El almacén sin ventanas. El cuarto con una docena de tambores etiquetados con varios colores de tintes para telas.

—¡Joder! Capitán, tenemos un pequeño problema. —Miro a Noah y luego digo en la radio—: Mayday, mayday, mayday.

La mayoría de los bomberos nunca tienen que llamar al auxilio en toda su carrera, y aquí estoy yo, apenas dieciocho meses dentro y con un novato. Es una situación para la que todos nos entrenamos. Es una situación en la que esperamos no tener que estar nunca.

—Dime, Briggs —contesta J.D.

—Habla la unidad 319 —informo—. Tenemos dos bomberos atrapados en un almacén en la esquina dos/tres de la exposición dos. Al final del pasillo. No hay ventanas. Hay una docena de barriles de productos inflamables aquí. Tendrán que atravesar la pared del edificio a casi dos metros de la esquina.

—Mierda. —Oigo a J.D. decir por la radio.

Me rio. Me rio porque en este momento, no hay nada más que pueda hacer.

—Sí, eso es lo que dijimos.

—¿Aire? —pregunta.

Miro mi regulador.

—Unos ocho minutos.

—El equipo de rescate está en camino. Aguanten.

—Haremos lo mejor que podamos, capitán. —Miro alrededor de la habitación otra vez—. Agarra esa silla, novato.

Noah trae la silla y la apoyamos contra la puerta. Miro alrededor y veo cajas apiladas contra una pared. Abro una de ellas y miro dentro.

—Pegamento de tela —digo—. No es inflamable.

—Pero las cajas sí —exclama Noah.

—No tenemos muchas opciones, ¿verdad? Tenemos que mantener el humo fuera. Nos estamos quedando sin aire. —Hago un gesto hacia su extintor de agua—. Podemos mojar las cajas primero.

Noah rocía las cajas y luego las apilamos tan fuerte como podemos contra la puerta. Luego volvemos al rincón más alejado y nos sentamos en el suelo.

Noah me mira y puedo ver el miedo en sus ojos.

—¿Alguna vez has estado en un aprieto como este? —cuestiona.

—¿Quieres la verdad?

—Siempre.

Niego.

—Este es el lugar más difícil en el que me he metido.

Asiente una y otra vez.

La alarma se activa en mi dispositivo PASS, haciéndome saber que tengo poco aire. Normalmente, cuando esto sucede, dejamos lo que estamos haciendo y salimos del edificio.

Me levanto y muevo algunos tambores a un lado, esperando encontrar un respiradero o algo en la pared exterior. Empiezo a hurgar con el hacha. Pero después de unos minutos, me doy cuenta de que estoy usando más aire al esforzarme. Es

mi suerte que termináramos en la jodida habitación más fortificada del edificio.

Entonces oigo la alarma del PASS de Noah sonar. Su aire también se está agotando.

—¿Cómo se ve, Cap? —pregunto por radio.

—Los de rescate van por ustedes, Briggs. Van a atravesar la pared sur, a casi dos metros de la esquina como dijiste. Aguanten.

—Estamos aguantando —contesto—. Pero la puerta se está calentando, el humo se está espesando y el aire está disminuyendo.

J.D. se olvida de retirar el pulgar del botón de la radio cuando grita:

—Apúrense, gente. No vamos a perder a estos bomberos.

Los ojos de Noah se amplían y empieza a hiperventilar.

—Noah, tienes que respirar lentamente. Usarás todo el aire. Mírame. Mírame a los ojos. Eso es. Respira conmigo. Despacio. Despacio. Ya lo tienes.

Las luces de mi máscara empiezan a parpadear. Miro mi regulador y veo que estoy casi completamente sin aire. Me quito la máscara y la pongo a un lado.

—¿Qué estás haciendo? —dice Noah , entregándome mi máscara—. Póntela de nuevo.

Puedo ver que está empezando a entrar en pánico otra vez. Pongo mi mano en la suya.

—Noah, no puedo ponérmela de nuevo. Si me quedo sin aire, la máscara será absorbida por mi rostro y no podré respirar en absoluto. ¿Recuerdas?

Las luces de su máscara empiezan a parpadear, así que se la quito. No está pensando con claridad y tengo miedo de que se asfixie.

—Vamos a morir —expresa.

Me acerco a él.

—¿Sabes cuánta gente está trabajando para salvarnos ahora mismo? Literalmente todos los del FDNY están ahí afuera averiguando cómo sacarnos de aquí. Y apostaría mi vida a que van a tener éxito.

—Si te da igual, Briggs, no voy a apostar en tu contra. Si gano, no recibiré una mierda porque estaremos muertos.

—Nadie va a morir hoy, Noah. Vienen por nosotros.

Quiero creer las palabras que acabo de decir. Pero en el fondo, sé que las dije para no entrar en pánico como él. Pero la verdad es que hay humo aquí y cada minuto que pasa entra más por debajo de la puerta.

—Acuéstate en el suelo —digo—. El aire es más limpio ahí abajo. Si las cosas empeoran, respira hondo y cúbrete la boca y la nariz con el abrigo.

Nos tumbamos uno al lado del otro en el suelo. Agarro el hacha y la golpeo una y otra vez en la pared exterior, haciendo ruido para ayudarles a encontrarnos.

Miro a Noah y veo una lágrima salir de su ojo y formar un camino limpio a través del hollín en su rostro.

—Le robé cien dólares a mi hermana hace dos años —menciona—. No trabajaba y había un collar que mi novia, Sophie, realmente quería. Un día, vi el dinero en la cómoda de Pam y lo tomé. Mi madre despidió a la señora de la limpieza, pensando que era ella. Pero no lo era, fui yo. Y el año pasado, cuando estaba...

—Deja de confesarme cosas, Auggie. No soy tu maldito sacerdote.

Pero entonces empiezo a pensar en todas las cosas de las que me arrepiento. Aunque en realidad solo hay una cosa. Ivy. Es mi único arrepentimiento. Si tuviera que volver y hacerlo todo de nuevo, no aceptaría un no por respuesta. Aspen dijo que tenía que esperar. Esperar hasta que Ivy decidiera que quería estar conmigo. Bueno, a la mierda con eso. Debería habérselo dicho. Debería haber entrado en su apartamento el día que dijo que me quería demasiado para hacerme pasar por todo. Debería haber vuelto y hacerle creer que estaba bien con

lo que fuera que resultara. Debería haberle hecho entender que todo lo que tuviéramos que pasar estaría bien mientras lo hiciéramos juntos.

He perdido mucho tiempo. Tiempo que podría haber pasado con ella. Tiempo en el que podría haberla amado. He sido tan tonto.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos? —pregunta Noah, mirando a la puerta.

Evalúo el humo que llena la habitación sobre nosotros.

—No lo sé. ¿Cinco minutos, tal vez? Ponte la capucha sobre la boca para filtrar el aire. Y mantén tu linterna apuntando hacia el techo —le recuerdo.

Hago todo lo que le ordené que hiciera. Pero luego llamo por radio a mi capitán.

—Capitán, necesito que hagas algo por mí —pido.

—¿Quieres decir algo más que rescatar sus lamentables culos? —responde.

—Necesito que contactes con Ivy Greene. Dile que...

Dejo de hablar. Porque sé que es una transmisión no autorizada. Necesito mantener la radio despejada para el equipo de rescate. Pero maldita sea si no quiero decirle que la encuentre y le diga que esas dos semanas fueron las mejores de mi vida. Quiero que le diga que la he jodido. Que le diga que debería haber luchado más por ella. Que soy un maldito tonto por dejarla ir.

De repente, la pared sur de la habitación empieza a desmoronarse. Noah y yo retrocedemos mientras los ladrillos y las paredes de yeso caen en la habitación y el aire fresco despeja parte del humo. Entonces el teniente Cash mete la cabeza en el agujero que acaban de hacer.

—Díselo tú mismo, Briggs.

Noah y yo corremos hacia el agujero en la pared. Respiro profundamente. Más profundo que cualquier otra respiración que haya tomado. Entonces asiento hacia Noah.

—Tú primero, Auggie.

Se ríe, las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Nunca he estado tan feliz de que alguien me llame así.

Una vez salimos del edificio, Debbie y Ryan nos revisan por inhalación de humo. Debbie me mira la garganta y escucha mi pecho.

—Te ves bien, Briggs. Basado en tus divagaciones en la radio, pensé que estabas medio muerto —bromea.

—Estuvo cerca, Deb. Ni siquiera estoy seguro de que nos quedaran unos minutos. —Niego, pensando que nunca he estado más cerca de la muerte que hoy—. Estuvo cerca.

Noah se acerca a mí mientras me abotono la camisa.

—¿Te revisaron? —pregunto.

—Sí. ¿A ti?

—Sí.

Ambos sonreímos y entonces nos reímos. Luego lo abrazo. Somos una hermandad en el FDNY. Una familia. Pero cuando pasas por algo así con alguien, se crea un vínculo aún más grande que antes.

—Lo hiciste bien, hermano —aseguro—. La próxima vez lo harás aún mejor.

Asiente, resultándole difícil encontrar palabras. Conozco el sentimiento.

—Vamos —digo, dándole una palmadita en la espalda—. Todavía necesitan nuestra ayuda. Vamos a terminar el trabajo.

Noah y yo ayudamos con las víctimas mientras el fuego es atacado tanto por la supresión aérea de la escalera 51 como por el barco de bomberos en Upper Bay. El beneficio de que un incendio de estructura esté cerca de un cuerpo de agua es que el barco de bomberos nunca se queda sin agua y puede bombear decenas de miles de litros de agua por minuto.

Una hora después, con el fuego apagado y la mayoría de las víctimas transportadas, el jefe Mitzel encuentra a nuestra

compañía.

—Unidad 319, pueden irse. Nosotros nos encargaremos de la revisión. —Me agarra del hombro—. Creo que todos ustedes se han ganado el sustento hoy.

—Recojan, 319 —dice J.D., dándole la mano al jefe.

Cuando entramos en el camión, Noah dice:

—Voy a llamar a mi madre cuando volvamos a la estación. Tal vez pueda encontrar el número de la señora de la limpieza para que pueda disculparme.

—Suenas como una buena idea —contesto.

—¿Algo que vayas a hacer? —pregunta.

Asiento.

—Sí. Sí, hay algo.

Miro la hora para ver cuántas nos quedan de turno, porque en cuanto termine, voy a buscar a Ivy. Voy a encontrarla y a obligarla a escuchar.

En el camino de vuelta, una llamada llega por la radio.

—Unidad 319, EMS 64, responda a la emergencia del gabinete, 547 Parker Drive.

Se me revuelve el estómago.

—Mierda. Es la tienda de Ivy. Duck, llévanos allí rápido.

—En camino —contesta, dando la vuelta al camión.

Debe decir por radio que están atascados en el tráfico.

Llamo por radio.

—Este es el asunto, Deb. Creo que alguien podría estar teniendo un bebé. Te necesitamos allí.

—Hay un atasco en el hospital —contesta—. Estaremos allí tan pronto como podamos.

Me quito el equipo en el camión, listo para salir en cuanto lleguemos. Cuando lo hacemos, salgo por la puerta y entro en la tienda en un tiempo récord.

—¡Ivy! —grito.

—Aquí atrás —exclama alguien.

Voy al cuarto de atrás donde una Ivy muy embarazada está acostada en unas toallas. Toallas con demasiada sangre.

Mi jodido corazón se hunde.

Ivy

—¡Bass! —Holly corre hacia él—. Está de parto. Hay sangre. Sucedió tan rápido. Dijo que le dolía demasiado como para moverse. Rompió aguas hace unos minutos.

Los otros bomberos entran detrás de Bass mientras se tira al suelo conmigo. Cuando lo miro, mis ojos se abren de par en par. Está cubierto de hollín negro.

—Oh, Dios mío. ¿Vienes de un fuego? —pregunto, gruñendo a través de mi contracción. Estiro el brazo para tocarle el rostro, manchándome los dedos de hollín—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Cuándo comenzaste a ponerte de parto y ha habido más sangrado del que puedo ver aquí?

—Creo que comenzó esta mañana —respondo—. No creo que haya más sangre.

—¿Esta mañana? Son las tres de la tarde, Ivy.

—Lo sé. Pensé que era solo dolor de estómago. Pero... —Dejo de hablar y aprieto los dientes a través de otra contracción.

Bass me sujeta la mano y me permite apretársela hasta que se termina.

—Siento presión —digo—. Creo que el bebé está a punto de nacer. Pero es diferente. No se siente como la última vez. Duele mucho, Bass.

—Aguanta, Ivy. Vamos a ayudarte.

Escucho a uno de los bomberos hablar por radio. Una mujer al otro lado le dice que llegarán en diez minutos.

—¡Esto puede estar terminado en diez minutos! —grita Bass sobre el hombro.

Bass intenta levantarse, pero no lo suelto.

—No me dejes.

Me coloca un mechón de cabello tras la oreja.

—No voy a ninguna parte, cariño. Solo necesito lavarme para poder traer al mundo a tu bebé.

—¿Tú? —pregunto, aterrorizada por dar a luz aquí en el piso de la tienda.

—Si tengo que hacerlo —afirma—. Soy paramédico, ¿recuerdas? He dado a luz a dieciséis bebés sanos.

Asiento, mirándolo a través de mis lágrimas.

—Está bien.

Bass usa el baño para lavarse mientras le dice a Holly lo que va a necesitar. Para cuando vuelve a estar a mi lado, los chicos han preparado un área tan estéril como pueden a mi alrededor.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —pregunta alguien a Bass—. Estaré encantado de intervenir.

—Lo voy a hacer, capitán.

Grito en agonía cuando siento que algo me desgarrar. Miro a Bass.

—Algo va mal.

Desde donde está parado, mira entre mis piernas y su rostro palidece.

—¿Qué es? —cuestiono, todo mi cuerpo temblando.

—Solo un poco de sangre —replica, mirando a los otros bomberos.

Pero puedo decir por la mirada en su rostro, en los rostros de todos, que hay más que eso.

Bass se arrodilla y se pone los guantes.

—Ivy, es posible que estés experimentando un desprendimiento de placenta.

—Dios mío —murmura Holly detrás de mí—. ¿Qué es eso?

—La placenta podría tener un desgarro —contesta—. O podría estar separándose de la pared uterina.

Extiendo la mano y agarro la suya enguantada.

—Estoy asustada.

—Estoy aquí, Ivy. Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para asegurarme de que el bebé y tú estén bien. Pero ahora mismo, necesito ver dónde está el bebé, ¿de acuerdo?

Asiento, gotas de sudor corriendo por los lados de mi frente.

Hace un examen vaginal.

—Puedo sentir la parte superior de la cabeza del bebé. Bien. Al menos no está de nalgas.

Cuando retira la mano, puedo ver que está cubierta de sangre y coágulos. Se da la vuelta y le dice a su capitán:

—Llama al hospital y que esperen con O negativo. Puede que necesiten una transfusión.

No estoy segura si los sollozos que oigo vienen de mí o de Holly.

Bass se inclina y me agarra la mano cuando llega la siguiente contracción.

—Ivy, estás completamente dilatada. Voy a necesitar que empujes. Holly, siéntate en el suelo detrás de ella y dale algo contra lo que empujar.

Cuando la contracción termina, estoy agotada.

Escucho a uno de los bomberos susurrando a Bass:

—Tienes que sacar al bebé. Y rápido. Si la abrupción es tan mala como creo, ambos están en peligro. Ivy podría sufrir una pérdida masiva de sangre y el bebé se vería privado de oxígeno.

—¡Oh, Dios mío! Bass —digo llorando.

—Voy a ayudarte a pasar por esto, Ivy. ¿Ya has llamado a Eli? —le pregunta a Holly.

Asiente.

—Dijo que llamaría a todos los demás y que se reuniría con nosotros en el hospital. Pensé que teníamos tiempo.

—Sebastian —digo, sintiéndose más aterrorizada de lo que nunca he estado en mi vida—. Me equivoqué. No quiero hacer esto sin ti.

—También me equivoqué, cariño. De hecho, iba a venir a buscarte hoy y decirte eso mismo. He sido un tonto por mantenerme alejado.

Siento salir un chorro, pero ya he roto aguas.

—¿Era eso sangre? —cuestiono con horror.

—Ivy, tienes que empujar fuerte. Sé que estás cansada y dolida. Pero tu bebé te necesita ahora mismo.

Puedo oír las sirenas acercándose.

—¿Oyes eso? —pregunta—. Vienen a llevarlos a los dos al hospital. Pero tenemos que sacar al bebé para poder ayudarlo.

Empujo tan fuerte que creo que podría desmayarme. Y grito. Grito fuerte.

—Eso es. Puedo ver su cabello —indica Bass.

—¿De qué color es? —pregunta Holly.

—Yo... no puedo decirlo —responde, mirándome con tristeza.

—¿Por qué? —cuestiono, jadeando por aire—. ¿Por qué no puedes decirlo? ¿Qué es lo que está mal?

—Hay demasiada sangre en su cabeza y el cabello está todo enmarañado.

Me derrumbo sobre Holly.

—No puedo hacer esto.

—Siéntala más derecha —ordena a mi hermana—. Mírame, Ivy. Eres la persona más fuerte que he conocido, y eres la única que puede salvar a tu bebé ahora mismo. No está recibiendo suficiente oxígeno. Necesitas sacarlo. Necesitas empujar ahora mismo. Puedes hacerlo.

Grito una vez más mientras cierro los ojos con fuerza y doy todo lo que tengo con un último empujón. Luego veo a Bass sacar a un pequeño bebé sin vida de mí.

Dos paramédicos entran corriendo en la habitación. Uno me atiende mientras la otra cae de rodillas, quitándole el bebé a Bass. Limpia la boca del bebé y le da un masaje en el pecho.

Puedo sentir que mi mundo se acaba por tercera vez.

—¿No respira? —pregunto sollozando.

—Dale un segundo —dice Bass.

Cuando el bebé empieza a llorar, yo lloro. Y todos en la habitación dejan salir un suspiro de alivio.

—¿Está bien? —interrogo con pánico.

Bass se quita los guantes y se acerca a mi cabeza, pasándome una mano suavemente por el cabello.

—*Ella* —responde—. Tienes una niña.

—¿Es una *niña*?

Asiente, con lágrimas en los ojos.

—Es una niña.

—¿Está bien? ¿Revisaste sus riñones? ¿Están firmes?

—Todo eso se revisará en el hospital —responde, con una mirada más que preocupante—. En este momento, necesitamos llevarlos a ambos a la ambulancia. —Mira por encima del hombro al tipo que debe estar a cargo—. ¿Capitán?

—Ve —dice el tipo—. Los tenemos cubiertos.

Bass se vuelve hacia Holly.

—Si voy, no hay sitio para ti.

—Ve —asegura—. Ayúdalos. Los veré allí.

Mientras me suben a una camilla, alcanzo a ver al bebé. Está tan pálida y sus pequeños labios son casi azules.

—Oh, Dios. —Uso una mano para cubrir mis sollozos, justo antes de que todo se vuelva negro.

—¿Ivy? Ivy, ¿puedes oírme, cariño?

Oigo una sirena. Y siento manos sobre mi estómago. Abro los ojos y veo el rostro de Bass sobre mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunto desde debajo de una máscara de oxígeno.

—Te desmayaste —indica—. Has perdido mucha sangre. —Asiente hacia mi vientre—. Estoy haciendo algo llamado masaje de fondo que espero ayude a que tu útero se contraiga y reduzca el sangrado.

Miro al paramédico que sostiene a mi bebé. Veo su pequeña mano moviéndose, así que sé que está viva.

—Ryan le está dando algo de oxígeno —explica Bass—. No tuvo que intubar, pero puede que necesite un catéter umbilical para dar solución salina y quizás sangre.

—¿Sangre? —repito, se me acelera el corazón—. ¿Necesita sangre? Dale un poco de la mía.

Niega.

—Tú también has perdido demasiada. Y puede que no seas compatible. Verán su tipo sanguíneo y la asistirán tan pronto como lleguemos.

—¿Ella... va a estar bien?

Me sonrío. Pero no es una sonrisa feliz.

—Fue un parto difícil, Ivy. Pero esperamos lo mejor.

Cierro los ojos, limpiando las lágrimas que se acumularon en ellos.

—Fue como en mis sueños —menciono.

—¿Tus sueños?

—Soñé que estabas ahí, ayudándome a tener el bebé. Y soñé que el bebé era azul cuando llegaba. Y era una niña. En

mis sueños, era una niña. *Soñé* esto, Bass. —Mi garganta se estrecha—. Y estabas tan enfadado conmigo porque te hice amarla y entonces ella... ella...

—Shhhh —susurra—. Fue solo un sueño, Ivy. No estoy enfadado contigo. Nunca podría estar enfadado contigo por hacerme amarla. —Mira al bebé y luego a mí—. Y lo hago. La amo. Porque es parte de ti. Y te amo.

Más lágrimas caen por mi rostro mientras alcanzo a mi hija. El paramédico la sostiene más cerca de mí para que pueda tocar su mano.

—También la amo. Y te amo, Sebastian. Nunca dejé de hacerlo. Lo siento mucho.

—Lo sé —afirma—. También lo siento. Debí haber luchado más duro. Pero nada de eso importa ahora. Necesitamos centrarnos en ti y en tu hija. Todo lo demás puede esperar. Porque no voy a ir a ninguna parte, Ivy Greene.

—Gracias —respondo, justo cuando la ambulancia se detiene y las puertas se abren.

—La van a llevar a la UCIN ahora —explica Bass—. Y probablemente se quedará en urgencias hasta que la hemorragia se detenga.

—Ve con ella —ruego—. Por favor.

Uno de los doctores en el estacionamiento de ambulancias escucha mi petición. Empieza a alejar al bebé pero luego se vuelve hacia Bass.

—¿Vienes?

—¿Estás segura, Ivy? —cuestiona Bass—. Quizás Eli debería estar con ella.

Puedo decir que está indeciso entre quedarse conmigo e irse con ella. Pero lo necesito con ella.

—Necesito que estés con ella. Sé que la protegerás.

Se llevan al bebé y Bass los sigue, mirándome mientras cruzan las puertas de la ambulancia.

—Dile que la quiero —grito.

Y luego hago algo que no he hecho desde que Dahlia murió. Rezo.

Sebastian

Estoy sentado fuera de la UCI, esperando noticias cuando Eli gira la esquina. Me levanto y le doy la mano.

Mira nuestras manos apretadas.

—La última vez que te vi, querías matarme.

—Sí, lo siento —replico—. Supongo que no sabía todos los hechos.

—Bueno, ahora estás aquí. Holly me dio el resumen de lo que pasó. ¿Crees que el bebé estará bien?

—Espero que sí. Es difícil decir si fue privada de oxígeno o no. Y tampoco he oído nada sobre el ERPAR. De hecho, estoy bastante a oscuras ahora mismo. He estado dando vueltas durante diez minutos aquí afuera esperando que alguien me diga algo.

—¿Qué pasa si no recibió suficiente oxígeno? —cuestiona.

Me encojo de hombros.

—No soy médico, Eli, pero sé que no es bueno. Hay un tipo que trabaja en una estación de bomberos en Manhattan cuyo hijo tiene parálisis cerebral porque le faltó oxígeno al nacer.

—Oh, mierda. —Se pasa una mano por la mandíbula—. No estoy seguro de que podamos recibir más malas noticias.

—Bueno, no nos precipitemos hasta que lo averigüemos. —Entonces asiento al doctor que veo venir hacia la puerta—. Y creo que podríamos estar a punto de averiguarlo.

—Soy el doctor Moran. —Se dirige a mí—. Su hemoglobina en el talón muestra que está anémica. Le hemos

puesto solución salina por vía intravenosa umbilical, pero si la saturación de oxígeno no mejora rápidamente, nos gustaría darle sangre.

Hago un gesto hacia Eli.

—Doctor Moran, este es Eli Snow, es el padre del bebé.

—Oh. La madre quería que estuviera con el bebé, así que asumí...

—Es el novio —interviene Eli. Luego se vuelve hacia mí—. ¿Verdad?

—Sí. Por supuesto. Sí.

—Entonces, señor Snow, ¿tengo su consentimiento para donar sangre si es necesario?

—Sí. Hágalo. ¿Necesita mi sangre?

—Posiblemente. Si es compatible, eso es —comenta—. El hospital tiene escasez de O negativo, que es lo que normalmente le daríamos, así que estamos esperando por el tipo de sangre. Debería ser en cualquier momento.

—Soy donante universal —informo al doctor.

—¿Es O negativo? —pregunta.

—Sí. Y estoy en el registro. Dono varias veces al año.

—Lo tendré en cuenta —dice—. No se vaya muy lejos.

—Soy AB y Ivy es B —indica Eli.

El doctor arquea las cejas, sorprendido de que Eli lo supiera.

—Ambos somos portadores de ERPAR, pero no lo supimos hasta que nuestro segundo hijo enfermó. Nos hicimos muchas pruebas genéticas.

—Eso es difícil —dice—. ¿Los dos niños están enfermos?

—Ambos murieron —responde Eli.

—Siento mucho oír eso —consuela el doctor Moran—. No vi ninguna anomalía en el riñón en mi examen, pero agregaré ese examen a su análisis de sangre para asegurarme.

—Gracias.

Una enfermera sale de la UCIN, entregando al doctor Moran un iPad.

—Los resultados sobre el tipo sanguíneo, doctor.

Mira el iPad y le pregunta a la enfermera:

—¿Está segura de que esto es para la bebé Jane Doe?

—¿Bebé Jane Doe? —interroga Eli.

—Como los trajeron en ambulancia, no tuvimos tiempo para una admisión —señala, y sigue estudiando los resultados.

—Estoy segura, doctor —afirma la enfermera.

El doctor mira a Eli.

—Señor Snow, ¿está absolutamente seguro del tipo de sangre de usted y de la madre?

—Estoy cien por ciento seguro —asegura—. Simplemente nos hicieron unas mil pruebas en aquel entonces. ¿Por qué? ¿Algo anda mal?

—Bueno, de acuerdo con el tipo de sangre del bebé, no hay forma de que sus padres puedan tener los tipos de sangre AB y B.

—¿Qué? —pregunta Eli.

—El tipo de sangre del bebé es O negativo —informa el doctor—. Y como sabemos con seguridad quién es la madre, asumiendo que realmente es del tipo B como dijo, no hay posibilidad estadística de que un hombre con el tipo AB pueda ser el padre.

Retrocedo contra la pared, sintiendo como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿El bebé es O negativo? —repito.

—Sí —asegura.

Hay tantas emociones pasando por mí en este momento que no estoy seguro de cuál expresar.

—Oh, mierda —murmura Eli—. Acabas de decir que *eres* O negativo. —Una sonrisa cruza su rostro—. Bueno, maldición. Felicitaciones, papá.

Me siento en el banco de al lado y pongo la cabeza entre las rodillas.

—Espera, ¿ahora es el padre? —pregunta el médico.

Eli me da una palmadita en la espalda mientras lucho por recuperar el aliento que me acaban de robar.

—Supongo que lo soy —afirmo, eufórico y triste al mismo tiempo.

¿Tengo un hijo? Un niño que necesita sangre y que podría haber sido privado de oxígeno. Me levanto y extiendo mi brazo.

—Dele mi sangre. Hágalo ahora.

El doctor pide que la enfermera vuelva a salir.

—Comprueba al señor... —Me mira.

—Briggs —digo—. Sebastian Briggs.

—Comprueba el tipo sanguíneo del señor Briggs para estar seguro, y luego prepara una transfusión para la desconocida.

—Bebé Briggs —puntualizo.

—Bien —responde el doctor—. Por favor, siga a Gabby, lo pondrá todo en marcha.

—Espere —digo—. ¿Y el oxígeno? Dijo que su saturación era baja. Y no respiró durante un minuto al nacer. ¿Puedes decirme qué podríamos estar esperando?

—El paramédico me dijo que el bebé lloró poco después del parto y que tenía buenos reflejos —comenta—. No hay garantías, pero según mi examen inicial, se ve bien. Todavía está llorando y es muy sensible. Está un poco pálida debido a la anemia. Pero creo que una vez que lo controlemos, será el padre de una niña sana.

Mi corazón deja de latir por un segundo.

Soy padre.

Tengo una hija.

Estoy enamorado de su madre.

Podemos ser una familia.

En el espacio de dos minutos, mi mundo entero ha cambiado, y me doy cuenta de que este es el momento más feliz de mi vida. El bebé de Ivy, mi bebé, no está enfermo. No habrá máquinas de diálisis o trasplantes de riñón. No habrá funerales con pequeños ataúdes. No habrá viajes a Hawái para olvidar.

Antes de irme, le doy la mano a Eli otra vez.

—Lo siento, hombre. Supongo que no sé lo que esto significa para ti. Estoy seguro de que ya te uniste al bebé cuando Ivy estaba embarazada.

—Todo está bien —asegura—. Resultó como debía ser. Me alegro de que vaya a estar sana.

—Gracias por todo. Por apoyar a Ivy en esto. Has sido un gran amigo para ella. Y estoy seguro de que serás un buen tío.

—Tío. —Se ríe—. Me gusta cómo suena eso.

—Por aquí, por favor, señor Briggs —pide la enfermera, haciéndome señas para que la siga.

Llamo de nuevo a Eli.

—Si no te importa, me gustaría ser el que se lo diga a Ivy.

Asiente.

—No hay problema. Creo que me escabulliré por la parte de atrás. Solo asegúrate de hacerme saber si puedo ayudar en algo. Y me gustaría volver más tarde y verlos a los dos si te parece bien.

Asiento.

—Sí, me parece bien.

—Bien. Ahora lárgate de aquí y ve a ayudar a tu hija.

La sonrisa que se apodera de mi rostro es casi dolorosa.

Tengo una hija.

Incluso mientras esperan mi tipo de sangre para asegurarse de que soy compatible, están tomando un poco de mi sangre en anticipación. Mientras estoy conectado a la aguja, saco el teléfono y llamo a Holly.

—Bass, ¿qué está pasando? Ivy se está volviendo loca aquí abajo.

—¿Cómo está?

—Está bien. Le están dando líquidos para ayudar a reponer su volumen sanguíneo.

—Lo mismo para el bebé —explico—. Pero puede que necesite que le den un poco de sangre.

Oigo su jadeo.

—¿Necesita una transfusión de sangre? Oh, Dios. Eso no suena bien.

—En realidad, considerándolo todo, las noticias son bastante buenas —digo, no queriendo dar demasiado pero al mismo tiempo necesitando que Ivy sepa que el cielo no se está derrumbando—. El doctor no sintió ninguna anomalía en el riñón.

—¿En serio? Bueno, supongo que son buenas noticias.

—Sí, lo son. Crean que se va a poner bien, Holly. Dile eso a Ivy.

—Lo haré —asegura—. ¿Cómo lo está llevando Eli?

—Está... bien, supongo.

—Briggs, ¿qué es lo que no me estás contando?

—Nada. No es nada.

Holly susurra con fuerza en el teléfono:

—No me engañes, Briggs. No voy a decirle a Ivy que las cosas se ven bien si no lo están. No le daré esperanzas solo para que se las quiten. Quiero más que nada darle buenas noticias, pero no si son solo temporales.

—Lo entiendo, Holly. Y te explicaré más cuando vaya a ver a Ivy. Bajaré tan pronto como pueda. Y creo que tengo más buenas noticias.

—¿Lo *crees*?

—Espero —digo, sin revelar más—. Escucha, ve a decirle que la saturación de oxígeno del bebé es más baja de lo que les gustaría. Pero el doctor no hizo que pareciera una emergencia. Le está dando solución salina a través del cordón umbilical. Dijo que está llorando y que responde y que ambas son muy buenas señales.

La enfermera se acerca y me mira fijamente.

—Tengo que irme, Holly. Bajaré pronto.

La enfermera retira la aguja y me pone un algodón en el brazo unos segundos antes de envolverlo con una gasa.

—Toma —dice, dándome un vaso de zumo de naranja—. Bebe esto antes de intentar levantarte.

El médico del bebé entra en la habitación mientras estoy tomando mi bebida.

Asiente a la bolsa de sangre que acabo de donar.

—Parece que no necesitaremos eso después de todo.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Los niveles de saturación de oxígeno de su hija han aumentado significativamente. Y me alegra decir que se ve y actúa como cualquier otro recién nacido saludable.

El alivio que recorre mi cuerpo lleva lágrimas a mis ojos. Solo la he sostenido una vez, cuando estaba pálida y sin vida. Nunca la he besado. Nunca la miré a los ojos. Nunca he sostenido sus pequeñas manos. Pero la amo tan ferozmente que me duele.

Todo lo que puedo hacer es asentir mientras las lágrimas de alegría fluyen por mi rostro.

El doctor me da una palmada en el hombro.

—Voy a bajar a la habitación de la señorita Greene para explicarle todo.

Trago con fuerza y encuentro mis palabras.

—Doctor, ¿estaría bien si *yo* le dijera que soy el padre?

Mira su reloj.

—Le diré algo. El suero intravenoso de su hija debería quitarse pronto. Tendremos que vigilar sus niveles de hemoglobina y oxígeno, pero no veo razón para mantenerla en la UCIN. Si cree que la señorita Greene puede esperar otros treinta minutos, podemos bajar todos juntos.

—¿Todos? —pregunto, con los ojos muy abiertos—. ¿También el bebé?

—Como he dicho, tiene buen aspecto. Así que, sí, podemos bajarla.

Sonrío.

—Ivy puede esperar. Acabo de llamar a su hermana y la he puesto al día. No creo que siga en estado de pánico.

—Bien —contesta—. Entonces puede esperarnos en la sala de espera de la UCIN y lo encontraré cuando estemos listos.

Extiendo la mano para estrechar la suya.

—Gracias, doctor Moran. No puedo decirle lo que todo esto significa para mí.

Asiente, entregándome un pañuelo de papel.

—No es necesario, hijo. Puedo verlo claramente.

40

Ivy

La puerta de mi habitación de hospital se abre y un moisés pasa rodando. Me da un vuelco el corazón cuando lo veo. Debe estar lo suficientemente bien para que la traigan aquí abajo.

Entonces veo a un doctor y a Bass siguiéndolo. Espero que Eli también entre, pero no lo hace.

—¿Dónde está Eli? —cuestiono.

—Se fue —responde Bass.

—¿Se fue? ¿Por qué haría eso?

Bass mira alrededor de la habitación, viendo algunos rostros familiares como Holly y Alder, pero también algunas personas que nunca ha conocido... a mis padres. Pero de alguna manera, siento que ahora no es exactamente el momento de las presentaciones. Necesito sostener a mi bebé. Todo lo demás puede esperar.

—Ivy, ¿podemos tener algo de privacidad? —pregunta Bass.

Me esfuerzo por sentarme y mirar al bebé.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿No está bien?

—Está bien —asegura. Luego mira a los demás en la habitación—. Solo necesitamos un minuto. Por favor.

Todos miran al doctor para asegurarse. Asiente, y supongo que eso es suficiente para ellos porque todos se levantan y salen en fila de la habitación, echando un vistazo al bebé al salir.

Cuando la puerta se cierra, el doctor se retira y señala al bebé.

—Adelante —le dice a Bass—. Preséntelas.

Bass sostiene con cuidado a mi hija y se acerca a la cama, poniéndola en mis brazos. La miro a través de gruesas lágrimas.

—Oh, Dios mío —murmuro, acurrucándola—. Oh, Dios mío.

Muevo su pequeño gorro rosa a un lado y beso su cabello oscuro. Examino sus dedos. Abro la manta y miro sus dedos de los pies. Me inclino e inhalo su embriagador aroma. Y luego empiezo a temblar, sollozos saliendo de mí. Sollozos felices.

—¿Está... está bien? —pregunto al doctor.

—Parece estarlo —responde—. No hemos visto ningún efecto de la falta de oxígeno. Querremos monitorear sus hitos durante el primer año, para estar seguros, pero no creo que tenga ninguna razón para preocuparse.

—Y el ERPARG, ¿le hicieron la prueba? ¿Lo tiene? ¿Es portadora?

Miro fijamente al doctor, mis ojos suplicándole buenas noticias.

—Parece que no tenemos que hacerle la prueba después de todo —contesta.

—¿Por qué no? —cuestiono, horrorizada—. ¿Y dónde está Eli?

Asiente hacia Bass.

—Creo que el señor Briggs puede explicar eso mejor.

Miro a Bass con confusión. Se sienta en la cama a mi lado y pone una mano en la cabeza del bebé.

—Pensaron que podría necesitar una transfusión de sangre, así que tuvieron que averiguar su tipo de sangre.

—Pero no se la dieron, ¿verdad? —indago—. Quiero decir, está aquí y no hay tubos o cables.

—No, no la necesitó. Pero cuando se estaban preparando para ello, hicieron un descubrimiento.

—Bass, ¿qué intentas decirme? ¿Y por qué me lo dices a mí en vez de al doctor?

—Eli estaba arriba con nosotros antes cuando hablábamos de que el bebé posiblemente necesitara una transfusión de sangre —explica—. Le dijo al doctor tu tipo de sangre.

—Soy B y él es AB —informo—. Nos hicieron muchas pruebas después de que Dahlia naciera.

—Eso es exactamente lo que dijo Eli. Pero, cariño, cuando llegaron los resultados del tipo de sangre del bebé, dijo que era O negativo.

—Bien. ¿Qué significa eso? ¿Es eso malo?

—Ivy, eso significa que Eli no puede ser el padre. Pero yo sí. También soy O negativo, igual que ella.

Miro al bebé, luego a Bass, y luego al doctor. No estoy exactamente segura de lo que está pasando aquí.

—Pero... pero dijeron que fue concebida en el cumpleaños de Dahlia. Eso fue dos semanas antes de que Bass y yo...

—Por eso lo llamamos fecha *estimada* de concepción, señorita Greene —interviene el doctor Moran—. Nos salimos de la fecha de su último período.

—El cual siempre fue caótico —añado.

—Y aunque hubiera pequeñas variaciones en el crecimiento del feto, si no expresó ninguna preocupación por la fecha estimada, su médico tampoco lo haría.

Miro a Bass, mi mente asimilando lo que me están diciendo.

—Dios mío, Bass, esto significa... —Aprieto los labios mientras intento contener más lágrimas. Mi corazón se hincha tanto que creo que podría estallar. Es como si cada sueño que tuve se hubiera hecho realidad de una sola vez.

Bass se inclina y presiona su frente contra la mía.

—Esto significa que es nuestra hija, Ivy. Y no hay forma de que tenga ERPAP.

—No tiene ERPAP —repito como si al decirlo de nuevo se hiciera más real—. Y es tuya.

—Es mía —reitera—. Las dos lo son.

Se inclina y le da un beso en la cabeza a nuestra hija. Luego *me* besa. Me besa como he querido que me bese durante meses. Y con su beso, me dice todo lo que necesito oír. Que está conmigo. Con *nosotras*. En lo bueno y en lo malo. Para bien o para mal. Que no se va a ir a ninguna parte. Nunca más.

El doctor se aclara la garganta desde el otro lado de la habitación, recordándonos su presencia.

Bass aparta sus labios, pero no me suelta.

—Te amo, Ivy Greene.

—También te amo, Sebastian Briggs.

Nos deleitamos con nuestra hija mientras el doctor me explica todo en detalle. Luego sale de la habitación, dejándonos a los tres solos por primera vez.

—Se parece a Dahlia —comento—. Excepto que tiene tu nariz.

—Se parece a ti —afirma Bass—. Es hermosa.

Nos unimos por unos minutos más antes de que una enfermera venga a preguntarme si quiero probar la lactancia.

—Más que nada —contesto.

No llegué a amamantar a Dahlia. Estaba demasiado enferma al principio, así que me extraía la leche. Y cuando la llevamos a casa, nunca tomó el pecho. Así que mientras se beneficiaba de mi leche materna, nunca la llegué a sentir mamar.

—¿Puedes ir a decírselo a mi familia? —pido a Bass—. Estoy segura de que están ahí afuera preguntándose qué pasa.

—¿Quieres que se lo cuente? —indaga.

Sonrío.

—No se me ocurre una mejor manera de que conozcas a mis padres.

—Me encantaría —dice, acercando una silla junto a la cama—. Justo después de ver cómo alimentas a nuestra hija.

Las últimas veinticuatro horas me han cambiado la vida. Sé que mucha gente usa ese término como si no fuera nada, pero en este caso, es verdad. Tengo un bebé con Bass. Un bebé sano. Uno al que podemos ver crecer y enseñarle a hacer deporte y viajar con él y entregarlo en su boda.

Una lágrima viaja por mi mejilla mientras miro a mi niña.

—Hubieras querido a tu hermana mayor. Te habría enseñado a dibujar. Era tan buena en eso. Algún día, te enseñaré sus dibujos.

De repente, un sentimiento extraño se apodera de mí. Pienso en el dibujo de la pared de la tienda. El que Dahlia hizo de una niña que se balanceaba entre dos adultos. El hombre del dibujo, ¿podría haber sido Bass? La niña, ¿era esta niña?

—¿Podría Dahlia haberlo sabido? —pregunto al bebé.

No responde. Está dormida y su boquita está fruncida como si estuviera amamantando.

—¿Con quién estás hablando? —inquire Eli, entrando en la habitación.

—Con nadie —digo.

Pone un jarrón de margaritas en la mesa lateral, añadiendo a las otras flores que ya están allí. Sonrío. Sabe que está bien ahora. Sabe que ya no le temo a las margaritas.

Miro a Eli, no estoy segura si está feliz o triste.

—¿Estás... bien con esto? —cuestiono.

—No es que tenga elección en el asunto, Ivy. Es su padre y eso es un hecho.

—Lo sé, pero solo quiero asegurarme de que estás bien.

Se sienta en la cama y me besa la mejilla.

—Ivy, tienes que dejar de preocuparte tanto por los demás y cuidarte por una vez. Tienes todas las razones para sentarte y disfrutar de la vida. Te lo mereces. Te mereces a Bass. Y, sí, estoy bien con esto. Siempre te querré, pero estoy feliz con cómo ha resultado todo. Tienes un bebé sano. Y estoy a punto de casarme. Tal vez también tenga un bebé sano en algún momento pronto.

Pongo mi brazo a su alrededor y lo abrazo.

—Gracias, Eli.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunta.

—En el trabajo principalmente —digo—. Holly estuvo conmigo toda la mañana mientras Bass iba a casa a ducharse y a buscar algunas cosas. Pero fue a relevar a Janie después del almuerzo. —Miro el reloj—. Pensé que Bass ya habría vuelto. Ha estado fuera un tiempo.

—¿Quieres que me quede? —pregunta—. Podría hacer que alguien cubriera mis clases esta tarde.

—No. Está bien. Estoy segura de que volverá en cualquier momento. Me vendría bien la paz y la tranquilidad después de todo el parloteo de Holly esta mañana. Me hizo entrar en línea y ordenar una tonelada de cosas de bebé. Luego estaba pensando dónde poner todo en nuestro apartamento.

—¿No tienes ninguna cosa de bebé?

Le doy una mirada.

—Por supuesto que no. No quería gafarlo.

Se ríe.

—Me alegro de que te obligara a hacerlo, Ivy. Alguien necesita ponerte en marcha dado que no estoy cerca para hacerlo. Así que, ¿no te vas a mudar con Bass?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Quiero decir, no hemos hablado realmente de ello.

—Pero lo harías, ¿verdad? ¿Si te lo pidiera?

—Por supuesto que lo haría. Pero todo esto fue tan repentino que no estoy segura de que lo haga. Lo alejé durante tanto tiempo y ahora esto. Lo amo, y dice que me ama, pero probablemente todavía está tratando de recuperarse. No espero que mudarme con él en un abrir y cerrar de ojos.

—Creo que lo subestimas. Estoy bastante seguro de que todos lo hicimos. —Revisa su reloj—. ¿Puedo traerte algo antes de irme?

Asiento hacia la mesa.

—Mi bolso. ¿Puedes sacar mi cartera y traérmela?

Hace lo que le pido, dejándola en la cama a mi lado. Luego me besa y sale por la puerta.

El bebé se retuerce en mis brazos y abre sus ojitos. Tomo mi cartera y saco una foto, sosteniéndola para que la vea.

—Esta es tu hermana, Dahlia —digo—. Era hermosa, como tú. También tienes un hermano. Pero no tengo una foto de él. Se llama Jonah. —Ladeo la cabeza y la estudio por un segundo—. ¿Cómo *te* llamas, pequeña?

Llaman a la puerta y Bass entra con dos jarrones de flores muy grandes.

—¿Cómo están mis chicas? —pregunta.

Todo lo que puedo hacer es sonreír. *Soy su chica. Ella es su chica.*

Bass pone los jarrones sobre la mesa. Se inclina y planta un beso cuidadoso en la cabeza del bebé y luego uno no tan cuidadoso en mis labios.

—No hemos tenido mucha oportunidad de hablar, ¿verdad? —dice.

—No. Supongo que no. Siento haberme quedado dormida sobre ti anoche.

—Lo dejaré pasar esta vez considerando el día que tuviste ayer.

Me rio.

—Caray, gracias.

—¿Qué has hecho toda la mañana? —pregunta—. Espero que no hayas estado sola todo el día.

—Holly estuvo aquí por unas horas y Eli se acaba de ir.

—¿Esperas a alguien más?

Niego.

—No hasta después de que salgan del trabajo, ¿por qué?

—Bien. Esperaba que pudiéramos tener un minuto a solas. —Asiente hacia las flores que trajo. Son margaritas, por supuesto—. Traje dos docenas —explica—. Una es mía y la otra es de Dahlia. Sé que querría que las tuvieras.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Gracias. Justo le estaba presentando al bebé.

—¿Te importa? —cuestiona, alcanzando a nuestra hija dormida.

—Tómala —afirmo—. Es tuya.

—Dilo otra vez —pide, mirando su hermoso rostro.

—Es tuya —repito.

Cierra los ojos mientras la acuna. Luego la pone en el moisés y se sienta en la cama.

—¿Eres mía también, Ivy Greene?

Asiento.

—Sí.

Acerca la mesa con las flores hacia mí.

—¿Puedes adivinar cuál es de mi parte? —pregunta, señalando los dos jarrones de flores.

Lo miro con escepticismo.

—Tienes que mirar de cerca —señala.

Dejo que mis ojos se desvíen sobre las margaritas del jarrón de la derecha, sin notar nada que me dé la menor pista. Miro a Bass.

—Sigue mirando —dice.

Miro a las de la izquierda. Y entonces me llama la atención. Uno de los tallos tiene un brillo. Los tallos no brillan. Acercó el jarrón y veo el anillo de diamantes.

Mi corazón se acelera cuando me vuelvo hacia él, sin palabras.

—No tienes que decir nada ahora —asegura—. Quiero decir, no hemos estado juntos por mucho tiempo. Sé que esto es repentino. Y tal vez un poco loco considerando que solo estuvimos juntos por unas pocas semanas. Pero quiero esto más que nada. Te quiero a ti. La quiero a ella. Quiero que seamos una familia. Y loco o no, se siente bien.

No creí que tuviera más lágrimas felices que derramar. Mientras caen por mis mejillas, pregunto:

—¿Y *si* tengo algo que decir ahora?

—¿Lo tienes? —cuestiona—. Quiero decir, ¿lo harás?

—Bueno, eso depende. No estoy segura de saber exactamente cuál es la pregunta —me burlo.

Sonríe. Es una sonrisa que no he visto desde el día que volví de Hawái. Luego saca las flores del jarrón y retira el anillo del tallo.

—Cásate conmigo, Ivy Greene. Cásate conmigo y te prometo que las haré las dos las chicas más felices del mundo. Prometo no dejar que nunca te olvides de saltar en los charcos. Prometo llevarte a todas las cataratas que podamos encontrar. Prometo ayudar a enseñarle a hacer panqueques de flores con fruta en el medio. —Mira a nuestra hija—. Cásate conmigo y prometo no dejar que nuestra hija olvide que fue su hermana la que nos unió.

Me limpio las lágrimas, queriendo verlo claramente cuando diga las palabras que solo le he dicho en mis sueños.

—Sí, Sebastian Briggs, me casaré contigo.

—¡Sí! —Salta de la cama y da un puñetazo al aire—. Lo siento —se disculpa, sentándose para ponerme el anillo en el dedo.

Me besa apasionadamente, dejando que nuestras lenguas se saboreen, mientras me da pequeños indicios de las posibilidades que se avecinan. Posibilidades que nunca pensé que existieran. Posibilidades que no habrían existido sin él.

Nos separamos cuando el bebé empieza a llorar. Bass la levanta y la pone en mis brazos. Luego se acerca para abrir una cortina para dejar entrar el sol de la tarde. En su camino de vuelta a la cama, mira alrededor de la habitación, notando las margaritas que Eli trajo.

—Maldición, veo que alguien se me adelantó en el golpe.

Me rio, admirando mi anillo.

—Nadie se te adelantó en *este* golpe —aseguro—. Además, nunca puedo tener demasiadas margaritas. —Miro la fotografía de Dahlia que todavía hay a mi lado en la cama—. ¿Te he contado alguna vez lo que Dahlia dijo sobre las margaritas?

—No.

—Solía decir que las margaritas harían que todo fuera mejor. —Sonrío cuando lo recuerdo—. En realidad, decía, “*Las margaritas van a hacer todo mejor*”. No tuve el corazón para corregir su gramática.

De repente, me quedo sin aliento y me da un vuelco el corazón. Miro las flores. Miro la fotografía de mi primera hija. Pienso en su dibujo en la pared de la tienda. Miro a mi nuevo bebé. Y lo sé. Simplemente lo sé.

—Oh, Dios mío —le digo a Bass—. Tenía razón.

—¿Quién la tenía? —pregunta, pareciendo confundido—. ¿Dahlia?

Asiento, tragando más lágrimas.

—Sí. Tenía razón. Daisy⁵ hará que todo sea mejor. —Miro a nuestro bebé milagroso mientras finalmente le doy un saludo apropiado—. Hola, Daisy.

Epílogo

Sebastian

Yazco aquí observando dormir a mi hermosa novia. Es una de mis cosas favoritas. Está completamente en paz. Recuerdo los días en que no lo estaba. Incluso después del nacimiento de Daisy, Ivy seguía teniendo pesadillas sobre su muerte. Durante el primer año de vida de nuestra hija, mi esposa entraba en la habitación de Daisy y la revisaba; de hecho, le ponía una mano en la nariz para asegurarse de que respiraba.

Nunca dije una palabra al respecto. Era la forma en que Ivy enfrentaba sus demonios.

Cada vez que Daisy alcanzaba un hito importante, Ivy se animaba un poco más. Cuando rodó, instantáneamente vi que el nivel de estrés de Ivy bajaba. Cuando se sentó, Ivy pareció cinco años más joven. Y cuando Daisy dio sus primeros pasos, que fue la misma semana en que llamó a Ivy “*Mami*” por primera vez, creo que fue cuando lo vi con mis propios ojos, las etapas finales de la curación.

Sin embargo, curar no significa olvidar. Ivy nunca olvidará a sus dos primeros hijos. Nos habla de ellos a menudo. Daisy se refiere a ellos como “*los bebés celestiales de mamá*”.

La obra de arte de Dahlia aún permanece en la pared de la floristería. Su álbum de recortes todavía tiene un lugar prominente en la cómoda de Ivy. Sus fotos están intercaladas por toda nuestra casa junto con fotos familiares de los tres.

Miro una de esas fotos sobre la mesita de noche de Ivy, pensando en lo mucho que Daisy se parece a Dahlia. Al igual que Ivy. Una vez le pedí a la madre de Ivy una foto de ella como bebé. Me quedé atónito cuando la vi. Ivy, Daisy y

Dahlia podrían haber pasado por trillizas si hubieran tenido la misma edad al mismo tiempo.

—¿Me estás observando dormir de nuevo? —cuestiona Ivy, rodando sobre su costado.

—Los viejos hábitos son difíciles de romper, cariño.

La rodeo con mi brazo cuando pone la cabeza sobre mi pecho.

Su mano roza accidentalmente mi erección matutina. Me mira con las cejas arqueadas.

—Bueno, buenos días.

Me rio.

—¿Cómo de buenos estamos hablando?

Mira el reloj.

—Daisy no se levantará hasta dentro de treinta minutos. Creo que eso podría hacer un buen día bastante bueno.

—¿Treinta minutos? —digo, mientras le guiño un ojo—. Creo que podríamos hacer *dos* buenos días en ese tiempo.

Miro mientras se quita las bragas y luego se sube encima de mí. Le quito la camiseta para revelar sus gloriosos pechos. Los tomo en mis manos.

—¿Te he dicho últimamente cuánto me encantan estos?

—Solo unas mil veces.

Le pellizco el pezón izquierdo, el más sensible, y gime mientras se retuerce encima de mí.

—Uno de estos días voy a lograr que te corras solo jugando con estos.

Pone sus manos a ambos lados de mí y se inclina hasta que casi me besa.

—Pero hoy no —susurra en mi boca—. Hoy quiero sentirte dentro de mí.

—Lo que digas, señora Briggs.

Me apoyo sobre mis codos para que no tenga que inclinarse tanto. La beso mientras mi erección baila entre nosotros. Necesito sentirla con mis manos, así que me siento, ella todavía a horcajadas sobre mí mientras me quito el bóxer debajo de ella.

Muevo mis manos a su espalda y acaricio su culo suave como la seda mientras se mueve encima de mí hasta que estoy duro como el acero. Luego se levanta y se hunde sobre mí. Me mira a los ojos mientras la lleno por completo. Apoya las manos contra el cabecero y se mueve hacia arriba y hacia abajo con movimientos lentos y controlados.

Me encanta cuando está arriba. Cuando puedo ver todos los matices de su rostro mientras me hace el amor. Desde hace tres años, cada vez que hacemos el amor, nos miramos. Es decir, a menos que esté a cuatro patas, lo que ciertamente hemos hecho mucho más últimamente.

Palmeo sus senos, los masajeo, los amoldo a mis manos antes de atacar sus pezones otra vez. Eso es todo lo que se necesita para hacerla echar la cabeza hacia atrás y gritar.

Pongo mi mano sobre su boca lo mejor que puedo para que no despierte a Daisy. Pero es difícil hacer movimientos con un propósito cuando yo mismo estoy en medio del orgasmo.

Su clímax dura más que el mío y tengo el placer de ver cada momento exquisito.

Se derrumba sobre mi pecho con un suspiro de satisfacción.

Ahí es cuando lo siento.

—Cada vez —dice, riendo en mi hombro.

Siento otro golpe. Esta vez, le devuelvo el golpe. Luego aparto a Ivy de mi regazo y la coloco en la cama a mi lado. Me inclino y le hablo a su vientre.

—Escucha, sea cual sea tu nombre, será mejor que empieces a aprender ahora que mamá y yo necesitamos tiempo a solas. Mucho tiempo a solas. ¿De qué otra manera crees que podremos darles a Daisy y a ti tres o cuatro hermanos más?

—¿Tres o cuatro? —dice Ivy con los ojos muy abiertos.

Paso mi dedo por el costado de su nariz.

—Todas las chicas tendrán pecas. Como Daisy y tú.

Se frota el vientre con las manos.

—¿Qué tal si esperamos a que llegue *este* primero?

—Bien —replico, entregándole a Ivy su camiseta antes de ponerme mi bóxer. Es la camiseta del FDNY que siempre ha usado desde que nos conocimos en Hawái. Le he ofrecido una nueva, pero no quiere saber nada. Busco en mi mesita de noche y saco la larga lista de posibles nombres de bebés que comenzamos justo después del ultrasonido. Y, maldita sea, ¿quién diría que había tantas jodidas flores?—. Entonces, ¿podemos finalmente darle un nombre, por favor?

—Sabes que no quiero gafarlo —dice.

—Cariño, no tienes nada de qué preocuparte. —Pongo mi mano sobre su vientre de siete meses y siento otra patada de nuestra niña.

Este embarazo es diferente a los otros de Ivy. Diferente porque estamos enamorados y casados. Diferente porque sabemos que el bebé no nacerá enfermo. Diferente porque tenemos una hija saludable y feliz de tres años cuya existencia le recuerda a Ivy todos los días que hay cosas buenas en el mundo, no solo malas.

Y hemos disfrutado cada segundo. Hemos hecho tantos planes. Comprado tantas cosas. Reído tantas veces. Pero lo único que no hemos hecho es elegir un nombre.

Le doy a Ivy la lista.

—Vamos, escojamos uno. Ahora mismo. Solo cierra los ojos y señala un nombre, y ese será el indicado.

Duda, pero finalmente cierra los ojos. Entonces tomo su mano y la detengo.

—Espera. No elijas Petunia —digo—. O Lavender. O Marigold. Mierda, devuélveme la lista.

Agarro un lápiz del cajón y comienzo a tachar nombres.

—¿Alguna vez nos pondremos de acuerdo sobre un nombre? —cuestiona.

Tiro la lista al suelo y la enjaulo en la cama.

—¿Sabes qué? En realidad no me importa cómo se llama. Llámala Petunia si quieres. No me impedirá amarla tanto como a ti y a Daisy.

—Nos amas a todas tan bien, cariño —dice con los ojos vidriosos—. ¿Cómo hemos tenido tanta suerte?

Suerte. No es una palabra que haya estado en su vocabulario durante unos buenos ocho años de su vida. Pero sé cómo se siente. Siento que gané el premio gordo con ella. Con *ellas*.

Extiendo la mano y agarro mi guitarra junto a la cama. Toco una melodía suave para Ivy y el bebé. Ivy dice que el bebé deja de moverse cada vez que toco, como si estuviera escuchando la música. Toco la primera canción que compuse para Ivy. He compuesto alrededor de cien desde entonces, pero la primera sigue siendo su favorita.

Cuando termino, apoya la cabeza en mi hombro.

Me inclino y le doy un beso en la cima de la cabeza.

—Yo soy el que tiene suerte, Ivy Briggs.

Pasa una mano por mi mandíbula.

—Te amo, Sebastian.

Cierro los ojos y me deleito con su declaración. Es un milagro cada vez que lo dice. Y me encanta cómo dice mi nombre. Ya casi nunca me llama Bass. Y me parece bien. Esta mujer podría llamarme de cualquier manera y todavía iría a ella. Es mi dueña. Me gobierna. Bueno, ella y la diminuta Ivy de la habitación de al lado.

Como si Daisy me oyera pensar en ella, entra corriendo por la puerta y sube a la cama. Sostiene un dibujo. Al igual que a Dahlia, a Daisy le encanta aprender sobre las flores y dibujarlas.

—Hola, calabaza —digo, levantándola por encima de mí en la cama mientras chilla de alegría.

—Hola, papi. Les hice un dibujo a mamá y a ti. —Se vuelve hacia Ivy—. ¿Podemos colgarlo en la pared de la tienda? Por favor, mami, ¿podemos?

—Por supuesto que podemos —responde Ivy. Extiende la mano para tomar el dibujo, pero Daisy intenta jugar a mantenerlo alejado y Ivy termina con un corte en el dedo por el papel.

—Ah, caray —se queja Ivy, metiéndose el dedo en la boca para chuparlo.

—Lo siento, mami —dice Daisy, dándole un abrazo.

—No es tu culpa, cariño. Es solo un pequeño corte. —Ivy le muestra a Daisy su dedo—. Mira, ni siquiera está sangrando.

Daisy le tiende el dibujo.

—Toma, mami. Puedes tener esto. Las flores van a hacer que mejore. Las flores hacen que todo sea mejor. Especialmente los lirios. Me gustan las cositas de palo en el medio.

Ivy me mira, tapándose la boca con sorpresa. Luego le pregunta a Daisy:

—Cariño, ¿qué acabas de decir?

—Los palitos —responde Daisy, señalando su dibujo—. Justo ahí.

—No, ¿qué dijiste antes de eso?

Daisy se encoge de hombros y vuelve a murmurar sobre su dibujo.

Me deslizo junto a Ivy.

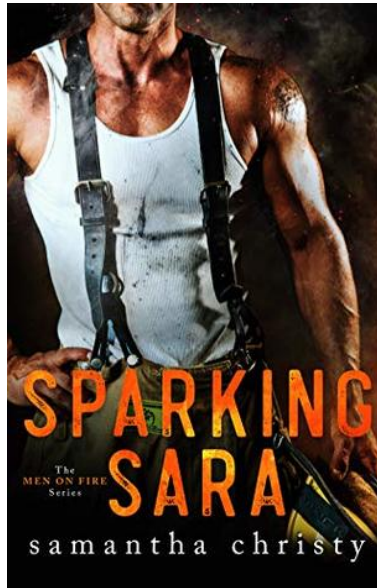
—La has oído —comento, sabiendo que estamos pensando exactamente lo mismo—. Dijo que las flores hacen que todo sea mejor. Especialmente los lirios.

Sus ojos se llenan de lágrimas y agarra mi mano.

—¿Lily va a hacer que todo sea mejor? —pregunta.
Ivy me mira. Yo la miro. Ambos miramos su vientre.
Y luego sonreímos.

Sparking Sara

(Men on Fire #2)



Tres años de su vida desaparecen en un instante.

Sus recuerdos de convertirse en una artista famosa: olvidados.

De desenamorarse de su mejor amigo: perdidos.

De su encantador novio: eliminados.

Los doctores nos dicen que devolver a Sara a su rutina normal es lo mejor para ella.

Pero, ¿qué sucede cuando no quiere su vieja normalidad? Algunos dirían que estoy intentando salvar a fantasmas de mi pasado.

Creo que se equivocan.

Tal vez todos ellos se equivocan.

Tal vez lo mejor para Sara soy yo.

Sparking Sara puede ser leído como romance independiente. Es el segundo libro de una serie que sigue a un

grupo de bomberos.

Sobre la autora



A pesar del hecho de que es una escritora de romance, el programa favorito de Samantha Christy de todos los tiempos, siempre, es *The Walking Dead*.

Y contrario al hecho de que sus heroínas beban cosas como vino y Cosmopolitans, ella prefiere una cerveza Bud Light.

También le encantan los correos de los fans y hasta que se haga muy, muy famosa, los responderá todos.

Sí, sí, fue a la universidad y todo eso, graduándose en algo que nunca usa. También tiene una manada de niños (cuatro) y un marido bastante decente.

AGRADECIMIENTOS

Moderadora de Traducción

Mimi

Traductoras

Mimi, VanillaSoft, Guadalupe_hyuga,

Mona, Lola', Lauu LR, cjuli2516zc,

Maria_Clio88

Corrección Y Revisión Final

Mimi

ESTE LIBRO LLEGA A USTÉDES, GRACIAS A

SIMPLY BOOKS

Notes

[←1]

Departamento de bomberos de Nueva York.

[←2]

Tubing: es una actividad recreativa donde un individuo se coloca en la parte superior de un tubo interior, ya sea en agua o nieve. Los tubos son también conocidos como “donuts” o “galletas” debido a su forma.

[←3]

Significan roble y arce respectivamente.

[←4]

Significa escaleras en español.

[←5]

Significa margarita.